



LA
LEYENDA
DE LA
MARIPOSA
AZUL

CALISTA SWEET

Click
EDICIONES

ÍNDICE

Portadilla

Dedicatoria

I PARTE. EL VIAJE

Cita

Prólogo

Capítulo 1. Destino: Sevilla

Capítulo 2. Sevilla tuvo que ser

Capítulo 3. La ciudad de los contrastes

Capítulo 4. Si fueran unas vacaciones

Capítulo 5. Comienza la búsqueda

Capítulo 6. ¿Me ves o no me ves?

Capítulo 7. Donde reina el silencio

Capítulo 8. Si fueras tú

Capítulo 9. Nazareno

Capítulo 10. Tía Ani

Capítulo 11. Rojo es el color del amor

Capítulo 12. Un paseo junto al río

Capítulo 13. Verde es el color de la esperanza

Capítulo 14. Profesor Noble

Capítulo 15. Hoy te propongo

Capítulo 16. Correr

Capítulo 17. El Real Alcázar de Sevilla

Capítulo 18. Sonreír a un mono

Capítulo 19. Madrid en tus canciones

Capítulo 20. Si me vienes a buscar

Capítulo 21. Una propuesta

Capítulo 22. La fiesta de la radio

- Capítulo 23. Tomar riesgos
- Capítulo 24. Es solo una cena
- Capítulo 25. Mi nombre es Manuel

II PARTE

Cita

- Capítulo 26. Cuéntamelo todo
- Capítulo 27. Fue un paréntesis
- Capítulo 28. Te necesito, ven
- Capítulo 29. La voz es mi tarjeta de presentación
- Capítulo 30. Un ajo crudo
- Capítulo 31. El Palacio de Cristal
- Capítulo 32. Mariposas azules
- Capítulo 33. Un amigo es un tesoro
- Capítulo 34. Tenemos un secreto
- Capítulo 35. Nuestra cena
- Capítulo 36. De la teoría a la práctica
- Capítulo 37. La teoría de la piel
- Capítulo 38. Tu mundo en mi mundo
- Capítulo 39. Con subtítulos
- Capítulo 40. La música eres tú
- Capítulo 41. Asociarse es abrazarse
- Capítulo 42. Como un ratoncillo
- Capítulo 43. Si te miro a los ojos
- Capítulo 44. La química del beso
- Capítulo 45. Piel con piel
- Capítulo 46. Traición
- Capítulo 47. Para no volver
- Capítulo 48. La soledad es un estado de ánimo
- Capítulo 49. ... y Sevilla
- Capítulo 50. Sal ahí afuera

Epílogo
Agradecimientos
Biografía
Créditos
Click

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

LA LEYENDA DE LA MARIPOSA AZUL

Calista Sweet



Pasito a pasito, como tú me enseñaste, papá.

*Este va por ti y para ti, con todo ese manantial de amor
que nunca se agota.*

Siempre conmigo,

Tu Calista.

I PARTE

EL VIAJE

«Intenta no ser una persona de éxito, sino alguien de valor.»

ALBERT EINSTEIN

Hablar con las manos

Te doy la bienvenida. Y también la enhorabuena: si has escogido este libro, has dado en el blanco. Te diré varias cosas sobre ti: eres una persona inteligente y curiosa. Te gustan los retos. Nunca habías oído hablar de la «Teoría de la piel» hasta que escuchaste mencionar Hablar con las manos. Alguien te explicó que se trataba de un nuevo método basado en la importancia del silencio y en la comunicación ajena al tradicional sistema de transferencia de información mediante el canal auditivo. Agregaron que era «la bomba». Que el tipo que lo había escrito debía de estar nadando en oro, porque aquello era mejor que inventar la pólvora. Que había revolucionado el mercado con sus afirmaciones. Que valía la pena seguirlo, porque prometía dar guerra. Que planteaba cosas absurdas, pero que había ganado con ello millones de admiradores en todo el mundo. Que parecía ser el gurú de la felicidad, y sus palabras encerraban melodías de amor, que impulsaban a la gente a quererse.

Te pareció algo presuntuoso: el delirio de un charlatán deseoso de alcanzar el top de ventas. Una engañifa, un fraude que te veías en la obligación de destapar. Y así, entre la curiosidad y la incredulidad, te dejaste caer por tu librería y tomaste un ejemplar entre las manos.

Enseguida supiste que te estabas perdiendo algo. No se trata de la portada, ni del título; intuiste algo, más allá de su apariencia física, que te impulsó a adquirirlo. La promesa de una nueva perspectiva. La posibilidad de abrir un camino hasta ahora inexplorado en tu trayectoria de vida.

Ahora te encuentras en una dicotomía. La contradicción entre el querer y el deber. La necesidad de claudicar contra el vicio de mantener un orgullo malentendido.

Ríndete y no temas. Cuando termines de leer tendrás la sensación de no haberte equivocado. Serás alguien distinto, alguien mejor. Habrás aprendido a HABLAR CON LAS MANOS, a SENTIR LA PIEL. Te habrás reconciliado con tu yo auténtico. Y serás, en adelante, la persona que siempre debiste ser.

Te lo dice un amigo que te aprecia.

Cuando Dana cerró el libro una sonrisa cínica le estiraba los labios. ¡Todo

le parecía tan ridículo, y al mismo tiempo tan surrealista! Las palabras *hablar* y *silencio* no cabían en una misma frase y, no obstante, aquel tipo defendía una teoría que se basaba, precisamente, en la comunión de ambos términos. Para alguien cuyo medio de expresión principal era la voz aquello resultaba inadmisibles. Y ahora le pedían no solo que aceptara el contenido de aquel libro como dogma, sino que le ofreciera un espacio de privilegio en su programa.

El ruido de los tacones sobre el suelo de mármol alertó a Rafael, que se preparó para afrontar la irrupción huracanada de la locutora.

—¿Y bien? —preguntó con una ceja enarcada una vez que el libro fue a parar a su mesa, de manos de la enfurecida Dana.

—¿Pretendes que lea esta bazofia?

—Es justo lo que quiero que hagas —planteó él con un brillo de desafío en los ojos. Luego inspiró profundamente y, comoquiera que conocía bien a su compañera y la sabía incapaz de resistirse a un reto, añadió—: Es más, quiero que, después de leerlo, invites al autor a tu programa. Que lo sientes a tu lado durante varios días y lo exprimas como a un limón, hasta sacarle las vísceras.

Cuando Rafael hablaba de forma tan gráfica, a Dana se le revolvían las tripas. Procuró disimular la aprensión que sentía cruzándose de brazos. Si su jefe detectaba cualquier indicio de debilidad, se convencería de haberle ganado la partida.

—No me interesa lo que ese tipo tenga que contar —zanjó elevando el mentón.

—Tal vez no. Pero interesa a los millones de seguidores que tiene entre España y Latinoamérica.

—¡A la mierda los seguidores, Rafa! —Dio una palmada sobre la mesa—. Es mi programa, siempre he controlado el contenido y nos ha ido bastante bien. No podéis obligarme a hacer algo en lo que no creo. Me niego a entrevistar a un hombre a quien considero un fraude.

—Tu programa no es *tu* programa, sino el programa de la cadena —la

corrigió él apuntándola con un bolígrafo de madera con cabeza de payaso que contrastaba con su gesto autoritario—. No puedes controlarlo todo, Dana.

Dana arrastró la silla y con un ademán nervioso se sentó frente a Rafael.

—¿Por qué te interesa tanto este charlatán? —Señaló el libro con desdén—. ¿Has leído el prólogo? ¡Una sarta de chorradas! Eso es lo que es.

Rafael la miró con condescendencia.

—Te creía más lista, chica. Pero veo que tendré que explicarte la situación con claridad. ¿Sabes cuántos puntos hemos bajado en los últimos meses? Para refrescar tu frágil memoria, te diré que hemos perdido un diecisiete por ciento de los oyentes. —Rebuscó en su escritorio hasta dar con unos papeles que alargó hasta ella—. Éramos los líderes en nuestra franja horaria, pero *Las mañanas con Telma* nos ha tomado la delantera. Historias que suscitan la controversia, noticias bomba... No se puede negar que Telma resulta hábil en la elección de sus contenidos, y nos está ganando por goleada.

—Es una presumida insufrible.

—Que semana tras semana cobra adeptos. ¿Adivinas en detrimento de quién?

Un silencio elocuente los envolvió a ambos. Rafael se llevó la mano a la barbilla adoptando el aire de un padre comprensivo.

—Teníamos expectativas, Dana: *Cuéntamelo todo* debía continuar en el top durante muchos meses más. ¿Cuánto tiempo llevamos juntos, nueve años? —preguntó abundando en esa manía tan característica suya de plantear preguntas que se contestaban por sí solas—. Si esto no cambia, no llegaremos a celebrar la década. Me preocupa *nuestro* programa —señaló poniendo especial énfasis en el pronombre.

—Y tú crees que nuestro salvavidas está, precisamente, entre las páginas de este libro.

—No has entendido nada, ¿verdad? —se desesperó Rafael—. No se trata del libro, sino de su autor. Él es el hombre que necesitamos.

—¿Ese engañabobos, el embaucador sin escrúpulos que defiende una

comunicación basada en el silencio?

—El más buscado, el que tiene la gallina de los huevos de oro —continuó sin escucharla.

—El más ridículo, un vendedor de humo que juega con las ilusiones de gente desesperada, incapaz de socializar.

—No se puede competir con Telma. No como hasta ahora. Debemos jugar nuevas cartas, y para eso necesitamos a Franco.

Dana, que se había perdido en pensamientos más halagüeños sobre la importancia de utilizar la voz como instrumento de relación interpersonal, abrió repentinamente los ojos.

—¡Y además se hace llamar Franco! —exclamó soltando una carcajada.

—Pues sí, ahí lo tienes. —Rafael le señaló la portada donde podía leerse en llamativas letras de colores el título del libro y el nombre de su autor—: Franco Noble. Debe de ser uno de esos nombres artísticos a los que los escritores son tan aficionados.

—Seudónimos, Rafa —apostilló Dana mientras elevaba los ojos al cielo.

—¡El mundo lo adora, Dana! Sus seguidores son tan fieles como los perros, y repiten igual que mantras cada frase de eso que tú te atreves a llamar alegremente «bazofia». —Extrajo del bolsillo de su chaqueta la pitillera y Dana supo que estaba a punto de dar por concluida su reunión—. No obstante, nadie sabe cómo es ni en qué lugar se esconde. Y ahí es donde tú entras en juego —anunció entrecerrando los ojos—. Te doy una semana de vacaciones. Vete a casa y prepara la maleta, porque mañana coges el primer AVE con destino a Sevilla.

Capítulo 1

Destino: Sevilla

Los prejuicios forman parte de nuestro día a día, y Dana no era inmune a ese proceso de formación de ideas preconcebidas, generalmente equivocadas, sobre las personas y las cosas. Se había creado un juicio en torno a Franco Noble y a su libro que no estaba dispuesta a modificar. Ni siquiera la lectura de las primeras páginas la inclinó a favor de la necesidad de revisar sus planteamientos, y la mezcla de cansancio y enfado que tanta adrenalina le había hecho acumular durante las horas previas hicieron mella en su cuerpo, obligándola a dejarse vencer por el sueño apenas el tren se puso en marcha.

No hubo tiempo para réplicas cuando Rafael le planteó que debía viajar hasta Sevilla en busca del misterioso autor de *Hablar con las manos*. Una vez que el director de programas encendía su puro resultaba imposible permanecer mucho más tiempo entre aquellas cuatro paredes. Era un modo eficaz de sugerir a sus interlocutores que lo dejaran solo y dar por terminadas las conversaciones.

Nada más salir del despacho de Rafael, Dana reflexionó sobre lo ocurrido y enseguida llegó a la conclusión de que había mucho de razonable en el hecho de que competir con Telma se estaba convirtiendo en una misión dificultosa. Rafa le había asegurado que desde el canal rival habían iniciado también su particular búsqueda para dar con el paradero del tal Franco Noble. «Hasta el nombre es puro *marketing*», se dijo, desdeñosa.

—No podemos permitir que se nos adelanten —había declarado su jefe—. Lo encontraremos primero, y le ofreceremos la luna con tal de tenerlo con nosotros.

Dana chasqueó la lengua en señal de desaprobación.

—No me fio de él. Claramente es un impostor. Tal vez ni siquiera haya escrito ese libro.

Pero él había sonreído como un gato satisfecho.

—¿Y qué coño importa si quien le ha echado el garabato al libro no es la misma persona que se lo ha inventado? Franco Noble es un triunfador, y eso es lo que cuenta. Ha creado una marca. Y ha generado expectación. Tiene mucho que contar, y deben ser nuestros oyentes los que tengan la oportunidad de escucharlo en primicia.

—¿Y qué debo ofrecerle? —preguntó Dana.

—¿Aparte de unas horas en uno de los programas de radio de mayor audiencia nacional? Tú límitate a comportarte como una buena chica: tráelo al canal y déjame la negociación a mí —expuso, y antes de darle la oportunidad de sacar su lado feminista, agregó—: Tu labor consiste en convencerlo de que le conviene charlar con nosotros, vender su idea. ¡No puede mantenerse oculto por toda la eternidad!

—Tal vez tenga miedo de dar la cara. Un rescoldo del sentido del pudor perdido lo incita a quedarse en su cueva.

—Creo que estás pecando de injusta —la acusó—. Para empezar, deberías formarte una opinión con fundamento. Lee el libro. Si después de hacerlo sigues pensando lo mismo, te doy mi venia para que machaques a ese tipo. Podrás triturarlo, destapar su juego. Dejarlo en evidencia frente a su público.

«Sé persuasiva...» Las palabras penetraron en su mente y Dana abrió los ojos repentinamente y miró a través del cristal, intentando concentrar la atención en cualquier punto. Le fastidiaba que la obligaran a desplegar una faceta de sí misma con la que no alcanzaba a sentirse cómoda. ¡Si hubiera tenido dotes para la persuasión se habría dedicado a la venta en vez de a la comunicación! Tampoco entraba en sus funciones la labor de investigadora. ¿Cómo narices iba a localizar a alguien que no deseaba ser encontrado?

Dejó caer los párpados de nuevo e inspiró hondo hasta tres veces. En unos

cincuenta minutos alcanzarían la estación, y no tenía una estrategia diseñada. ¿Por dónde empezar, a quién acudir? El único dato que Rafa le había proporcionado era que a Franco se le consideraba un ratón de biblioteca y acudía a estos centros a documentarse. Pero ¿cuántas bibliotecas podría haber en una ciudad de setecientos mil habitantes? Y ¿cómo identificarlo entre docenas de estudiantes y aficionados a las letras? No parecía una pista demasiado sólida. El confidente había asegurado también que Franco no era amigo de las fiestas, que llevaba una vida tranquila y apenas socializaba. Había un restaurante que solía frecuentar, pero aún no tenía el nombre. De modo que tocaba esperar.

Miró hacia su derecha: dos asientos más allá, un tipo barrigudo de mediana edad roncaba a placer. Delante, un adolescente se entretenía con su teléfono móvil. Un par de ejecutivos intercambiaban documentos de trabajo cerca de la puerta del vagón. Eran hombres atractivos, de aspecto cuidado, y no pudo evitar preguntarse qué características definirían a Franco Noble. ¿Sería un joven ilusionado con la vida o un señor maduro de vuelta de todo? ¿Tendría un rostro afable o la expresión de un amargado resentido? Y su cuerpo ¿sería atlético o, por el contrario, obeso o demasiado delgado? ¿Sería alto, bajo, de mediana estatura? ¿De cabello oscuro, claro, rojizo, canoso tal vez? Era probable que careciera de atractivo, o que tuviera algún defecto demasiado obvio que lo obligase a conservar el anonimato. O quizás no le interesara la fama y prefiriese una vida tranquila, alejada de los medios. Sea como fuere, llevaba meses ostentando el número uno en ventas sin haber sentido la necesidad de acudir a acto alguno. *Hablar con las manos* se promocionaba por sí solo, gracias al buen hacer de unos fans incondicionales. Tenía que tratarse de eso: por su experiencia en publicidad sabía de sobra que la mayoría de las veces los productos triunfan a pesar de sus vicios. Que no siempre venden los mejores, sino los más afortunados.

«Otra vez los malditos prejuicios», reconoció para sus adentros. Le había prometido a Rafa leer el dichoso libro y eso haría, aunque le fuese el orgullo

en ello. Aunque solo fuera para convencerse de que llevaba razón. Acumularía argumentos suficientes para rebatir el éxito de *Hablar con las manos*; era lo justo, si pretendía enfrentarse a aquel charlatán de cuarta, conocer las armas con las que mantenía hipnotizados a sus seguidores.

Haciendo un esfuerzo abrió la tapa, resuelta a darle una oportunidad. Localizó el primer capítulo; sus ojos pasearon por el título y las pupilas brillaron ante el desafío que aquella frase planteaba:

«Cree en mí.»

Parecía un ruego dirigido expresamente a ella. ¿Crear en él? ¡Iba a tener que trabajar mucho para conseguir que ella comulgara con su famosa «Teoría de la piel»! Dana era un animal de la comunicación oral. Llevaba más de quince años trabajando como locutora, desde que empezara, todavía adolescente, en la radio local. La voz era su instrumento de trabajo y su forma de vida. Siempre había sentido una necesidad irracional de hablar, de comunicarse por medio de la voz, de que la escucharan. Desde que era niña. No concebía, en consecuencia, la posibilidad de ofrecer un espacio al silencio, que la confundía y la agobiaba.

Con todo, mantuvo la vista sobre el siguiente renglón: lo que quiera que tuviera que decirle Franco Noble no le interesaba lo más mínimo, pero si el escritor era el instrumento más eficaz para devolver la gloria a su programa, manejaría con tolerancia los argumentos que este esgrimiera en aquellas trescientas páginas.

¿Quién soy yo y por qué estoy aquí?

Bienvenido a mi mundo, a este humilde rincón de bienestar. He venido a contarte una historia de renovación interior. Una vez fui como tú, alguien a quien la vida parecía estar dándoselo todo, pero que no era capaz de exprimirla.

Yo también disfrutaba de una existencia trepidante. Una existencia que creía

plena, pero que resultaba agobiante a la postre. Trabajaba doce horas al día, impartía clases y recorría medio mundo ofreciendo conferencias sobre temas que parecían interesar a mucha gente. Era popular, reconocido y admirado en mi ámbito, pero al llegar a casa me sentía solo. Apenas alcanzaba a respirar.

Tenía una chica que me juraba amor eterno, una habitación con vistas en una de las ciudades más pobladas de España, éxito y dinero suficiente para soñar con unas vacaciones que nunca llegarían. Pero me faltaba lo esencial (...).

Capítulo 2

Sevilla tuvo que ser

El tren se detuvo en la estación ante el asombro de Dana, quien, atrapada entre las páginas de *Hablar con las manos*, no fue consciente del paso del tiempo ni de cualquier otra cosa ajena a lo que Franco Noble quisiera contarle.

«Soy tu amigo, tu talismán.»

Las palabras habían sido escogidas con mimo, con voluntad de convencer. Debía reconocerle al tipo el mérito de venderse bien. Dejaba poco a la imaginación; se desnudaba de tal manera que resultaba imposible no empatizar con él, con su historia. En solo unas pocas líneas, que era lo que ocupaba el primer capítulo, había sabido conectar con los lectores. No se trataba de un relato detallado de su vida y, con todo, decía mucho de sí mismo en cada párrafo. No escatimaba detalles sobre la ansiedad que llegó a sentir en algunos momentos, a pesar de ser considerado un triunfador. Describía la soledad que uno podía llegar a experimentar en medio de la multitud.

Resultaba fácil identificarse con su situación. La misma Dana, habituada a desarrollar su día a día envuelta en una marea de admiradores fieles, había tenido en más de una ocasión esa sensación tenebrosa de indefensión ante potenciales peligros. Cuando se hacía consciente de que toda aquella gente adoraba al personaje en que se había convertido, y no a la persona que había detrás, un vértigo le recorría la columna vertebral provocándole un frío estremecedor.

«Es natural sentir miedo.»

Noble aseguraba que todos lo hemos experimentado alguna vez. Y cerraba el capítulo ofreciéndose a ser ese pecho sobre el que cualquier alma desesperada desearía apoyar la cabeza. Tal como se presentaba, no era exagerado asegurar que la solución a todos los problemas se hallaba allí, y solo allí, en ese espacio de intimidad en que el autor había convertido su libro.

—Yo no tengo miedo, Franco Noble —murmuró mientras cerraba el libro y lo dejaba caer en el interior de su bolso de mano con furioso ademán.

Arrastró la maleta por la estación de Santa Justa sintiendo una repentina aprensión. La losa de los prejuicios hizo de nuevo acto de presencia cuando pensó que Sevilla la esperaba más allá de las puertas automáticas. Recelaba de las ciudades pequeñas, donde las distancias son demasiado cortas y resulta complicado pasar desapercibido. Se avergonzaba de reconocerlo, pero jamás había pisado la capital andaluza. Si alguna vez había bajado al sur había sido para disfrutar de las paradisíacas playas que recorrían la costa desde la frontera con Portugal hasta el cabo de Gata. Pero nunca se había adentrado en el interior de la región, pues atribuía a sus habitantes numerosos defectos.

A su modo de ver, los sureños eran provincianos y anticuados, vivían anclados en tradiciones obsoletas que hacían mucho daño a la imagen que se tenía de los españoles allende nuestras fronteras. En particular, le repelían los sevillanos, que llevaban a gala aquella fama de chistosos y disfrutaban saltando de fiesta en fiesta. Ella, que podía ser catalogada como una adicta al trabajo, sentía una necesidad permanente de estar ocupada en algo. Se consideraba incapaz de detenerse, al creer preceptivo aprovechar el tiempo en «cosas útiles». No concebía el descanso por el descanso. Debían de ser unos vagos los sevillanos si podían llevarse una semana entera de juerga sin remordimientos, reflexionó al descubrir, en el escaparate de una tienda, uno de esos carteles que anuncian las fiestas de primavera.

Desconocía Dana que la mayoría de los sevillanos trabajan durante la semana de feria. Que el ayuntamiento apenas si establece un día oficial de

descanso para esas fechas, y que los más fervorosos gastan sus días de vacaciones para poder disfrutar al máximo de la celebración. Ignoraba esta y muchas otras particularidades sobre los que iban a ser sus vecinos durante las próximas semanas. Y no se mostraba muy predispuesta a variar una opinión que le había costado años alimentar.

Mientras refunfuñaba y repasaba mentalmente los motivos que la inducían a pensar mal de los sevillanos, Dana fue a parar al exterior de la estación, donde aguardaba una fila de taxis. Fiel a sus prejuicios, esperaba ser abrazada por un calor asfixiante. En cambio, chocó contra una brisa deliciosa que le acarició las mejillas durante unos preciosos instantes, obligándola a esbozar una sonrisa.

—Lléveme a este hotel —le pidió al conductor al tiempo que extendía el papel donde Rafa le había anotado la dirección.

—Enseguida, señorita.

Dana se reclinó en el asiento y tomó aire. Cruzó los dedos rogando que el hombre no la reconociera. Los locutores de radio no son famosos al modo de los actores u otros profesionales de los medios. El anonimato que proporciona esconderse tras un micrófono en una sala de locución los protege de un público fanático. Dana era bastante popular, pero el hecho de que no se prodigara en papel cuché la libraba de esas muestras efusivas que en unas ocasiones incomodan y en otras llegan a resultar irritantes, dependiendo del momento y del estado de ánimo. Con todo, alguna vez había tenido hueco en ciertas revistas, y no era raro que en sus viajes fuera de la capital alguien la identificara e incluso le pidiera un autógrafo o una fotografía.

No parecía ser el caso del chófer, quien se diría que encajaba en el prototipo de taxistas que se obligan a hablar con el cliente aun sin que este los invite a hacerlo. Dana se resignó a contestarle con monosílabos: no podía pedirse más a alguien que acababa de desembarcar de un tren tras dos horas y veinte minutos de trayecto, había madrugado más que los gallos en el corral y acarreaba una jaqueca del tamaño del océano Pacífico.

Procuró mostrarse amable, si bien las ganas de ponerle un bozal a aquel dicharachero acompañante le hacían rechinar los dientes. Las calles se abrían a uno y otro lado del cristal y los ojos de Dana luchaban por abarcarlo todo. Había zonas interesantes que merecían un paseo, tuvo que reconocer a su pesar. Después de unos minutos de callejeo, la fisonomía de la ciudad comenzaba a resultarle prometedora, si bien aún no estaba preparada para admitirlo.

—¿Ha venido por negocios o tal vez para visitar a la familia? —La pregunta rompió el encanto en el que flotaban sus pensamientos. Deseó responderle que no era asunto suyo. No le gustaba que la interrogaran ni dar información sobre sus actividades a un desconocido. En cambio, concedió:

—Un poco de todo.

El tono gélido en que envolvió su respuesta convenció al conductor de que era mejor permanecer callado, y durante el resto del trayecto un silencio solemne se instaló en el interior del vehículo. *Silencio...* Justo la palabra que daba sentido al libro más vendido del momento. ¿Quién podía enarbolar la bandera del silencio existiendo una herramienta tan bella como la voz? El nombre se le vino a los labios como si le hubiesen dado una bofetada de realidad: Franco Noble. ¡Él podía! Se preguntó si Franco Noble sería sevillano, o simplemente habría encontrado en la ciudad de la Giralda su particular refugio. De serlo, estaría dándole un motivo más que sumar a la lista de razones por las que odiar la tierra de los Machado.

Los rayos de un sol tibio golpearon las ventanillas cuando el coche cambió de dirección. Dana pegó los dedos al cristal, ansiosa por sentir el roce del astro rey. Durante la última semana una borrasca se había instalado sobre el cielo madrileño con insistencia y echaba de menos el buen tiempo.

—Septiembre benigno, octubre florido, que decía mi abuela —recitó el taxista buscándole la mirada por el retrovisor. Antes de que Dana pudiera comentarle el poco interés que le despertaban los refranes de su familia, el vehículo se detuvo—. Ya hemos llegado.

Pagó al chico y le agradeció que le alargara su maleta. Antes de acceder al hotel, miró alrededor y respiró hondo. Comprobó que aquel olor permanecía, el mismo que había penetrado en sus fosas nasales al salir de la estación. Un olor embriagador, a primavera anticipada, que excitaba sus sentidos. El sol le bañaba el cabello arrancando destellos cobres a su melena castaña. Era un día precioso, que invitaba al paseo. Decidió registrarse en el establecimiento y salir a curiosear por los alrededores. Ya habría tiempo para descansar y colocar la ropa más tarde, cuando el día agonizara.

Capítulo 3

La ciudad de los contrastes

Dana no estaba habituada a caminar: las grandes distancias que Madrid ofrecía la habían convertido en esclava del transporte público y de su monovolumen. Apenas puso en marcha sus piernas se sintió libre. Una sensación de independencia hasta entonces desconocida se apoderó de ella. Resultaba extraño no estar en manos de unos horarios, o de la disponibilidad de una plaza de aparcamiento. También era raro pasear sin rumbo fijo, sin necesidad de establecer un destino, como estaba acostumbrada a hacer.

Fue entreteniéndose en las fachadas de los edificios. Llevaba un plano que el recepcionista le había entregado, y también podría haber hecho uso de su teléfono móvil para ubicarse. Pero era precisamente aquella ignorancia de todo lo que la divertía. Mientras avanzaba, reparó asimismo en los rostros de los sevillanos. Había mujeres morenas, de esas que suelen representar lo que de Despeñaperros para arriba vienen a llamar «la belleza andaluza». Pero no todas eran guapas y morenas: las había rubias, pelirrojas, castañas..., algunas atractivas y otras no tanto. De igual modo, vio hombres para todos los gustos. Reflexionó sobre la influencia de los estereotipos y concluyó que dedicaría uno de sus siguientes programas al asunto.

Después de algo más de una hora se percató de que se había adentrado en un precioso parque, conformado por una combinación de jardines organizados en torno a unos cuantos monumentos, pabellones y fuentes. En la parte central descubrió un estanque con patos, cisnes y pavos reales, y allí se detuvo un buen rato. Luego se reincorporó al recinto. Deportistas en grupo o en solitario, a pie o en bicicleta, transitaban por los numerosos senderos de tierra que lo

recorrían, y en los caminos asfaltados compartían espacio cuadríciclos y coches de caballos, a bordo de los cuales sonreían los afortunados turistas. Dana se sintió contagiada de aquel entusiasmo e, igual que una niña, alzó la mano para saludarlos. Una pequeña de sonrosadas mejillas le lanzó un beso. Sus ojos chisporroteaban de emoción y Dana se congratuló de haberle brindado un instante de felicidad. Se quedó parada, ensimismada en la contemplación del grupo, que marchaba a bordo del carruaje, cuando sintió que algo chocaba contra su cuerpo.

Cayó al suelo y la conmoción le hizo llevarse la mano a la cabeza; el golpe dolía y se sentía mareada. Al apartar la mano, vio junto a ella a un hombre atractivo, de afiladas facciones, cejas espesas y pequeños ojos claros que la observaban con preocupación. Estaba tan cerca que pudo notar su aliento. Jadeaba a causa de la carrera, y el sudor le mojaba algunos mechones de cabello oscuro que le caían por la frente. Al verse sometido a su escrutinio, improvisó algo parecido a una sonrisa que de forma inconsciente movió a la locutora a forzar una mueca. Luego tomó a Dana por el codo para ayudarla a levantarse y apartarla de la vía, en el preciso momento en que pasaba un grupo de ciclistas. Fue un gesto perpetrado con rapidez, apenas una caricia fugaz, pero Dana sintió que el calor de aquella mano le atravesaba la piel. Su corazón comenzó a latir frenéticamente y el sonido reverberó en sus oídos hasta anular cualquier otra percepción. Fue una sensación extraña y momentánea.

Después, todo ocurrió demasiado deprisa, como en un sueño: le pareció escuchar que le preguntaban, o tal vez lo hubiese imaginado, si se sentía bien. Se había quedado colgada de aquellas pupilas que de forma tan penetrante se introducían en las suyas, y no alcanzaba a reaccionar ni a responder.

—Estoy bien, gracias —musitó, o quizás solo pensó que lo hacía y las palabras se quedaron prendidas en sus labios mientras buceaba en los ojos del corredor.

A continuación, tan rápido como había aparecido, el hombre reanudó su

actividad deportiva y Dana lo vio alejarse de allí, golpeando el asfalto con sus relucientes zapatillas de deporte. Era alto y tenía un cuerpo bien proporcionado. Los hombros quizás demasiado anchos, pero perfectamente acoplados al resto de su anatomía. Llevaba una camiseta roja y, durante la siguiente hora, Dana persiguió de modo inconsciente cada prenda de ese color que se atravesaba en su camino. Necesitaba verlo otra vez, encontrarse con él. No sabía si para reñirle por aquella forma tan abrupta de correr, tan desconsiderada que había estado a punto de lesionarla, o para perderse unos cuantos minutos más en el abismo azulado de sus ojos.

No se le ofreció la posibilidad, y continuó recorriendo el parque (que llevaba por nombre el de María Luisa, según había leído en *san Google*), explorando, esta vez con el teléfono móvil como aliado, para no perder detalle de los rincones que completaban aquel pulmón verde. La plaza de España resultó ser un espacio maravilloso de paz y esparcimiento. Un conjunto arquitectónico monumental único, diseño del arquitecto Aníbal González para la Exposición Iberoamericana celebrada en el año 1929. Del mismo modo que la estructura se abría en forma semicircular, para representar a una España que ofrecía un simbólico abrazo a sus antiguos territorios americanos, Dana sintió que sus brazos se alargaban hacia el mundo, y se reconoció ciudadana de todas partes. La grandiosidad de la construcción trasladaba la sensación de dominar el paisaje circundante, al tiempo que abría la vista a un cielo más cercano que nunca. Los bancos, distribuidos de un extremo a otro de la plaza, la obsequiaron con una lección de historia, un recorrido por las provincias españolas que contaba con sus respectivos mapas y escudos explicativos. Los azulejos sevillanos ponían el punto de detalle al conjunto decorativo.

Fascinada, y con la promesa de regresar cada día durante el tiempo que tuviera que permanecer en Sevilla, Dana se alejó de la plaza. Comenzaba a sentir algo de hambre y se había propuesto dar con uno de esos célebres bares de tapas antes de que estuvieran demasiado llenos. Pepa le había recomendado

unos cuantos, en un mensaje de WhatsApp que le había enviado la noche anterior, cuando supo que debía viajar a Sevilla.

—Yo hace cinco o seis años que no bajo —le había comentado, a modo de disculpa—, pero le preguntaré a mis cuñados, que viven en Dos Hermanas y seguro que conocen algún sitio de esos de las tres bes. —Se refería a «bueno, bonito y barato».

Buscando la salida, fue a parar a una glorieta presidida por un bonito monumento: a la sombra de un ciprés, tres jóvenes damas sentadas en un pedestal representaban los distintos estados por los que pasa el amor, acompañando a Bécquer, el poeta sevillano que de modo tan acertado ejemplarizó estos sentimientos. Se sintió atraída por la magia del lugar y fue a sentarse a los pies del conjunto de mármol. El peso del bolso le hizo caer en la cuenta de que llevaba el libro de marras dentro. No recordaba cuándo había sido la última vez que había disfrutado de un momento de calma así, tan propicio para entretenerse en la lectura, o en la mera contemplación de la vida. Tenía una extraña sensación, dividida como estaba entre la necesidad de descansar y aquella característica inquietud que la poseía cada vez que la rodeaban la tranquilidad y el silencio.

Finalmente venció el embrujo del lugar: sacó el libro y reanudó la lectura. El entorno favorecía la buena voluntad y resolvió que iniciaría el segundo capítulo con una visión objetiva. Ojalá el trinar de los pajarillos apuntalara tan benigna inclinación.

Capítulo 4

Si fueran unas vacaciones

Quiérete

Si alguien me hubiera dicho que un día estaría aquí sentado, escribiendo este libro, le habría contestado que estaba loco. Nunca he tenido tiempo para estas cosas, ni tampoco me han interesado lo más mínimo. ¿Piensas que yo valoraba el silencio, un instante de reflexión? ¿Que disfrutaba ofreciendo consejos a personas que, como tú, están seguras de no necesitarlos, que desarrollan su rutina ajenas a la posibilidad de disfrutar de otra clase de vida?

Yo era un tipo común, acostumbrado a dejarme llevar por la corriente. No aspiraba a otra cosa que a dejar pasar los días, las semanas. Convencido de no necesitar más, vivía metido en mi burbuja, como el resto de los mortales, y me olvidaba de las cosas que realmente importan. Los detalles que cuentan. Estaba seguro de haber desarrollado todo mi potencial, de haber alcanzado las cotas más altas de éxito y popularidad. Y, no obstante, no me sentía feliz.

Entonces no lo sabía, pero no me quería lo suficiente. De haberlo hecho, habría reservado un espacio de intimidad en mi día a día solo para mí. Ese intervalo de tiempo tan valioso y necesario para reencontrarse, para conocerse. Tiempo para estudiarse.

Dirigimos nuestras energías a ser aceptados por los demás, procuramos introducirnos en el engranaje social obviando nuestros propios intereses. En el camino, dejamos atrás nuestras necesidades, nuestros anhelos. ¿Importa tanto el nosotros cuando no hemos trabajado lo bastante el yo? ¿No deberíamos aprender a estar con nosotros mismos, a aceptar nuestros defectos, a potenciar nuestras virtudes, antes de lanzarnos a la búsqueda del grupo?

Hoy te propongo lo siguiente: agarra un papel y un lápiz y dibuja dos columnas. En la de la izquierda escribe tus defectos, en la de la derecha enumera tus virtudes. Reconóctete en las dos listas, trata de compensar los unos con las otras y reflexiona sobre la posibilidad de soslayar lo negativo. ¿Pueden corregirse mis defectos, o he de resignarme a convivir con ellos? No seas derrotista: siempre puede mejorarse algo. En la siguiente página, haz propósito de enmienda. Potencia lo bueno y trata de afrontar como un reto la búsqueda de

caminos que te lleven a ser mejor persona. Termina el ejercicio anotando en tu libreta: «Soy una persona normal, con sus virtudes y sus defectos. Me acepto y me gusta lo que soy».

—Por el momento me reafirmo en mi primera idea: este tipo solo escribe bobadas. ¡Parece un libro de autoayuda! Si esto es todo, me siento francamente decepcionada. Esperaba algo más.

—¡Mentirosa! —la acusó Rafael al otro lado de la línea telefónica—. Te has empeñado en que no te guste. Y ya sabemos que, en vez de cabeza, tienes un melón.

—¡Rafa! —protestó ella.

—¿Cuánto has leído?

—Lo suficiente.

—Dana...

—Bueno, no sé, un par de capítulos o algo así.

—No esperaba que lloraras de entusiasmo, chica, pero el noventa y nueve por ciento de la población no puede estar equivocada: es el libro del mes... ¡desde hace quince meses! No existe un precedente igual.

—¿Cuántas veces hemos comentado el nivel cultural medio de la población de hoy en día?

—Estás chocando contra un muro, Dana. Franco Noble ha enamorado a millones de lectores de habla hispana. Está en la lista de los más buscados en Google, por encima de Donald Trump y del divorcio de David Bustamante y Paula Echevarría. ¡Todas lo adoran! Así que te ordeno que sigas leyendo. Y que lo busques. ¿Has avanzado algo con respecto a eso? ¡El tiempo apremia!

—Apenas he tomado tierra, jefe —le recordó la locutora en tono mordaz—. Guarda ese látigo. Conmigo no cuelan esas mañas de *sheriff* de pueblo.

Al otro lado del hilo telefónico se escuchó el eco de una risilla.

—Tienes dos semanas pagadas; aprovéchalas.

—Si me llamas cada cuarto de hora necesitaré dos meses para llevar a cabo el trabajo. Y recuerda —expuso antes de colgar— que si estoy aquí es

por hacerle un favor a la cadena. Ejercer de detective no forma parte de mis tareas.

—Contemplaremos la posibilidad de incluirlo en tu próximo contrato — bromeó Rafael—. Si lo haces bien, estableceremos una cláusula especial con algún incentivo en función de la audiencia.

—Puedes meterte la cláusula por el puto culo, Rafa. Yo lo que quiero es volver a casa —mintió; en aquel preciso instante acababa de colarse en la Fábrica de Tabacos y las bóvedas de la planta alta en la zona del rectorado habían captado toda su atención. Si le hubieran ofrecido un pasaje en el siguiente tren a Madrid lo habría rechazado: algunos rincones de la ciudad bien merecían un vistazo, y mientras establecía un plan de búsqueda para localizar al autor de *Hablar con las manos*, nada le impedía familiarizarse con el entorno.

—No te quejes, guapa. Cualquiera se cambiaría por ti. Sevilla es una ciudad de ensueño. ¿Desde cuándo vienes reivindicando unas vacaciones? ¡Disfrútalas!

«¡Como si esto fueran unas vacaciones...!», se dijo, malhumorada, tras despedirse de Rafael. De haber podido escoger, habría tomado un vuelo con destino a alguna isla tropical. No es que el paisaje no le resultara interesante. La calle San Fernando tenía un trasiego de gente bastante llamativo. El tranvía introducía un toque de modernidad en medio del conjunto histórico-artístico. Se detuvo frente a la fachada del hotel Alfonso XIII y sentenció que era una auténtica obra de arte. El buscador le reveló el nombre de algunas de las personalidades que se habían alojado allí a lo largo de la historia, desde que se inaugurara en 1928. Los príncipes de Gales, Brad Pitt y Angelina Jolie, Tom Cruise, Madonna... Imaginarlos haciendo uso de las instalaciones, paseando sus excentricidades por las galerías, la inclinó a favor de darle protagonismo en antena al establecimiento. Sí, decididamente, el hotel Alfonso XIII merecía un hueco en las ondas. Pensó que le gustaría que sus trabajadores o algunos clientes, de forma anónima, relataran anécdotas interesantes sobre su

estancia allí. Anotó la idea en su libreta mental y continuó el paseo. Sin lugar a dudas, el viaje a Sevilla iba a resultar más productivo de lo que había esperado en un principio.

Capítulo 5

Comienza la búsqueda

¿Qué aspecto tendría Franco Noble? Cada vez que se hacía aquella pregunta no podía evitar que unos pequeños ojos azules la mirasen con preocupación. Eran unos ojos bondadosos que transmitían confort. Los ojos de un hombre alto, moreno; ojos misteriosos en cuyo fondo podía leerse un poso de amargura. Ojos que incitaban a preguntarse cosas, a querer saber más de su propietario. Pero aquellos no podían ser los ojos de Franco Noble. Porque esos ojos hablaban de inseguridades y de necesidad de amar, y Franco Noble era demasiado consciente de sus posibilidades y aseguraba haber aprendido a vivir en soledad.

Dana se sentó en el escritorio, situado justo frente a la cama en su acogedora habitación de hotel. Una mesa de cristal y una silla de estudio roja frente a una pared pintada en tonos beis. Extendió los papeles donde había anotado los posibles lugares que debería frecuentar Franco Noble, todos según el informador, Rafael y su propio criterio, y comenzó a diseñar un mapa de ruta.

Por dónde empezar era uno de los puntos más controvertidos. No había una dirección; ni siquiera se conocía la identidad del escritor, lo que convertía su localización en una misión digna de los Pinkerton. Del libro podían extraerse algunas pistas, eso era cierto. Por ejemplo, Dana había llegado a la conclusión, por el modo en que Noble hablaba de su antigua vida, de que debía de tratarse de alguien relacionado con la masa social. ¿Hasta dónde alcanzaría su popularidad? ¿Era aquella y no otra la razón de que anduviese escondido?

Estaba resuelta a dar con él. Había emprendido aquel viaje sin grandes expectativas. De hecho, desde el principio su actitud no fue la más positiva, era consciente de ello. No obstante, de repente se sentía entusiasta. El clima le resultaba agradable y lo que hasta el momento había podido ver de la ciudad no le disgustaba en absoluto. La gente desprendía allí una energía potente: para una persona como Dana, que consideraba el mundo como una tarta esperando a ser devorada y que desbordaba vitalidad y frescura, el carácter aparentemente alegre de los sevillanos suponía un estímulo.

Había comprobado con satisfacción que resultaba fácil entablar conversación con ellos y, aunque no esperaba hacer amigos incondicionales, al menos empezaba a sentirse integrada y tratada con amabilidad. Le divertía escuchar las bromas que surgían de forma espontánea entre los asiduos a las cafeterías y bares: su manera de comentar las noticias, con el necesario sentido del humor. En los debates solía imperar el respeto, de modo que, fiel a su esencia, ella no había dudado en participar y aportar su opinión cada vez que lo consideró oportuno. El personal del hotel también estaba a la altura, y en tan solo un día y medio ya se había relacionado con tres recepcionistas, dos chicos y una chica, a cual más encantador. Todo esto la inclinaba a cambiar muchos de los prejuicios sobre su destino que había arrastrado en la maleta invisible que todo viajero lleva consigo. Aun así, no había llegado el momento de retractarse, actividad que, por otra parte, no iba en consonancia con la personalidad obstinada de Dana.

Puso en orden las notas y escribió otras nuevas, apuntes producto de sus elucubraciones:

Franco Noble es un seudónimo (descubrir su auténtico nombre, revelar su identidad).

Era un personaje admirado, pero se ha convertido en un ser solitario... ¿Por qué? (Encontrar un motivo).

¿Cuál era la profesión de Franco y por qué ejerce de escritor ahora?, ¿o ya lo era con anterioridad?

Esa actitud positivista, ¿realidad o ficción?

¿Es el hecho de ocultarse una estrategia de marketing? ¿Planea acaso una aparición

sorpresa, dar un golpe de efecto para ganar adeptos?

Sevilla, ¿cuál es el vínculo que lo une? Definir origen de Noble o posibles lazos familiares/sentimentales con la ciudad.

Miró los papeles: era un comienzo. Bueno o malo, pero un comienzo al fin y al cabo. De alguna manera, entre aquellas notas debía hallarse la clave. Las alineó y ordenó en distintas combinaciones. Luego, incorporó la información que se había traído de Madrid. En sus mensajes, el informador anunciaba que Franco Noble era un hombre joven, de unos treinta y pocos años. Había trabajado en la capital y se le consideraba un profesional de éxito en su sector. Un hecho traumático lo llevó a cambiar radicalmente de vida. Su novia lo abandonó, perdió muchos de los que hasta entonces pensaba que eran sus amigos y se había visto obligado a empezar de nuevo.

A juicio de Dana, aquello no aportaba datos relevantes para la búsqueda. Eran hechos que bien podían deducirse de las primeras páginas de su libro. En todo caso, el detalle de que hubiese encontrado su refugio en la ciudad del Guadalquivir le pareció significativo y concluyente. El informador no revelaba sus fuentes, aunque aseguraba que eran fiables. Una vez más se preguntó por qué Franco había escogido Sevilla para aislarse de aquel mundo que él mismo describía como un «infierno de traición». Quedaba mucho por explorar antes de encontrar la respuesta a aquel enigma.

Se dio una ducha y se preparó para salir. Llevaba una lista de bibliotecas donde echar un vistazo. La perspectiva de una tarde envuelta en el más absoluto de los silencios no le resultaba halagüeña. Cargaba con el libro de Noble por dos razones: la primera, porque necesitaba aprovechar el tiempo, y avanzar en la lectura de *Hablar con las manos* era uno de los propósitos más firmes que se había marcado en ese sentido; la segunda, por su decisión de usarlo como señuelo. El modo más eficaz de identificar a su autor podía ser descubrir una mirada triunfal en los ojos de algún usuario de las salas de estudio. El brillo de un padre orgulloso, que hubiese obsequiado con la vida a su criatura. Había un tercer motivo que jamás admitiría: las palabras de Noble

comenzaban a hacer mella en su resolución de odiarlo. Una fuerza superior a su voluntad la impulsaba a seguir conociendo la historia que, entre líneas, narraba aquel icono de la comunicación no verbal.

Con todo este bagaje de contradicciones, se dirigió hacia la biblioteca más cercana. Le alegró comprobar que se encontraba situada frente al parque de María Luisa, muy cerca del Costurero de la Reina, un pintoresco edificio neomudéjar con forma de pequeño castillo. La oportunidad de dar un segundo paseo por aquella materialización del paraíso en la tierra sumaba un incentivo a la ruta. Esta vez pondría cuidado en no tropezar con ningún corredor despistado..., o, quién sabe..., tal vez procuraría justamente lo contrario.

Capítulo 6

¿Me ves o no me ves?

El móvil de Dana vibró obligándola a dar un salto en la silla. Algo tan elemental como silenciar el maldito teléfono en una puñetera biblioteca, y ella lo había olvidado por completo. Tal vez la había trastornado tanta quietud, aquel espantoso silencio.

Un mensaje vía Messenger. El corazón le latió desenfrenadamente al reconocer, en la fotografía de perfil del remitente, la portada del libro que tantos quebraderos de cabeza le estaba dando. Lo abrió sin dilación.

—*¿Por qué me buscas?*

Sintió que sus pulmones se encogían intentando atrapar el último aliento que le quedaba. Luego miró en derredor, como si esperara encontrar a Franco sentado cerca de ella, dispuesto a contarle cuanto necesitaba conocer sobre él. Había numerosos estudiantes e investigadores de edades y perfiles variados, aunque todos embebidos en su tarea y ninguno susceptible de despertar sospechas. Volvió a ocuparse del teléfono y se apresuró a contestar.

—*Si quieres saberlo, tendrás que darme una cita.*

Aguardó, atenta a los puntos suspensivos que subían y bajaban en la pantalla indicando que Franco escribía justo en aquel momento. En medio del silencio reinante, el latido de su corazón parecía el eco de un tambor en un desfile.

—*Demasiado fácil. Y lo fácil resulta aburrido.*

Hubo una pausa durante la que Dana rumió una respuesta ocurrente.

—*¿Quieres una cita? ¡Pues tendrás que currártelo!*

A Dana se le escapó un resoplido. «¿Que me curre qué?», no pudo evitar murmurar. Varios ojos acusadores y el carraspeo de la bibliotecaria le recordaron que no estaba en el patio de su casa. Pero ¿quién se creía ese tipo que era, el rey de España?

Arriesgó una respuesta, conteniendo las ganas de mandarlo a freír espárragos por su arrogancia.

—*Lo que tengo que decirte te va a interesar.*

—*¿Por qué estás tan segura?*

—*Porque es bueno para ti.*

—*¿Cómo sabes lo que es bueno para mí?*

Dana experimentó un deseo incontrolado de agarrar al tal Franco Noble por el cuello y retorcérselo. En cambio, escribió:

—*El autor del libro que yo estoy leyendo jamás cerraría los oídos a una buena propuesta. Un ofrecimiento de parte de una buena chica.*

—*Una buena chica, ¿eh? ¿Quién me asegura que no eres una bruja malvada que pretende aniquilarme?*

Dana no pudo reprimir una sonrisa. Resultaba divertido, después de todo. La conversación estaba cobrando un matiz de juego que la estimulaba a provocarlo. Como contestación, subió el archivo de la fotografía de una

horrenda hechicera, de esas de verruga en la punta de la nariz y barbilla prominente. La buena señora daba vueltas a un cucharón dentro de un caldero, del que trataban de escapar una lagartija, una rana y unos cuantos insectos.

—*¡Lo sabía! Sin duda, preparando una pócima con fines maléficos.*

Contó hasta diez y adjuntó un segundo archivo, el de una fotografía reciente. En ella Dana se abrazaba a Cuca, la perra de Pepa, y la expresión de ambas era de profunda satisfacción. Pocas cosas la hacían tan feliz como el amor incondicional de Cuca. Lo retó:

—*¿Chica buena o chica mala?*

—*La de cuatro patas, buena. La otra, no sabría decir. Desde luego — continuó escribiendo Franco—, chica mona sí que eres. Pero no me das suficiente material como para formarme un criterio sobre tu bondad.*

«¿Chica mona?», se repitió Dana. Acababa de enviarle una imagen de su álbum personal, algo que no compartiría con nadie, ni siquiera con sus más fieles oyentes, ¿y a él solo se le ocurría describirla como una «chica mona»? Protestó.

—*Tú ahora juegas con ventaja: me conoces físicamente. ¡Yo ni siquiera sé tu auténtico nombre!*

—*Todo lo que soy figura en ese libro que dices estar leyendo. Puedes hacerte una idea bastante clara sobre mí si sabes interpretar sus páginas. Seguro que, además de mona, eres lista.*

¡Jodido pedante! ¿Es que no era capaz de abandonar aquella pose de divo en ningún momento? Se mordió la lengua; los dedos le hormigueaban, ansiosos por lanzarse sobre el teclado y declararle una guerra sin tregua.

—Tengo una idea sobre tu identidad —mintió volviendo a la carga—. Pero me gustaría comentarla contigo. Hablemos.

—Es lo que estamos haciendo, ¿no?

—¡No por aquí! He viajado hasta Sevilla para conocerte. Me gustaría que me dieras una cita.

Noble introdujo un emoticono pensativo.

—Suena prometedor, pero he de negarme. No concedo entrevistas. Siento que hayas perdido tu tiempo desplazándote hasta aquí, señorita «buena chica».

La locutora exhaló un suspiro de hastío que le valió el siseo de sus compañeros de mesa. Definitivamente, aquel no era el lugar más apropiado para discutir con Franco Noble. El tipo la sacaba de quicio y no sería raro que alguna de sus salidas de tono la animara a gritarle. Agarró el libro, el bolso y el teléfono móvil y salió fuera. Continuaría con aquella conversación virtual lejos de la biblioteca.

—No se trata de una entrevista —pudo contestar, al fin.

Franco respondió citando el nombre del programa que Dana presentaba.

—Cuéntamelo todo... La chica de la foto me recuerda vagamente a una famosa locutora.

Si Dana se sintió sorprendida, supo disimularlo tras una expresión ceñuda.

—Considérame una amiga —le pidió al reconocerse descubierta. La fama

de huraño de Franco lo precedía. Si no se andaba con pies de plomo, el escritor podría cerrarse en banda y porfiar en su decisión de mantenerse al margen de la vida social.

—Yo no tengo amigos —sentenció Noble. De tener que escoger un calificativo para el autor de Hablar con las manos, «desesperante» se hubiera quedado corto.

—¡No me extraña!

Lo escribió sin pensar y apenas tuvo tiempo de arrepentirse cuando Franco ya había contestado.

—Jajajajajaja... ¡¡POR FIN CONSIGUES RELAJARTE UN POCO!! — Había escrito con letras mayúsculas—. Tanta formalidad comenzaba a abrumarme. Ahora sí que siento que aflora tu auténtica personalidad, esa que vienes tratando de ocultar desde que comenzamos esta conversación. ¿Dónde ha ido a parar esa chica buena que querías presentarme?

—¡Se quedó congelada en la fotografía! —expuso ella para picarlo. Luego inspiró con profundidad tratando de aclarar sus ideas—. Mira, Franco. Esto no va sobre mí, ¿sabes?

—Por supuesto que no. Yo voy a contarte de qué va: es sobre alguien que se comunica por medio de la voz con unos cuantos miles de oyentes y, de repente, se siente atraída por las extrañas teorías de un tipo anónimo. Un loco que basa la comunicación en otra clase de lenguaje, distinto del oral. Tú, que eres la defensora de la palabra hablada, ¿pretendes que crea que has quedado fascinada por lo que escribo?

—Reconozco que recelaba de tus teorías, pero ahora que estoy descubriendo las cosas que propugnas, mi concepto sobre ti está cambiando.

—Yo más bien me inclino a pensar que pretendes lincharme. Te has propuesto cortarme la cabeza y usarla como micrófono en tu programa.

—Tenemos muchas cosas en común, Franco. La necesidad de

comunicarnos, por la vía que sea. Creo que podríamos complementarnos. Pero necesitamos hablar.

—Mira, Dana... Porque te llamas Dana, ¿verdad? No te voy a negar la posibilidad de hablar. De contarme tu propuesta. Puedes planteármela por aquí o, si te empeñas, hacerlo en la calle, frente a frente.

La excitación ante la posibilidad hizo que a Dana se le disparara la adrenalina. ¿Franco estaba dispuesto a quedar?

—Pero te lo tienes que ganar —le anunció él pisoteando sus expectativas—. Si quieres que nos conozcamos, primero tendrás que localizarme.

Dana se tragó el orgullo y exigió:

—¡Eso es lo que intento! ¿No crees que merezca siquiera una pista?

—Si deseas encontrarme —concedió Franco—, búscame donde reina el silencio.

Acto seguido se desconectó, dejando a Dana perpleja frente a la pantalla de su teléfono móvil, con la respiración agitada, como si acabase de librar un combate cuerpo a cuerpo contra un oso Kodiak.

Capítulo 7

Donde reina el silencio

Ser todo oídos

¿Quién dice que los oídos son dos órganos que están situados a ambos lados de la cabeza? No importa el canal: cuando alguien quiere hacer llegar un mensaje, existen multitud de vías para conseguir el objetivo. La voluntad de conquistar un corazón, el deseo de hacerse escuchar, de transmitir una emoción. El ansia de excitar una reacción en el otro, de despertar una pasión, de provocar sorpresa. Todo se encuentra por encima del medio.

Tendemos a limitar el canal pensando en la voz como una herramienta vital, tal vez la única, para estos fines. Sin embargo, la naturaleza nos ofrece un sistema natural de comunicación basado en los sentidos, en la experiencia. El contacto de la piel, la respiración, una mirada significativa pueden comunicar en la mayoría de las ocasiones mucho más que cientos de palabras. La voz no es el instrumento esencial y, desde luego, no es el único: cuando uno está en buena disposición para escuchar, sobran los oídos, porque esos oídos están en todas partes.

Aunque se introdujo en su perfil y llevó a cabo una investigación exhaustiva de cuanto contenía, Dana no consiguió un solo dato que la orientara hacia la verdadera identidad de Franco Noble. No tenía activada la opción de ubicación, no había referentes que indicaran una posición o una actividad reciente. Solo la nada..., el silencio, ese silencio que tanto se empeñaba en propugnar. Para entonces, lo había declarado oficialmente su enemigo: cuanto más abundaba en la lectura de *Hablar con las manos*, mayor era el abismo que la separaba de su contenido. Su carrera profesional, su día a día, una existencia completa basada en una sola herramienta: la voz. Y ahora Franco venía a tirar por tierra todos los pilares sobre los que ella había cimentado su vida.

Luego estaba aquella conversación virtual: Franco había dado muestras de ser un tipo listo. Listo y testarudo. También se adivinaba un sentido del humor no exento de mordacidad. Debía reconocer que la charla la había estimulado. Noble le planteó un reto, y Dana no era del tipo de persona que se da por vencida sin haber ofrecido un poco de pelea.

«Búscame donde reina el silencio.»

Algunas veces había participado en yincanas, y las pruebas solían llevar aquellos enunciados enigmáticos. ¿Qué lugares eran templos de silencio en Sevilla? ¿Dónde acostumbraba a esconderse Franco Noble? Sin saberlo, el escritor la estaba sometiendo a una dura prueba. Decidió entonces que recorrería cada rincón de la ciudad hasta dar con esos puntos silenciosos que tanto parecían gustarle. Y lo haría venciendo el vértigo que le provocaba ese vacío de sonido al que en modo alguno estaba acostumbrada. Los parques, ciertas plazas, el interior de las iglesias. Las bibliotecas quedaban desechadas de momento, porque la experiencia reciente la aconsejaba mantenerse alejada de aquellos centros de estudio.

—Si necesitaras el más absoluto de los silencios —le preguntó a Jaime, el camarero del bar donde desayunaba esos días—, ¿adónde irías?

—¡Lejos de mi casa! —contestó él sin pensar—. Tengo mujer y tres niños. Cualquier sitio donde pueda perderlos de vista unas horitas me parecería un remanso de paz.

—Pero aquí, en Sevilla —insistió ella obviando el tono jocoso que su interlocutor imponía al diálogo—, ¿hay algún espacio donde se note el silencio más que en otros sitios?

Jaime permaneció unos segundos reflexivo.

—En la parroquia de mi barrio, cuando el cura da la misa, todo el mundo está muy calladito. Y es que gasta unas malas pulgas...

Dana elevó los ojos al cielo. Aquello le pasaba por pedirle peras al olmo. Jaime era un bromista de cuidado y cuando olía la posibilidad de cachondeo

no la dejaba pasar.

—Pues yo me metería en un convento —apuntó uno de los clientes que apuraba su café matutino junto a la barra. Uno de tantos jubilados que distribuyen la mañana entre el paseo y la visita a los locales de siempre—. Las monjas son muy silenciosas y seguro que no me molestarían.

Un convento... Dana se quedó pensativa. ¿Sería allí donde Franco Noble pasaba las horas?

—¿Cuántos conventos hay en Sevilla? —quiso saber.

—Unos cuantos. Está el de Madre de Dios, el de Santa Inés. San Leandro y San José... —enumeró Jaime.

—El de Santa Paula y el de la Encarnación —añadió el cliente, que, entusiasmado ante la posibilidad de mantener una charla, había aproximado el taburete.

—Santa Isabel, San Clemente, San Antonio de Padua.

—Santa Clara, Santa Rosalía...

—Vale, vale. —Dana los frenó alzando las manos—. Ya lo he pillado: hay un montón. Muchas gracias. ¿Y en alguno se puede pernoctar? —se le ocurrió.

—El de Santa Rosalía ofrece habitaciones a los peregrinos, y también a aquellos que buscan un lugar tranquilo para concentrarse —explicó el hombre, que parecía conocer a fondo las costumbres y tradiciones de la ciudad.

Antes de despedirse, los dos le ofrecieron algunas pistas para llegar al convento. Asegurándoles que nada tenían que temer, existiendo como existía la milagrosa aplicación web de mapas, Dana se encaminó hacia Santa Rosalía.

La avenida de la Constitución le resultó una mezcla muy ilustrativa de personas. Era seguramente la parte más cosmopolita de Sevilla. Sus diversas nacionalidades y procedencias la trasladaron como por ensalmo a su Madrid natal, y sintió una nostalgia de su tierra como hacía tiempo que no experimentaba, una morriña que le pellizcó el alma. El sonido del teléfono móvil la arrancó de aquel estado transitorio de melancolía. Siempre fiel,

siempre oportuna, como si hubiese adivinado cuánto la necesitaba, Pepa se encontraba al otro lado de la línea.

—¡Pepa!

Su amiga descubrió enseguida, tras aquel breve saludo, el grito de auxilio de alguien acostumbrado al ritmo frenético de la capital.

—¿Cómo estás, mi niña?

Pepa era canaria, y en ella se cumplían algunos de los tópicos atribuidos a los isleños. Cariñosa, tranquila... Había llegado a Madrid desde Las Palmas hacía unos cuantos años para estudiar la carrera de Comunicación. Allí coincidió con Dana y se hicieron grandes amigas. Por fortuna, toparse con el que aseguraba que era el hombre de su vida había atado a Pepa a la ciudad por tiempo indefinido. Dana se alegraba de ello y esperaba que esos lazos afectivos fueran lo bastante sólidos como para mantenerla unida a Madrid por el resto de sus días. Estaba convencida de que ya no sabría vivir sin ella, sin sus buenos consejos y esa calma que contrarrestaba sus propios nervios.

—Confundida, pero bien.

—¿Qué te está pareciendo Sevilla, te conquista?

—Hasta ahora no he tenido mucho tiempo de hacer turismo. Pero no me disgusta lo que veo —admitió Dana a regañadientes.

—Recordé un sitio que quizás vaya con tu personalidad. Te iría bien visitarlo, para desestresarte —sugirió su amiga.

—¿Me vas a mandar a tomar uno de esos baños relajantes por los que tanto te pirras?

Pepa rio, lo cual acentuó la sensación de soledad de Dana. ¡Si al menos la tuviera cerca, para dejarse envolver por sus brazos como cada vez que la asaltaba un problema!

—No, mi niña. Eso, en vez de darte calma, te pondría a cien. Estoy segura de que tus nervios no soportarían una sesión de masajes. ¿Perder el tiempo tú?

—Me conoces bien. —Consiguió que una sonrisa aflorara a sus labios, una mueca que no alcanzó a sus ojos. Por suerte, Pepa no podía verla.

—Te quería recomendar que mañana te des un paseo por el famoso mercadillo del Jueves. Lo ponen en una calle muy céntrica: la calle Feria. Y es muy curioso. Ese fluir de gente te distraerá de otras preocupaciones.

—Calle Feria, mercadillo del Jueves. ¡Anotado! ¿Cómo están Cuca y Ginés? —preguntó para cambiar de tema.

—Te mandan un lametón —bromeó Pepa—. En el caso de Ginés, lo dejaremos en un beso, ¿no te parece? —manifestó con esa parsimonia al hablar que la caracterizaba—. Me reservo el lametón para mí.

El eco de la risa de Pepa todavía le acariciaba los tímpanos un rato después, cuando se detuvo ante la magnífica estampa que ofrecían el Archivo de Indias y la catedral. Era una imagen imponente, como una postal ajada por el transcurrir del tiempo. La luz del sol bañaba los costados de ambos edificios imprimiéndoles un toque dorado que incitaba a la ensoñación. Dana se sintió muy próxima a ser la protagonista de un cuento fantástico, una historia que se desarrollara en otra época, más de cuatrocientos años atrás. Imaginó a los comerciantes realizando sus transacciones mercantiles en los alrededores de la catedral. Sentados en las gradas, definiendo sus acuerdos. Solo el paso del tranvía rompía aquella idílica imagen. El metalizado transporte irrumpía por la avenida en clara disonancia con el entorno monumental. Le sorprendía a Dana el hecho de que, acarreado una célebre fama de clásicos, los sevillanos hubiesen pasado por el aro de la modernidad. Y se dijo que aquello no era más que otro reflejo de que las presunciones no son más que consideraciones sobre las personas o las cosas basadas en indicios aún por concretar.

Lo cierto era que a Sevilla le quedaba bien aquella miscelánea, que hablaba muy en su favor el hecho de que se hubiese rendido a la evolución a pesar de que, en medio de la obligatoria convivencia entre lo antiguo y lo nuevo, no siempre lo que se veía resultaba estéticamente aceptable ni del gusto de todos.

En aquella coexistencia forzada entraban también las bicicletas. Peatones, ciclistas y tranvía competían por el espacio de un extremo a otro de la calle.

Con todo, no se detectaba la prisa tan característica de las ciudades grandes. El sevillano no parecía contagiado todavía de la bulliciosa rutina que dominaba Madrid, y la locutora tuvo constancia de ello nada más abandonar la zona turística para continuar hacia las calles del centro, mucho más tranquilas.

Capítulo 8

Si fueras tú

Dana no podía sospecharlo, pero, montada en una de esas bicicletas que circulaban por la avenida alternando con los peatones, los taxis que la cruzaban para continuar su camino hacia otras zonas de la ciudad y el Metrocentro, se encontraba justo en aquellos instantes la persona que más le hubiera gustado tener enfrente.

Franco Noble giró la cabeza al percatarse de que la chica con la que hacía escasas horas había intercambiado mensajes estaba allí, con expresión soñadora, parada frente a la catedral. Detuvo la bicicleta y sonrió al identificar su rostro, que había contemplado unas cuantas veces desde su «conversación». En la foto que le había enviado aparecía un poco distinta. Ahora llevaba el cabello más largo y con reflejos cobrizos. Aunque en lo esencial no podía apreciarse un cambio significativo: los demás rasgos concordaban con la idea que Franco se había hecho de ella. Resultaba bonita, su rostro era alargado y muy expresivo. Mientras admiraba el monumento las muecas se sucedían, gestos que imprimían a su natural atractivo un toque de sensualidad. Las gafas de pasta le daban un aspecto muy profesional, y tras ellas brillaban unos ojos castaños de irresistible dulzura.

Lo invadió un repentino deseo de saludarla. Qué agradable sería sentarse junto a ella en alguna cafetería, mirarla a los ojos y contarle cómo había llegado a escribir un libro como aquel. Si pudiera hablarle, si ella fuera capaz de entenderle, de empatizar con él... Pero aquello no era factible. ¿Cómo iba a revelar su secreto? No podía. No debía. Ella era, al fin y al cabo, una periodista. Lo difundiría sin compasión. La noticia era prioridad en estos

casos y Franco no se sentía preparado para enfrentarse a un mundo hostil. Un mundo que se empeñaba en rechazarlo día tras día.

Durante unos minutos se debatió entre el deseo de acercarse a Dana y presentarse, sorprenderla y estudiar de cerca la expresión de su rostro cautivador, y la necesidad de mantener el anonimato tan trabajosamente ganado. Por fin primó la cordura. Le había costado mucho ganarse el fervor popular y de alguna manera se sentía querido, admirado. Vivía una especie de mentira, pero era una mentira llevadera, mucho más amable que la realidad. No iba a arriesgar todo lo que había logrado solo por una cara bonita, decidió.

De modo que continuó pedaleando, con rumbo desconocido. Se perdería entre la multitud, tal como llevaba haciendo en los últimos tiempos. Desaparecer se le daba bien. Adoptar una nueva identidad, cambiar de ciudad. Había conectado tanto con Franco Noble que sentía que el personaje se lo había tragado. Franco era un gran tipo, gustaba a todo el mundo. Recibía correos electrónicos y mensajes de agradecimiento en sus redes sociales. Personas que le aseguraban que les había salvado la vida, gente que creía a pies juntillas en las nuevas oportunidades que una actitud positiva les ofrecería. Crédulos que habían hecho de *Hablar con las manos* su biblia, que usaban su libro como arma contra las adversidades.

«¡Qué bonito si fuera cierto»!, reflexionó con ironía, «si todo dependiese de uno mismo, si fuéramos capaces de comunicarnos por medio de la piel, sin necesidad de hablar. Si nos aceptásemos y quisiésemos antes de pretender que los demás nos amasen...». Ahí radicaba el principal problema. Pero ese no era el problema del autor del libro más vendido del último año. Porque Franco Noble se quería, se gustaba. Se aceptaba. En cambio, ¿él? Ya ni siquiera recordaba quién había sido. Experimentaba la necesidad de dejar atrás su pasado, de levantar una barrera que le impidiese recordar que lo había tenido todo y que ahora nada tenía. Detestaba lo que alguna vez había sido. Odiaba esa parte de él que aún añoraba al hombre que fue. Necesitaba huir de sí mismo, y ningún obstáculo detendría sus ansias de escapar.

Pedaleó y pedaleó, poniendo cada vez más énfasis en avanzar y marcar distancia. Nadie más que él sabía adónde lo llevarían aquel par de ruedas: cualquier lugar, cualquier rincón, lejos de una locutora insidiosa capaz de complicarle la vida.

La plaza de San Francisco y Plaza Nueva daban acceso a las calles comerciales. Dana las recorrió de punta a punta, entusiasmada con aquel despliegue de tiendas y la marea de consumidores que las invadían. Sierpes, Cuna y sus perpendiculares eran un hervidero de compradores y paseantes. Atraída por aquella explosión de vida, se dejó llevar saltando de escaparate en escaparate.

Sin saber cómo, desembocó en Puente y Pellón y pronto fue a parar a la Encarnación. Hacía rato que el navegador hablaba solo, pero a Dana había dejado de importarle. El convento seguiría allí un rato después, una vez que hubiese agotado aquel fascinante recorrido. Se recreó en la visión de Las Setas, reafirmando en la sensación de que el sevillano era más versátil de lo que aparentaba si había logrado adaptarse a la modernidad, aunque fuera a la fuerza. Jaime le había hablado de la polémica suscitada por la construcción de aquella estructura de madera, la más grande del mundo.

—No se trata del diseño, el debate fue por la ubicación y, sobre todo, por lo costoso del proyecto. ¡Un disparate! Lo que pasa es que al final nos hemos acostumbrado a verlo; al principio resultaba chocante, tan raro y tan aparatoso, ahí en medio, en pleno casco histórico. ¡Para que luego digan que los sevillanos somos exagerados, y esto lo inventó un alemán!

Pese a todas sus pegas, el camarero reconoció entonces que el mirador que lo coronaba ofrecía unas vistas espectaculares de la ciudad desde diferentes ángulos.

—Yo les digo a los clientes que es uno de los mejores balcones de Sevilla. Y que aventaja a la Giralda en una cosa: desde Las Setas se puede ver la Giralda, que a la postre es el símbolo de la ciudad.

Dana cumplió con la preceptiva visita y, una vez arriba, deambuló por las

pasarelas y se asomó en cada esquina para maravillarse con las vistas. Sevilla era una ciudad preciosa, con todos sus inconvenientes, se dijo, aunque cada vez le costaba más recordar cuáles eran. ¿En qué llevaba años basando su animadversión hacia la capital andaluza? Por el momento, encontraba pocas cosas que no fueran de su gusto. Hasta el acento comenzaba a hacerle gracia, y los chascarrillos de Jaime y sus contertulios, cuyas lenguas estaban permanentemente afiladas para ofrecer una réplica ocurrente. La rapidez con que resolvían cualquier conflicto dialéctico era solo comparable a la que exhibía la locutora. Aunque siempre se consideró una privilegiada en el manejo de la palabra, en esos desayunos en el bar de Jaime estaba descubriendo que muchos de aquellos hombres, sin vivir dedicados a ello, serían perfectamente capaces de afrontar uno de sus programas en directo aportando jugosos comentarios que harían las delicias de sus paisanos, los madrileños.

Encontrarse a más de veintiocho metros de altura le otorgó una sensación de poder escalofriante. Ni Leonardo DiCaprio podría haber sido más rey del mundo que ella en ese instante, allí arriba, con Sevilla a sus pies. Como un vigía, se dedicó a seguir con la mirada a algunos de los que transitaban más abajo, y solo entonces recordó que entre aquella gente podía encontrarse Franco Noble, y que era de recibo regresar cuanto antes a la tarea de ubicarlo, ya que la primera semana llegaba a su ecuador sin una respuesta satisfactoria a sus pesquisas.

Muy cerca de las plazas de la Gavidia y San Lorenzo, en la emblemática calle Cardenal Spínola, dio por fin con el convento de Santa Rosalía. Las monjas capuchinas la recibieron con amabilidad y le explicaron que desde el año 2002 usaban la antigua casa del capellán como hospedería.

—Aquí paran muchos de los peregrinos que hacen el Camino de Santiago. Y en Semana Santa estamos al máximo nivel de ocupación.

Ajena a las exigencias de la Ley de Protección de Datos, la hermana refirió:

—No obstante, no hemos tenido alojado en los últimos tiempos a ningún escritor. Vino un viudo hace meses, un tal Adolfo Líndez, pero no con las características que usted me detalla.

Dana supo por la religiosa que en la calle Bustos Tavera había otro convento, el de Santa María del Socorro, que prestaba asimismo servicio de alojamiento a los viajeros.

—No hay mejores lugares para aislarse que nuestras casas. Son auténticos oasis de silencio y están bien situados. Pregunte allí, por si tiene mejor suerte.

La locutora se abstuvo de comentarle a la monja la opinión que le merecían los oasis de silencio de los que tan orgullosa se mostraba. Habría preferido dar con sus huesos en la cárcel antes que acomodarlos a una de esas celdas donde la palabra *aburrimiento* estaba escrita con letras doradas en la puerta. Después de agradecerle su ayuda, continuó la búsqueda.

Capítulo 9

Nazareno

Ni Santa María del Socorro ni el monasterio de San Clemente, adonde la enviaron las hermanas del convento, dieron sus frutos.

—Este es un lugar de oración y solo admitimos grupos que vengan de retiro y rezo —le aclaró la madre abadesa.

La noticia no la pilló por sorpresa. Hacía rato que había tirado la toalla. Comenzaba a dudar de su propia perspicacia para interpretar las pistas que Noble le ofrecía. Cansada, tuvo la tentación de parar un taxi y regresar al hotel para darse una hora de descanso. Pero la mañana pintaba demasiado bonita como para desperdiciarla y el reloj no marcaba aún las doce del mediodía. El plano indicaba que la alameda de Hércules, otro de los puntos emblemáticos de Sevilla, no se encontraba lejos. Y si había algo que Dana había descubierto de sí misma en los últimos días era que sentía un inconmensurable placer dejándose llevar por sus pies. En Madrid no podía hacerlo tan a menudo y empezaba a malacostumbrarse. Hacer turismo un día laborable suponía un incentivo a añadir.

Callejeó hasta dar con la zona. Enseguida se sintió atrapada por el ambiente y la singularidad del que era, según había podido leer en su guía, el jardín público más antiguo de Europa. Una plaza enorme, arbolada, de aspecto limpio y que se abría al cielo con vocación de abrazarlo. Había mucho de poesía en el cielo de Madrid. Pero el que le servía de techo en aquel momento era de un azul mucho más intenso. Poseía la fuerza, la profundidad de aquellos ojos azules que la habían mirado durante lo que se le antojó una eternidad la primera tarde en Sevilla, en el parque de María Luisa.

Había locales a ambos lados de la carretera y un palacete francés del siglo XIX, la Casa de las Sirenas, que daba cobijo a un centro cívico. Luego de permitirse un rato sentada en uno de los bancos de la alameda, reanudó la marcha. Sin percatarse, había conseguido permanecer allí como simple espectadora. El solo hecho la sorprendió sobremanera y sonrió al pensar en la cara que pondría Pepa si se enterara de que había sido capaz de permanecer más de diez minutos parada, disfrutando del desfile de personas que atravesaban el lugar con distintos destinos, igual que uno de esos jubilados que pasaban las mañanas en El Retiro. La despidieron un par de columnas que daban nombre a la plaza, en cuyos extremos se hallaban descansando las estatuas de Hércules y Julio César, quienes, de forma respectiva, fundaron y amurallaron la ciudad.

Era aproximadamente la una cuando atravesó El Corte Inglés, dando de bruces con la calle Alfonso XII. Justo frente a la puerta del centro comercial se levantaba la fachada de una iglesia. En aquel instante entraba un grupo de personas. Dana recordó la fama de «capillitas» que tenían los sevillanos y se preguntó qué tipo de acto irían a celebrar. Ninguno que le interesara, desde luego, ya que ella se declaraba atea confesa. En esto pensaba cuando, entre los fieles que allí se congregaban, le pareció distinguir una silueta familiar. ¿Era aquel tipo moreno con camisa almidonada y pantalones de pinza el mismo con el que había tropezado en el parque días atrás? Su corazón, hasta entonces tranquilo, comenzó a cabalgarle dentro del pecho.

Cruzó la calle para comprobarlo y terminó colándose en la iglesia donde estaba a punto de comenzar una misa. La muchedumbre le impedía localizar su objetivo; se colocó lo más estratégicamente que pudo, de forma que tuviera amplia perspectiva del recinto, y mientras los últimos asistentes terminaban de acomodarse elevó la vista para contemplar el interior de la capilla. Era bonita, tuvo que reconocer. Dos naves la constituían, cada una con un retablo presidido por una imagen religiosa. Una Virgen dolorosa, de rasgos finos y serena belleza, y un Nazareno de gran fuerza expresiva, una talla bastante

antigua, vestido con una túnica bordada ciertamente llamativa. A Dana le parecieron dos esculturas perfectas y no tuvo dudas de que formarían parte de esa nómina de imágenes que ostentaban el privilegio de integrar la Semana Santa sevillana. A la salida se interesaría por el nombre de los pasos, y quizás dedicara algún tiempo a investigar sobre la tradición cofrade. «Aunque solo como fenómeno sociológico», se justificó.

De pie, al fondo de la basílica, descubrió al chico de los ojos de cielo. El corazón le dio un vuelco cuando notó que él advertía su presencia. Si la reconoció o no fue algo que no pudo descifrar a partir de la expresión de su rostro, aunque cuando sus ojos se cruzaron los de él chisporrotearon con un brillo especulativo. Seguramente se estuviera preguntando si la había visto antes en alguna parte. Dana deseó acortar la distancia que los separaba y ponerse a su lado para responder a aquella pregunta implícita. Pero el sacerdote había iniciado la misa y las formas exigían mantener la compostura.

De mala gana permaneció en el banco que le había tocado, junto a una señora obstinada en carraspear cada vez que la locutora amagaba un cambio de postura. Los nervios empezaban a jugarle una mala pasada y se sentía próxima a convertirse en un cable eléctrico. A la dificultad de mantenerse relajada, Dana debía sumar su natural rebeldía, que la impulsaba a llevar la contraria a todo aquel que osase dirigirla en algún sentido.

Para no desesperar, se le ocurrió que, durante el tiempo que durase la ceremonia, se distraería en el análisis de las facciones del corredor, y a ello se dedicó desde aquel instante, hasta concluir que, sin resultar especialmente guapo, poseía un atractivo indiscutible. Ese día llevaba el cabello negro peinado hacia atrás. «Es un sevillano típico», se dijo con cierta aprensión, «de los de gomina y patillas interminables». Aquel día las llevaba cortas, pero a Dana le resultó fácil imaginarlo bajo el aspecto de un bandolero del Romanticismo. Fomentaba su impresión la barba de varios días, que le oscurecía las mejillas hasta procurarle el aspecto de un duro vaquero.

El escrutinio fue tan concienzudo que en un momento dado su protagonista

desvió la mirada hasta ella, y bajo los ojos de Dana se dibujaron repentinamente dos círculos del color de las amapolas. No obstante, más allá de este puntual detalle, su pose fue seria, circunspecta, el resto del tiempo; parecía luchar por concentrarse en el sermón que desde el púlpito ofrecía el párroco. Con todo, en el momento del saludo de la paz, el interés del desconocido por Dana se reanudó, incluso la obsequió, desde la distancia, con una sonrisa. Una sonrisa contenida, aunque lo bastante sincera como para que el efecto se alargara hasta sus ojos, dulcificando el mohín adusto que había mostrado todo el tiempo.

A Dana se le aceleró la respiración y sintió que le faltaba el aire. ¡Lo que daría en aquel momento por estar en cualquier otra parte, lejos del ominoso silencio de la capilla tan solo quebrado por el sacerdote, que retomaba ya la palabra! Quería devolverle la sonrisa; lo necesitaba, pero se lo habían impedido aquellas emociones incontroladas que no alcanzaba a identificar. Ahora era tarde, porque su chico de los ojos marinos, de un azul imposible, ya no la miraba a ella, sino que había devuelto la atención al altar y parecía tan concentrado que se hubiera dicho que aquella sonrisa de blancos dientes nunca existió.

El sacerdote llamó a la comunión de los fieles y estos improvisaron una fila para cumplir con el sacramento. ¿Podría usar la confusión como pretexto para aproximarse a él? ¿Se atrevería? ¿Cómo lo abordaría? La impertinente señora de al lado le pidió paso y Dana se vio obligada a moverse para facilitárselo. Apenas unos segundos empleó en esta tarea. Y al reubicarse y mirar hacia donde debía hallarse «su» chico comprobó con fastidio que ya no se encontraba allí. Lo buscó en la fila, y también a lo largo y ancho de la capilla. Incluso anheló que su corredor hubiese tenido la misma idea que ella y pronto ocupase el lugar que su compañera de banca había dejado. Pero aquello nunca sucedió.

La misa tocó a su fin sin que el misterioso hombre volviese a dejarse ver y, al salir, Dana se topó con dos cosas curiosas en el patio que daba acceso a la

capilla. La primera, una pequeña hornacina donde descansaba san Judas Tadeo, enterrado en velas que los fieles le ofrecían a cambio de la promesa de sus milagros; la segunda, una mesa donde yacían montones de estampitas de los titulares de la hermandad. A la Virgen y el Nazareno los acompañaban una imagen de san Juan Evangelista y otra de la Inmaculada, de notoria antigüedad.

—Disculpe —requirió a la señora de canosos cabellos, recogidos en un moño, que se sentaba tras la mesa—. ¿Cuáles son los nombres de estas imágenes y a qué paso pertenecen?

La mujer le regaló una sonrisa condescendiente.

—No es usted de aquí, ¿verdad? —comentó de forma retórica—. Pues mire, esta es María Santísima de la Concepción, y aquí tiene a nuestro Padre Jesús Nazareno —explicó mientras los señalaba—. San Juan y otra Inmaculada, que fue donada por los franciscanos. Y pertenecer, no pertenecen a ningún paso, sino a una hermandad, que es la nuestra, y que es la Hermandad de los Nazarenos de Sevilla.

—Ah, muchas gracias.

—¿No se lleva una estampita?

Dana se sorprendió ante la propuesta.

—Tenga —dijo la mujer al tiempo que le alargaba una fotografía del Nazareno—. Esta se la regalo yo, con mucho gusto. Llévela siempre consigo, la protegeré. —Dana extendió la mano de modo automático—. Si alguien le pregunta, dígame que es el Cristo de la Cofradía del Silencio, que es como la conocemos los sevillanos.

A la locutora se le paralizó el cuerpo.

—¿Ha dicho «del Silencio»?

—Había oído hablar de nosotros, ¿verdad? Es que somos una de las hermandades más señeras. De las más serias. Vale la pena ver la cofradía en la calle. Si tiene oportunidad, véngase en Semana Santa y no se la pierda. La impresionará.

De hecho, Dana estaba impresionada, pero por otros motivos. Cerró la

mano sobre la fotografía y salió escopetada de allí, preguntándose si habría estado cerca de Franco Noble sin sospecharlo. La posibilidad le disparó la adrenalina, y no se detuvo hasta llegar al hotel, donde la esperaba su portátil. Sentía unas ganas horribles de gritar. Había perdido la cuenta de las horas que llevaba en soledad, las mismas que había pasado con la boca cerrada, lo que para ella resultaba antinatural. Debía llamar a Pepa, o a Rafael. Le sobraban las excusas para permitirse un monólogo con cualquiera de ellos y sofocar el mono de hacerse escuchar que hacía que le picara la lengua.

En cambio, pasó la siguiente hora investigando sobre la Hermandad del Silencio y sus peculiaridades. Casi logró esquivar el pensamiento que con irritante perseverancia la reconducía hasta el interior de la capilla, donde una sonrisa tan tibia como el sol volvía a calentarle la sangre una y otra vez.

Capítulo 10

Tía Ani

—¡Pasa, no te quedes ahí como un pasmarote! —lo animó tía Ani con ese tono rudo que la caracterizaba y que evocaba a la disciplinada maestra que había sido. Acto seguido giró su silla de ruedas, dándole la espalda. Utilizando ambas manos con movimientos briosos la guio hacia la salita, sin preocuparse por que su sobrino pudiera o no seguirla.

Franco se introdujo en la vivienda y caminó en pos de la mujer. Cada vez que estaba con ella tenía la sensación de volver a convertirse en el niño pequeño al que su tía regañaba. Ani tuvo siempre un carácter de los mil demonios y continuaba siendo, a pesar de la enfermedad, o con mayor motivo tal vez, genio y figura.

—¡Qué emperifollado te has puesto! ¿De dónde vienes? —preguntó la mujer una vez que se detuvo, mirándolo con fijeza a los ojos. Los suyos eran claros también, y capaces de someter con su escrutinio al delincuente más esquivo—. Parece que te ha lamido una vaca —agregó disimulando una risa.

Ani arqueó una ceja y esperó una respuesta que jamás llegaría. No terminaba de acostumbrarse a aquel silencio en el que se había sumido su sobrino en los últimos tiempos.

—Últimamente te has vuelto demasiado misterioso —lo reprendió.

Franco había puesto la mirada en sus labios, que eran carnosos y sensuales. Cualquier chica joven mataría por tener unos labios así de bonitos. Se dijo que su tía era una señora muy bella; ni el paso del tiempo ni los avatares de la vida le habían restado a tía Ani un ápice de su personalidad arrebatadora. Lástima que ese mismo fuego la estuviera consumiendo por dentro. ¡Tanta energía y

verse abocada a una silla de ruedas! En opinión de Franco, Ani necesitaba salir, conocer a alguien. No le gustaba verla sola.

—Siéntate, anda —le ordenó ella señalándole el sofá—. Hace unos cuantos días que no vienes a verme y te echaba de menos. Se me pega la lengua al paladar.

Franco no pudo evitar sonreír. Si había algo imposible en este mundo, eso era ver callada a tía Ani. Seguro que se las había ingeniado para charlotear con alguien. En la cola de la panadería, en el banco o en aquel club de lectura al que acudía una vez por semana. Ni una mordaza de hierro le hubiera impedido hacer uso de la palabra.

—Estaba molesta contigo, por abandonarme tanto tiempo. Pero ahora que te miro, con esa carita de no haber roto un plato, me dan ganas de comerte a besos. Siempre has sido un tunante, Manuel —aseguró llamándolo por su nombre de pila—. Pero no abuses de mi paciencia —advirtió levantando un dedo—, que hasta el santo Job tuvo sus crisis de fe, aunque la Biblia no lo reconozca. ¿Has traído los ejemplares firmados? —preguntó pasando a otra cosa.

Franco abrió la mochila, que había dejado junto a él, y extrajo unos cuantos ejemplares de *Hablar con las manos*. Luego de ordenarlos, se los tendió a su tía.

Ani echó un rápido vistazo a las dedicatorias y exclamó encantada:

—¡Mis chicos del club de lectura se van a volver locos! No sabes cuánto te admiran, ¡eres su ídolo!

Franco cabeceó. Le costaba asimilar tanto interés. Cuando escribió el libro, lo hizo como terapia y no con la pretensión de que se convirtiera en un *best seller*. Ahora tenía que enfrentar aquellas muestras de entusiasmo, que le recordaban de continuo el fraude en el que se había convertido.

—¡Están deseando conocerte, Manuel! —exclamó su tía agravando así la sensación de malestar que lo acuciaba—. Si pudieras sentarte con ellos, explicarles por qué escribiste lo que escribiste y darles algunos consejos... —

Ani reparó en el ceño de Franco, repentinamente fruncido, y alargando la mano tomó las de su sobrino entre las suyas—. Ha pasado mucho tiempo, hijo. Debes aceptarlo y seguir adelante.

Franco negó con la cabeza. Era mejor así, y nada lo convencería de lo contrario: su decisión de mantenerse en el anonimato era irrevocable. Había vivido situaciones desoladoras: burlas, incomprensión. Nadie lo sacaría de su madriguera, donde se había recluido de modo voluntario y se sentía muy a gusto. Ni siquiera una locutora de piernas torneadas y mirada desafiante.

—Me da lástima pensar en el hombre que eras y ver en lo que te has convertido —aguijoneó tía Ani—: Un acomplejado. Es tiempo de que asumas tus defectos y des la cara. Sé valiente. Por si no lo recuerdas —declaró con voz grave—, no eres el único que ha sufrido un revés en la vida. Agradece al destino haber salido bien parado, después de todo. Hay quien ya no puede contarlo, y tú, sin embargo, sigues vivo. ¡Deja de lamentarte y disfrútalo!

Franco sabía que Ani llevaba toda la razón. Era joven, había sido golpeado en su orgullo, pero las oportunidades se las creaba uno mismo, con fuerza de voluntad y buena actitud. Eso era, al menos, lo que Franco Noble cantaba a los cuatro vientos. Otra cosa es que Manuel creyera las bobadas que su *alter ego* defendía.

—Yo misma tengo que luchar contra la adversidad todos los días. ¿Tú crees que resulta fácil pasearse en esta silla? Por lo menos trato de echarle ganas. ¿O te gustaría verme hecha una piltrafa, como te ves tú?

A Franco le nació un deseo vehemente de responder a su tía con un exabrupto. ¿Así que una piltrafa, eso era lo que pensaba de él? Enojado, comenzó a ponerse en pie, pero Ani lo detuvo con una mano de acero.

—No puedes huir siempre. Aunque te escondas de los demás, jamás podrás hacerlo de ti mismo —decretó—. Siéntate ahí mientras voy a la cocina a prepararte un cafelito. Y quién sabe..., tal vez, si te chantajeo con uno de esos pastelillos de hoja que tanto te gustan, te animes a preparar alguna otra cosa para el grupo.

Después de esto, lo dejó solo con sus pensamientos, que no eran precisamente halagüenos. Para relajarse echó mano de su teléfono móvil y escribió un mensaje.

Capítulo 11

Rojo es el color del amor

El mensaje

El mensaje es el objeto de la comunicación, hasta aquí, la definición oficial. Pero ¿qué significado tiene el mensaje en este nuevo código que planeamos implantar para comunicarnos? En medio del silencio, ¿cuál es la información que nos gustaría transmitir? Si quiero decirle algo a alguien que me importa, debería escoger con cuidado los elementos que conformarán mi mensaje, de forma que no genere confusión. Llenarlo de contenido y cuidar ese contenido al mismo tiempo.

En la actualidad, con la proliferación de las redes sociales y el uso de la tecnología como medio de comunicación fundamental (a veces el único), ocurre demasiado a menudo que el mensaje se presta a malas interpretaciones. La inmediatez con la que el mensaje es transmitido hace a su vez más dificultosa la labor de subsanar posibles errores. Una vez emitido, corregirlo conlleva una serie de molestias no siempre asumibles. Vivimos en la era de la prisa: todo se hace con celeridad, nos falta tiempo y queremos ser tan expeditivos que lanzamos las balas sin haber precisado el objetivo. El modo de relacionarnos provoca que todo ocurra de una forma más impersonal. El impacto del mensaje también es más grande, ya que resulta difícil controlar el número de personas a las que se está accediendo.

Hoy vengo a reivindicar la importancia del mensaje tradicional. Quiero defender la necesidad de dejar a un lado el teléfono móvil, el ordenador. Cambiarlos por una herramienta mucho más rudimentaria y al tiempo más poderosa. Porque nada es comparable al cuerpo como instrumento de intercambio.

La expresión corporal nos abre un mundo de posibilidades. ¿Quieres hacer llegar un mensaje? ¿Buscas hacerte entender a la primera, sin afrontar esos problemas en la comunicación tan característicos de los medios modernos? Usa lo que la naturaleza te ofreció de modo tan generoso. Hazte entender sin necesidad de palabras. Hazte valer de un gesto y expón tus ideas, tus necesidades, manifiesta qué expectativas tienes respecto de la otra persona. Eso también es quererse, y ya sabes lo importante que resulta quererse para alcanzar el equilibrio. El segundo paso en la teoría de la piel es ese: después de conocerse y amarse, uno debe atreverse a pedir lo que le falta. Y a dar lo que le sobra.

Y aquí llega el ejercicio que debes llevar a cabo: piensa en una persona e imagina que la tienes al lado: ¿qué te gustaría decirle?, ¿cuál sería el mensaje que querrías hacerle llegar? Conviértete en un mismo acto en emisor y receptor de tu mensaje. ¿Cómo te las ingeniarías para contarle/te sin palabras lo que hace tiempo necesitas contarle/te? ¿Te hizo daño? Muéstraselo con una mirada reprobatoria, araña la piel. ¡No me mires con esa cara y hazlo! ¿La amas, pero nunca te has atrevido a decírselo? ¡No esperes más! El momento es ahora: toda la vida es ahora, que decía Machado. Envuélvela con tus brazos, acaríciala. A veces solo tenemos una oportunidad, y sería una locura desaprovecharla.

—*El rojo te sienta bien.*

Dana había estado tomando una ducha y no escuchó el pitido de su teléfono móvil, que indicaba que había recibido un mensaje. Media hora después, luego de haberse secado, peinado y puesto cómoda, se tumbó en la cama para descansar. Recordó que hacía rato que andaba desconectada y una sensación vertiginosa le recorrió la columna vertebral. ¿Y si la hubieran requerido de la emisora? Hacía tiempo que no se comunicaba con Rafa, ¿habría querido preguntarle cómo iban las averiguaciones? ¿Tendría una nueva pista para dar con el paradero de Noble?

Se levantó y sacó el aparato del bolso mientras se regañaba a sí misma por haberse permitido un descanso. No había llamadas, pero sí estaba activo el redondeado icono de Messenger, que flotaba por la pantalla mostrando la portada de su libro de cabecera. Leyó y compuso una expresión de sorpresa. El maldito Franco Noble la estaba siguiendo, y la idea no le era grata.

—*¿Me has puesto un detective?*

—*El cazador, cazado —respondió él casi al instante.*

—*Me estremezco solo de pensar que andes detrás de mí, a hurtadillas, como un vulgar ladrón.*

—*¿Crees que podría caer tan bajo? —añadió un emoticono con expresión enfurecida.*

—*No te conozco, ni siquiera sé tu nombre. Puedes ser un psicópata, un*

demente. Un asesino.

—¡Para el carro, chica! Tantas cosas a la vez, no me veo capacitado. Si acaso puede acusárseme de algo, sería de estar un poco loco, como el resto de los mortales.

—Ya. Y entonces, ¿por qué te dedicas a seguirme?

—Te diría que para asegurarme de que no eres una fan ida de la olla que quiere aprovecharse de mí...

—¡Qué más quisieras!

—... o una escritora frustrada que me odia y quiere acabar conmigo...

—Ja, ja.

—O tal vez desde que me enviaste esa fotografía he caído rendido a tus pies.

—Prefiero ser una escritora envidiosa.

—Para liberarte de estrés, confesaré cuanto antes mi delito: encontrarme en el sitio adecuado en el momento justo.

Dana se quedó mirando la pantalla con estupefacción. ¿Se trataba de una coincidencia, o es que había interpretado la pista que Franco le había dado del modo correcto? Y, de ser así, ¿en qué lugar habría puesto el destino una cruz? ¿Quizás en los alrededores de alguno de los conventos, o había resultado la parroquia de la calle Alfonso XII el punto de encuentro, sin sospecharlo?

Recorrió mentalmente el interior de San Antonio Abad con la esperanza de dar con un rostro que se ajustara a las características de Franco Noble: un hombre joven, de unos treinta y cinco años, tal vez más. Alguien capaz de escribir el libro más vendido de todos los tiempos. En la trayectoria se cruzaron unos ojos del color del mar, y entonces lo vio: cabello oscuro, una sonrisa a medias y expresión cautelosa. La posibilidad hizo que se le parara el corazón.

—¿Estabas en esa iglesia del centro, después de mediodía?

Franco escribió unos cuantos interrogantes, y después:

—No sé a qué iglesia te refieres. Te vi esta mañana, frente a la catedral. Te reconocí por la foto. Estabas ensimismada, haciendo turismo, y no me pareció bien interrumpirte. Así que seguí mi camino.

Dana experimentó una decepción extraña. La imagen del corredor se desvanecía. Debía de estar volviéndose neurótica. ¿Asociar aquel tipo engreído con el joven deportista de sonrisa arrebatadora?

—¿Me permites que te diga que eres bonita? —Franco interrumpió el hilo de sus pensamientos, devolviéndola a la realidad: ¿le estaba dedicando un cumplido? Él era un escritor de élite, demasiado orgulloso de sí mismo. Y ella lo detestaba. Debían limitarse a las pautas establecidas. Un intercambio de impresiones personales no entraba en los planes de la locutora.

—¿Estás flirteando conmigo?

—Tal vez.

—Te arriesgas demasiado.

—¿Qué es la vida sin riesgo?

—Si estás dispuesto a arriesgarte de veras, da la cara, Franco Noble — lo retó.

Hubo unos minutos de silencio, hasta que Franco volvió a escribir.

—Ha sido un buen truco, reportera. Pero no soy un chico fácil.

—¡Ni que lo jures!

—Te voy a regalar otra pista, por si te interesa: el martes por la mañana estaré haciendo un recorrido por la historia.

Regresaba el auténtico Franco Noble: el inaccesible, el misterioso. Aquel atisbo de un Franco entregado, dispuesto a halagar y a convencer, se había esfumado. En parte a causa de su propia necesidad. Había vuelto sobre el tema de su identidad, obligándolo a replegarse en sí mismo.

—No sé si me apetece jugar este juego. No me parece justo. Tú sabes muchas cosas sobre mí. Llevas ventaja. Yo en cambio no conozco al auténtico Franco, el que se oculta bajo unas cuantas páginas llenas de promesas vacías.

—No son promesas vacías. Yo creo en lo que promulgo.

—De cualquier forma, me lo pones muy difícil.

—Te rindes pronto, princesa. En ese apartado biográfico de la web de tu cadena cuentan que eres una guerrera sin precedentes.

—Lucho cuando vale la pena. ¿Merece la pena?

—Eso debes decidirlo tú. Puedes librar esta batalla o regresar a Madrid con las manos vacías.

Dana ahogó un grito de indignación. ¿Ahora se había convertido en su guía espiritual? ¿Pretendía involucrarla en su juego, marearla de un lado para el otro con el único propósito de divertirse a su costa?

—El martes... —porfió el escritor.

Los labios de Dana se fruncieron y una mueca de disgusto se adueñó de su rostro.

—Si vuelvo a casa tal y como llegué, ese no es tu problema. Para tu información, estoy disfrutando de Sevilla. Así que no te des tantos aires. Y, por cierto: ni eres Franco, ni eres Noble.

Dicho esto, se desconectó.

Capítulo 12

Un paseo junto al río

—*Buenos días, ¿cómo está la locutora maj disharashera de mi Sevilla de mi arma?*

—¡Rafa! Pareces un troglodita. ¡Los sevillanos no hablan así! Y, en todo caso, no cecean: sesean.

—Vaya, sí que te estás adaptando bien. Pero, cuenta: ¿has dado con él?

—Digamos que ha sido él quien ha dado conmigo.

—¿En serio? ¿Lo has visto, cómo es?

A Dana se le escapó un bufido, algo parecido al resoplido de un oso furioso.

—No lo he visto, pero hemos hablado. —De alguna manera, así había sido.

—¿Le has planteado la posibilidad de una entrevista? ¿Cuál ha sido su respuesta?

—Todavía no. Estamos yendo poco a poco.

—¿Poco a poco? ¿Qué sois, un par de enamorados? —La irritación hizo que a Dana le ardieran hasta las pestañas.

—¿Prefieres venirte tú? —lo desafió sin apenas controlar su temperamento —. Tal vez lo harías mejor que yo, o eso crees, ¿verdad?

—Necesitamos resultados —expuso Rafael sin contemplaciones—. Telma ha subido otro punto, nos está dejando KO.

—Me envías a una ciudad de casi setecientos mil habitantes con un puto libro y una sospecha como únicos indicios. ¡Es como buscar una aguja en un pajar!

—Te queda una semana. ¡Aprovéchala! Abórdalo directamente. Ve a por él,

convéncelo.

«¿Que vaya a por él?»

—Puedo tratar de secuestrarlo, meterle palillos debajo de las uñas, someterlo a unas cuantas descargas eléctricas —respondió Dana con ironía—. ¡Pero antes mándame la bola de cristal para que pueda localizarlo!

Al otro lado de la línea, Rafael inspiró profundamente.

—Sí, lo sé: te pido demasiado —reconoció bajando un par de tonos—. El caso es que nos están presionando desde arriba.

—¡Pues que les den morcillas!

Durante el rato que siguió, Rafa se disculpó por haberse mostrado tan exigente, y Dana, que no tenía un ápice de rencorosa, se animó a contarle los pequeños avances que había hecho y cómo Franco le iba presentando retos para que ella lo encontrara.

—Es como jugar al ratón y al gato.

—Pues entonces recuerda la canción: «Ratón, que te pilla el gato, ratón, que te va a pillar, si no te pilla esta noche, mañana te pillaré» —canturreó el director de programas—. En algún momento va a cometer un error. Y yo confío en ti, Dana. Ese tipo bajará la guardia y ahí estarás tú, acechando, preparada para caerle encima. Y, por cierto, ¿qué tal pinta Sevilla, te *suliveya*?

—Digamos que no está mal.

Rafael dejó escapar una risotada.

—Al final vamos a tener que sacarte de ahí a la fuerza. Me parece que le estás cogiendo gusto.

—No digas chorradas, Rafa —se apresuró a oponer ella—. Y déjame, que estoy trabajando. Es domingo. Seguro que se te ocurren montones de cosas más divertidas que hacer que charlar conmigo: descansa, disfruta en familia. No sé..., ¡haz algo!

—Yo jamás descanso, deberías saberlo. Y en cuanto a tu segunda propuesta, te diré que familia y disfrutar no caben en la misma frase. Son

inmezclables.

—Se dice incompatibles, Rafa —lo corrigió entre risas.

—¿He dicho algo gracioso? —inquirió él un tanto mosca.

—Es que me has recordado a un amigo que he hecho por aquí —dijo Dana pensando en Jaime y sus bromas sobre la felicidad conyugal.

—Vale, vale. Tú sigue integrándote, pero no olvides que no estás en un viaje de placer.

—No te oigo, Rafa. Hay interferencias —mintió forzando unos sonidos guturales—. ¡Hablamos mañana, o pasado! —chilló—. Ya te llamo yo.

Colgó el teléfono y agarró el bolso. Estaba ansiosa por salir. Sevilla la esperaba fuera como un manojo de promesas por cumplir. Había programado una excursión en torno al río. Según había leído, existían varios paseos en paralelo al agua que valía la pena recorrer. Además, estaban los monumentos: la Torre del Oro, la plaza de toros y el teatro de la Maestranza, el puente de Isabel II y el mercado de la Lonja del Barranco, entre otras joyas visitables. Ya sentía el gusanillo del turista, esa expectación del que abre por primera vez los ojos a algo.

En los últimos tiempos no se había permitido muchos viajes. Andaba demasiado ocupada organizando el material para el programa. Además, estaba el asunto de la mudanza. Romper con Carlos le había supuesto dejar el piso que compartían para instalarse con Candy. Podría haber buscado cualquier apartamento para ella sola, pero Dana odiaba la soledad. Vivía rodeada de personas las veinticuatro horas del día: en la emisora, en casa, en cualquier sitio o momento necesitaba sentirse acompañada. En realidad, aunque jamás lo admitiría, se sentía aterrada. Tenía miedo de enfrentarse consigo misma. De chocar con sus pensamientos, con sus emociones. De descubrir que su existencia no estaba tan llena como hacía ver a los demás.

Con todo, en los últimos días las circunstancias habían obligado a la locutora a pasar el tiempo en soledad, y comenzaba a acostumbrarse. No le era desagradable aquella sensación desconocida de calma, ajena a la necesidad de

llenar las horas con una rutina agotadora. No depender de la opinión de otros, de sus deseos, sino escoger por sí misma, en función de sus necesidades e intereses, resultaba refrescante.

Las puertas mecánicas del hotel le dieron paso tras saludar al chico de la recepción, quien le devolvió una sonrisa admirativa.

—El sol de Sevilla le está sentando bien, se ve muy guapa. —La sorprendió su piropo, por inesperado, y se ruborizó a pesar de la seguridad en sí misma que solía manifestar.

—¡Muchas gracias!

El día había amanecido algo más cálido, en comparación con los anteriores. Se diría que el aire estaba cocido, y Dana se había puesto un vestido veraniego para ajustarse a las imposiciones del cambio climático. De repente le apetecía convertirse en una turista más, hacer las cosas que se esperan de ellos: acudir a los lugares establecidos, meterse en los restaurantes recomendados en las guías y degustar los platos típicos, hacer fotos a diestro y siniestro, comprar *souvenirs*, aguantar colas kilométricas para acceder a los monumentos; cumplir, en definitiva, con los tópicos.

Bordeó el río desde el muelle de Nueva York hasta el Palacio de San Telmo. Había barcos que realizaban rutas turísticas y se propuso subir a alguno de ellos antes de regresar a Madrid. Se asomó al agua desde el puente y tomó unas cuantas fotos para enviárselas a Pepa. El paseo tenía una pérgola y zonas ajardinadas, y eran muchos los que hacían deporte por allí o llevaban a sus perros a disfrutar de unos momentos de recreo. Se dijo que a Cuca le hubiera encantado posar sus patas en la arena o darse un remojón en alguna de aquellas fuentes.

Desde el paseo se divisaba la Torre del Oro, y también Torre Sevilla, conocida popularmente como Torre Pelli, otra de las últimas adquisiciones arquitectónicas incorporadas a la ciudad y que la arrastraban hacia una evolución forzosa. En la Puerta de Jerez se topó con un mercadillo de artesanía, y allí se detuvo a adquirir obsequios para Pepa, Candy e incluso

Cuca. Había unos peluchitos con formas de animales y pensó que a la perrita le encantarían. Para Pepa compró un pañuelo de seda pintado, y a Candy le llevaría uno de esos libros en miniatura que constituyen auténticas obras de arte. Por un momento le molestó el gentío. Había excursionistas que acababan de apearse de sus autobuses e invadían el entorno, y Dana se dijo que le hubiera gustado recorrer los puestos con más holgura. Se sorprendió de su propia reflexión.

Cargada de regalos, continuó su camino, todavía cerca de la margen del río, por el paseo Marqués de Contadero; después rodeó la Maestranza y se adentró en el barrio del Arenal. Aquel olor a primavera iba y venía: según había comentado el jubilado que frecuentaba el bar de Jaime, se trataba del azahar, la flor del naranjo, tan característica de la primavera sevillana, y tenía su explicación y causa en la doble floración provocada por las altas temperaturas. En los árboles habían aprendido a convivir la fruta y la flor. Compartían espacio. Y, aunque resultaba antinatural y causaba un poco de desasosiego el hecho de que el calor se alargara ahora hasta bien entrado el otoño y provocara aquellos fenómenos extraordinarios, a Dana le entusiasmaba la posibilidad de empapar sus fosas nasales con el perfume representativo de la ciudad.

El aroma a azahar la acompañó hasta el puente de Isabel II, estructura de hierro y piedra, herencia parisina del XIX. Lo cruzó deleitándose en el reflejo de las aguas verdosas, asaltadas por familias de patos, piragüistas y remeros y barcas de recreo que surcaban el río hacia cualquier parte. Antes de llegar al Altozano, la entrada oficial al barrio de Triana, se detuvo a admirar una pequeña capilla de ladrillo visto y cerámica en cuyo interior se veneraba un cuadro de una Virgen sedente, abrazada al Niño.

—La capillita del Carmen, «el Mechero» de Triana, que la llamamos — sintió una voz a sus espaldas.

Era Jaime, con su mujer y sus tres niños, todos arreglados de domingo. A Dana le agradó aquel rato de charla y la improvisada lección de historia que

el camarero le regaló a continuación.

—Justo al lado tienes el castillo de San Jorge, símbolo de la Inquisición, que también es visitable. Y el mercado de Triana; aunque hoy te encontrarás los puestos cerrados, hay bares funcionando dentro. Precisamente íbamos a tomar una tapita, ¿te animas? —ofreció tras presentarla a su familia.

Después de repartir la vista entre los más pequeños del clan, Dana declinó la invitación y explicó que ya había hecho otros planes. Presumía que aquel trío no debía de ser tan formal como aparentaba, y como ya no la dominaba aquel sentimiento angustioso que le encogía el estómago cuando carecía de compañía, ni sentía la necesidad imperiosa de rodearse de ruido, prefirió seguir su camino en solitario. Aún le quedaban rincones por recorrer antes de pararse a comer algo, se excusó. Y quedó en ir a desayunar cualquier mañana a la cafetería donde Jaime trabajaba.

Triana se le antojó un barrio lleno de encanto, pletórico de gente y entusiasmo callejero. Sola como estaba, se dio la oportunidad de observar con atención y fijarse en los detalles. Fue leyendo las placas cerámicas que contaban la historia y peculiaridades de aquella margen del río, sus antecedentes flamencos y alfareros. Las horas volaron, y era tarde cuando regresó al hotel. El sueño la sorprendió acomodada en el sillón, con la ropa de calle todavía puesta.

—*Te recuerdo que pasado mañana tenemos una cita con la historia.*

El mensaje de Noble la obligó a abrir los ojos y, refunfuñando, volvió a colocar el teléfono móvil sobre la mesita de noche. Ya le contestaría más tarde..., o no. Y respecto a lo de seguir la pista que le proporcionaba, lo decidiría cuando amaneciera.

—*He puesto tu foto como salvapantallas y me estoy volviendo adicto al móvil —insistió él.*

Sin poder evitarlo, Dana esbozó una sonrisa. Era un mentiroso, pero se le daba bien coquetear.

«¡Cómo te gusta jugar, Franco Noble!», reflexionó para sí.

—Si te atreves a acosarme, estás muerto —escribió con una mueca burlona acomodada en el rostro.

Luego volvió a cerrar los ojos, con la expresión de un perro al que acabaran de ofrecer un sabroso hueso: sería una rival a la altura. Ya tenía reservado algún as en la manga con el que estaba más que animada a ganarle la partida.

Capítulo 13

Verde es el color de la esperanza

Cuando era niño, Manuel solía visitar el museo de Bellas Artes con tía Ani. A Ani le fascinaba la cultura, y el museo resulta una fuente inagotable de conocimiento. Tenía doce años cuando el establecimiento reabrió sus puertas tras someterse a una notable reforma. Manuel se sentía mayor e importante acompañando a su tía por las diferentes salas, empapándose de las explicaciones que le solía regalar. Había auténticos tesoros pictóricos, y él era muy consciente de ello. Pero lo que fascinaba a Manuel por encima de todo era el recinto. En el interior se respiraba una calma única, característica de los antiguos claustros, y el niño que era, amagando mañas del adolescente que estaba llamado a ser, sentía el privilegio de compartir aquel momento de adultos con la mujer a la que admiraba sobre todas las cosas, lejos de esas actividades banales en que solían ocupar el tiempo sus amigos.

—Antiguamente fue un convento, el de la Merced —le explicaba su tía—. Pero la orden que lo ocupaba tuvo que marcharse al sufrir la desamortización de Mendizábal. —Manuel había leído sobre ello en los libros de historia, por lo que no preguntó el significado de aquella palabra que sonaba a liberación, pero entrañaba apropiación y expolio indiscriminado de bienes—. El museo fue creado como «museo de pinturas» con, sobre todo, las obras de arte arrebatadas a la Iglesia. De haberse conservado, porque la mayoría de ellas fueron malvendidas o robadas, o se perdieron en los saqueos durante la invasión francesa de principios del XIX, el museo de Bellas Artes de Sevilla sería hoy una de las pinacotecas más grandes del mundo.

Aquello fascinaba y hacía reflexionar al Manuel niño; su imaginación

volaba hasta los cuadros que podrían haber contemplado sus ojos, obras de arte que estarían, en cambio, repartidas por Dios sabe dónde, si es que aún existían. Los objetos tendían a deteriorarse cuando no recibían los cuidados pertinentes; y lo mismo les ocurría a las personas, pensaba a menudo Manuel. Antes de que una enfermedad degenerativa la postrara en aquella silla de ruedas, Ani había sido mucho más alegre. Ahora ya no sonreía tan a menudo, pero la fuerza de su carácter la mantenía activa, con ganas de seguir peleando y siempre lista para entablar una batalla si el oponente y las circunstancias lo requerían. En aquel sentido la envidiaba: él se había rendido mucho antes del primer asalto. A veces sentía que no era digno de compartir apellido con ella: la hermana de su padre habría dado la cara y viviría la vida que le había tocado en suerte, en lugar de inventarse otra.

Pero él no era Ani: no estaba hecho de la misma materia. Se había acostumbrado a convivir con la mentira y a echar a un lado cualquier clase de remordimientos. De haber tenido el empuje de su tía, aquella mañana no habría permanecido escondido mientras esperaba la llegada de la locutora. Seguro de que ella sabría interpretar el enigma, y también de que acudiría a la cita, Franco se mantuvo al acecho, parapetado tras un periódico, sentado en uno de los bancos repartidos por la plaza del Museo. Los árboles lo cobijaban del incipiente sol, pero no de la mirada reprobatoria de Murillo, quien, desde su atalaya de piedra, parecía condenarlo por su cobardía. «Quién dice que tú no hubieras hecho lo mismo de encontrarte en mi situación», le espetó, como si la estatua pudiera escucharlo. Luego devolvió la vista a la puerta de entrada del museo y aguardó durante unos cuarenta y cinco minutos, hasta que el latido de su corazón le reveló que había llegado el momento: Dana estaba a punto de atravesarla, con ese brioso caminar que definía su carácter resuelto. Venía enfundada en unos pantalones vaqueros que acentuaban la curva de sus caderas, y una sencilla camiseta verde se ajustaba a sus senos de forma alentadora. Se había recogido el cabello en una coleta, y las gafas de pasta resbalaban por su nariz dándole un aire distraído.

Franco reprimió de inmediato las ganas de seguirla. Contó hasta cien antes de abandonar el banco, lanzar el periódico a la papelera más próxima y arrastrarse hasta el edificio como el gusano en el que se había convertido. Los nervios se le agarraban a la boca del estómago y le temblaban las rodillas. Una mezcla de temor y necesidad de ser descubierto le helaba hasta los huesos. Una vez que se vio en medio de las columnas que flanqueaban el acceso a la colección, se detuvo en seco: acababa de traer un recuerdo a su memoria, un recuerdo del único día que tuvo esa misma sensación, como si todo su organismo fuese un flan a punto de deshacerse. Fue el día que vio por primera vez a Sara, la que había sido su novia durante más de seis años. Seis años, siete meses y veintiún días, para ser exactos. Necesitó tomar aire porque había experimentado una profunda náusea. Luego de llenar sus pulmones, se armó del poco valor que le quedaba y se introdujo en el vestíbulo, en pos de aquella chica pizpireta capaz de devolverle la esperanza.

Un recorrido por la historia... ¿Qué lugares permitían un paseo por la historia? Podría tratarse de una ruta turística. Últimamente se estilaba organizar aquella clase de actividades, aderezadas con cualquier incentivo, y la propia Dana había tenido ocasión de leer en el panel informativo de la recepción del hotel un nutrido grupo de ofertas al respecto: rutas de leyenda, la Sevilla cofrade, la Sevilla flamenca. La misteriosa, la fantasmagórica, la judía, la mora. La Sevilla del Guadalquivir, la de los barrios. El abanico de posibilidades era infinito, pero Dana llegó a la conclusión de que alguien que esquivaba el ruido y gustaba de la soledad rehuiría esa clase de planes. Eso quedaba para los grupos habituales que interactuaban entre sí y atendían a las explicaciones de un guía turístico ducho en la materia. Pero no casaba con el ermitaño por el que tenía a Noble. Por el mismo motivo, descartó la presentación de un libro de historia de la ciudad que se celebraría la mañana del martes en una institución sociocultural sevillana de renombre.

Un recorrido por la historia... ¿Qué planes relacionados con la historia se podían llevar a cabo una mañana laborable en Sevilla? ¿Qué monumentos o

lugares se podrían visitar que supusieran un encuentro con el pasado? Una exposición, un museo... ¡Un museo! El presentimiento de que había dado en el clavo fue igual que un pellizco en la caja torácica. Contuvo la excitación del descubrimiento mientras se dirigía al bar de Jaime a desayunar. ¿Cuántos museos había en Sevilla y por cuál debía comenzar? Una rica tostada, con aceite de oliva virgen y rodajas de tomate, y un café cargado le refrescarían las ideas.

—Le ponemos también jamoncito, ¿verdad? —Jaime se veía especialmente contento, y Dana supo que esperaba a que ella le preguntase cuál era la razón de su buen humor. No tenía costumbre de indagar en las vidas ajenas, pero al camarero se le notaban las ganas de gritar a los cuatro vientos lo que quiera que fuera que lo tenía más entusiasmado que un perro con dos colas. A la fuerza iba a tener que acomodarse a ese torrente de extroversión del que hacían gala los sevillanos—. A Reyes la han seleccionado para participar en las olimpiadas matemáticas de primaria —se desahogó al fin el hombre una vez que la locutora lo animó a revelar el secreto de aquel resplandor que le alegraba el rostro.

A Dana le pareció un detalle encantador que alguien manifestase un estado de felicidad absoluta por algo tan simple, el hecho de que su hija de ocho años se hubiera clasificado para realizar las pruebas de un concurso provincial. Si hubiese ganado el premio al mejor camarero de España, seguramente no se hubiera mostrado tan eufórico.

Lo reclamaron en otro punto de la barra, y Dana tuvo que guardarse las ganas de preguntarle por la ubicación de los distintos museos y su contenido. Tampoco estaba el jubilado con quien solían departir, de modo que, mientras se decidía a consultar todas sus dudas en el móvil, agarró un diario que yacía sobre la barra para entretener el tiempo.

—Este periódico es de ayer —comenzó a decir, fastidiada, pero se le cortó la voz al descubrir, entre las fotografías de portada, una cuyo pie de página rezaba: «Máxima afluencia en el mercado artesanal». Entre el público

asistente reconoció claramente unas facciones: las de su corredor. La casualidad, o quién sabe si el destino, colocaban al moreno de ojos claros en el mismo lugar y día que ella. Se preguntó si se habrían cruzado sin saberlo. Abrió el periódico y buscó en el interior la ampliación del artículo, aunque no encontró mucho más de lo que adelantaba la portada. Terminó con rapidez la tostada, tras comprobar con cierta contrariedad que a Jaime lo acaparaba un grupo de trabajadores de las oficinas cercanas. Aquella mañana se veía obligada a renunciar a su charla, que tan buen ánimo le generaba.

Se decantó por el museo de Bellas Artes, a la postre el más importante y representativo, y, una vez que dio con el edificio, de estilo manierista andaluz según informaba el buscador, se detuvo un momento frente a la fachada, el tiempo justo para tomar perspectiva.

Capítulo 14

Profesor Noble

—Bienvenida. Estás en el mejor lugar para dar un repaso a la Edad Media, Renacimiento y Barroco.

—Buenos días, profesor —ironizó Dana—. ¿O debería llamarte «sombra»?

—No soy tu sombra, sino algo mucho mejor: me considero tu guía. Tu preceptor. Si te dejas llevar, te mostraré rincones de Sevilla desconocidos incluso para los sevillanos.

Si se dejaba llevar... Dana tecleó con furia. ¡Cómo le hubiera gustado tenerlo delante para decirle a la cara un par de cosas sobre su propuesta!

—Suenas a prepotencia pura y dura. ¿Quién te ha dicho que necesito un guía? Estoy acostumbrada a sacarme las castañas del fuego. Además, los fantasmas no me gustan, Franco Noble. Y tú te has convertido en un fantasma.

—No me digas que no me has cogido un poco de cariño en estos días.

—Yo no pondría las manos en el fuego, no vaya a ser que salgan ardiendo.

—¡Vamos, no seas dura conmigo! Dame la oportunidad de demostrarte que no soy tan malo como piensas.

—¿Por qué debería?

—¿Porque te interesa tenerme en exclusiva en tu programa, que ha caído unos cuantos puntos en las últimas semanas frente a la competencia y

necesita un empujoncito?

A Dana se le abrió la boca: ¿Franco Noble había estado poniéndose al día sobre su trabajo en la radio?

—Eso suena a chantaje, y te diré una cosa: yo no necesito a nadie.

—¿En el programa o en tu vida?

—Llevamos años en el top y mi programa continúa siendo número uno de audiencia —mintió haciendo caso omiso a la segunda parte de la pregunta.

—No quieras engañarme, señorita locutora. Yo también he hecho mis deberes. Caéis en picado. Y yo soy el revulsivo que necesitáis.

Dana apretó los dientes. ¿Era necesario aquel alarde de ego? No contestaría, sentenció. Dejó pasar los minutos, solo para fastidiarlo, tratando de concentrarse en las obras que se exponían en la primera sala.

—Corresponden al Medievo... —Dana no pudo evitar mirar alrededor con cierto recelo—. Te ofrezco la paz y una visita al museo más próxima a una aventura que a un recorrido cultural. —Franco incluyó un GIF animado de dos manos que se estrechaban—. Lo conozco como a la palma de mi mano. Por favor...

A la locutora le satisfizo el ruego. Unas veces arrogante, otras, humilde. ¿Quién era Franco Noble y por qué su actitud oscilaba de un extremo a otro sin solución de continuidad?

—¿Dónde puñetas andas escondido?

—En ninguna parte. Cualquiera persona con un mínimo de orden empezaría por la primera sala, y no has tenido tiempo de verlo todo, así que resulta obvio deducir que aún estás en ella.

—*¿Me citas aquí y ni siquiera has venido?*

—*Permíteme mantener el misterio. Muchos psicólogos afirman que ahí radica el éxito de las relaciones de pareja.*

A Dana se le escapó una carcajada. Los otros visitantes del museo se volvieron a mirarla. Arqueó las cejas a modo de disculpa. Franco resultaba divertido, a su manera.

—*Como no somos pareja, ni pretendemos serlo, no hace falta que te mantengas en la clandestinidad.*

—*A lo mejor te espero a la salida —bromeó él—. Pienso hacerte un examen, así que atenta, si no quieres ganarte una mala nota.*

Dana comprendió que sería inútil seguir insistiendo y se inclinó por disfrutar del museo. Más tarde jugaría una última carta.

—*Muy bien, profesor. Voy a cambiar a la segunda sala. ¿Me sigues?*

Franco introdujo el emoticono que daba palmas.

—*Con los ojos cerrados podría describirte cada rincón de esa sala. Arte del Renacimiento. Imperdibles el Retrato de su hijo Jorge Manuel, de El Greco, y la magnífica escultura de San Jerónimo penitente, de Torrigiano.*

—*Dime algo que no pueda leer en el tríptico informativo del museo.*

—*¡Vaya! Eres una de esas alumnas marisabidillas, ¿eh? Bien, satisfaré tu curiosidad... —Subió un emoticono pensativo—. Según cuenta el historiador Vasari en la biografía de Torrigiano, el escultor tomó como modelo a un viejo criado que trabajaba para los comerciantes florentinos Botti, afincados en Sevilla por aquel entonces.*

—*Así, sí.*

—En cuanto al retrato, es la única obra de El Greco que se conserva en el museo. Fue considerado un autorretrato durante todo el siglo ^{XIX}, si bien con posterioridad los investigadores concluyeron que representaba a Jorge Manuel, el único hijo del artista, quien además de arquitecto fue escultor y pintor, como su padre. El Greco usó una técnica muy cuidada para trazar la figura, esmerándose en los rasgos, a los que dotó de gran atractivo, al tratarse de su hijo.

—Dime que no lo estás leyendo en la Wikipedia.

—Me subestimas, nena. Un día te presentaré a mi tía. Si has tenido la impresión de que yo sé algo de lo que se muestra ante tus ojos, concluirás que soy un completo ignorante cuando la oigas detallarte una por una las peculiaridades de las obras de arte expuestas.

Dana experimentó una oleada de satisfacción. Algo parecido a la familiaridad que solo pueden ofrecer los amigos, al leer sobre la intención de Franco de introducirla en su universo familiar. Comenzaba a sentirse cómoda con la situación que, aunque extraña, resultaba en cierto modo excitante. La oportunidad de estar viviendo algo distinto la estimulaba, y Franco le parecía simpático, después de todo. Una vez establecidos los roles, y sin presiones por ninguna de las dos partes, la conversación fluía.

—Imagino que ya sabrás que el museo fue en su origen un convento. El interior conserva la estructura del edificio religioso: tres patios comunicados por una gran escalera y la iglesia, que estaba situada en uno de los extremos del convento y que ahora es la Sala V, dedicada a Murillo y a los grandes maestros que le precedieron en la primera mitad del siglo ^{XVII}. Ahí vas a encontrar, si diriges la vista hacia el frente de la iglesia y el crucero, uno de los mejores conjuntos de pinturas del artista sevillano, que realizó para el convento de los Capuchinos.

—Lo veo..., pero espera, voy a salir fuera. —Dana dio unos pasos hasta

el patio y continuó escribiendo—. Me miran como si fuera una delincuente o hubiera profanado un templo sagrado: en vez de estar admirando las obras de arte, tengo la cabeza metida en el móvil. Preferiría que me lo contaras de viva voz —arriesgó.

—Ya sabes lo que dicen en ese libro tan de moda: lo de usar la voz no se lleva. Es mucho mejor hablar con las manos... O con el móvil, en este caso.

—Hablar con las manos... No he llegado a ese capítulo todavía.

—¡Debes darte prisa, estoy deseando que lo comentemos! —Y agregó enseguida—: Ahora vuelve a entrar y fijate en los detalles. Te espero fuera, para conducirte hasta la planta de arriba.

Dana no se entretuvo más que el tiempo necesario; estaba ansiosa por salir otra vez, como si efectivamente Franco la estuviese aguardando en el patio, tendiéndole la mano para conducirla hasta las siguientes salas.

—Ahora debes subir una planta. Utiliza la escalera imperial, ¡es única! Tiene una composición manierista tan perfecta que fue reproducida en otros edificios iberoamericanos.

Dana se detuvo en mitad de las escaleras y echó un vistazo alrededor, profiriendo una exclamación.

—¡Este sitio es maravilloso!

—Aquí vivió Tirso de Molina, el dramaturgo, después del destierro que le impusieron por escribir lo que fueron calificadas como comedias profanas. Lo enviaron a Sevilla y estableció su lugar de residencia, luego de cumplir su pena, en el convento. Y entre estas paredes escribió su famosa pieza El burlador de Sevilla.

—¡No me extraña que encontrara la inspiración! Creía que detestaba esta clase de sitios, tan alejados del mundanal ruido, tan predispuestos al

recogimiento y a la reflexión —se vio obligada a confesar—. Pero en estos últimos días me están sorprendiendo las posibilidades que ofrecen. Parece que el tiempo se detuviera en ellos.

—Sí, son perfectos para reencontrarse con uno mismo.

—Tú sabes mucho de eso, o al menos lo parece —escribió, en clara alusión a su libro.

—A la fuerza he tenido que aprender. —De haber podido ver su rostro, Dana hubiera asegurado que había tristeza en los ojos de Franco—. Pero volvamos al museo, que me estaba divirtiendo mucho.

Tuvo que reconocer que ella también. Y resolvió no insistir en la idea, pues no quería romper el encanto del momento. Arriba, las salas estaban dedicadas al Barroco, Murillo y sus discípulos, Valdés Leal y otros representantes de la escuela sevillana, el extremeño Zurbarán.

—El cuadro de La Virgen de la Servilleta tiene su historia: cuentan que Murillo se basó en uno de sus hijos, bastante revoltoso, por cierto, para pintar al bebé en movimiento.

Después de contemplar la imagen cotidiana de *Las Cigarreras*, de Gonzalo Bilbao, que le sorprendió por la naturalidad con que el artista había dibujado una escena tan maternal en medio del ambiente laboral, Dana se encontró ante una de las joyas del museo en la penúltima sala: un retrato del poeta Gustavo Adolfo Bécquer pintado por su propio hermano, Valeriano.

—¡Es la típica imagen que representa a Bécquer en los libros de texto!

—La que durante muchos años ilustró el billete de cien pesetas, ¿te acuerdas? —comentó Franco—. Estamos en la era del Romanticismo: «Por una mirada, un mundo; por una sonrisa, un cielo; por un beso... yo no sé qué te diera por un beso».

Dana sintió que un cosquilleo le acariciaba la columna vertebral. ¿Estaban aquellos versos dedicados a ella? Por un momento, deseó que así fuera. Luego se dijo que aquella situación la estaba afectando: no podía sentir ninguna clase de deseo por un hombre invisible, con el que no había experimentado cercanía física alguna y a quien ni siquiera podía ponerle rostro. Chocar con la realidad la puso en alerta, y optó por dar por concluida la visita, de forma abrupta. Aquello estaba yendo demasiado lejos, sin que la intención de captar al autor del libro más vendido se concretase en una posibilidad. Se estaba desviando del objetivo.

Salió del museo notando todavía la consternación en las mejillas; le ardía la piel bajo los ojos y sentía una necesidad irracional de poner tierra de por medio. Antes de alejarse, no obstante, dirigió la mirada alrededor, con la secreta esperanza de hallar una figura en medio de la plaza, esperando por ella.

Pero allí solo encontró a un impertérrito Murillo, en versión piedra, que para mayor crueldad la trasladó hasta el museo del Prado, donde tiene su vivienda su hermano gemelo. De repente, añoraba Madrid más que en toda su vida. Inspiró hondo un par de veces, y después echó a andar sin volver la vista atrás.

Capítulo 15

Hoy te propongo

Hablar sin palabras

Hoy vengo a reivindicar un lenguaje nuevo. Un lenguaje vacío de palabras.

Dana compuso una mueca de incredulidad, pero continuó leyendo, repentinamente curiosa.

Muchos lectores se han puesto en contacto conmigo, tras leer las primeras ediciones de *Hablar con las manos*, para comentarme sus impresiones. Este capítulo nace de esas conversaciones, como un tributo inexcusable a quienes se cuestionan el sentido de sus vidas gracias a o por culpa de estas páginas.

Yo tampoco sabía usar mi cuerpo. Me negaba a escucharlo, a admitir que tenía unas necesidades no tan básicas, como me habían hecho creer. Algunos me preguntáis cuál fue el punto de inflexión en el camino. Por qué llegué a una conclusión tan tajante como excluyente. El mío fue un episodio traumático en mi vida. Pero el tuyo puede ser la fortuna de haber dado con la lectura correcta en el momento adecuado.

No esperes y empieza desde ahora. Préstale oídos a tu cuerpo. Él es el instrumento y es la maleta que te ha tocado en este viaje. No lo maltrates, no lo subestimes. Si tú le das, él te dará. Si lo tratas como el continente valioso que es, tu vida mejorará de un modo apreciable.

Una tarde en la que me sentía muy solo y parecía que el mundo se acababa para mí, abrí los oídos a mi cuerpo. Comencé a tocarme. Estiré las manos y observé que tenía diez maravillosos dedos, y me dije: tienes diez posibilidades de comunicarte solo ahí, entre esas dos palmas. Una a una, fui deslizando las yemas por mi piel. Unos toques suaves primero; luego fui ampliando el recorrido, construyendo vías completas de tránsito, y no dejé un trozo de carne sin identificar. Me estaba conociendo y reconociendo, investigando cuáles eran los rincones más propensos a sentir, cuáles los menos. Hasta entonces siempre había dejado que fueran otras personas las que me acariciaran, las que eligieran dónde y de qué manera. Y, no obstante, aquel momento era solo mío y para mí. Yo era el sujeto activo y

pasivo a la vez, el amante y el amado. Aquello me otorgaba un poder bilateral insospechado, a la par que aumentaba mi ardor.

De la superficie al fondo, de lo externo a lo interno. El contacto iba derribando cualquier frontera, de forma paulatina. Y enseguida se convirtió en algo que iba mucho más allá de lo físico: había una corriente de energía que entraba y salía por los poros. Cuerpo y pensamiento aparecían unidos, y la excitación iba in crescendo. Me estaba queriendo a mí mismo como nunca antes había conseguido quererme. Con el respeto que cada quien se merece. Con ternura, con pasión. Me sentía vivo como nunca, amante y amado como nunca. La sangre me ardía dentro de las venas.

Llegados a aquel punto, no era de extrañar que mis manos se dirigieran hacia el centro de mi sexo. No había ya espacio para la contención y las dejé hacer, las dejé hablar. ¡Qué bonito es comunicarse con las manos y qué pocas palabras se precisan para amar!

Cerré los ojos. Al llegar a mi particular éxtasis experimenté una euforia brutal, como jamás había sentido.

Hasta hoy, este episodio constituía un secreto: nunca antes había contado esto. Siento que al escribir este libro me he desnudado ante vosotros. Que os lo he dado todo, que me he vaciado por entero. Ya no tengo intimidad, porque la he compartido entre líneas, y quizás por estas cosas Hablar con las manos ha sido calificado por algunos como un libro erótico. Si lo es o no, eso tendréis que determinarlo vosotros. A mí no me preocupan las categorías, lo que realmente me interesan son las personas: los seres humanos y sus necesidades. ¿Buscas un libro que te excite el amor sexual, que te incite al placer? Este podría ser tu libro y, ¿por qué no? Aquí se exalta el poder de lo físico, más allá de la palabra. Y en este sentido, Hablar con las manos es un texto de contenido XXX.

La capacidad de asombro de Dana había aumentado con cada línea y, en la misma medida, su desconcierto. El libro y su autor eran un compendio de misterios por resolver. Ella misma comenzaba a considerar que había demasiadas incógnitas en su propia vida. Franco le hacía replantearse muchas cosas, y preguntarse otras tantas. Se cuestionaba, por ejemplo, por qué se sentía tan húmeda después de haber leído lo que era la confesión de un acto primitivo y antiguo. También le habría gustado saber por qué, al imaginar la escena, se había colado en su mente una imagen muy nítida del corredor del parque. Por qué había visto sus cálidos ojos azules entrecerrarse, empujados por la fuerza de una pasión no contenida.

—*Hoy te propongo el Real Alcázar.*

Releyó el mensaje, enviado una hora atrás, y se dijo que era incapaz de guardarle rencor. Para ser honesta, él no la había engañado en momento alguno. Desde el principio puso sus condiciones sobre la mesa, y aunque se negara a una relación profesional, sí le había ofrecido su amistad, si bien con reservas. ¿Qué había cambiado desde el día anterior?, se preguntó Dana. Habían cambiado sus sentimientos. Ya no disponía de excusa para odiarlo, para rebelarse contra él. El concepto que se había forjado sobre Franco ya no se sustentaba: no era el tipo engañoso y pagado de sí mismo que imaginó al comienzo. Durante sus conversaciones, Noble se mostraba como una persona con encanto, inclinada a compartir, a ofrecer lo mejor de sí misma. Y esto asustaba a Dana, que pocas veces había establecido con alguien del sexo contrario una relación basada en la confianza mutua y en la amistad.

Miércoles. Apenas unos días para regresar a su vida. Eso debía alegrarla; sin embargo, cada día que dejaba atrás se extinguía una oportunidad de cumplir con su cometido. Llevar a Franco Noble a *Cuéntamelo todo* se había convertido en una necesidad de primer orden. Conocer esa parte de él que solo se adivinaba en sus escritos era vital. No se planteaba todavía si le apetecía compartir con sus oyentes los secretos a los que anhelaba tener acceso. Más allá de la profesional, estaba la Dana mujer, que experimentaría un ataque de celos en caso de verse conminada a lanzar a Franco a ese ruedo donde lo esperaban, ansiosas, montones de admiradoras que habían visto en su libro mucho más que un compendio de consejos sobre cómo reconducir sus vidas.

Ella misma comenzaba, sin sospecharlo, a sentirse fascinada por el Franco hombre. El modo en que describía sus experiencias, la forma de comunicar sus inquietudes, sus estados de ánimo, lo hacían resultar muy *sexy*. Dana había sufrido unas cuantas horas de insomnio la noche anterior visualizando los

posibles rasgos del escritor: cabello dorado, oscuro, ¿rojo?, ondulado, liso; ojos marrones, negros, verdes, avellanados, alargados...; labios finos, gruesos; nariz pequeña, grande, aguileña, romana. Había tantas posibilidades como peces en el mar. Si bien las combinaciones acababan siempre en un rostro afable al tiempo que contenido. En unos ojos pequeños que recordaban al mar durante la tormenta. En una sonrisa apenas imaginada en el rincón de una iglesia, en medio del silencio.

Su imaginación estaba llegando demasiado lejos. Definitivamente, necesitaba una distracción, decretó. Y si la distracción tenía el nombre y apellidos de su pesadilla, asumiría el riesgo.

—Acepto la propuesta —respondió—. Visitaremos el Real Alcázar bajo la guía del insigne Franco Noble, el hombre sin rostro.

Tal vez consiguiera, entre charla y charla, llegar hasta el fondo del misterio. Si no le regalaba una cita, al menos sacaría el máximo provecho a aquellos encuentros virtuales. Indagaría. Quizás en una de esas conversaciones se filtrara algún dato interesante que le diera la clave. O a lo mejor Franco conseguía relajarse y confiar en ella hasta el punto de materializarse.

Él tardó unos minutos en contestar, y en ese tiempo Dana no pudo apartar los ojos de la pantalla del teléfono móvil, ensordecida por una banda sonora muy especial: la de los latidos de su corazón.

—El hombre sin rostro... Quién sabe si podríamos usarlo como título para un próximo libro.

Una sonrisa iluminó el semblante de la locutora. A ella se le ocurrían otros cuantos, pero ya se lo diría el día en que consiguiera mirarlo a los ojos, cualquiera que fuera el color que tuviesen.

Capítulo 16

Correr

A Manuel le gustaba correr. Adoraba la sensación de libertad que le procuraba el asfalto bajo sus pies. Podía recorrer la ciudad de parte a parte, sintiéndose el dueño de cuanto abarcaban sus ojos. Resultaba estimulante y motivador.

Antes del accidente, no encontraba tiempo para el deporte. En realidad, lo encontraba para pocas cosas más allá del trabajo, de la rutina asfixiante en que su vida se había convertido. Ya no disfrutaba de los detalles, de las pequeñas cosas, que son al fin y al cabo las que importan. Pero no lo supo hasta después, cuando la vida lo sometió a la prueba más dura, la que uno no debería tener que afrontar jamás: reinventarse a sí mismo, renacer como un ave fénix que escapara de sus cenizas.

Hoy no importaba quién había sido, sino el hombre que había llegado a ser. Ese que en aquel momento golpeaba la acera con sus zapatillas de deporte, con una firmeza que no era más que otra de sus estratagemas para ofrecer una imagen de seguridad que no se correspondía exactamente con la realidad.

Nunca olvidaría aquel primer día en que sus piernas conquistaron la calle. Fue una especie de terapia contra la ansiedad y la depresión que lo corroían. Sara se había marchado; lo había dejado solo con sus demonios. Y él sintió la necesidad de huir como ella lo había hecho; de abandonarlo todo, de escapar del Manuel miserable y resentido que Sara había llegado a detestar. Quiso dejarlo todo atrás, agotar la ciudad, traspasarla más allá de sus confines. Encontrar un lugar donde no fuera sino un hombre más, sin pasado ni futuro. Alguien interesado solo en el presente.

Entonces no quería comprenderla, pero desde la perspectiva que le daba el

paso del tiempo se sentía más proclive a compartir su postura. Se había convertido en un amargado. Dejó de ser aquel joven alegre, con proyectos e ilusiones, y pasó a proferir un perpetuo lamento. A estancarse en lo ocurrido sin tratar de buscar soluciones. Se preguntó una y mil veces si él no hubiera actuado de idéntica manera en caso de verse en la piel de Sara. Aunque la respuesta era siempre la misma: no podía estar seguro. Tal vez le había pedido demasiado a ella, le había pedido demasiado al amor. ¿Era un sentimiento en verdad incondicional? Era obligatorio concluir que no.

Desde aquel día había caído en un pozo sin fondo. No se reconocía en el hombre abandonado y descreído que le devolvía la mirada desde el espejo. En un momento perdió todo aquello que había construido tras años de arduo esfuerzo. Sin trabajo, sin pareja. La mitad del apartamento le sobraba y ya ni siquiera encajaba en aquel entorno. Solo correr le hacía olvidar que ya nunca sería el Manuel de antaño. Correr lo ponía al nivel de la gente «normal», lo igualaba al resto. Conseguía que se distrajera y desconectara de su problema.

Olvidarse a sí mismo mejoraba su autoestima. Así que durante los siguientes meses corrió y corrió. Cientos de kilómetros que se iban amontonando en su cuerpo igual que tiritas sobre un corazón herido. Su cuerpo y su mente se fueron moldeando a aquel nuevo estilo de vida: perdió peso, fortaleció sus músculos y desarrolló una rutina que era un bálsamo contra la tristeza. Tan agotado acababa que ni siquiera le quedaban fuerzas para pensar. No obstante, aquello era una huida hacia delante. En algún momento iba a tener que enfrentar lo sucedido. Posponerlo no haría más que empeorar la situación. Se había aislado, y necesitaba un *leitmotiv* para levantarse cada día, al margen del deporte. Había llegado el momento de tomar decisiones.

Y así fue como empaquetó sus cosas y una mañana cualquiera se subió en el AVE con destino a su tierra natal. En Sevilla tenía lo que le quedaba de familia y un pequeño apartamento que había adquirido tras años de intenso trabajo en la capital. Se aseguró de que los inquilinos se hubieran marchado antes de que él llegara. Tía Ani se ofreció a supervisar el traslado, y enseguida se encontró

instalado en su nuevo hogar. Empezaba de nuevo, ilusionado como hacía meses que no lo estaba; con mucho miedo también, aunque eso entraba en el plan, pues desde aquel aciago día en que todo cambió empezó a acostumbrarse a convivir con ese sentimiento. Tenía una idea: el motor se había puesto en marcha y nada podría detenerlo. La palabra siempre fue su herramienta de trabajo y podría seguir siéndolo, aunque en una versión distinta. Escribiría; contaría lo que había sentido y lo aprendido en todo aquel tiempo. Trataría de ayudar a otras personas a superarse transmitiéndoles su experiencia e incentivándolas.

Al principio solo consistió en eso. No se creó grandes expectativas: unas cuantas páginas, tal vez un blog para compartirlas. Pensamientos y conclusiones de una persona común con problemas comunes. Enseguida le llovieron los seguidores, y una importante editorial le hizo una propuesta. Para entonces ya había nacido Franco Noble; esa fue la única condición que Manuel puso: la necesidad de mantener el anonimato. Y fue una condición indiscutible. El resto de la historia no era ningún secreto.

Las ciudades adquirirían otro color y otra perspectiva cuando se observaban con ojos de corredor. Con Sevilla bajo sus pies, Manuel dibujó un nuevo mapa de los barrios que la conformaban. Salía temprano y, a veces, corría durante horas. El ejercicio lo ayudaba a pensar, y también a trabajar en nuevas ideas para sus libros. Aquella mañana, no obstante, se sentía distraído e incapaz de concentrarse. De forma inconsciente, sus ojos buscaban interceptar otros ojos, que se cruzaran en su trayectoria los de «su» chica del parque. Incluso había escogido precisamente aquel entorno para dar por concluida la carrera. Miraba alrededor; buscaba, igual que un perro sabueso. Trataba de distinguir entre el aroma a hierba y a tierra mojada —habían caído unas gotas de lluvia durante la madrugada— el perfume de su piel, esa mezcla de jabón y fruta tropical. Su olfato se había desarrollado en los últimos años y ahora era un experto en olores. Con todo, no logró identificar aquel que tenía metido en los pulmones desde hacía semana y media.

En vez de finalizar allí su jornada deportiva, continuó corriendo. De repente había llegado al portal de la casa de su tía. Comprendió que su cuerpo había actuado por instinto: necesitaba contarle algo. Había novedades en su vida, novedades con nombre y apellido, un cabello castaño oscuro con reflejos caoba... y unas gafas de pasta imposibles, que nunca terminaban de estar colocadas en su sitio. Llamó al timbre, pero no obtuvo respuesta. Estaba sintiendo cosas, sensaciones que creía olvidadas. Se había convencido hasta tal punto de que estaba mejor solo que le sorprendía aquella vehemente ilusión por tenerla cerca. Pulsó otra vez el timbre, sin éxito. Desesperado por que Ani le regalara su beneplácito. Por escuchar de sus labios una palabra de ánimo que lo empujara a seguir adelante con el plan que se había trazado. Entonces recordó que era el día en que su tía acudía a celebrar la reunión semanal de su club de lectura. Se dio la vuelta y puso las piernas en marcha una vez más.

Capítulo 17

El Real Alcázar de Sevilla

No podría haber concretado en qué momento, pero lo cierto era que Franco Noble había terminado por convertirse en un amigo. Había ocurrido poco a poco. Como el mar se adentra en la arena al alcanzar la costa, de ese modo le fue ganando terreno el escritor: conversación a conversación, palabra a palabra. Franco era de esa clase de personas que están ahí cuando las necesitas, alguien a quien se podía recurrir y consultar. Hacía pocos días que se conocían en realidad, pero Dana no necesitaba más pruebas que su intuición. Y esta le decía también que él se protegía con una coraza por algún motivo que no estaba preparado para desvelar. Y que bajo esa dura capa había un corazón con una necesidad de amor incontenible.

Durante las últimas excursiones por Sevilla, Franco caminó junto a ella, como un compañero silencioso y omnipresente. No lo tenía físicamente a su lado, pero podía tocar su alma. El escritor le había descubierto que era posible sentirse acompañada en medio del silencio. Era chisposo, ocurrente, y Dana se fue acostumbrando a sus explicaciones y sus bromas. Ahora experimentaba menos soledad en aquella ciudad desconocida y hermosa.

Aquello le hizo reflexionar sobre el hecho de que rodearse de mucha gente no implica en todo caso estar arropado. Franco, con su presencia virtual, había sabido llenarla de calidez. Visitaron el Real Alcázar y Dana fue leyendo atenta los comentarios de Noble, que, a aquellas alturas, habían sustituido de forma definitiva a cualquier folleto informativo.

—Aquí se siguen hospedando los reyes durante sus viajes. Es el palacio

real en activo más antiguo de Europa. Se empezó a construir durante el reinado de Abderramán III, y fue residencia para Fernando III el Santo y su hijo Alfonso X el Sabio. Más tarde, Pedro I, el apodado el Cruel, ordenó levantar el palacio mudéjar. De ahí que la construcción entronque diferentes estilos: islámico, mudéjar y gótico. Luego sufrió otras reformas en las que se incorporaron elementos renacentistas y barrocos.

—¿Eres historiador? Porque conoces muchos detalles.

—Soy una persona curiosa y un sevillano que ama su tierra.

Dana tomó nota del dato que acababa de regalarle. Eso contestaba a una de las preguntas que se había planteado inicialmente: ahora sabía que el vínculo que lo unía a Sevilla era el del nacimiento, si bien quedaba por descubrir si, además, tenía una familia a la que cuidar. Una vez había hablado de su tía, recordó.

—Antes de venir aquí pensaba que todos los sevillanos erais unos señoritos de cabello engominado, rizos en la nuca, traje de chaqueta y procesión.

—¿Y qué o quién te ha hecho cambiar de opinión?

—¿He dicho yo que haya cambiado de opinión?

Franco incorporó unas risas a la pantalla.

—Has usado un tiempo verbal pretérito. Además, me consta que no has podido resistirte a nuestros encantos.

—¿Tienes pruebas en mi contra?

—Te he visto sonreírle al cochero cuando te ha lanzado ese piropo.

Dana se detuvo en seco, y una japonesa que la seguía dio un respingo para no chocar con ella. El monumento estaba a rebosar de turistas, aunque a Dana

le resultaba fácil ignorar su presencia y concentrarse solo en las explicaciones del escritor.

—*Me vas a obligar a pensar que eres alguna clase de maniaco.*

—*Cuando te aseguré que estaría siempre muy cerca, no te mentía.*

—*Entonces, ¿tú eres de esos típicos sevillanos, de los de toros y flamenco?*

—*Soy ciudadano del mundo. He vivido muchos años fuera de Sevilla, de hecho. Si lo que quieres saber es si me identifico con mi tierra, pues sí, lo hago. Hay cosas que me gustan y otras que no. No todos los sevillanos bailamos sevillanas ni vamos contando chistes por la calle. No estamos todo el día de fiesta..., ¡ojalá pudiéramos! Y la feria y la Semana Santa tienen sus adeptos, que no son la totalidad de la población. Aunque procuramos respetar las tradiciones y apreciamos el valor cultural y artístico de cada una de las fiestas.*

Dana aprovechó la cuerda que se le tendía para tirar.

—*¿Dónde vivías antes de regresar aquí?*

—*Te has puesto en modo investigadora, ¿eh? —adivinó Franco—. Te lo diré, ya que has transigido con esta forma de relación tan irregular. Creo que te lo debo. Pues, curiosamente, me había establecido en tu querida Madrid. Allí pasé unos años espectaculares —admitió melancólico.*

Dana sintió que acababan de atarlos con un mismo lazo. Si Franco había vivido en Madrid, si conservaba un grato recuerdo de aquel tiempo, debía de ser porque disfrutó de una buena etapa.

—*¿Por qué regresaste, entonces?*

Durante unos minutos, Franco no respondió. Dana sintió un tremendo vacío, como si la hubiesen dejado sola en medio de un lago helado y profundo.

—*¿Has visto ya alguno de los patios? —escribió por fin.*

La locutora comprendió que hablar del tema le dolía y se dio prisa en retomar el hilo de una conversación más trivial.

—*El de la Montería, la Sala de la Justicia, el Patio del Yeso.*

—*El Patio de las Doncellas y el de las Muñecas todavía son más bonitos.*

Dana se internó en la serenidad de los patios mentados.

—*¿Has llegado al Salón de Embajadores? ¡No te pierdas la cúpula! Parece una media naranja.*

—*A mí me hace pensar en un cielo estrellado.*

—*¡Pues sí que eres romántica! —Franco puso unos cuantos signos de admiración para recalcar su afirmación.*

Dana se ruborizó a su pesar. Le alegró recordar que él no estaba en realidad allí para verla. De no ser así, hubiera sido incapaz de sostenerle la mirada. ¿Romántica ella? Era una idea absurda.

—*Salgo a los jardines —anunció a la vez que asomó la cabeza al exterior—. ¿Me sigues? —aventuró.*

—*Si te dijera que los visito casi a diario, no estaría exagerando. Me encanta la paz que transmiten, sentirme un turista más entre naranjos y palmeras. Hay una cafetería preciosa donde puedes sentarte a contemplar el panorama. Sirven unos desayunos estupendos y, a veces, con un poco de suerte, se cruza algún que otro pavo real.*

—Gracias, pero ya tengo mi propia cafetería estupenda —afirmó ella en alusión a la de Jaime—. Allí los pavos reales llevan camisa y pantalones, pero también tienen su encanto.

—Pinta bien.

—Estás invitado a acompañarme, cuando te quites ese complejo de chico misterioso que tienes.

Franco pensó que era una propuesta deliciosa, y por unos instantes fantaseó con la idea de sentarse junto a Dana en aquella cafetería o en cualquier otra. Eso lo hizo ponerse triste de nuevo; de repente no tenía ganas de «hablar», y optó por desconectarse un rato. Se despidió amablemente, inventando una excusa. Aunque le aseguró que regresaría más tarde, Dana quedó desilusionada.

—Algunas de las zonas más destacadas son el Estanque de Mercurio, la Galería del Grutesco, el Jardín de la Danza y el pequeño Pabellón de Carlos V —le había indicado antes de marcharse—. Cerca de la salida encontrarás el Patio de la Alcubilla, el Patio del Tenis, que lo llaman. Allí la familia real española construyó, a principios del siglo pasado, una pista de tenis, la más antigua en España. A la derecha, en la pared, hay un azulejo con un extracto de Ocnos, la obra de Luis Cernuda, que escribió durante su exilio y que refleja toda la melancolía que experimentaba lejos de su tierra.

Dana los recorrió sin entusiasmo; la visita había perdido todo aliciente y, aunque trató de disfrutar del paisaje de ensueño que se ofrecía ante sus ojos, su cabeza se hallaba en otro sitio, en dondequiera que estuviese Franco Noble en aquel momento. Se dijo que lo había presionado más de la cuenta. Con sus preguntas, con su insistencia. Unas horas antes había hablado con Rafa, quien le había pedido que concretase.

—Estas no son unas vacaciones pagadas, Dana. No me basta con que hagas

«lo que puedes»; necesito más. Quiero a Noble en el programa para la próxima semana. Telma acaba de anunciar la primicia y en la cadena están que echan humo.

Dana se había ahorrado una respuesta y tampoco tuvo ganas de explicarle sus progresos, que de las charlas virtuales que mantenían estaba recabando datos. Porque empezaba a no tener claro que estuviera haciendo lo correcto. ¿Se podía forzar a una persona a hacer algo contra su voluntad o interés? Franco no estaba preparado para enfrentarse al mundo a cara descubierta y tenía sus buenas razones, de eso no le cabía duda. Pero Dana no le había dado respiro. Si no respetaba su decisión de mantenerse apartado, él terminaría por alejarse también de ella. La sola idea la aterrorizaba, sin poder encontrar una explicación lógica a ese terror. Apenas lo conocía, ni siquiera lo había visto. No obstante, temía verse obligada a ponerle fin a aquel juego al que se había aficionado más de lo que estaba dispuesta a reconocer.

Franco le negaba una imagen física, pero ella había decidido atribuirle los rasgos de su corredor. Era una prerrogativa que se había arrogado hacía tiempo. Aquel rostro le resultaba atractivo y casaba a la perfección con la idea que se había hecho del escritor. Dado que él no se mostraba predispuesto a hacerla cambiar de opinión, ¿no tenía derecho a ponerle la cara de quien le diese la gana? Sentía que esa determinación constituía un triunfo sobre Franco. Y nadie podría arrebatarse la satisfacción.

Las primeras hojas de un otoño tardío habían caído, pues en los últimos días las temperaturas habían descendido, por fin, y el suelo aparecía bañado por un manto en tonos marrones que, dorado por el sol de la mañana, daba al entorno el aspecto de una fantasía novelesca. A regañadientes, igual que una niña forzada a realizar la tarea escolar, Dana capturó en imágenes aquel derroche de belleza. Pepa no le perdonaría que no le enviara una foto de su querido alcázar. Sevilla era uno de sus lugares favoritos y, precisamente, el primer destino adonde había viajado con Ginés. Compartían muchos recuerdos, muchos momentos en la ciudad «más romántica». Caminaba con la

cámara en ristre cuando la canaria, igual que una hechicera adivinadora, comenzó a llamarla al móvil. Antes de responder, Dana compuso una sonrisa. Era una sonrisa hueca, pero lo bastante convincente. De esta forma procuraría engañar a su amiga: tratando de trasladar a su voz la poca alegría que le quedaba.

Capítulo 18

Sonreír a un mono

El poder de una sonrisa

Decía Shakespeare: «Es más fácil obtener lo que se desea con una sonrisa que con la punta de la espada».

Una sonrisa suele ser bienvenida y tiene la capacidad de generar bienestar en la persona a la que va dirigida. Por supuesto, esto no lo consigue cualquier sonrisa: ha de tratarse de un gesto natural y espontáneo.

En este lenguaje de la piel que vengo a reivindicar aquí, ¿dónde tiene cabida la sonrisa? El título de este libro anuncia la necesidad de usar las manos como instrumento para la comunicación, aunque hace referencia al cuerpo entero. Hablar con las manos, hablar con la piel, hablar con los labios... La sonrisa no es otra cosa que el idioma de los labios.

Es una herramienta de comunicación muy valiosa. Forma parte de un dialecto que es universal: el de la felicidad. Está ligada a una actitud positiva y también es la respuesta a un estímulo de la misma índole. Sonreír nos hace sentir bien, lo que resulta beneficioso para nuestra salud. De ahí que se asegure que sonreír alarga la vida. Debes recordar esto si quieres disfrutar de una existencia plena y feliz.

En el mismo sentido, trabaja la risa, que es uno de los mejores recursos para establecer contacto social o profesional. La risa tiene fuerza comunicativa, y es tanto o más saludable que la sonrisa, pues estimula la liberación de endorfinas e incrementa la producción de anticuerpos. Reduce el estrés, el temor y la angustia, por eso se dice que la risa todo lo cura.

Hubo una época en la que yo olvidé lo que era sonreír. Unos cuantos años durante los que mis labios fueron incapaces de esbozar una de esas muecas tan necesarias para sobrevivir. No encontraba los motivos, solo excusas para apretar la boca y negarme la oportunidad de seguir caminando. Fue un periodo convulso que preferiría dejar atrás. Pero hoy he llegado a la conclusión de que era obligatorio atravesar ese vacío para llegar a donde ahora me encuentro. Para mí es un éxito haber logrado no solo recuperar mi sonrisa, sino también hacerla más grande y más auténtica.

Además de en pro de tu salud, usa tu mejor sonrisa para convertir en logros tus

propósitos. Una sonrisa es un arma muy poderosa que no sabemos aprovechar en todo caso. Ante una palabra hiriente, devuelve una sonrisa. Si una conducta ajena te satisface, apuntálala con una sonrisa. Enseña tus dientes, hazlo como una muestra del brillo que llevas dentro.

La sonrisa nos acerca a otros seres humanos, incluso a los animales. Si no me crees, date un paseo por un zoo y regala una de tus mejores sonrisas a uno de esos monos que te contemplan detrás del cristal. Verás como enseguida se aproxima y te la devuelve.

Transforma tus emociones, sonríele a la vida. La sonrisa es contagiosa: se pega. Sal y regala unas cuantas docenas de sonrisas. No importa a quién, no importa dónde. Prueba a transmitir esa buena energía de la que hoy te has revestido. Y ríe. La risa es locura. Y hay un cierto placer en la locura..., no lo dudes.

1. Franco Noble es un seudónimo (descubrir su auténtico nombre, revelar su identidad). PENDIENTE.
2. Era un personaje admirado, pero se ha convertido en un ser solitario... ¿Por qué? (Encontrar un motivo). UN HECHO TRAUMÁTICO, asociado al periodo de su vida transcurrido en Madrid: descubrir cuál.
- 3.Cuál era la profesión de Franco y por qué ejerce de escritor ahora..., ¿o ya lo era con anterioridad? EN SU LIBRO AFIRMA QUE IMPARTÍA CLASES Y DABA CONFERENCIAS: ¿era profesor? ¿De la privada o de la pública? ¿A qué clase de materias se refiere cuando dice «temas que parecían interesar a mucha gente»?
4. Esa actitud positivista, ¿realidad o ficción? POR DETERMINAR.
5. ¿Es el hecho de ocultarse una estrategia de marketing? ¿Planea acaso una aparición sorpresa, dar un golpe de efecto para ganar adeptos? PENDIENTE.
6. Sevilla, ¿cuál es el vínculo que lo une? Definir origen de Noble o posibles lazos familiares/sentimentales con la ciudad. ES SEVILLANO Y TIENE FAMILIA EN SEVILLA.

Hasta que Franco volvió a conectarse, Dana anduvo vagando por los jardines del alcázar. Siguiendo sus consejos, se sentó en la cafetería. Si no hubiera estado tomando notas sobre los datos que había ido recopilando en ese

tiempo, habría descubierto que divisar uno de los pavos reales que campan a sus anchas por el palacio no es una tarea compleja. No obstante, desde que el escritor se despediese había dejado de interesarle el contenido del monumento. Ni la materialización de la mismísima María de Padilla ante sus ojos habría logrado sacarla de aquella melancolía en la que se hallaba sumida. Volvía a apoderarse de ella la sensación de angustia que siempre la invadía cuando se encontraba sola. Necesitaba comunicarse con la gente. Hacer aquello que mejor sabía hacer: hablar, pero no al estilo de Franco Noble, con la solemnidad del silencio como fondo, sino usando la voz y dándose un baño de algarabía de esos que le alegraban el espíritu. Al día siguiente, por la noche, había una fiesta de la radio a la que estaba invitada y aún no había confirmado su asistencia. De repente le apeteció aquel plan más que ningún otro y, tras enviar su conformidad al organizador, recuperó como por ensalmo un poco del entusiasmo perdido una vez que el chico le adjuntó la invitación. Era una entrada para dos personas, aunque se dijo que no supondría un problema el hecho de no llevar acompañante. Si Franco no fuese tan esquivo, si se atreviese simplemente a saludarla en persona, aun dejando al margen lo que los había unido..., estaba resuelta a pasar por alto la necesidad de arrastrarlo hasta la emisora. Con tal de pasar un rato cerca de él y poder mirarlo a los ojos. Tal vez le haría aquella propuesta, concluyó.

Sintiéndose más contenta subió a la Giralda. Comprobó antes la última conexión de Franco (que coincidía con el fin de su conversación) y, una vez satisfecha su curiosidad, afrontó las treinta y cuatro rampas que la separaban del campanario. Unas espectaculares vistas de la ciudad la esperaban arriba. Pensó en el anciano almuecín subiendo trabajosamente a lomos de su caballo para llamar a los fieles a la oración, y también en Fernando III, gozando del privilegio de dominar su pueblo desde la torre. Saber que se encontraba a más de cien metros de altura la impresionaba, así como el hecho de que hubiesen colocado rejas en los vanos superiores para, según le contó Tomás, el jubilado que acudía al bar de Jaime, evitar las caídas voluntarias de los suicidas.

Cuatro caras, cuatro perspectivas. Se le antojó una metáfora de la vida, en la que uno puede optar por diferentes interpretaciones según el punto de vista desde el que analice las cosas. El suyo había ido cambiando en los últimos días y, respecto a Sevilla, los sevillanos, Franco Noble y, lo que era más sorprendente, su propia visión de las relaciones interpersonales, Dana había adoptado criterios alejados de los que tenía en un principio.

Bajó y, comoquiera que el estómago empezaba a rugirle y el bar de Jaime estaba cerca, fue hasta allí con ganas de probar las famosas «tapitas» de las que este hacía gala. No esperaba encontrarse a otro camarero en su lugar. No era tan simpático ni tan hablador como él. Tampoco estaban los habituales de las mañanas, tan proclives a amenizarle el desayuno con su cháchara. Con todo, le gustaron las espinacas con garbanzos y el vasito de gazpacho que le sirvieron (¡curioso mejunje!) y, tras un rato sentada en la barra, descubrió con satisfacción que, si bien el sustituto de Jaime no era comparable a él en cuanto a locuacidad y gracia, tenía su agrado.

Había conseguido desentumecer la sinhuera y, de pronto más animada, se adentró en el barrio de Santa Cruz reflexionando sobre una cuestión: ¿cómo podía Franco promover el silencio como terapia, cuando ella se sentía, gracias a un rato de charla, igual que si le hubiesen aplicado un tónico de efecto balsámico?

Capítulo 19

Madrid en tus canciones

Sara era compositora. Escribía letras de canciones y les ponía melodía. Manuel la había conocido en Sevilla, mientras ella estudiaba. Llevaba una guitarra y unas partituras cuando se cruzaron por primera vez. Manuel quedó fascinado al instante. Tanto que la persiguió hasta el conservatorio superior de música. La vio entrar allí y se dijo que regresaría cada día a la misma hora, aunque solo fuese para admirarla desde lejos. Tenía el cabello como el fuego, y unos extraordinarios ojos verdes que solían quedarse pensativos. La frente y la nariz demasiado pequeñas y unos labios siempre fruncidos le conferían una expresión ceñuda. No era bonita, o lo era a su manera, pero gozaba de un aire misterioso que invitaba a escarbar en su personalidad.

Después de tres semanas suspirando por ella, provocando encuentros fortuitos, a Manuel se le ofreció la oportunidad de hablarle. Él no fumaba, pero había observado que ella solía apostarse en la puerta del conservatorio para apurar los cigarrillos que previamente birlaba a los compañeros. Despistada o descarada; Sara olvidaba con frecuencia aquellas cosas que podía pedir a los demás. El tabaco, el fuego, unas monedas, unos folios; cualquier excusa que le permitiera disponer de la buena voluntad ajena. Le encantaba el protagonismo que le ofrecían aquellos instantes durante los que los inesperados tenorios le salían al rescate. Sabía aprovechar sus encantos como ninguna, y eso es lo que hizo aquella tarde, cuando un desconocido estiró la mano para encenderle el cigarrillo que colgaba de sus labios.

Manuel no era ya un niño: tenía cumplidos los veinticuatro. Había terminado la carrera y se preparaba para obtener una plaza como profesor en

la universidad. No obstante, se comportó peor que un chiquillo; no entendía por qué le temblaba la mano, ni el motivo de que todo aquel discurso que llevaba días preparando se le hubiera atravesado en la garganta, igual que una esquirra de hielo.

—Gracias. —Su mirada era coqueta; Sara pestañeó y a Manuel le pareció que una corriente de aire caliente se movía entre los dos—. Tú no estudias aquí, ¿verdad?

Por suerte, ella era directa y osada. La acompañó hasta el piso que compartía con otros tres estudiantes. Durante el trayecto, Manuel consiguió reponerse lo suficiente como para mantener una conversación interesante. Ella le contó que era de un pueblo de Jaén. Que había venido a estudiar a Sevilla porque aspiraba a convertirse en una célebre compositora.

—Aquí nacieron grandes maestros del género —se animó a comentar Manuel—: Vicente Gómez Zarzuela, López Farfán, Gerónimo Giménez, el maestro Quiroga, Font de Anta, Joaquín Turina. Pero tú debes de saberlo.

Ella lo miró, deslumbrada en apariencia. Sin embargo, tras unos segundos, una mueca cruel le estiró los labios y repuso:

—Marchas procesionales, zarzuela..., un poco anticuados, ¿no? A mí me va otro rollo, más moderno. —Manuel estuvo dispuesto a pasar por alto el tono, y también la vocecita interior que le aconsejaba mantenerse lejos de aquella chica. En aquel momento solo buscaba maneras de agradar y se arrepintió de haber resultado algo pedante. Sara era demasiado joven, demasiado inexperta para valorar unas formas de expresión artística tan sutiles. Era una fruta que necesitaba madurar, y lo haría con el tiempo. Con todo, era una fruta deseable y apetitosa. Y Manuel cambió de tema antes de que la oportunidad de concretar un siguiente encuentro se esfumara.

Condescendiendo, así fue como consiguió otra cita, y luego muchas otras más. En unas pocas semanas, supo que se había encaprichado sin vuelta atrás: estaba embriagado de Sara, de su frescura. A veces callada, otras locuaz, Sara estaba llena de contradicciones. Era desconcertante e intensa, pero en su

temperamento confuso y cambiante radicaba su mayor atractivo. Por otro lado, ella mostraba aquella nueva conquista a sus amigos igual que si se tratase de un trofeo. Manuel era el hombre maduro, a pesar de su juventud. El aspirante a profesor universitario, el chico listo que todo lo sabe. La novedad y la posibilidad. Un mundo por descubrir, tan lejano al que ella estaba acostumbrada que durante los primeros meses de noviazgo sintió que se obligaba a hacer algunas concesiones. Era una sensación molesta de la que no conseguiría deshacerse hasta un tiempo después. Fue justo el día en que tomó aquella importante decisión.

—Me marcho a Madrid. Dejo el conservatorio. Aquí siento que estoy perdiendo el tiempo. —Manuel había esperado aquel arrebató, aun sin saberlo. Sara era demasiado caótica para someterse al orden de un programa de estudios. Estaba ávida por triunfar, no tenía tiempo que perder. Necesitaba saltarse aquel paso y continuar explorando nuevos caminos—. ¿Crees que hago mal? —Enseguida supo él que trataba de provocarlo. Buscaba su desacuerdo para reafirmarse. No obstante, a aquellas alturas Manuel había comprendido que tan peligroso era contradecirla como avenirse a su criterio. Dijera lo que dijese en aquel momento, ella se sentiría contrariada, tal era su forma de afrontar los cambios, aun cuando los hubiese provocado ella misma.

—Creo que debes hacer lo que pienses que es mejor para tu carrera.

No era la contestación que buscaba, y Sara no pudo ocultar su sorpresa. Una vez repuesta, se sintió obligada a añadir:

—Hay un grupo que busca letrista. Puede ser una oportunidad. Tal vez la única.

—Iré contigo, Sara —decidió en un impulso—. Te acompañaré. Puedo optar a una plaza en la Complutense. —Ella lo abrazó, sin saber si debía congratularse o disgustarse por una contingencia que, a pesar de haber previsto, no entraba dentro de sus planes. Era un sacrificio que no le habría pedido y que la asustaba y enorgullecía a la vez. Nunca pensó que su poder de seducción llegase a tanto, y terminó por anteponer la soberbia a la prudencia.

Manuel era suyo, había optado por seguirla adondequiera que fuese. De pronto dejaba de ser la niña que había jugado a ser para convertirse en la mujer capaz de cambiar el destino de un hombre a su capricho. Un logro demasiado grande como para renunciar a él. Además, ella no se lo había demandado, y se querían, ¿no? En el fondo era lo justo, así es como debía comportarse el chico que quisiese compartir la vida con ella.

Madrid resultó una ciudad inspiradora, y la vida en común fue emocionante al principio. Todo era nuevo y excitante: Manuel logró acceder a una plaza en el departamento de Administración de Empresas y Marketing; primero como auxiliar, después como adjunto, y finalmente como titular. Sara escribía canciones para el grupo, y el grupo triunfó. Algunos artistas se interesaron por su trabajo; había temporadas en que los encargos llovían (unas veces la letra, otras, la música, la mayoría, ambas cosas) y periodos en los que estos eran tan escasos que hacían tambalearse su seguridad. Como un reflejo de su propia dualidad de carácter. Con todo, la estabilidad que les proporcionaba el empleo de Manuel contribuyó a que, en un par de años, se convirtieran en una pareja consolidada.

Luego pasó otro año más. Manuel comenzaba a viajar por motivos laborales: era un profesor de éxito, imprescindible en los simposios sobre técnicas de comercialización de mercados. Aportaba sus ideas, siempre originales. Impartía clases magistrales y conferencias. A Sara le complacían aquellos huecos, que le daban la oportunidad de componer mientras lo esperaba. Se acostumbró a extrañarlo. A veces pasaba largas temporadas fuera y los reencuentros eran fogosos y revitalizantes. De esta manera no los asaltaba la monotonía. A su manera, Manuel y Sara formaban una pareja dichosa. Pero el destino les tenía reservada una sorpresa cruel.

Cuando trataba de evocar aquellos días, Manuel se daba cuenta de que había un montón de lagunas en su cerebro que le impedían dibujar un mapa cronológico de los hechos. Había forzado el olvido. ¿Qué fue antes, el accidente o el final de su amor? Poco importaba. Importaba el hecho de que su

relación con Sara se había ido al garete. Él lo dio todo: abandonó su vida, la que había conocido hasta entonces, para seguirla. Cambió de ciudad, dejando atrás sus sueños para perseguir los de ella. Para ser justos, Sara no se lo había exigido. Jamás lo habría hecho, eso lo supo después. Fue él quien quiso interpretar en sus palabras una necesidad que ella no manifestó. Y se lanzó a poner patas arriba su mundo para perpetuar una pasión apenas saboreada. No es que se arrepintiera: la había querido, habían sido felices juntos. Solo que ella no supo estar a la altura cuando más la necesitó.

A veces le parecía sentir la música de Sara todavía. Notas de sus melodías, esas que nunca compuso para él. Le parecía imposible, pero mentalmente recomponía los restos de la banda sonora que fue su vida en común.

—No me lo has puesto fácil. —Las palabras de ella fueron un mazazo directo al corazón—. No dejas que te ayuden. Me estás consumiendo, Manuel.

Luego agarró su guitarra y se marchó. Y Manuel se quedó solo, en medio del infierno. Debía aprender a vivir consigo mismo en aquella gran ciudad que de repente se le antojaba un gigantesco agujero a punto de tragárselo. Sin trabajo, sin amor. Ahora sí, su existencia había dado un vuelco. Y esta vez no por su propia resolución.

Capítulo 20

Si me vienes a buscar

—No te vas a creer lo que estoy viendo, Pepa. —Dana hizo una pausa para darle emoción al anuncio—: Hay una radio antigua que haría las delicias de Ginés.

—Te dije que ese mercadillo es un tesoro. Tiene casi ocho siglos de historia.

Con una semana de retraso, pero allí estaba: el famoso mercadillo del Jueves, en la calle Feria. Toda una institución en la capital hispalense.

—Espera, voy a preguntar cuánto vale, por si la podemos incorporar a su colección.

—Acuérdate de que el regateo es la sal del intercambio.

Dana tanteó al vendedor. Después de un tira y afloja consiguió un buen precio y se hizo con la radio.

—Listo. Pero no le digas nada a él. Quiero que sea una sorpresa.

—¡A sus órdenes!

—Voy a seguir bicheando, por si doy con algún regalito para Cuca. Aquí hay cosas increíbles, absurdas.

—¿Te refieres a las muñecas rotas, los tornillos?

—Venden un traje de faralaes por cinco euros..., ¿me animo?

—Estarías muy guapa, amiga. Pero ni se te ocurra preguntar por el «traje de faralaes». Se dice «de flamenca» y, en todo caso, «de gitana».

—Es como si me hubiesen traído un pedacito del Rastro hasta aquí. ¡No sabes cómo os extraño, Pepa!

Como si la hubiese oído, Cuca encadenó unos cuantos ladridos.

—Nosotros también te extrañamos. Pero te hacía falta un cambio de aires.

—Sí, yo también creo que me ha venido bien —admitió—. Pero ya tengo ganas de volver. Creo que aquí he agotado mi tiempo.

Su tiempo y sus posibilidades, reflexionó para sí. Permanecer en Sevilla comenzaba a perder sentido. Sus pesquisas estaban en punto muerto. Franco andaba desaparecido desde el día anterior. Habían pasado casi veinticuatro horas sin noticias de él. Empezaba a preocuparse y a molestarse a partes iguales. ¿Era intencionado o tenía un motivo que justificara su silencio?

Tras despedirse de Pepa, continuó curioseando los puestos.

—Si usted cree que es una extravagancia que yo venda este cinturón gastado, o esta diadema de mi bisabuela, es porque no ha visto lo que han visto estos ojos aquí —le aseguró un vendedor después de que Dana le llamase la atención sobre algunos de los objetos expuestos—. Hace unos tres años un compañero vendía un proyectil de esos que usaban en la Guerra Civil. Vino la poli a comprobar si funcionaba. Al final, como no valía para nada, se lo dejaron.

—Francisco trajo una vez un cráneo que había encontrado en un contenedor de basura —comentó otro vendedor.

—Era de un niño, y lo vendía por veinte euritos.

—Pero se lo birlaron los nacionales.

—Nosotros le advertimos que era de verdad. Y él, erre que erre con que no, que el cráneo era una réplica. Tenía un agujero en la tapa y le faltaba la mandíbula. Al final la policía se llevó a Francisco a comisaría, *pa* que declarara.

Dana se quedó con las ganas de conocer el final de la historia, porque en ese momento la vibración de su teléfono móvil dirigió su atención hacia el bolso, que llevaba cruzado a modo de bandolera. Se apartó de los hombres esbozando una sonrisa a manera de despedida.

—*¿Qué tal estuvo la visita a los jardines?*

¿Aquello era todo lo que se le ocurría decir después de un día sin aparecer ni dar noticias?

—Estuvo bien. Seguí tus consejos y anduve por los sitios que me recomendaste. Por la tarde di una vuelta por el barrio de Santa Cruz. Me hubieran venido de perlas un par de consejos —dejó caer. Luego esperó cruzando los dedos. Si no le daba una buena excusa no estaba segura de poder controlar el genio que la quemaba por dentro.

—Perdóname, me sentía indispueto.

No era una respuesta demasiado convincente, pero por el momento debía valer.

—Te fuiste de un modo tan brusco que me diste qué pensar.

—¿Por dónde andas esta mañana? —inquirió Franco claramente resuelto a cambiar el discurso.

—He venido al mercadillo de la calle Feria. Me lo había recomendado una amiga.

Franco experimentó una punzada de envidia. Él había tenido amigos. En su otra vida. Conservaba algunos de los que había hecho en Madrid; Bernardo fue el más importante, aunque la relación se había enfriado como consecuencia de la distancia y de las circunstancias. La comunicación resultaba difícil, se justificaba Franco, cuando lo cierto era que aquella barrera que había decidido interponer entre él y el resto del mundo lo separaba de cuantos lo querían. También de sus amigos de toda la vida, los de su tierra; aún no era capaz de retomar el contacto. Se repetía que los años pasados en Madrid lo habían llevado a un aislamiento inevitable. Aunque en el fondo era consciente de que se engañaba, igual que en el resto de cosas.

—¿Sabes que el mercadillo se celebra desde el siglo *xiii*, cuando lo instituyó el rey Fernando III?

—No imaginaba que era tan antiguo —reconoció Dana sorprendida por el dato, si bien no por el hecho de que el escritor lo conociera—. Eres un libro abierto.

—Es el más antiguo de Sevilla, y alcanzó tal fama que hasta Miguel de Cervantes lo menciona en su célebre obra *Rinconete y Cortadillo*. Por aquel entonces, los puestos pertenecían en su mayoría a artesanos, pintores, carpinteros; hoy está dedicado, sobre todo, a artículos de segunda mano y antigüedades.

—¿Y tú? ¿Qué haces hoy?

La pregunta lo pilló desprevenido.

—Pues la verdad —escribió tras unos segundos— es que he salido a correr y ahora acabo de darme una ducha, y me disponía a dar una vuelta.

Dana trató de formarse una idea de Franco haciendo deporte, pero solo consiguió atraer la imagen del corredor de los ojos azules chocando contra ella en el parque.

—Me han dicho que al final de esta calle está la basílica de la Macarena, y ese es mi próximo objetivo.

—No exactamente al final de la calle Feria, pero al llegar a ese punto, es cierto que la basílica queda muy cerca.

—¿Me acompañarías?

Un hilito de esperanza se abrió paso en el corazón de Franco. ¡Cómo le hubiera gustado caminar junto a ella, hacia la basílica o hacia cualquier otra

parte! Pero la realidad irrumpió como un puñetazo en la boca del estómago: Dana le demandaba una compañía virtual; así lo habían establecido, por deseo expreso de él, y era algo que no debía cambiar, por su propio bien.

Franco le confirmó que se encontraba en uno de los barrios más castizos, de los de más solera de Sevilla.

—Sí, me he fijado. Tiene un punto extravagante que me atrapa.

—Seas más o menos creyente, además, te impresionará la Virgen. Es muy bonita.

—La he visto en fotos. ¿Quién no conoce a la famosa Macarena?

—Hay otra Esperanza, al otro lado del río, que también es muy popular. En Triana, el barrio de mi tía Ani. Tiene muchos devotos.

—¡Esa es la Virgen de Jaime! —exclamó entusiasmada—. La capilla estaba cerrada el día que estuve allí, pero en el bar tiene una foto enmarcada. Es muy morena, una imagen preciosa.

—¿Jaime es tu amigo, el camarero? —inquirió él agradeciendo que Dana no pudiera verle el rostro, seguro de que la palabra «celoso» se hallaba escrita en sus ojos.

—Se podría decir que nos hemos hecho buenos amigos. —Mientras escribía, ella fue consciente de que, en efecto, podría encuadrar a Jaime, si no en esa categoría, al menos en la de las personas con quienes se puede contar para un rato de tertulia y risas—. Pero no quieras distraerme de mi objetivo —zanjó la cuestión—. Tengo que poner rumbo al templo. Ven conmigo, seguro que es uno de esos lugares de silencio que tanto te complacen.

Capítulo 21

Una propuesta

El reencuentro con Franco logró que Dana recuperase el buen humor. Hasta había disfrutado de la paz reinante en el templo y experimentado, como cuando era niña, la necesidad de romper aquel silencio con un grito estridente.

—Estoy empezando a superar mis fobias.

—Pareces una chica muy segura, ¿es posible que tengas algún temor?

—Un miedo irracional a estar sola —confesó—. Me causa una ansiedad horrible.

—Yo sé mucho de soledad, y de silencio. He aprendido a la fuerza.

—En cambio, yo lo detesto. Me siento en la obligación de llenar esos vacíos de sonido. Aunque tenga que hablar por hablar. ¡No me callo ni debajo del agua!

A Franco se le escapó una sonrisa: imaginar a Dana hablando sin parar no le resultaba difícil, y sí divertido. Pero la sonrisa devino en una mueca amarga al comprender que aquella necesidad marcaba la diferencia entre los dos, alargando la distancia que los separaba.

—Hay que contemplar el silencio como una oportunidad —propuso desesperado por eliminar aquella barrera que se erigía entre ellos—. De enfrentar las cosas, de aprender. Si andamos siempre escuchando a los demás, no nos oiremos a nosotros mismos. Además, el silencio es descanso.

—Sí, lo explicas bien en tu libro: «Crear un hábito de silencio te ayudará

a economizar energía». Cualquiera que me conozca diría que lo has escrito expresamente para mí —bromeó ella—. Acabo agotada al final del día.

—Para personas como tú, que necesitan revisar su lista de prioridades.

—Se me ocurre que tal vez podamos ayudarnos: a mí me provoca angustia el silencio, a ti te molesta el ruido... ¿Y si encontramos el punto medio?

—Yo diría que nuestro punto medio está aquí, en estas burbujitas de chat.

—Podríamos trasladarlo al mundo real —arriesgó una vez más Dana—. No digas que no y piénsalo antes de que me arrepienta de volver a rogarte. ¡Nunca me había puesto de rodillas frente a un hombre, pero tú vas a lograr que desgaste la tela de mis pantalones!

Dana se dijo que no perdía nada por intentarlo: no se trataba de una propuesta amorosa, sino de trabajo, ¿no? De haberla considerado algo romántico, en ningún caso hubiera llegado tan lejos con su insistencia. No se tenía por infalible, pero hasta entonces nunca necesitó suplicar una cita.

—Esta noche estoy invitada a una fiesta. Una fiesta de la radio. Va a haber música en directo, sorteos, premios..., una pasada. Y puedo llevar acompañante. ¿Qué me dices?

—Que me siento halagado.

—¿Eso es un sí?

—Pero no me siento cómodo en los lugares ruidosos.

—¿Tienes hipersensibilidad auditiva o algo así?

—Algo así.

—¿O eres alguna clase de autista?

—Me tengo, más bien, por ermitaño.

—¿Una especie de monstruo, con algún defecto horrendo que ocultar..., o es que buscas generar expectación?

—Son demasiadas preguntas, amiga periodista. ¡Dame un respiro!

—Me gustaría, pero, para serte sincera, he hecho bastantes kilómetros con una misión y no puedo permitirme volver con las manos vacías.

—Quieres una muestra de cariño.

—De esa amistad que dices que tenemos. Los amigos se apoyan, se ayudan entre sí. ¿Te gustaría ver cómo mi programa entra en declive solo porque un tipo raro se negó a salir un par de horas en antena?

—Ahora te estás poniendo melodramática.

—Si no obtengo resultados, pasaré a adoptar medidas extremas.

—¿Chantaje?

—O podría amenazarte con destruir tu carrera literaria. ¿Qué tal si les cuento a mis oyentes que eres un friki de la historia? Me consta que tienes una legión de fans suspirando por ti.

—¡Qué más quisiera!

—¿Y si anuncio que te he visto, y eres algo así como una versión empeorada de Frankenstein?

—¿Puede alguien empeorar al monstruo de Shelley?

—Tú déjalo en mis manos, y ya verás. Huirán despavoridas.

Franco tardó unos minutos en responder.

—¿Hay que ir de etiqueta?

—El protocolo exige un look de cóctel —aclaró animada—. Para las chicas, vestido de fiesta corto, sandalias de tacón... Para ti un traje con corbata, y algo de color para alegrar el conjunto.

—Hummm... Déjame pensarlo. Tal vez acuda a esa fiesta, solo para satisfacer mi curiosidad.

—¿Hay algún grupo que te apetezca ver en vivo? Puedo pedir el programa.

—Antes me gustaba más la música. —Franco pensó que hubo una época en que la música lo fue todo en su vida. Sara lo hizo adicto, pero, tras el

accidente, y más tarde, cuando ella se marchó, resolvió aborrecer cada composición, cada nota. Todo lo que tuviera que ver con aquel pasado feliz que nunca más regresaría—. Ahora prefiero otros entretenimientos. Pero no, no se trata de esa curiosidad. Tengo ganas de ver cómo te queda ese vestido, comprobar si es posible que luzcas más guapa que la última vez.

—¿La última vez? —¿Se refería a la mañana en que la guio por el museo o a cuando visitaron el Real Alcázar? Dana estaba desconcertada. Una cosa era saberse acompañada y otra muy distinta no poder concretar a qué distancia la seguía Franco Noble. ¿Cómo se ocultaba? ¿Y si se trataba de alguna especie de maniaco? Aquella teoría no casaba con la idea que se había forjado del escritor: un tipo agradable, con un pasado tormentoso aún no superado, pero sin dobleces.

—¿De qué color es tu vestido? —La pregunta la devolvió a la conversación.

—Ya que te pones misterioso, yo también me reservaré ciertos detalles. Si quieres saberlo, búscame esta noche, en la fiesta de la radio. Se celebra en una discoteca cerca del teatro Lope de Vega. Después, cuando encuentre la tarjeta, te envío la dirección. Tengo que tenerla descargada en alguna parte de la memoria del móvil.

—Piensas dejarme con la incógnita.

—Solo debes esperar unas horitas.

—¿Y qué hacemos mientras tanto? ¡Si no me entretengo con algo me voy a volver loco de impaciencia!

—Llévame a alguno de esos sitios silenciosos y solemnes que siempre propones. Para que recargues pilas.

—Eres muy ocurrente.

—Digamos que práctica. Como te voy conociendo, sé que necesitas tu cuota de calma. De otro modo, te rajarías antes de haber elegido siquiera qué corbata ponerte.

—¿Qué tal uno de esos baños relajantes emulando a nuestros

antepasados árabes?

—Sugere... Si estuviera muy cansada, quizás me apetecería. Pero mi cuerpo necesita constante movimiento. Me aburre la inactividad.

A Franco le hizo gracia aquel rasgo de carácter.

—Se me ocurre otra idea, pero tienes que dejarte llevar.

—Estoy dispuesta. Con que me devuelvas a casa antes de las ocho, para que me dé tiempo a acicalarme para esa megafiesta a la que vas a acompañarme, conforme. Pero si no acabo de leer tu libro, toda la culpa será tuya. Por resultar demasiado divertido y una alternativa a la lectura mucho más atrayente.

—Asumo la responsabilidad.

Capítulo 22

La fiesta de la radio

El contacto visual

Una palabra puede encerrar muchas cosas. Las palabras pueden mentir, pero los ojos no. Porque la mirada es el lenguaje del corazón, que decía nuestro querido poeta y dramaturgo inglés, William Shakespeare.

Si tienes dudas, busca en sus ojos la respuesta que sus labios se niegan a darte. Si la cara es el espejo del alma, como apuntaba Cicerón, los ojos son, dentro de ese espejo, los mayores comunicadores de las emociones. El rostro funciona como un traje que nos ponemos para cada ocasión: no usamos el mismo cuando asistimos a una reunión de trabajo que cuando trasladamos esa reunión al bar de la esquina; si estamos en familia o entre amigos, en una fiesta o visitando a un enfermo. La expresión facial se adecúa a las circunstancias: controlamos las emociones si es preciso, escondemos o mostramos según el momento y la necesidad. Es algo inconsciente en la mayoría de los casos, un fenómeno que en el mundo de la psicología es conocido como «rostro social».

Aprendemos desde niños a gestionar la expresividad, a fin de integrarnos en el engranaje social ofreciendo en cada ocasión el semblante adecuado. Nos traicionamos a nosotros mismos, sucumbiendo a la necesidad de encajar, de adaptarnos a lo que creemos que se espera de nosotros. De este modo, vivimos una permanente mentira. Muchos no se percatan de que si fuerzas las emociones obligas a trabajar a los músculos del rostro: les estarás pidiendo un sobreesfuerzo que quedará marcado en tu expresión facial de por vida. Puede parecer exagerado, pero nuestra forma de ser, las actitudes que adoptamos y los sentimientos que predominan en nuestro día a día moldean nuestra fisonomía, a partir de la herencia genética, concretando con el paso del tiempo nuestro rostro definitivo.

¿Sabías que la lectura del rostro es un arte milenario? Mian Xiang lo llaman en China. Antes de Confucio, ya se practicaba en el país asiático como una profesión. Pitágoras inició en la Grecia clásica el estudio de la fisiognomía: se dice que escogía a sus discípulos basándose en sus rasgos faciales, tras un minucioso examen de rostro y cuerpo. Adivinar el carácter de la persona o su personalidad, su futuro incluso, pero también su estado de

ánimo, sus intenciones, su esencia, en definitiva, no es difícil si sabes interpretar esas cuantas pistas que arrojan los rasgos del rostro.

Entornar los ojos, mover las cejas, el parpadeo. El ensanchamiento de las fosas nasales, arrugar la nariz o la frente, fruncir los labios, mordérselos, pasar la lengua por ellos. Entre todos ellos, los movimientos más sinceros son los que se hacen con la boca y los ojos.

Antes hablamos de la sonrisa. Lo necesaria que es una sonrisa franca, de esas que achinan los ojos y le sacan arrugas a la piel. En este apartado vengo a reivindicar la importancia de la mirada: tenemos apenas control sobre los ojos, lo que implica que, a la hora de engañar, estos sean los menos predispuestos.

Triste, alegre, cansado, enfadado, enamorado o despechado. Más o menos expresivos, nuestros ojos revelarán lo que siente nuestro corazón, aunque nos empeñemos en ocultarlo. La dilatación y contracción de las pupilas son indicativos claros de nuestras emociones.

La mirada, además, es indispensable para establecer una corriente de comunicación. Es lo primero que buscamos para abrir el diálogo con otra persona: si esta desvía la vista daremos por hecho el rechazo; si nos devuelve la mirada, entenderemos abierta la comunicación. ¿Eres una persona segura y extrovertida, o más bien retraída? ¿Te sientes capaz de mirar a los ojos, mantener el contacto visual, o apartas la mirada con facilidad?

Mantener el contacto visual es importante. Si perteneces al grupo de los tímidos, tengo una buena noticia para ti: puedes mejorar en este aspecto practicando un poco en casa. Colócate frente al espejo y ensaya, no permitas que la situación te supere y sácale partido a tus ojos. Te alegrarás de tus progresos: manejar la mirada es crucial para obtener unos resultados óptimos en los retos que nos plantea la vida.

¿Hay una chica que te gusta y no te atreves a decírselo? Mírala con fijeza. El contacto visual, cuando es continuado, puede resultar excitante. Esto es un hecho. Si un desconocido te mira directamente a los ojos, puedes sentirlo como una amenaza, pero también como una invitación al amor. Una mirada persistente puede denotar atracción física, y tener una respuesta positiva. Si de verdad te interesa alguien, no dejes de intentarlo.

Desde que me aplico la teoría del silencio, me he acostumbrado a ir más allá de las palabras. A traspasar esa primera barrera que es el rostro y mirar en el fondo de los ojos. Los ojos nunca mienten.

Hoy te propongo que tú también mires dentro de los ojos. Pero también que te despojes de la máscara. Que uses tu verdadero rostro y te presentes tal cual eres, sin complejos ni temores. Este nuevo yo en el que me he convertido quiere mirarte de frente. Por eso no esquivaré tu mirada si tú buscas la mía.

«(...) no esquivaré tu mirada si tú buscas la mía.»

Con esa premisa en mente, Dana buscaba entre los asistentes a la fiesta una mirada. La mirada de Franco.

La cita era a las nueve. Se había puesto especialmente guapa, aunque no habría sabido explicar por qué. Tenía un extraño cosquilleo recorriéndole el abdomen. Como si un bichito volador se estuviera paseando dentro de su vientre. Se justificó en la necesidad de causar una buena impresión entre sus compañeros de profesión. En vez del vestido, había elegido el clásico pantalón negro de vestir y una camisa también negra con transparencias. No era su color favorito, pero le sentaba bien. Un escote pronunciado revelaba la curva de sus senos. Zapatos de tacón alto, cabello recogido en un moño informal del que escapaban algunos rizos. Los labios pintados de rojo. Había cambiado las gafas por un par de lentillas, y el marrón achocolatado de sus ojos resplandecía bajo los focos.

Se dejó llevar de un lado a otro en tanto Lupe, la organizadora del evento, la presentaba al resto de invitados.

—¿Esperas a alguien? —La pregunta la pilló por sorpresa—. Porque no dejas de mirar hacia la puerta.

—No, qué va —mintió—. Es que me gusta ver los modelitos de los que van llegando.

—Si quieres asistir a un auténtico desfile, quédate hasta el fin de fiesta —le recomendó Lupe elevando el tono de su voz para hacerse escuchar por encima del presentador, que acababa de recuperar el micrófono—. Tocan *Los Destornilladores*, y son expertos en acaparar portadas debido a sus estafalarios estilismos.

Dana se dijo que su permanencia allí dependía, quisiera o no admitirlo, de la aparición de Franco Noble. El ambiente ruidoso de la fiesta empezaba a aturdirle. Una incipiente jaqueca le taladraba las sienes. Los nervios y la expectación comenzaban a pasarle factura.

—Discúlpame, Lupe. Voy a servirme algo del cóctel, tengo un hueco en el estómago.

No era uno de esos huecos que se llenan con un aperitivo, pero Dana se obligó a tragar un par de banderillas de aceitunas con pepinillos, aunque solo fuera por entretenerse mientras sus ojos recorrían la sala de punta a cabo. Unos cuantos chicos interceptaron su mirada, pero ninguno de ellos podía ser Franco. No tenían los ojos pequeños y azules que ella imaginaba, ni un brillo amistoso y reconfortante en el fondo de sus pupilas. La mayoría eran aficionados a la radio, o locutores, operadores, programadores, productores; gente de la casa, con inquietudes comunes y un mismo tema de conversación. En otras circunstancias, Dana se habría lanzado de cabeza a tejer redes de contacto. Pero aquella noche no estaba interesada. De repente, le aburría todo aquel protocolo. Se sentía un pato en medio de un gallinero.

—De haber sabido que eras una princesa, habría venido en carruaje para llevarte conmigo a mi castillo.

Dana se llevó una mano al pecho: tenía dentro una caja de pulgas. El mensaje era de hacía unos quince minutos. Echó un vistazo alrededor: nadie sospechoso, ningún hombre que la observara aguardando una respuesta. ¿Se habría marchado Franco Noble al no obtener la suya?

—¿Dónde te escondes? No te veo.

—Eso es porque no sabes mirar —respondió al instante Franco, y Dana sintió que recuperaba el aliento—. Yo, en cambio, no consigo apartar los ojos de ti. Estás preciosa. Negro es el color de la noche. Y el del misterio.

Estiró el cuello y trató de ver por encima de la multitud. Había grupos de personas charlando, riendo. Unos cuantos camareros con pajarita azul que corrían de acá para allá, reponiendo platos y sirviendo bebidas. Junto al tocadiscos gigante que servía de decoración destacaban dos chicos monos, que

parecían disfrazados. Lo que debía de ser una cantante de moda se pavoneaba alrededor del escenario, esperando su turno.

—¿Qué te has puesto tú? Por aquí abundan los colores estridentes. La gente de los medios tiene predilección por la ropa llamativa.

—No me he fijado, hay una chica espectacular que ha secuestrado mis sentidos. ¡No tengo escapatoria!

De modo instintivo, Dana se frotó la cara: Franco había conseguido que se ruborizase. Era ridículo. Unas pocas palabras, y el escritor le ponía color a sus mejillas. Ni siquiera lo había visto, solo tenía una imagen idealizada de lo que podía ser su físico. Y, no obstante, Franco Noble le gustaba. Comprender la realidad fue como una bofetada sin manos. Se sentía atraída por él, por alguien con quien no había compartido más que unas cuantas conversaciones virtuales. Nunca antes le había ocurrido algo similar y el vértigo se apoderó de su cuerpo. Tenía náuseas.

—Voy al baño. Me temo que me está repitiendo el pepinillo.

—No voy a quedarme demasiado tiempo, Dana. Yo también me siento mal. Soy muy vulnerable al ruido, ya lo sabes.

—Espérame, no tardo.

Dana se dirigió hacia el fondo del local, a la zona donde se ubicaban los aseos. Llevaba el teléfono móvil en la mano y se aferraba a él como si se tratase de un seguro de vida. Lo puso sobre la encimera para refrescarse; dejó que el agua corriera por sus muñecas y dio brillo a sus labios antes de reincorporarse a la fiesta. Se sentía algo más animada y resuelta a continuar explorando, siempre que Franco se mostrara propenso a colaborar. Se apoyó en la barra, desde donde tenía una perspectiva amplia de la sala, y escudriñó cada rostro.

«(...) no esquivaré tu mirada si tú buscas la mía.»

Estaba convencida de que, ciñéndose a aquella promesa, antes o después lo encontraría.

Capítulo 23

Tomar riesgos

«A veces resulta imperioso tomar riesgos.»

Era una frase de su libro. Una máxima que él se había propuesto cumplir a rajatabla. Entonces, ¿por qué experimentó aquel mareo cuando los ojos inquisitivos de Dana se posaron sobre los suyos?

Se había dejado crecer la barba en los últimos días y había probado un peinado nuevo, con un poco de flequillo sobre la frente, para despistar. Confiaba en que ella no lo reconocería. Confiaba en pasar desapercibido y, al tiempo, anhelaba que la locutora lo identificase, que lo vinculase a cada uno de los momentos en que con anterioridad sus miradas se habían cruzado.

Los ojos marrones se achicaron para luego agrandarse hasta lo imposible mientras lo estudiaba. Un fondo de chocolate fundido sobre negro. Entonces no le cupieron dudas: Dana acababa de situarlo. Su rostro, expresivo, no mentía. Era como leer sobre un libro abierto. Luego, la locutora enarcó las cejas; esperaba algo: una señal, un saludo. La confirmación de sus sospechas. Pero el pánico había dejado paralizado a Franco. Sintió que se encogía bajo el traje y tuvo ganas de convertirse en un ratoncillo, un pequeño roedor al que ofrecieran la posibilidad de huir. Había determinación en las pupilas de Dana y Franco notó que las rodillas le temblaban. Demasiado tarde. ¿Sería capaz la presentadora de recorrer la distancia que los separaba y llegar a su encuentro, de pedirle que de una vez se quitara la careta? Quiso sonreír —¡si se pudiese levantar un escudo con la sonrisa!—, pero el gesto no alcanzó a sus ojos, y una mueca absurda murió en sus labios mientras su mente trataba a toda costa de encontrar una escapatoria.

Déjame ir... Aquello no era lo que tenía planeado. No era la forma, el momento ni el lugar. No estaba preparado para enfrentarla. Malditas fueran las ganas que lo habían dirigido hacia una trampa sin salida. Maldita aquella chica y sus propuestas descabelladas. No podía permitirle que pusiera su mundo patas arriba. No tenía derecho a pedirle tanto, aunque deseara con el alma pararse junto a ella y tocarla. Estrecharle la mano. Obtener su comprensión y su apoyo. Aunque se muriese por contarle cómo había llegado a convertirse en Franco Noble, no estaba seguro de poder confiar en ella. Lo obligaría a revivir aquel infierno, le exigiría que asumiese su identidad y que asomase el rostro al exterior, desprovisto de máscaras. Lo haría saltar a la palestra para después dejarlo a la deriva. No podría soportar que lo mirase a los ojos y lo compadeciese. Porque es lo que terminaría haciendo: tratarlo con condescendencia, igual que si fuese un animalillo asustado, necesitado de cariño. ¿No era acaso eso lo que había hecho Sara?

Dana le gustaba. Aquel era el motivo de que hubiese abandonado la seguridad del entorno del que se había rodeado y se hubiese atrevido a colarse en medio de la fiesta. Ella era vital y refrescante. Estaba plena de energía, de una energía contagiosa con la que resultaba fácil dejarse envolver. Se mostraba inteligente y curiosa y le hablaba como a un igual, sin reparar en esos defectos que lo hacían distinto a los ojos del resto. Era bonita y tenía un cuerpo hecho para el amor. Curvas en los sitios apropiados, piernas redondeadas y una silueta femenina, muy femenina. Dana era, en resumen, un sueño. El sueño de cualquier hombre con sangre en las venas. De cualquiera, menos él. Porque a Franco no le estaba permitido soñar. No le estaba permitido vivir esa fantasía. Franco Noble era solo una sombra. ¿Y quién iba a querer enamorarse de una sombra?

«Soy un tarado. Nunca debí venir...»

Dana era persistente, y jamás apartaría la vista. Franco lo supo desde el comienzo. Como también sabía que la suerte es la excusa de los cobardes. Un instante le bastó para marcar distancia: el momento en que una chica requirió

de la atención de Dana. Fue para presentarle a alguien. Apenas un segundo sintió celos: se trataba de un tipo bien plantado, con pinta de artista. Sonreía, enseñando a Dana una ristra de dientes de anuncio, y él tuvo ganas de borrar esa sonrisa a bofetadas. Dana no se mostraba demasiado entusiasmada, aunque se esforzaba por parecerlo. En aquellos pocos días, Franco había aprendido a leer en el fondo de sus ojos las emociones que a otros les pasaban desapercibidas. No parecía receptiva; «tal vez con el tiempo», se dijo, «con la conversación». Pero Franco no se quedaría para ver si cambiaba de actitud. Movi6 primero un pie, luego el otro, buscando la salida. Una vez que estuvo en el exterior camin6 sin mirar atr6s, en direcci6n al parque. La luna caía sobre las torres que flanqueaban la plaza de España. Una media luna, que asemejaba una sonrisa y que a Franco le record6 la que la locutora había amagado sin obtener respuesta. Una sonrisa que hubiera sido toda para él, si él lo hubiese querido. Sentía ganas de correr. De calzarse sus zapatillas deportivas y escapar. Alargar la distancia que lo separaría de la discoteca y de Dana. Pero por muchos kil6metros que recorriese, aquella sensaci6n de derrota no lo abandonaría nunca.

Aunque tratase de engañarse a sí misma, Dana supo que, de no haber aparecido Lupe, Franco habría encontrado cualquier otro pretexto para marcharse. No consiguió hablar con él, si bien habían dado un paso más, porque ahora podía visualizarlo perfilando en su imaginaci6n los rasgos de su rostro. Unos rasgos con los que había convivido desde el principio, desde que su mente se obcecara en asociarlo con el corredor del parque. Ahora sabía que su intuici6n no le había fallado y se felicitaba por ello. Porque no albergaba dudas de que aquel era el hombre con el que llevaba días intercambiando conversaciones. En el fondo, lo había deseado más que cualquier otra cosa en el mundo. El corredor era un tipo atractivo; Franco resultaba encantador, si se dejaba guiar por lo que habían compartido hasta el momento. Sumar el físico con la personalidad no hacía sino completar un conjunto perfecto. Quedaba por concretar si aquellos encuentros fortuitos fueron producto de la casualidad

o si Franco los había provocado adrede. Esperaba poder hablar de esas cosas y otras muchas más con él, a la sombra de un café o de una copa. Ahora que le había mostrado su rostro estaba segura de que el siguiente paso, el definitivo, no dependía más que de su confianza. Sin embargo, sus expectativas se veían frustradas cada vez que recordaba cómo la había mirado. ¿Era miedo lo que asomó a sus ojos claros cuando ella le exigió la confirmación a su pregunta?

—¡Cobarde! —escribió una vez que Lupe y el productor la dejaron sola. Este había desplegado sus encantos; era el prototipo de conquistador, bien parecido, con facilidad de palabra. Dana no era dada al flirteo, pero en otras circunstancias le habría dedicado mucho más tiempo, aunque solo fuese por satisfacer esa necesidad innata suya de hablar. No obstante, le apetecía más descubrir a dónde habría escapado Franco. El hueco que había dejado, cerca de la puerta, lo cubrió la mascota del evento, una nota musical bajo la que debía ocultarse un sufrido y sudoroso aspirante a actor —. Has perdido una oportunidad única, y te diré algo: mañana es mi último día en Sevilla. Vuelvo a Madrid el sábado por la mañana, regreso a mi vida. Luego no digas que me echas de menos —se atrevió a agregar. Se sentía osada como nunca.

—Te lo voy a compensar —respondió al punto el escritor—. Mañana aprovecharemos hasta el último segundo. —Lo decía en serio; Franco acababa de hacerse consciente de que el tiempo se le agotaba. Debía determinar si valía la pena el riesgo o era más prudente mantenerse en esa zona de confort que había creado para resguardarse de un mundo que, desde hacía más de ocho años, le resultaba hostil.

—Ya veré qué parte del día te dedico —contestó Dana airada—. Me has dejado plantada, sola en medio de la fiesta. Te has perdido las mejores actuaciones.

—Créeme, no las habría disfrutado. Además, me ha dado la sensación de que te quedabas en buena compañía.

—*¡No me digas que eres capaz de ponerte celoso!* —Dana se dio cuenta de que lo deseaba. Que la halagaba pensar que un hombre exitoso, se podría decir que guapo y con posibilidad de llevarse de calle a cualquier mujer con su agrado y simpatía, sintiese deseos de acapararla para sí.

—*Si hubiese podido ser quien soy, te aseguro que me habrías tenido pegado a esos ojazos toda la noche. No habrías podido mirar a otra parte, solo a mí.*

«Si hubiese podido ser quien soy...» Dana se preguntó qué querría decir con eso. Franco era un hombre lleno de misterios. Pero ella tenía la sensación de que anhelaba que alguien los fuera destapando, uno por uno.

—*Me habría gustado que lo hicieras —confesó—. Más allá de mi propuesta laboral, debo reconocer que me caes bien. Podríamos haberlo pasado genial. Además, no eres feo.*

Franco usó unos cuantos emoticonos para expresar su desconcierto.

—*¿Ya me has puesto cara?*

—*Lo he hecho.*

—*¿Y todo lo que se te ocurre decir es que no soy feo?*

—*De momento, deberás conformarte con eso.*

—*Te doy las gracias, aunque apostaría medio brazo a que andas equivocada.*

—*Alto, cabello oscuro tirando a negro, ojos pequeños y claros, cejas espesas, expresión ceñuda. Esta noche, además, un peinado informal y barba de tres o cuatro días.*

—*Me encantaría ser ese tipo tan guapo... e interesante.*

—*¿Quieres jugar al despiste?*

—*Jugar es una de mis actividades favoritas.*

—*De acuerdo: juguemos, entonces —propuso Dana—. Aunque esta vez nos atendremos a mis condiciones. Mañana por la noche. Tú escoges el restaurante.*

—*¿Una cena de despedida?*

—*Podría ser, más que una despedida, un comienzo —aventuró la locutora.*

—*No te prometo nada.*

—*Piénsalo, Franco. Una última noche. Solo te pido que nos sentemos y hablemos. Luego tú decides.*

—*¿No me estarás cogiendo cariño?*

—*No te sobreestimes —bromeó—. Quizás un poco. Como cicerone eres bueno.*

—*De momento me conformo con eso.*

Tras despedirse, Dana abandonó el local para regresar al hotel. Necesitaba pensar, reflexionar sobre lo que había visto y lo que había hablado con Franco. ¿Habría confundido deseo con realidad? ¿Habría sido pura coincidencia haberse topado con el corredor allí? ¿Habría estado Franco Noble, en el momento en el que intercambiaba miradas con el deportista, observándola desde otro punto de la sala? No podía responderse todavía. Para entretenerse, recurrió al libro de Noble. El siguiente capítulo tenía un título muy sugerente.

Bésame mucho

Cierra los ojos y bésame. Bésame mucho. ¡Qué bonito es amar con los ojos cerrados, entregarse en la confianza de que la otra persona te sostendrá entre sus brazos si llegado el momento te flaquean las piernas!

Los labios son una de las partes del cuerpo con más neuronas sensoriales. Al besarnos, estas neuronas envían información al cerebro provocando ciertas reacciones neuroquímicas en él. Se liberan unas cuantas sustancias que van directas hacia la sangre: la dopamina, una hormona que nos hace sentir placer y convierte el beso en adictivo; la oxitocina, u hormona

del amor, que nos hace experimentar apego.

Serotonina, que disminuye la tristeza, y testosterona, que incrementa el apetito sexual.

Besar es una terapia que no tiene precio. El beso mejora el ritmo cardíaco y la presión arterial. Si el beso es apasionado se disparará, además, la adrenalina. Al intercambiar bacterias, el sistema inmunológico se refuerza y muchos de los músculos de la cara se tensan y estimulan.

Como veis, los beneficios de besar son incontables.

Besar es un seguro de felicidad. El beso suele venir envuelto en emociones. Y las emociones son la salsa de la vida. Así que, antes de completar la intimidad, besa. Disfruta de la calidez de ese contacto. El contacto de los labios. No tengas prisa.

Y ahora... ¿quién podría resistirse a un beso?

Yo no.

Dana se quedó dormida imaginando cómo sería un beso de Franco Noble. ¿Dispararía su adrenalina? ¿Le provocaría todas aquellas sensaciones que de modo tan detallado describía en el texto? Se abrazó a la almohada y soñó con los labios del corredor sobre los suyos, acariciándolos. Soñó que lo besaba con los ojos cerrados y que, al abrirlos, la azulada mirada del hombre se perdía dentro de la suya. Y, en vez de miedo, encontró fuego en ella.

Capítulo 24

Es solo una cena

Desde que Dana le hubiera planteado la propuesta, Franco se había hecho al menos cien veces la misma pregunta: ¿debía o no debía acudir? Lo deseaba como no había deseado otra cosa en toda su vida. Con la vehemencia del niño que sueña cumplir un deseo largamente pospuesto.

«No sería una cita romántica, sino profesional.»

La aclaración era innecesaria, aunque dolorosa. Precisamente aquello era lo que menos le atraía del plan. ¿Por qué no podían simular que se gustaban, que habían planeado una cita a la luz de las velas con el sonido de violines enmarcando la escena? Una cita de las de antes, como ya no se llevaban. Una cita en la que Franco pudiera ser Manuel, el amigo, el hombre inclinado a enamorarse, y no el escritor pretencioso y ridículo en el que se había convertido.

Tenía miedo escénico, reconoció, miedo al fracaso. Hacía mucho que había perdido la habilidad para relacionarse. Con chicas la cuestión se agravaba. ¿Qué podía interesarles de un aburrido solitario como él? Nada, en definitiva. Las posibilidades disminuían de forma considerable frente a alguien como Dana: una diosa, fuerte y decidida, porque a las claras se veía que la locutora se bastaba por sí misma. De necesitar a alguien, Dana tendería a buscar a esa clase de chicos que brillan como las estrellas en el firmamento. Dicharacheros, charlatanes y llenos de luz. Todo lo contrario de lo que él era, un ser oscuro y silencioso. Desde que la vida le diera aquel revés, Manuel se había refugiado dentro de su concha y solo asomaba la cabeza oculto bajo el

disfraz de talentoso autor. Resultaba una liberación y una condena, aunque ya no estaba seguro de si era más una cosa o la otra.

—Hoy te has puesto muy guapo. —La sonrisa de tía Ani era sincera, y Manuel sintió que le infundía un poco del valor perdido—. Algo te traes entre manos, pero no vas a contármelo, ¿verdad?

Se encogió de hombros, después procuró desviar la atención de la perspicaz Ani entregándole un lote de marcapáginas. *Hablar con las manos* estaba inscrito en cada uno de ellos, en letras de un rojo intenso sobre un fondo blanco. Tal cual se podía apreciar en la portada del libro más exitoso de los últimos tiempos.

—No vas a distraerme con tus golosinas, Manuel Estrada —le advirtió ella en el mismo tono que habría empleado para amonestar a uno de sus alumnos—. Esos viejos trucos ya los he usado yo antes.

Manuel sonrió; con su charla incesante, sus reproches y exigencias, Ani conseguía siempre que olvidara el resto de las cosas. La siguió hasta el comedor, donde le esperaba un cuenco lleno de aquellas galletas de canela que tanto le gustaban.

—Espero que las valores. He necesitado unas cuantas horas para prepararlas. Hasta la tarea más sencilla se complica desde esta dichosa silla. Luego está Lumila, que parece empeñada en obligarme a practicar ejercicio. Si supieras dónde ha colocado la harina la castigarías con tu odio eterno, como yo hago. Cualquiera día la pongo de vuelta a casa de una patada en el trasero. Está ahorrando para pagarse el billete. Ojalá nunca lo consiga —farfulló.

Manuel sonrió para sus adentros. Todas aquellas promesas y los deseos de que todos los males del mundo recayesen sobre la asistenta estaban vacíos de contenido. Tía Ani adoraba a Lumila en la misma medida que dependía de ella. Y lo mismo le ocurría a Lumila con la gruñona maestra. Por su parte, Manuel debía agradecerle a la esclava aquellos detalles que obligaban a tía Ani a esforzarse y mantenerse activa. Iba a sugerirle ampliar unas horas la jornada

de Lumila, aunque solo fuese por escuchar las protestas de su tía. Pero desistió al ver cómo Ani alargaba el recipiente hasta colocarlo justo delante de su nariz.

—Y no dirás que no huelen a gloria. Tampoco se lo debo a esa desagradecida. Ha desarrollado la manía de echarle canela y clavo a todo lo que pilla. Dice que regulan los niveles de azúcar en sangre. ¿Me ves pinta de tener alta el azúcar? Así que tuve que bajar a comprar unas ramitas a la tienda de la esquina. Tengo lectura atrasada esta semana para la reunión del club. Pero la descarada dice que me sobra tiempo, de modo que me entretiene con estas chorradas.

Mientras los labios de tía Ani se movían sin descanso, Manuel devoraba una galleta tras otra. Pensaba en la cita que había concertado con Dana, solo un par de horas más tarde, en un restaurante italiano que habían inaugurado hacía un par de meses en el barrio del Arenal. Aunque el sitio era lo de menos. Estaba aterrizado. Todavía no sabía cómo afrontar la situación. Necesitaba un plan, pero no se le ocurría cuál.

—Ya sé que no te interesan mis conflictos caseros, Manuel. Pero al menos podrías disimularlo. —La diatriba fue interrumpida por el sonido del timbre—. No te lo he dicho: esta tarde espero a tu primo. Seguro que te apetecerá saludarlo. Lleva mucho tiempo fuera. ¿Cuánto hace que no os veis? ¡Debe de haber pasado más de un año desde la última vez que os disteis un abrazo!

Esta vez Manuel sí que puso su atención en el chico que acababa de cruzar el umbral y que no pudo disimular su sorpresa al verlo. Era unos años más joven que él. Tenía el cabello castaño, tirando a rubio, y una constitución delgada. La nariz aguileña, aunque atractiva. Era muy diferente de su primo, si bien algo en su aspecto recordaba al suyo. Tal vez fueran las cejas espesas, idénticas a las suyas, y esa mirada intensa y hosca que daba la impresión de mal humor. Manuel estrechó la mano que su primo le ofrecía y le brindó su mejor sonrisa. En verdad se sentía feliz de verlo: se le acababa de ocurrir

algo. Justo la clase de idea capaz de salvar a un condenado de una muerte segura.

Dana lo vio llegar y sintió una punzada de decepción. Aquel no era Franco Noble. No era *su* Franco Noble. Ese tipo que sonreía, convirtiendo su boca en una hilera de dientes perfectamente blancos y ordenados, nada tenía que ver con el moreno de expresión desconfiada que con meridiana claridad se había acostumbrado a perfilar su mente.

—Tenía muchas ganas de conocerte —expresó el desconocido en un tono exento de pasión que contradecía sus palabras—. Todas esas conversaciones, era lo lógico, ¿no crees?

Dana se limitó a asentir mientras lo estudiaba, tratando de encontrar, tras aquella fachada impecable, algún detalle que la conectara al atormentado artista. De su pose no se extraía la inseguridad que le había transmitido durante sus interminables charlas. Aquel hombre atractivo, de nariz delgada y algo corva, quizás su rasgo más destacado, y ojos almendrados, no la miraba como lo habría hecho alguien temeroso de dar la cara al mundo.

—¿Has visto ya la carta? —preguntó tamborileando los dedos y removiéndose algo incómodo bajo el escrutinio de Dana—. Traigo un poco de hambre. Si te digo que no he comido desde el desayuno, ¿me creerías?

Dana trató de relajarse y disfrutar del momento; no obstante, la expectación que había alimentado durante todo el día comenzaba a transformarse en frustración. Experimentaba un gran vacío en su interior. La intuición le dictaba que aquellas no serían ni la cena ni la noche soñadas.

Cuando Dana le pidió que le recomendara algún plato, EPF («el presunto Franco»), porque así es como había determinado bautizarlo en tanto se convencía de que estaba frente a la misma persona con la que había pasado tan buenos ratos en los últimos días) admitió que llevaba tanto tiempo fuera que no había tenido ocasión de probar el menú.

Los ojos de Dana se abrieron e inquirió, recelosa:

—¿A qué te refieres con que llevas tiempo fuera?

—Fuera de órbita, ya me entiendes —respondió con celeridad EPF, y después le guiñó un ojo—. Como soy tan ermitaño... —Se encogió de hombros de forma exagerada, y a Dana le pareció encontrarse ante la representación de una parodia, aunque desterró la idea al comprender que su obsesión por el corredor y las ganas de que este y Franco Noble coincidieran en la misma persona la habían traicionado, obligándola a engañarse.

Aun así, su tendencia natural a cuestionárselo todo la condujo a exponer a su interlocutor a una nueva prueba.

—Yo pediré ese plato del que me hablaste.

EPF pestañeó en un gesto involuntario que no le pasó desapercibido a Dana.

—¿No prefieres que nos oriente el camarero?

—Me fío de tu buen gusto —porfió la locutora.

Él echó una rápida mirada al menú y con renovada confianza determinó:

—Entonces, caracolas rellenas de verduras y beicon para ti..., y yo tomaré lasaña.

—Creía que habías comentado que la especialidad era una pasta con formas geométricas con algún tipo de salsa... ¿de setas?

EPF vaciló, nervioso.

—Depende de la semana —sentenció, y, cambiando el tercio, la miró directamente a los ojos—. Bueno, ¿soy como esperabas, o te habías hecho una idea distinta de mí?

Dana consideró apartar por el momento sus recelos y reparar en cada rasgo de la fisonomía de él: no es que no contara con un físico decente, pero no tenía la mirada clara ni arrugaba los ojos como evaluando cada posible riesgo. Su cabello era más claro de lo que debía, de un castaño casi rubio; tenía una complexión delgada y sus hombros no eran tan anchos como para cubrir una portería de fútbol de palo a palo.

—Digamos que no encajas mucho con la imagen que había dibujado en mi mente.

—Me halaga que hayas pensado en mí —repuso, coqueto, y otra vez le brindó una sonrisa de anuncio que, en lugar de complacerla, despertó su aversión.

—Sí, supongo que lo he hecho. Tu libro es mi lectura de cabecera, y tú la llave que abre la caja del éxito..., o eso es lo que creen en la cadena —aclaró con el afán de recordarle por qué estaban allí.

En ese momento los interrumpió el camarero. Una vez que tomó la comanda volvió a dejarlos solos. Un silencio incómodo se había establecido entre los dos.

—He traído tu libro, para que me lo firmes.

Una mueca irónica alargó los labios de EPF.

—¿Una dedicatoria? ¡Me encantará escribirte una! —exclamó entusiasmado, como si firmar libros no fuera una actividad común en el día a día de un escritor—. Pero antes cuéntame cosas sobre ti. —Alargó una mano por encima de la mesa hasta colocarla sobre la suya. Dana sintió que los dedos se le helaban. No era el contacto que había anhelado durante días y, con una brusca sacudida, se zafó de la presión que EPF ejercía contra su piel.

—¿Has venido con la intención de ligar conmigo? Porque, si es así, te diré que te has equivocado de plano.

—Perdona, me ha podido el entusiasmo. —EPF había tenido la decencia de enrojecer, y Dana se sintió más calmada.

—Pues contrólalo si no quieres que te ponga el plato de sombrero —amenazó, y el brillo belicoso de sus ojos advirtió a su compañero de mesa lo clara que era su intención.

Para no dilatar demasiado lo que a todas luces iba a resultar una velada desastrosa, Dana expuso al escritor la necesidad de que colaborara en su programa, enumerándole los beneficios que les acarrearía a ambos y la publicidad que generarían un par de horas en antena. Punto por punto, le describió en qué consistiría su aportación e incluso le ofreció mantener el anonimato para salvaguardar su intimidad, si eso era lo que más valoraba.

Mientras hablaban, Dana consiguió recuperar el aplomo e intentó ver más allá del chico rubio que la miraba con forzado interés. La apariencia física no era más que un traje, se dijo, en alguna parte después de la piel debía de hallarse el hombre que la había conquistado en aquellas dos semanas, su compañero de aventuras en la ciudad andaluza.

—Ya sé que no te gustan las multitudes, pero no haría falta darse un baño de fama. Podríamos ponerle voz a Franco Noble sin que sea preceptivo ponerle rostro también. Para que puedas confiar en mí, no te obligaré a revelarme tu identidad. Me quedo con el personaje; al margen de quien esté detrás del autor de *Hablar con las manos*, he de reconocer que es un gran libro y comprendo que interese a miles de personas, que les hayas cambiado la vida. Te has ganado mi respeto —admitió sorprendiéndose a sí misma—. Así que estoy dispuesta a negociar. Podemos hacerlo a tu manera, pero te necesitamos, Franco. No puedes pasar el resto de la vida escondido. ¡Se lo debes a tus lectores!

EPF dejó escapar un silbido.

—¡Qué cabrón, Manuel! Siempre conquistando por la palabra. —Lo había murmurado entre dientes, pero a una persona atenta como Dana no podían pasarle desapercibidos ni la afirmación ni el tono, una mezcla de admiración y envidia. Lo desafió con la mirada, pero EPF se apresuró a contestar—: Lo voy a consultar con la almohada, ¿vale? Para no correr el riesgo de equivocarme. —Esbozó una sonrisilla.

A Dana no le convenció ni la respuesta ni la actitud de su interlocutor.

—Cuando subimos a la Giralda —comenzó clavando sus pupilas en las de él— me contaste una anécdota sobre tu antigua vida, ¿te acuerdas?

A Dana le vino a la memoria el capítulo donde Franco hacía alusión al contacto visual. EPF inspiró profundamente, aunque, lejos de amilanarse, aventuró:

—Te dije que en Madrid, cuando echaba de menos Sevilla, subía al faro de Moncloa para recrearme con las vistas. —Ladeó la cabeza. Parecía más una

pregunta que una afirmación, si bien la había planteado con firmeza, de una forma que debería haber hecho dudar a Dana.

«Las palabras pueden mentir, pero los ojos no. Porque la mirada es el lenguaje del corazón (...). Si tienes dudas, busca en sus ojos la respuesta que sus labios se niegan a darte.»

—¿Quién eres tú?

En aquel momento llegaban los platos. El humo que escapaba de ellos se interpuso entre los dos, igual que un telón poniendo el punto y final a una comedia.

—Franco Noble —titubeó EPF.

Dana concluyó en el acto que aquel tipo podía pretender ser el autor del *best seller* del año, pero jamás lograría parecerse al chico con el que llevaba casi dos semanas hablando.

—Nunca hemos estado juntos en la Giralda, ni física ni virtualmente. Yo diría que eres un impostor —aseveró apuntándolo con el dedo—. No sé de qué clase, pero un mentiroso al fin y al cabo.

EPF carraspeó. Iba a decir algo, pero Dana lo interrumpió levantando una mano a modo de escudo.

—Déjalo, no vale la pena. —Colocó la servilleta sobre la mesa, sacó la cartera del bolso y extrajo un billete de veinte euros que puso sobre la mesa—. Que te aproveche, seas quien seas.

Capítulo 25

Mi nombre es Manuel

Los tacones de las botas de Dana iban dejando un eco a su paso, un ruido que semejaba una protesta. Mientras la locutora usaba una mano para arrastrar la maleta por la estación de Santa Justa, sostenía con la otra el teléfono móvil contra su oreja. A cada pisada su cuerpo parecía luchar entre anclarse o continuar la marcha. Se podría decir que el suelo temblaba bajo sus pies.

Nadie podía saberlo, pero la contundencia de su caminar era directamente proporcional a su enfado. Se sentía traicionada, apuñalada hasta el fondo. Lo que más le dolía era la conciencia de que había esperado de aquella cena mucho más que un pacto laboral. Ahora lamentaba haberse encaprichado de un tipo a quien ni siquiera conocía. Un mentiroso capaz de engañar a los miles de seguidores que creían a pies juntillas los delirios que escribía entre líneas.

Al otro lado de las puertas de cristal quedaba Sevilla, pero Dana nunca miraba hacia atrás cuando caminaba en pos de su destino. La ciudad volvía a parecerle, por añadidura, aquella enemiga que la recibiera reticente la semana anterior. El encanto de lo vivido quedaba opacado bajo la perspectiva desoladora del fracaso. Escuchar las «sugerencias» de Rafa era lo que menos le apetecía aquella mañana. Apretó el paso, deseando bajar al andén, subir al tren y poner distancia cuanto antes. Pero aun cuando los más de quinientos kilómetros la separarían de casi quince días de aventura y descubrimiento, sabía que haría falta mucho más para hacerle olvidar lo que sin duda había sido una experiencia memorable.

—Olvídate, Rafa. Ese Franco Noble no vale lo que vende.

—Lo último que supe de ti es que habías hecho progresos. ¡No me vengas

con esas a estas alturas, Dana! ¿Creías que la cadena te estaba pagando unas vacaciones? ¿Para que pasearas por el Guadalquivir y dijeras «olé»?

—Si te vas a poner borde, cuelgo en el acto. Yo no elegí venir aquí, ¿te acuerdas? Vosotros me obligasteis.

—¿Tan difícil es sacar a ese tío de su escondite? Tienes armas de mujer, ¿por qué no las usas?

Dana se mordió el labio para no acusarlo de machista. ¿Armas de mujer? ¿Un par de tetas y una sonrisa seductora? Se acercó a la chica que daba acceso a las vías y le enseñó su billete antes de incorporarse a las escaleras mecánicas.

—Te voy a hacer unas cuantas propuestas para subir la audiencia —expuso tragándose la bola que se le había formado en la garganta.

—Espero que tengan que ver con mi libro preferido.

Dana soltó un bufido, pero se aseguró de apartar el teléfono para impedir que Rafa se hiciese cargo de su cabreo monumental. No quería que se preparara para cuando ella llegase. Pretendía pillarlo por sorpresa y que no hallara argumentos que esgrimir en su contra.

—Mira, Rafa, vamos a posponer esta conversación para cuando nos veamos en la radio. Voy a pasar por el escáner, corto, que me va a llamar la atención el de seguridad.

Sintió el regusto de dejarlo con la palabra en la boca. Era su peculiar venganza por el acoso al que la había sometido. Su vaso de la paciencia estaba a rebosar. Sin cabida para un golpe más. Rafael la llamó de nuevo, así que silenció el móvil, trató de apartar la rabia que sentía y subió al vagón. Buscó el asiento asignado y colocó su maleta arriba, dando gracias por que junto a ella el hueco permaneciera aún vacío. Sospechaba que irradiaba una energía destructora. Necesitaba arrojarla lejos antes de compartir el espacio físico con alguien. No podía garantizar que cualquier pobre desgraciado saliera ileso de una probable confrontación.

Le había tocado ventanilla, uno de esos rincones melancólicos del tren. El

lugar que siempre había detestado. Pedía pasillo cuando le daban la opción; le hacía sentirse más integrada en el interior del vehículo, receptiva a las conversaciones, a las idas y venidas de los viajeros. En cambio, la ventanilla la forzaba a una a concentrarse en el exterior, en el paisaje que a velocidad de vértigo se desliza ante los ojos. Esa mañana, no obstante, Dana prefirió aquel aislamiento. Tenía demasiadas cosas en las que pensar. Demasiadas heridas que lamerse.

A su mente acudieron las últimas palabras de Jaime; había tenido el tiempo justo para despedirse de él, recién iniciado su turno en la cafetería.

—Eres una tía de puta madre —manifestó con su natural alegría. Luego promovió un espontáneo abrazo que dejó a Dana aturdida y sin aliento—. Sevilla te espera. No te perdonaríamos que no volvieras a vernos. Primavera es la mejor época, ¿no es verdad, Tomás?

El jubilado asintió.

—Semana Santa.

—¡La feria! —apostilló Jaime, quien disfrutaba de la parte lúdica de las festividades tanto o más que de la religiosa—. En realidad, cualquier época es buena. Seguro que te han quedado montones de cosas por hacer. Y vas a echar de menos nuestras tostaditas...

—No lo dudes —dijo ella sin compromiso; aquellas mañanas en la barra del bar, degustando el jamón de pata negra con el aceite de oliva virgen e intercambiando impresiones le habían dado la vida—. Nadie pone un café como el tuyo, Jaime.

—Te lo advierto —retomó la palabra el camarero apuntándola con el dedo —: Como no vengas pronto organizamos una excursión a la radio, para que nos entrevistes y todo.

Dana sonrió al recordar la expresión de Jaime en tanto le ponía condiciones a su hipotética participación en el programa: vino de naranja de la taberna del Perejil y unos *montaitos* de *pringá* al estilo de los de la bodega Las Columnas. Las ocurrencias de Jaime eran como su simpatía: no tenían fin.

Luego se recostó en el asiento y movió una mano en el aire tratando de apartar cualquier pensamiento relativo a un libro repleto de reflexiones vacías, a su autor, a un tropezón en el parque y a la mirada ceñuda del color del cielo de cierto corredor. Se obligó a fijar la vista en la ventanilla: los últimos pasajeros caminaban por el andén, cargando presurosos sus equipajes de mano o revisando todavía sus billetes a la búsqueda del vagón correspondiente. Su mirada se perdió más allá de la vía y en aquel instante descubrió, entre la gente, la expresión suplicante del corredor del parque. Igual que una pelota saltarina, el corazón se le subió a la garganta.

PERDÓNAME

En letras mayúsculas, blanco sobre negro, escritas en un cartel, el chico de los ojos azules le enviaba un mensaje. Porque no le cupo duda de que estaba dirigido a ella. Se irguió en el asiento y arrugó los ojos. Le parecía estar viviendo una escena de película y tuvo que pestañear repetidas veces para comprobar que la imagen no desaparecía. Con un rápido movimiento de manos, el corredor cambió el cartel por otro que guardaba detrás y que rezaba:

Mi nombre es Manuel.

Manuel... El tren se había puesto en marcha, y Manuel y su cartel fueron cada vez un punto más pequeño en el campo de visión de Dana. Un chaval tomando posesión de su asiento distrajo la atención de la locutora.

—Perdone... —musitó el chico al notar que Dana se removía y lo miraba incómoda.

Quería decirle que no se preocupara, pero se le había atragantado la voz. Volvió el rostro al cristal, aunque Franco Noble, o mejor dicho, Manuel, había desaparecido. Estuvo a punto de romperse el cuello por mirar hacia atrás. No quedaba más que el vacío. Se había hecho tarde para todo. Tarde para las confesiones, para reconocerse y aceptarse. No quedaba nada de Franco, ni de Manuel, ni mucho menos del incipiente amigo que le había regalado tantos ratos de entretenimiento y guía. Ahora solo había un poso de rencor. Dana se sintió nuevamente estafada. Se tenía por una chica lista, pero las argucias de

Franco Noble hacían que su seguridad se tambaleara. ¡Cómo le había tomado el pelo, cómo se había divertido a su costa! ¿Perdonarle qué? ¿Que la hubiera perseguido por toda Sevilla como si fuera su sombra? ¿Que hubiese jugado con ella al ratón y al gato, que enviase a otro en su lugar cuando se había ganado su confianza, justo en el momento en que estaba dispuesta a renunciar a presionarlo, por fidelidad a lo que creía que había comenzado a convertirse en auténtica amistad? Le hervía la sangre bajo la piel, y tuvo que deshacerse de la chaqueta porque su cuerpo parecía estar entrando en combustión.

Le pidió paso al chico del asiento de al lado: necesitaba aire, espacio. Alejarse de aquella ventana traicionera que, como el espejo de la bruja de Blancanieves, le había devuelto una realidad que no por sospechada resultaba menos cruel. ¡Qué gran mentira era Franco Noble! El hombre y el escritor tenían un mano a mano por llevarse el título de farsante del año.

La cafetería estaba medio llena, aunque encontró un hueco donde tomar el segundo café del día. Las mejillas aún le ardían como resultado de la indignación. Había diarios esparcidos por la mesa. La prensa era un reclamo atractivo para una periodista como ella; pero más lo era su teléfono móvil. Tenía una idea en mente, un proyecto de venganza con respecto al cobarde que se escondía bajo la fachada del exitoso autor. Descubrió que contaba con unos cuantos avisos en la pantalla: obvió las llamadas perdidas de Rafael, aunque no consiguió resistirse a los mensajes de Franco en Messenger. Deslizó la pestaña hacia abajo y en un primer golpe de vista comprobó que continuaba con sus disculpas.

—Sé que te debo una explicación, por lo de la cena de ayer, todas esas ausencias durante estas dos semanas y mi obstinación en reservar mi identidad. Todo lo que puedo decir en mi defensa es que no me sentía preparado.

—¡No me como a nadie! —Lo había expresado en voz alta y sintió que varios pares de ojos la miraban, curiosos. Metió la cabeza en el móvil y

siguió leyendo.

—Tal vez en Madrid.

Un hormigueo recorrió a Dana de arriba abajo. Algo parecido a la expectación, una esperanza que anidaba en su pecho igual que un rayo de luz en medio de la oscuridad. Pero luchó contra aquella sensación. Dio un sorbo al café y notó en sus labios un sabor agrisado: su instinto no le había fallado y ahora sabía con total certeza que Franco y el corredor eran la misma persona. Se estremeció al recordar la mirada azul sosteniendo la suya; esa media sonrisa, entre tímida y complaciente, el calor de sus brazos al ayudarla a incorporarse en el parque, tras chocar contra ella. Pero el enfado por el engaño perpetrado la noche anterior se sobrepuso, ¡qué ridícula la había hecho sentirse!, y Dana dirigió sus energías hacia un nuevo objetivo.

Lo había tenido delante de sus ojos durante todo el tiempo, pero no supo verlo. Obcecada por las circunstancias, atraída por la singular y traicionera belleza de la magnífica ciudad que era Sevilla, pasó por alto un detalle fundamental: la respuesta a la pregunta sobre la identidad del autor de *Hablar con las manos* se hallaba en el mismo libro. Franco explicaba que había impartido clases, que había sido un conferenciante de éxito. Introdujo en la barra de búsqueda las palabras «profesor», «conferenciante» y «Sevilla». Pulsó en imágenes. Había unos cuantos docentes, aulas de centros escolares, universitarios. Pero ninguna fotografía podía asociarse al hombre que conocía. Entonces agregó a la búsqueda un nombre propio: Manuel. Y esperó.

La pantalla le devolvió unas cuantas imágenes. El corazón le latió con fuerza al comprobar que, entre ellas, se encontraba un rostro conocido. Amplió la que le interesaba, inspiró y dejó escapar el aire poco a poco mientras esperaba. Allí estaba Manuel, parado frente a sus alumnos, durante una charla. Tenía un aire diferente, más seguro, lejano al del chico complejo y oscuro en el que se había convertido. Y no se debía al corte de pelo, más largo, ni al hecho de que tuviera dos o tres kilos más que en la actualidad.

Había algo en su mirada, un brillo, que debía de haberse perdido en los últimos tiempos. Faltaba encontrar el motivo.

El profesor Manuel Estrada, durante una de sus intervenciones en el congreso, rezaba el pie de foto. Manuel Estrada...

«Ahora sé quién eres», se dijo.

Sintió que algo en su interior se resquebrajaba mientras en su mente comenzaba a dibujarse un plan para destapar al autor de *Hablar con las manos*.

«Voy a por ti, Franco Noble. Se acabó tu juego. Por mucho que escarbes, ya no encontrarás un agujero donde esconderte.»

II PARTE

«Saber escuchar es más que tener la capacidad de oír las palabras de los demás. Es, principalmente, poseer la capacidad de dejar de oír nuestras propias palabras».

DAVID FISCHMAN

Capítulo 26

Cuéntamelo todo

—Dentro llamada.

—Buenos días, Dana.

—Buenos días, amiga desconocida. Y bienvenida. Hoy hablamos de la prisa, esa lacra de la sociedad moderna que nos devora día a día. Cuéntanos tu experiencia.

—Mi experiencia es la de la mayoría de las madres trabajadoras. Nos comimos todo el rollo ese de la rebelión de las mujeres, el cuento de la igualdad. Salimos a ganarnos el pan, felices de hacernos con un hueco en un mundo dominado por los hombres.

—Con la bandera feminista alzada. ¡A pelear por nuestros derechos! —aportó Dana, a quien entusiasmaba el cariz que había tomado la propuesta—. Pero no te habían contado el final del cuento, ¿eh? Que, llegado el momento, deberías escoger entre el papel de madre o el de triunfadora.

—Lo de la conciliación es más falso que un billete de tres euros.

—Pues sí; verás, no soy madre, pero me lo contáis todas: compatibilizar resulta prácticamente imposible. Y, la verdad, me aterra pensar en ello —chasqueó la lengua—. ¿Cómo te llamas, querida?

—Me llamo Sandra.

—Bonito nombre: Sandra. Que significa «mujer protectora».

—Así es. —De no haber sido seguidora del programa, la chica se habría mostrado sorprendida. Pero los fans de la locutora conocían de sobra su afición por la etimología de los nombres—. Gracias, Dana.

—¿Puedo preguntarte en qué trabajas?

—Soy directora adjunta de banca.

—Banca privada.

—Así es.

—¿Llevabas mucho tiempo trabajando cuando decidiste convertirte en madre? ¿Lo hiciste bajo presión, por la necesidad de avenirte a las exigencias sociales?

—¡No! Fue una elección personal. Siempre quise tener hijos.

—¿Tienes más de uno, Sandra?

—Tengo dos, y espero un tercero para primavera.

—¡Enhorabuena, chica! Supongo... —bromeó.

—No sé..., me siento feliz, pero tengo miedo. Mi vida es un caos, ¿cómo voy a llevar adelante otro más?

—Cuéntanos, por favor: ¿cómo es un día cualquiera en la vida de Sandra? Veinticuatro horas de una mujer que curra, cuida de sus hijos, se ocupa de la organización y el abastecimiento del hogar..., ¿en qué momentos la prisa hace estragos y notas que te falta tiempo para todo?

La oyente resopló antes de contestar.

—En todos los momentos del día, Dana. La prisa vive conmigo, siento que estoy permanentemente estresada.

—Estás en un sitio y estás pensando que deberías estar en otro.

—¡Lo has definido a la perfección! —exclamó la mujer.

Dana rio.

—Eso es porque, aunque yo no soy madre, soy mujer. Tengo esa sensación varias veces a lo largo del día.

—¿Tú también sientes esa prisa? ¿Crees que los hombres no la experimentan como nosotras?

—Me encanta este momento, Sandra. El momento en que os involucráis de tal forma en el programa que os convertís en compañeros de mesa. Ahora eres tú quien me pregunta. Abres debate. Es genial —aseguró con sinceridad.

—Es que se aprende mucho preguntando y escuchando lo que tienen que

decir los demás.

—Inteligente reflexión.

—No es mía, es de un libro que estoy leyendo ahora.

Dana tuvo un mal presentimiento y notó que el corazón se le arrugaba dentro del pecho. Permaneció en silencio unos instantes; desde lejos, Rafa reclamaba su atención agitando los brazos en el aire. Pero ella parecía encontrarse en medio de una nube.

—Se llama *Hablar con las manos* —continuó la invitada llenando el vacío que Dana había provocado con su mutismo—. Es una auténtica pasada. ¡Te lo recomiendo!

—Ahora tengo poco tiempo para leer —reaccionó a tiempo la locutora, aunque su voz era apenas un susurro.

—Claro, ¡las dichosas prisas! —concluyó animada la otra—. Pues si me lo permites, te daré un consejo, Dana: reserva un hueco para leerlo, porque este libro que te digo vale mucho la pena. A mí me está ayudando. Es lo que quería comentar desde el comienzo; por eso he llamado, para animar a otras personas como yo, que viven sometidas a un constante estrés, a que le dediquen un tiempo a la lectura de *Hablar con las manos*. Se sorprenderán.

Dana se removió incómoda en la silla:

—Bien, Sandra, si no tienes más que añadir —concluyó con un carraspeo—, vamos a dar paso a la siguiente llamada. ¡Se nos agota el tiempo!

—Franco Noble.

La locutora sintió que acababan de propinarle un puñetazo en el estómago. Aquel nombre no había dejado de resonar en su cabeza durante los últimos días. Escucharlo en otros labios era como ponerle rostro a su personal pesadilla.

—¿Perdona?

—El nombre del autor, para quienes estén interesados. Es fantástico. ¡Lo vais a adorar!

—Un besazo, Sandra. Nos encanta charlar con vosotros, pero hemos de

seguir con el programa. Hablamos de la prisa —recordó poniendo especial énfasis en las últimas palabras.

Cerró los micrófonos ante la atónita mirada del equipo. Luego se reclinó en el asiento, invadida por una incipiente furia. Le ardía el rostro y tuvo que darle un trago al agua, aunque no consiguió que le refrescara el mal humor que la atenazaba. Habían pasado cinco semanas desde que regresara de Sevilla y todo alrededor se empeñaba en devolverla al sur y en recordarle la existencia de aquel ser inmundo capaz de enviar a los demás a la batalla mientras él permanecía en la retaguardia, acobardado y reacio a disfrutar de una existencia real. ¡Lo que daría por un cigarrillo! Había completado un semestre sin fumar, todo un logro, pero en las últimas semanas habían sido varias las veces en las que se había sentido tentada de envolverse en el humo. ¡Si mezclada con ese humo consiguiese desaparecer, como uno de aquellos magos de los espectáculos circenses...! Rafael le indicó que entraba otra llamada, y Dana inspiró hasta tres veces antes de darle paso. Como si el aire constituyese el valor que su cuerpo necesitaba para continuar, luego de aquella molesta interrupción.

—Son las once y tenemos otra llamada —anunció tras el cese de la melodía—. La última por hoy. ¿Quién eres?

—Me llamo Juanfran.

—Hola, querido amigo. Bienvenido a las ondas. Te esperábamos —dijo con ánimo renovado—. ¿Qué quieres contarnos sobre la prisa?

—Bueno, en realidad, y ya que lo habéis sacado a colación, quería hacer un comentario acerca de ese libro, *Hablar con las manos*.

Dana no pudo contener un gesto horrorizado. Su programa se había convertido en el programa de Franco. No daba crédito.

—Es guay, mola, en serio.

Dana se vio en la obligación de advertirle que la cuestión no iba sobre lecturas, sino sobre la prisa y sus consecuencias en la sociedad vigente.

—Ya sé de qué va la cosa —la contradujo el chico, cuyo tono y entusiasmo

incitaban a pensar en un jovenzuelo—. Y por eso, justamente, he llamado. Las prisas son una putada, y en el libro que os digo tratan superbien el tema. Te aconsejan sobre cómo disfrutar de la vida y tomárselo con calma, ¿sabes?

Dana comprendió que era inútil luchar. La cuestión se le había ido de las manos. Durante los siguientes minutos, y por orden de Rafa, se resignó a soportar el aluvión de llamadas que elogiaban y recomendaban el famoso libro. «Es una maravilla. Debería estar en todas las estanterías», e incluso «si no lo tienes, puedo prestarte el mío» fueron algunas de las perlas que, si no acabaron con su paciencia, sí la mermaron hasta lo indecible. Pero lo peor fue escuchar a una fan que aseguraba: «Ese tío es un pibonazo y te juro que el día que me lo eche a la cara le voy a dar todos esos besos de los que habla. ¡Joder! Si la deja a una con ganas de ponerse a punto..., ¡aunque sea sola!».

Dana tuvo que disculparse por encontrarse en horario infantil. Aquello le sirvió de excusa para dar por finalizada la sesión. Experimentó un profundo alivio cuando abandonó la mesa.

—¿Eres consciente de que en este último tramo del programa, a cuenta del libro de Noble, hemos tenido el mayor pico de audiencia de los últimos tiempos?

—¡Cuánto me alegro! —ironizó Dana.

—Es una prueba indiscutible.

—Ya hemos hablado de eso, Rafa. Y mi respuesta sigue siendo NO. No voy a insistir con Franco Noble, no lo traeré aquí, ¿vale? Se acabó. Él no quiere venir a la radio, no quiere hablar conmigo ni con nadie.

—Ya veremos... —concluyó entre dientes Rafa mientras observaba cómo Dana desaparecía tras las puertas de cristal.

Capítulo 27

Fue un paréntesis

Regresar a su vida en Madrid fue para Dana un alivio a la par que un sufrimiento. Sentía una nostalgia absurda, un anhelo punzante de reencontrarse con lo que acababa de dejar atrás. Como si una parte de ella hubiese quedado anclada a tierras sevillanas, una emoción desconocida le oprimía el pecho hasta el punto de dejarla sin respiración.

La rutina no ejercía el efecto deseado de aniquiladora de recuerdos. Sus pensamientos se dirigían en una única dirección: se obstinaba en comparar las dos ciudades, buscaba en los rincones madrileños cualquier analogía con los de Sevilla. Para contrarrestar aquella necesidad recurrente de aferrarse a los días pasados, Dana exploró con nuevos ojos su querida Madrid, decidiendo que todo allí era mejor de lo que recordaba. Las avenidas se le antojaban más amplias, los edificios, más altos; había en ese ritmo acelerado de los transeúntes cierta magia, la energía de una gran urbe que derrocha vida, donde cada quien encuentra su lugar y todo encaja. Saborear unas porras con chocolate, comerse un bocata de calamares. Quedar en el kilómetro cero o en el oso y el madroño. Subir a la terraza de El Corte Inglés de Callao para ver en perspectiva la Gran Vía. Eran sus tradiciones y las amaba. La lista de ventajas sobre cualquier otra parte del mundo era interminable. Estas y muchas otras cuestiones se repetía para convencerse a sí misma.

En Sevilla debían de haberla abducido, hasta el punto de empezar a contagiarse de su ritmo, más pausado y lánguido. Había caído enferma de amor por la localidad, igual que si le hubieran inoculado un virus. No se podía negar su belleza, pero no tenía la mitad del encanto de la gran ciudad. Ahora

que había vuelto a la charla, a los atascos, a la prisa cotidiana, volvía a sentirse plena, recuperaba a la Dana de siempre. O esto es lo que se dictaba a sí misma. Habían sido dos semanas de paréntesis en las que había vivido muchas cosas, y no todas malas, para ser honesta. A decir verdad, algunas podrían catalogarse como muy buenas y hasta mejores de lo que habría cabido esperar. Aquel abrazo de Jaime al despedirse, tan espontáneo, los desayunos comentando las noticias con él y otros clientes, el color del sol y el olor del azahar tardío; definitivamente, echaría de menos ciertos detalles. Y si el ruido comenzaba a molestarla, se repetía, se debía a que sus oídos se habían vuelto sensibles de modo temporal, y no a otra cosa. Tantas excursiones en soledad por las calles de Sevilla habían repercutido sin remedio en su percepción sensorial.

Contaba, pues, con una lista de virtudes para Madrid y otra de defectos para Sevilla que no conseguía llenar con argumentos sólidos. En cambio, sí existía esa ristra de detalles que extrañar en la que se reservaba el derecho de admisión. Manuel nunca formaría parte de ella. En ese punto no daría su brazo a torcer. A pesar de no ser rencorosa, se consideraba una persona práctica: pasar página en lo referente al sevillano era una necesidad de primer orden. A nada le conduciría darle vueltas al asunto: había tomado la determinación de olvidar aquel capítulo y ni un tsunami la empujaría a dar marcha atrás. Tampoco la insistencia de los directivos de la cadena ni los mensajes de Franco, que eran espaciados pero persistentes.

—Solo te pido que leas el capítulo veinte. Es el último deseo de un condenado a muerte, y no me lo puedes negar.

Era el último recibido. Dana arrastró con un dedo el chat, pero este se resistía a desaparecer. Antes de eso, la dichosa burbuja dio un paseo por la pantalla del teléfono móvil, ignorante de la desesperación de la locutora.

«Me gustaría que hablásemos», «tuve mis razones», «si me pudieras

perdonar te lo explicaría», «*fue una decisión equivocada*», «*me sentí abrumado*» y «*todo el mundo se equivoca, ¿no?*», fueron algunas de las perlas que Franco, Manuel para ser más exactos, le había dedicado en aquellas últimas semanas. Pero la más irritante, la que más la sacudió por dentro, fue aquella que rezaba: «*Me estabas gustando, Dana. Quizás fue por eso*». Eran unas pocas palabras, pero contenían un mensaje más profundo. Franco era un experto en el arte de manejar el lenguaje, y aquel texto expresaba mucho más de lo que ofrecía. Hablaba de dolor y de miedo, de un miedo compartido. Había usado un tiempo pretérito, aunque el orgullo de Dana se sobrepuso enseguida al hecho de que apelara a tiempos pasados. Ella sospechaba que se había establecido desde el comienzo una corriente de energía entre los dos, y aquella manifestación de Manuel la reafirmaba en su idea. La ilusión con que aquella noche se había preparado para acudir a la cita con Franco Noble tenía un origen que iba mucho más allá de lo profesional. Había esperado que ocurriera algo: una palabra, una mirada; un hecho que les abriera una posibilidad. Pero la cobardía de Manuel resultó un vendaval capaz de cerrar todas las puertas.

—*Solo te pido que leas el capítulo veinte...*

No tenía derecho a pedirle nada. Es preciso dar para recibir, y él le había fallado en el momento clave.

—Ya me he terminado el librito en miniatura que me trajiste de regalo — anunció Candy irrumpiendo en la habitación con aquella energía que la caracterizaba—. ¿Por qué no me prestas algo?

—Coge el que quieras de la estantería —respondió distraídamente Dana. Candy era una gran lectora, mientras que Dana acumulaba volúmenes que no alcanzaba a leer. Sus naturales nervios y la escasez de tiempo libre le impedían llegar mucho más allá de las primeras páginas.

Candy paseó un dedo por los lomos de los libros apilados murmurando

comentarios sobre su contenido. Dana se preguntó en aquel punto qué la habría llevado a pedirle que le diera asilo en su apartamento. Lo único que tenían en común era una verborrea incesante, y últimamente sentía una inusitada necesidad de estar sola. En aquel instante, para volver sobre los mensajes de cierta aplicación instalada en su teléfono móvil.

—¿No tenías ese libro tan famoso, el que lo ha petado en las librerías? Ese sobre quererse y usar las manos.

Dana se envaró ante la pregunta.

—*Hablar con las manos* —respondió tratando de controlar la emoción que le provocaba la sola mención del título.

—¡Justo! —Candy dio unas palmaditas. La locutora frustró su entusiasmo cuando respondió:

—Me temo que lo dejé en el tren.

Candy no ocultó su desilusión.

—¡Lástima! Le tengo muchas ganas, y me habría encantado empezarlo hoy. Entonces creo que se lo pediré a Leire. Ella tiene todas las novedades — afirmó pensativa. Otro de los rasgos que definían a Candy era la capacidad de leer sin invertir apenas unos euros en su afición. Era poco dada a gastar, y buscaba las triquiñuelas para hacerse con los libros que deseaba manteniendo a salvo su cartera—. Bueno, voy a hacer una excursión a la cocina. ¿Te apetece que pidamos algo? Tengo hambre, y el frigorífico está clamando por una compra. Si no vamos pronto al supermercado moriremos de inanición — suspiró exageradamente.

—Antes voy a salir a dar un paseo.

—¿Vas a alguna tienda, te acompaño?

—Prefiero ir sola, gracias —declinó Dana.

—¿Vas a salir sola? —Candy abrió unos ojos que se convirtieron en dos enormes bolas grises.

Dana asintió.

—¿Y con quién vas a hablar? —se extrañó su amiga.

—Tengo que hacer un par de llamadas por el camino, no te preocupes. — Candy la miró como si le hubiesen crecido dos cabezas. Luego se encogió de hombros, dio un paso atrás y por fin se decidió a salir.

Dana contó hasta veinte antes de meter la nariz en la maleta. Extrajo el libro que celosamente había guardado en el fondo y que no había abierto desde hacía cinco semanas. No es que le hubiesen faltado ganas: deseaba sacar unas cuantas conclusiones, pero había logrado combatir su curiosidad apelando a la dignidad que le quedaba. Lo introdujo en su bolso y, tras despedirse de su compañera de piso, salió en pos de un lugar silencioso, justo esa clase de sitio que propiciaba que uno se buscara a sí mismo. ¡Quién lo diría! La locutora más dicharachera, la chica ruidosa, a la caza de un espacio de intimidad para reencontrarse con Franco Noble.

Escogió el rincón de una cafetería, cerca de una ventana que daba a una calle solitaria. Dana sacó el libro y lo colocó sobre la mesa. Lo abrió y comprobó que el marcapáginas señalaba el capítulo catorce. Había que saltar unos cuantos para llegar hasta el número veinte. Pasó las páginas, prometiéndose a sí misma hacerles justicia más tarde. Ahora debía interpretar un mensaje, y un gusanillo de expectativa le recorría el cuerpo.

Capítulo 28

Te necesito, ven

Si te defraudo alguna vez

Perdona si te defraudo alguna vez. Me diste tu confianza, fuiste un amigo. Me confesaste tus miedos. Conmigo aprendiste a quererte, a convivir con tus defectos y potenciar tus virtudes: a valorar el poder del silencio, la importancia de los detalles. Creamos un espacio de intimidad que solo compartíamos tú y yo. Fuiste todo oídos. Aceptaste que puede enviarse un mensaje en formato distinto al de la voz. Abriste ese valioso rincón personal que protegías con la vida, y me dejaste entrar en él. Conviniste conmigo en que hablar sin palabras es posible, que existen herramientas alternativas, capaces de trasladar emociones del modo más intenso: una sonrisa, una mirada, un beso... ¡Qué no daría yo por un beso!

Me miraste con los ojos que no mienten, mantuvimos el contacto visual y buscaste en el fondo de mis pupilas al hombre que yo era.

De alguna manera, nos quisimos.

De alguna manera, nos enamoramos.

De alguna manera, nos vimos el alma.

Me amaste..., me tomaste entre tus manos y me elevaste hasta tu altar. Y, de esta manera, me sobreestimaste. Me colocaste en un pedestal, siendo yo, a la postre, un tipo corriente. Esperaste que coincidiera con la imagen que te habías formado de mí. Pero ¡mírame! No soy un superhéroe. Soy solo un hombre. Un hombre que respira, que camina. Un hombre que vive, que se alegra y que sufre. Un hombre que tiene sueños. Que tiene anhelos. Un hombre que te necesita.

Por eso, no me dejes, te lo pido. Juntos hemos recorrido un largo camino. No te vayas, te lo ruego. Acompáñame hacia un destino común.

Perdona si te defraudé alguna vez. Todos cometemos errores, pero ahí radica la riqueza de la vida. Perdonar es un acto de amor. No te alejes del amor. Y trata de ponerte en mi piel: soy un ser imperfecto, lleno de defectos. Pero recuerda que decidimos aceptarnos, a pesar de todo. Tal como éramos, tal como fuimos y seremos.

Sé todo oídos..., sé todo piel. Escuchar es necesario. ¿No sientes en tu piel la llamada de la mía?

—¿Qué era eso tan urgente que necesitabas contarme? —Dana elevó los ojos hacia su amiga, y esta leyó la desesperación que la embargaba—. Pero ¿qué tienes, mi niña?

—No es nada —le aseguró mientras se lanzaba a sus brazos. Enterró el rostro en su pelo y dejó que esa buena energía que siempre arrastraba Pepa la envolviese.

Cuca se les unió saltando sobre sus piernas y lloriqueando. Dana se agachó y enredó las manos en la mata de pelo que rodeaba su cuerpecillo. Le reconfortaba acariciarla. Desde el primer momento, Cuca y ella se habían sentido atraídas la una por la otra. Se adoraban.

—Desde que volviste de Sevilla te noto distinta. ¿Qué hacías sola en esa cafetería? ¡No me digas que estabas hablándole al camarero!

A Dana el estómago le dio un vuelco. El café que acababa de tomarse se le agitó en el interior.

—En Sevilla hablaba mucho con uno —pensó en voz alta, y había una nota de melancolía en aquella afirmación que no le pasó por alto a Pepa.

—¡Aaaay! ¿No será que mi locutora preferida se ha enamorado de un sevillano?

Dana la miró como si le hubiera leído el pensamiento.

—Lo sabía —la acusó Pepa con un dedo—. Ginés dice que soy un poco bruja.

—Que no, Pepa. Que Jaime es para comérselo. Pero de agradable. Además, es un hombre casado, con familia.

—¿No te gusta entonces el camarero?

—¡Por Dios, no!

—Pero alguien te gusta.

Dana intentó esquivar la respuesta, desviando la atención hacia Cuca.

—¡Es tan mona! Nada más le hace falta hablar —aseguró mientras se entretenía en rascarle la barriga.

—¡Ay, no! Déjala calladita, que para hablar ya me sobra con Ginés. El encanto de Cuca radica precisamente ahí, en su silencio. No sabes lo que valoro yo el silencio en los últimos tiempos.

—Pepa, ¿tú también? —exclamó Dana con desesperación.

—¿Y a ti qué mosca te ha picado, que me miras con esa cara de «como sigas por ahí, te crujó»?

—Nada, perdona, cosas mías.

Atravesando la avenida, un corredor que pasaba por su lado les dedicó una sonrisa y Dana le sacó la lengua. Pepa se detuvo y ofreció a su amiga una mueca interrogativa.

—¿A qué ha venido eso?

—Los corredores no me gustan, y tampoco me ha gustado su sonrisa —refirió a modo de explicación.

—Me parece que te estás volviendo un pelín histérica. Venga, que te invito a casa. Tomamos un juguito de piña y algo de papear, que estoy famélica. Y desembuchas, ¿eh?

Por toda respuesta, Dana le dedicó un mohín. Aunque la siguió presurosa, sabedora de que los aperitivos que Pepa preparaba no eran nada desdeñables.

—Yo creía que la gente de Sevilla te caía mal —expuso Pepa más tarde, tras conocer por boca de su amiga la historia de sus excursiones a lo largo y ancho de la ciudad sureña de la mano virtual de Franco Noble.

—Y no creas que no me arrepiento de no haberme mantenido firme en mi primera impresión. Pero hubiera resultado imposible, Pepa. —Apoyó la cabeza en el hombro de su amiga, mientras le daba un sorbito al zumo que esta le había preparado—. Son mejores de lo que había calculado: más simpáticos, más atractivos, ¡más todo!

—Yo te lo advertí, mi niña. Mira que yo he pasado tiempo allí, además de que la ciudad es bonita *pa jartarse*, como dirían ellos.

—Sí que lo es —admitió a regañadientes.

Estaban acurrucadas en el sofá, con la ropa de camilla por encima y Cuca

vigilándolas muy de cerca.

—Nunca terminaré de acostumbrarme a este *pelete* —declaró Pepa con un estremecimiento aludiendo al intenso frío de primeros de diciembre—. Nada más nos faltan las cotufas —bromeó.

—Palomitas, Pepa.

—En mi tierra las llamamos cotufas. Déjame con un trocito de mis islas aquí.

Dana se quitó los zapatos antes de repantigarse. De repente se acordó de que aquella era también la casa de Ginés y se puso más derecha que una vela.

—¿No vendrá Ginés?

—Qué va, no tengas apuro. ¡Ese no para la pata en casa! —manifestó Pepa marcando su acento canario—. Parece más novio tuyo que mío.

—No creas, que últimamente ando más tranquila.

—Me he dado cuenta. Algo te deben de haber dado en el bar del tal Jaime, que vienes tan apaciguadita... O será el Franco Noble ese... — La miró, suspicaz.

—La verdad, Pepa, es que me siento rara. Si a mí lo que me gusta es el jaleo, el caos, el ruido. Los necesito para vivir —manifestó vehemente—. ¿Por qué siento entonces que me apetece estar sola, parar el tiempo, alejarme del alboroto para pensar?

—Te diría que porque has madurado, pero sería una media verdad. Lo que creo es que has vivido una experiencia que necesitas asimilar. —Le agarró las manos—. ¡Te ha rozado el amor!

Dana arrugó la cara. ¿Enamorada ella? Lo más cerca que había estado del amor fue en su relación con Carlos. Nunca antes dio el paso de convivir con alguien. Pero enseguida supo que se había equivocado. Anhelar la compañía de una persona no implicaba quererla. O, al menos, quererla de aquella manera a la que Pepa hacía alusión.

—No seas ridícula, Pepa. Es que tú eres una romántica.

—Pero admite que te gusta —exigió mirándola a los ojos con fijeza.

A Dana se le colorearon las mejillas.

—No lo niego. Si lo vieras, a ti también te gustaría.

—Igual no es mi tipo —dejó caer Pepa adoptando una expresión de dignidad propia de una reina.

—Manuel es el tipo de cualquiera que tenga ojos en la cara.

—¡Te gusta!

—Además, tiene su encanto.

—Lo sabía —insistió Pepa—. Por eso tienes ese aire soñador.

—Me tomó el pelo. Estoy más ofendida que impresionada.

—Así que está como el queso.

—Es atractivo —concedió.

—Y encima escribe como los ángeles...

—¿Pero tú has leído el libro?

—Lo he hojeado. Me encanta eso de «Practica el silencio, verás como escuchas la voz de tu corazón».

—¡Pepa! —Le parecía una traición el hecho de que todo el mundo tuviese conocimiento del dichoso libro—. ¿Es que voy a ser la única persona sobre la faz de la tierra que no lo ha leído?

—Pues deberías, da unos consejos muy provechosos. —Su amiga se acercó y le pasó la mano por el hombro. Desde el suelo, Cuca emitió un sonido lastimero. Pepa la invitó a subir al sofá para unirse a su común abrazo—. Dicen que Sevilla tiene un color especial.

Dana elevó los ojos al techo.

—Te encantó la Giralda, y el barrio de Santa Cruz, y el de Triana. —Ella continuó su retahíla—. Pero no es eso lo que extrañas de la ciudad de Velázquez, ¿verdad? —Dana agitó negativamente la cabeza—. Si tu orgullo te lo permite, deberías contestar a esos mensajes que tienes guardados en el móvil como si fuesen perlas.

Capítulo 29

La voz es mi tarjeta de presentación

—*Así es, Franco Noble: me defraudaste. Me vendiste al gran autor, al hombre exitoso, al valiente que se ponía el mundo por montera.*

»*Pero mentías.*

»*Hablaste de quererse, de conocerse y reconocerse.*

»*Mientras huías.*

»*Promueves una comunicación sin voz, el contacto de la piel, la potenciación de los sentidos. Pero te niegas a dejarte ver.*

»*Ofreces una imagen de ti que no se corresponde con la realidad. Engañas a quienes confían en ti, a quienes apoyan su necesidad en tus teorías.*

»*Como Franco no estás a la altura, y como Manuel das lástima. ¿Por qué te escondes tras el escritor, por qué no das la cara, qué es lo que temes?*

»*Si no eres capaz de derribar esos muros que interpones entre los demás y tú, siempre estarás solo, Manuel Estrada.*

»*Si no eres capaz de dejar atrás a Franco Noble jamás lograrás ser tú mismo, Manuel Estrada.*

»*Dices que nos miramos a los ojos y nos vimos el alma. Pero ese espacio de intimidad que aseguras que creamos fue una falacia. Como todo lo que pudimos construir juntos.*

»*Me pides que sea toda oídos, que sea toda piel.*

»*Que te escuche.*

»*Me pides que no te deje.*

»*Que te perdone.*

»Cierto es que todos cometemos errores. El mío fue crearme la ilusión de haber encontrado un amigo. ¿Cuál fue el tuyo?

—No volveré sobre ese tema, Rafa —afirmó tajante—. Cualquier otra propuesta, menos esa que planteas. Ya te he dicho que no hay nada que hacer.

Dana estaba que echaba humo. Siguiendo los consejos de Pepa, le había enviado un mensaje a Manuel. Le reprochaba su actitud; lo tachaba de cobarde. Pero también lo incitaba a rebelarse. ¿Cómo podía hacerse llamar Franco, nombre de origen germano que significaba «el hombre de la lanza» o el «hombre libre», y vivir, sin embargo, esclavizado por un oscuro pasado que no era capaz de ignorar? ¿Cómo podía carecer del coraje? Había pasado día y medio y, por respuesta, Manuel le había devuelto el vacío. Y ahora Rafael volvía a sacar a colación la necesidad de incorporar una entrevista al «autor del momento». Comenzaba a dolerle la cabeza cada vez que alguien mentaba el libro de marras.

—Aquí la tienes. —Rafa le puso una revista delante. En la portada aparecía Telma, frente al micrófono, luciendo una radiante sonrisa. Sobre su cabeza destellaba una corona de diamantes. Miraba hacia la cámara, como si desafiara a cualquiera a disputarle el trono que ostentaba—. La reina de la radio —leyó—. ¿Qué me dices?

—Que le doy la enhorabuena.

—¡Venga, Dana! ¿Dónde está ese espíritu combativo que tanto nos gustaba, esa vena guerrera por la que te contratamos? —recalcó estas últimas palabras.

—Puedo ofrecerte docenas de entrevistas.

—¿Para hablar sobre cuestiones vulgares? El cantante de moda, el actor en paro, el político corrupto, el narcotraficante. —Contó con los dedos—. Cualquiera puede conseguir uno de estos. Los hay a montones. Pero autores de *best sellers* que revolucionen el mercado y las vidas de la gente..., ¡auténticos ídolos! El más buscado, el más deseado; de esos solo hay uno.

—No entiendo tanto interés por un tipo que defiende la comunicación

silenciosa.

—Discútelo con las masas. ¡Lo adoran!

—La voz es una carta de presentación muy poderosa. ¿Adónde vamos a llegar si nos tragamos esa locura de «traslada tu mensaje sin palabras»? —parafraseó la locutora—. Interpretar las emociones a partir del tono. Pronunciar claramente cada palabra para no comprometer la credibilidad del mensaje. Ahí radica la belleza de la comunicación.

—Todo eso quedaba muy bonito en los libros de la facultad, pero nuestros oyentes prefieren leer a Franco Noble antes que escuchar a Dana León. También te cambiarían por él detrás del micro. Puedes apostararlo.

—Pero él no quiere hablar con nosotros.

—¡Convéncelo, joder! Sobórnalo, ofrécele algo que no pueda rechazar.

—No le interesa, Rafa. Métete eso en la cabeza. —Se golpeó el cráneo con un dedo.

—¡Ni que fuera el presidente de los Estados Unidos!

—Donald Trump sería más accesible —murmuró Dana entre dientes.

—«Si el diablo me ofrece una entrevista..., voy a los infiernos.» Esto lo dijo el gran maestro del periodismo mexicano, querida.

Dana frunció los labios; cuando Rafa se ponía irónico, la cosa pintaba más grave de lo que parecía.

—Ni diez Julios Scherer habrían logrado sacar a Franco Noble de su madriguera. Además, yo ya he estado en los infiernos, Rafa —afirmó sosteniéndole la mirada—. Me enviaste a Sevilla contra mi voluntad, ¿te acuerdas?

—¿Pretendes que me trague que fue un suplicio para ti?

—Me sacaste de mi vida para obligarme a ejercer de detective. Soy locutora. No recuerdo que incluyéramos esa clase de tareas en mi contrato.

—Yo creo que cuando a uno le dan la oportunidad, debe ser agradecido —declaró Rafael en tono melodramático—. Yo, por la cadena, estoy dispuesto a dar la vida si hace falta —concluyó en un alarde de imaginación.

Dana se dijo que el salario que percibía su jefe bien valía algún que otro sacrificio. Él era el director de programas; ella, a la postre, una mera voz al otro lado del aparato.

—Si mi opinión sirve de algo —manifestó resuelta a dar por concluida la cuestión—, yo creo que haríamos bien en apostar por otra clase de primicia para el programa. Lo de Franco Noble es perder el tiempo. Y ya que estamos sobre la cuestión, te recordaré que aún no me habéis reintegrado el importe de los billetes de tren.

Vio que Rafa rebuscaba en sus bolsillos y le tendió la pitillera, que había dejado apoyada sobre la mesa.

—Vas a salir a fumar, ¿verdad? —preguntó con una expresión triunfal. Nada como hablarle de dinero a su jefe para sacárselo de encima.

—Sí, sí. Lo necesito como el comer.

Justo en aquel momento entró Alvarete, de producción, que hacía las veces de secretario de la directora general.

—Montse quiere veros en su despacho.

—¿Ahora? —Dana echó un vistazo al reloj de pared—. ¡En media hora estamos en el aire!

Alvarete se encogió de hombros. Luego salió sin esperar a ver si lo seguían. Con el cigarrillo todavía colgando del labio, Rafael avanzó hasta la puerta. Se detuvo un momento para dejarlo caer en la papelera, luego inclinó la cabeza.

—Vamos.

—Franco Noble se ha puesto en contacto. —Montse no perdía el tiempo en introducciones. Se mostraba, como buena líder, pragmática y expeditiva. Cumplir con los objetivos del consejo de administración era su prioridad y su ley—. Quiere plantearnos una propuesta.

A Dana las piernas le flaquearon, pero se esforzó por mantenerse erguida. ¿Franco se mostraba dispuesto a colaborar?

—Dame el teléfono, que lo llamo ahora mismo.

—No quiere hablar contigo, Rafael —lo detuvo Montse cruzándose de brazos—. Lo que tenga que contar —continuó desviando la mirada hacia Dana — solo se lo contará a ella.

Dana experimentó un cosquilleo. No habría podido negar, aunque quisiera, que aquella noticia le había provocado un inusitado placer, a la par que una sensación de victoria. ¿Claudicaba al fin el escurridizo Franco? ¿Estaría dispuesto a enfrentar el tercer grado al que tenía planeado someterlo?

—La cita es en el Retiro.

Dana dejó caer el cuerpo sobre la pared. El corazón había emprendido frenética carrera hacia ninguna parte; quiso sujetarlo, pero latía de un modo tan desaforado que hubiera necesitado unas manos de hierro para conseguirlo.

—¿Franco está en Madrid? —Lo habían preguntado al unísono, y Dana se alegró de que el tono de Rafa, mucho más grave y profundo, se superpusiera a lo que en su boca se aproximaba más al maullido de un gatito que a una voz humana.

—Y te espera esta misma tarde. A las cuatro y diez.

Capítulo 30

Un ajo crudo

—Es alucinante, una tía estupenda. Me daba palo engañarla de aquella manera —había expuesto Fernando cuando Manuel le pidió que le hablara de la cena. Quería saber qué había ocurrido, en qué había fallado su plan—. Es demasiado lista. Te mira con esa cara de «no te creo una palabra» y te deja sin argumentos. Y esos ojos tan vivos detrás de esas gafitas...

Manuel lo había cortado agitando una mano en el aire. Por algún motivo que desconocía, le molestaba que su primo hablara de Dana en aquellos términos. No obstante, Fernando aún tenía unas cuantas explicaciones que dar y estaba decidido a enumerarlas, aunque a Manuel la sola mención del tema le hubiera pintado unos sospechosos coloretos en las mejillas.

—Me puso a prueba, varias veces. Recelaba de todo lo que yo decía. Desde el principio. Me miraba como si fuese una lenteja en medio de un plato de garbanzos. A lo mejor se me fue un poco la mano con la actuación —reconoció en un momento dado—. Yo solo quería crear buen rollo, animarla a que se relajara. Pero ella me ponía a caldo cada vez que intentaba gastarle una broma o acercarme de algún modo.

Manuel no había tenido dudas sobre el hecho de que, de haber sido él quien se hubiese sentado frente a Dana, las cosas habrían resultado distintas. La comunicación entre ellos fluyó desde el comienzo: se entendieron con pocas palabras y, de haber tenido la oportunidad de encontrarse con ella, presentía que hubiera tratado de comprenderlo y acercarse a su historia.

Ahora no servía lamentarse, porque Dana estaba decepcionada y dolida, no atendía a razones ni contestaba a sus mensajes. Había subestimado su

inteligencia y, sobre todo, su sensibilidad, enviando a Fernando en su lugar. Debió de haber previsto que notaría la diferencia, que descubriría el abismo que separaba a su primo de él. Fernando era un buen tipo y poseía enormes virtudes, pero compararlos era igual que tratar de igualar las manzanas con las naranjas. No tenían nada que ver.

Su primo había continuado con su perorata, abundando en la desesperación de Manuel, y este deseó como nunca que una lluvia inesperada, un trueno o un tornado del calibre del de Joplin se desataran, brindándole una excusa para despedirse rápidamente.

—Ofrecía una entrevista, quería ponerle voz a Franco Noble, para sus oyentes. Manteniendo tu identidad a salvo si fuera preciso. Todo bajo tus condiciones. Yo le dije que tenía que consultarlo con la almohada, porque no me atrevía a comprometerme en una cuestión tan importante. Aunque te digo una cosa, macho: si estuviera en tu pellejo, a esa chica la dejaba yo entrevistarme y hacerme lo que quisiera. —Como viera la expresión de censura de su primo, Fernando cambió de tercio—. ¿Sabes que llevaba el libro para que se lo dedicaras?

A Manuel se le había partido el alma. Durante los siguientes minutos se abstraigo de la charla invariable de Fernando para entretenerse en diseñar dedicatorias para Dana:

«Gracias por hacerme un hueco en tu agenda» y «Me encantó pasear contigo por las calles de Sevilla» no fueron de las más ocurrentes. «Para la voz que nos enamora a todos», «Dedicado a la comunicadora que todo lo dice con la mirada» y «Voces como la tuya nos acarician cada mañana» dejaban traslucir mucho más de lo que Manuel habría deseado expresar. Finalmente se decantó por: «Tú pones el ruido y yo el silencio. Tú pones la voz y yo la piel. Utilizamos diferentes canales, pero nos comunicamos. Solo necesitamos mirarnos a los ojos».

Se había imaginado sentado junto a ella, escribiendo aquellas palabras bajo el título, y se dijo que jamás disfrutaría tanto de una firma como en aquel

momento. Luego se dio prisa por despedirse de Fernando. Tenía un último as en la manga, la recomendación de un capítulo concreto, dirigido en especial a ella. Una forma de pedir perdón al más puro estilo Franco Noble: lo haría de la mejor manera que sabía, mediante las palabras. Con aquella idea en mente, le había tendido a su primo un par de billetes de cincuenta.

—Me ofendes —rechazó Fernando—. No lo he considerado un trabajo, sino un favor de primos. Además, disfruté cada minuto de la cena. ¡Aunque esa mujer me lo puso más difícil de lo que había supuesto! Pero mereció la pena, como reto. Sentía que me encontraba en uno de esos *castings* para aspirantes —evocó—. Tuve que tirar de recursos, aunque al final no pudo ser. Tu Dana es astuta como una ardilla. Siento haberte fallado, Manuel.

Manuel no podía recriminarle nada. Solo se reprochaba su cobardía: había tenido a una chica fabulosa al alcance de la mano, pero su debilidad se había interpuesto. «Tu Dana es astuta como una ardilla...» ¡Si en verdad fuera «su» Dana! Soñar no costaba nada, y Manuel habría mentado de haber asegurado que nunca fantaseó con la posibilidad de relacionarse con ella del modo en que los hombres y las mujeres venían haciéndolo desde el origen de los tiempos. Aquella posibilidad era remota en sus circunstancias; y ahora, tras la fantochada del restaurante, más que remota: se había convertido en inexistente.

—Hoy traes cara de haberte tragado un ajo crudo. —Estar sentada en aquella silla de ruedas no le restaba a Ani un ápice de la autoridad que la caracterizaba. Manuel sintió que su tía acababa de hacerle una radiografía sentimental mientras lo miraba a los ojos con suspicacia—. ¿Has visto a mi hijo? Porque yo no he tenido la suerte —se quejó en tanto avanzaba hacia el salón, forzando las ruedas de la silla con sus brazos inevitablemente musculados. Parecía que el mundo entero se agitase con cada acometida, tal era la potencia que empleaba en ello—. Toma asiento. Hoy tengo un gran peso en el alma. Sentirse solo no es bueno. Y tú prometiste aumentar tus visitas. Al fin y al cabo, eres todo lo que tengo. Ese gañán de tu primo va a su aire, nada

más se acuerda de que tiene una madre cuando se le acaban los pocos cuartos que le pagan por esos cameos que hace.

Manuel sabía que tales palabras constituían una protesta vana, aunque jamás se hubiera atrevido a corregirla: hacía tiempo que Fernando hacía mucho más que cameos. De hecho, lo habían contratado en una serie de emisión nacional. Por eso viajaba tanto y pasaba la mayor parte del tiempo fuera de Sevilla. Cuando regresaba, lo hacía con el único propósito de pasar el tiempo con su madre, y no de recibir una aportación que en caso alguno requería. Pero Manuel se había abstenido de comentarlo, porque sabía que Ani hubiera ideado cualquier otro pretexto para despotricar de su hijo, al que por otra parte adoraba, con idéntica pasión con la que correspondía al cariño de Lumila.

—Te ofrecería un té, pero mi asistenta no ha hecho sus deberes —protestó aludiendo precisamente a la esclava—. Tendré que bajar yo misma al supermercado para proveerme de las cosas que faltan. Ya no regresa hasta mañana.

Luego había mirado a su sobrino con intensidad.

—Hoy no has venido a aguantar el chaparrón de mis reproches, ¿verdad? En tus últimas visitas te vengo notando algo. Una inquietud en el espíritu.

Manuel supo entonces que, por mucho que tratase de escapar a la aguda perspicacia de su tía, jamás podría huir de sí mismo.

—Aquel accidente ocurrió hace más de ocho años, Manuel. ¿Hasta cuándo te vas a castigar?

Tía Ani había continuado enumerándole motivos para afrontar la vida con ilusión.

—Eres joven, inteligente, atractivo. No ningún lisiado, sino alguien imperfecto, como el resto de los mortales. No te exijas tanto, Manuel, date la oportunidad de vivir, de salir de tu caparazón y ser lo que debes ser: un chico como los demás, con inquietudes, con sueños. No cercenes tus posibilidades. No te conviertas en un fracasado. Los Estrada llevamos generaciones cogiendo

el toro por los cuernos. Hasta ese aspirante a actor que tienes por primo se ha atrevido a hacer algo. ¿Vas a permitir que te saque la delantera?

Después, le dio a probar su tarta de calabaza.

—Es un milagro que no le falte el toque de canela. Por supuesto, no se lo debemos a la rusa. No contenta con ignorar la lista de la compra que le di, ha osado sugerir que yo misma podría localizar los ingredientes que faltaban. ¡Es una descarada!

Y finalmente lo acompañó hasta la puerta y se despidió de él con acritud:

—Te has empeñado en mantener ese silencio que comienza a resultar abrumador. ¡Es ridículo, y ofende! Vas a perder la capacidad de comunicarte, Manuel. Cada vez pareces más una especie de Tarzán.

De vuelta a casa, Manuel había escogido atravesar el parque de María Luisa y, una vez allí, buscó el lugar donde había tropezado con Dana. El punto exacto donde sus ojos se cruzaron por primera vez. Las ganas de que aquel instante se repitiera lo asaltaron como cristales sobre la piel. ¿Podría haber hecho las cosas de forma distinta? Tal vez sí, pero si hubiera establecido contacto, de haberse presentado cuando se percató de que se trataba de la famosa locutora, la oportunidad de que ella conociera a Manuel se habría desvanecido. Y no podía arriesgarse al rechazo, tantas veces padecido desde que Franco Noble irrumpiera en su vida. Nadie prefería a aquel chico raro en el que se había convertido tras el accidente; en cambio, todos adoraban al escritor, que estaba revolucionando el mundo de la comunicación con sus originales ideas. De no haberse valido de la red, Dana habría huido más temprano que tarde. Como hizo Sara. Y él no hubiera podido soportarlo.

Al llegar a la plaza de España se detuvo unos minutos en uno de los puentes para asomarse al estanque. Un rescoldo de sol se reflejaba en el agua, por la que circulaban las embarcaciones asaltadas en aquellas últimas horas de luz de la tarde por familias y parejas de enamorados. Recordaba haber experimentado esas mismas sensaciones junto a su padre, cuando él era niño: rozar el agua con los dedos, pelear con los remos para orientar la barca,

perseguir a los patos e intentar acariciarlos. Un anhelo hizo presa de su ánimo, y entonces tuvo que armarse de valor y tomar la determinación: regresaría allí, con ella, para compartir un bonito paseo en barca. Había llegado el momento de deshacerse de sus fantasmas, de darle paso a la vida, como su tía le aconsejaba. En su corazón comenzó a anidar una ilusión, algo parecido a la esperanza que experimenta quien, después de adquirir un billete hacia el infierno, descubre que en el siguiente andén tiene parada un tren con destino al paraíso. Sería deplorable dejar morir aquella esperanza sin hacer, cuando menos, un intento por materializarla.

Capítulo 31

El Palacio de Cristal

—*Hoy voy a poner mi corazón en tus manos.*

Caminó a paso ligero con aquel mensaje taladrándole el pensamiento. Faltaban apenas diez minutos para encontrarse con Manuel. Después de muchas semanas, de los malos entendidos, las preguntas sin contestar, las mentiras. Después de haberlo respetado y aborrecido con idéntica intensidad. Después de escuchar su nombre en todas partes, de luchar consigo misma contra el deseo de leer cada página, cada letra de *Hablar con las manos*. Después de añorar Sevilla y de forzarse a odiarla. Después de negarse hasta la saciedad la posibilidad de que su estado de ánimo dependiese de cada nuevo mensaje de Manuel, de sus disculpas, de sus ruegos..., unos pocos metros la separaban ahora de él.

Su corazón en sus manos. ¿A qué se referiría con una afirmación tan radical? Si conocía ya su nombre, su profesión. Sabía múltiples detalles de su vida. ¿Qué le quedaba por averiguar de Manuel Estrada? Había investigado en internet y descubierto que fue un gran profesor universitario y conferenciante. Impartía materias relacionadas con la administración de empresas y había desarrollado una brillante carrera en la capital de España, incluso era reconocido en su ámbito por los méritos acumulados. En los últimos ocho años, no obstante, se había producido un vacío de noticias. Manuel Estrada fue borrado de los archivos. Resultaba imposible encontrar cualquier referencia al profesor y a su actividad. Desde hacía cinco semanas, Dana sabía —y sospechaba que era de los escasos privilegiados que debían de estar al tanto

de ello— que Manuel había desaparecido para transmutarse en Franco Noble. Quedaba desvelar el porqué.

Compartir aquel secreto con sus oyentes comenzaba a antojársele un sacrificio demasiado grande. Como arrancarse un diente o un pedazo de piel. El poder que le otorgaba ese dato resultaba tan atractivo que lo pretendía para ella sola. Manuel había querido hacerle aquel regalo, y ella no dudaba de que era tan valioso como su confianza. Quedaba aún por decidir hasta qué punto podría ser conveniente exponer al escritor a una jauría de fervorosos fans.

Desde el anuncio de Montse, los nervios se habían apoderado de su estómago. Pudo salvar el programa gracias a la intervención de los oyentes, a las cuñas musicales y al buen hacer del operador. Después, tomó un sándwich ligero y se despidió de los compañeros hasta el siguiente día. Rafael la interceptó al salir.

—Quiero noticias. Y sea lo que sea lo que te pida, concédeselo. Montse dice que está dispuesta a pagar hasta cuatro mil. Negócialo, por si puedes tirarle un poco hacia abajo y ahorrarle al canal unas perrillas.

—¿Cuatro mil eurazos por un ratito de cháchara? —rebatíó tratando de imprimir un carácter irónico a su voz para disimular la creciente impaciencia que la corroía—. El invitado mejor pagado ha rondado los cuatrocientos euros. No imaginaba que la cadena fuese capaz de estirarse hasta ese punto. Voy a replantearme lo de pedir un aumento.

—La audiencia que podría generar Franco Noble bien lo valdría. Lo ideal sería que pudieses concretar más de una sesión. Hay que exprimirlo al máximo, que trabajo ha costado conseguir que hable.

Dana le advirtió que no lanzase aún las campanas al vuelo: sabía cómo se las gastaba el escritor, lo esquivo que podía resultar.

—El hecho de que quiera hablar no significa que pretenda hacerlo ante dos millones y medio de oyentes.

—Haz que quiera —fueron sus últimas palabras.

Un rescoldo de rebeldía la impelía a proponer un sitio distinto para su cita.

¿Por qué no una cafetería, un lugar ambientado, en el meollo de la ciudad? ¿Por qué insistir en aquella manía de apartarse de todo y de todos? Pero enseguida recibió aquel último mensaje, en el que adelantaba que iba a mostrarse tal cual era, y Dana se sintió incapaz de ponerle condiciones. Sería su última concesión. A partir de aquel momento, ella marcaría las reglas.

Aceleró el paso, deseosa de llegar hasta el Palacio de Cristal, punto de encuentro establecido por Manuel. El frío de diciembre le golpeó el rostro, pero Dana experimentaba un calor que la incendiaba por dentro. La expectativa de ponerle voz a Franco Noble era demasiado excitante como para mantenerse impasible. Se entretuvo en repasar la lista mental de interrogantes con los que lo acosaría. Franco tenía tantas cosas que explicarle que iban a necesitar días para satisfacer su curiosidad. Eso la llevó a preguntarse cuánto tiempo tendría previsto pasar en Madrid. ¿Habría venido solo a concertar una entrevista con el canal y regresaría pronto a Sevilla, o tal vez planeaba quedarse algún tiempo para visitar a los amigos que hizo durante su etapa como profesor en la capital? Por algún motivo, deseó que escogiese la segunda opción. Y se sintió vulnerable otra vez.

Apartando cualquier pensamiento perturbador, Dana rodeó el lago y pronto el palacio se alzó ante sus ojos, igual que un oasis en medio del desierto. La fachada se reflejaba en el agua, lo que duplicaba su belleza y misterio. La arboleda de alrededor le daba un intenso aire de fábula. Recordaba al clásico invernadero, susceptible de ser llenado con flores y plantas, y uno fácilmente podía sentirse trasladado a otra época, más de un siglo atrás, un tiempo en que el metal fue protagonista indiscutible de lo arquitectónico.

Había llegado a su destino. Se detuvo e inspiró hasta tres veces antes de entrar. En medio de aquella estructura acristalada, Dana se convertía en la protagonista de un cuento. Una Cenicienta moderna esperando a su príncipe. Un príncipe misterioso capaz de ponerle rostro a la leyenda. En el interior había, como era habitual, una exposición de arte contemporáneo. Pero Dana no

se detuvo a contemplarla, pues justo en el centro del palacio, bajo la gran cúpula, vio que él la esperaba.

Manuel sintió que acababan de robarle el poco aire que le quedaba y un nudo se le atravesaba en la garganta impidiéndole cualquier intento de comunicación. Se dijo que Dana era más bonita de lo que recordaba, y eso que tenía fresca en la memoria la imagen de la locutora, pues en las últimas semanas no pasó un día sin visitar la web de la radio y curiosear el perfil de una de sus estrellas más rutilantes. Pero aquella tarde, embutida en un abrigo salpicado de colores, con las mejillas sonrosadas por la carrera y la mirada de quien espera encontrar respuestas a las preguntas formuladas durante demasiado tiempo, Dana se veía esplendorosa.

Una sonrisa no premeditada alargó los labios de Manuel, y enseguida sus ojos se contagiaron del mismo entusiasmo. Alrededor se congelaron el tiempo y el espacio, y el escritor tuvo la sensación de que lo hubiesen convertido en un pedazo de hielo. Se debatió entre el placer de tenerla cerca después de tantos días y el recelo ante la posibilidad real de decepcionarla; sentía frío, un frío demasiado parecido al miedo, y, aunque lo hubiese querido, no habría podido dar un paso hacia adelante, pues los miembros dejaron de responderle en el preciso momento en que se miró en los ojos de Dana. Unos ojos que reclamaban la verdad.

Decidida y al tiempo prudente. Así recorrió ella la distancia que los separaba. Como si Manuel fuese una visión que se pudiese desvanecer cuanto más se aproximara. Él esperó hasta que lo hubo alcanzado, y la sonrisa que antes le estirara la boca murió en sus labios. Apenas un ligero movimiento de cabeza a modo de saludo. Ninguna palabra. Dana notó que temblaba. ¿Acusaría el frío? Había una extraña determinación en el fondo de su mirada azul. Tenía un discurso preparado, unas cuantas palabras a modo de presentación, pero, antes de que pudiese reaccionar, Manuel la tomó de la mano y la obligó a seguirlo.

Como dos amantes furtivos, ambos atravesaron el Palacio de Cristal a toda

velocidad y con las manos entrelazadas ante la atónita mirada del resto de visitantes. Bajaron precipitadamente la escalinata y luego recorrieron unos cuantos metros en medio de un silencio de sepulcro. Dana se sintió arrastrada, aunque el calor que emanaba de la mano de Manuel y el roce de sus dedos se le antojaban una caricia excitante. Recordó algunos pasajes del libro que firmaba su *alter ego*, el admirado y reconocido Franco Noble; detalles relacionados con el lenguaje de la piel, con la capacidad de trasladarse mensajes repletos de contenido mediante aquel simple contacto, y se dijo, en medio del mareo que experimentó a causa de la prisa y del cúmulo de sensaciones nuevas y extrañas, que el escritor tenía mucha razón al aseverar que podían provocarse sentimientos extraordinarios sin necesidad de hablar. Manuel caminaba delante, sin echar la vista atrás, y únicamente se detuvo cuando llegaron a una zona reservada del parque.

A la sombra de un majestuoso árbol, en un banco de madera que se apoyaba sobre un lecho de hojas, Manuel y Dana se miraron a los ojos.

Capítulo 32

Mariposas azules

—Hola. Ya lo sabes, pero creo que corresponde presentarse como es debido: mi nombre es Manuel Estrada, y soy el responsable de ese libro que se ha convertido en un fenómeno de masas y que lleva por título *Hablar con las manos*.

Dana se estremeció ante aquella declaración, expuesta sin detenerse un momento a tomar aire y bajo una pronunciación, por llamarla de alguna manera, rara. Se notaba que Manuel había preparado a conciencia su arenga para no fallar una sola palabra, pero no pudo evitar que algunos de los fonemas se perdieran por el camino. Había intentado controlar el tono de su voz, y ahora la observaba con dolorosa expectación. Sus ojos se habían concentrado en su boca.

—¡Eres sordo! —declaró casi para sí misma. Y al momento se arrepintió del horror con que había adornado el tono de su voz. Por suerte, Manuel parecía más entretenido en leer sus labios que en identificar cualquier emoción que ella pudiera manifestar. Para cuando su mirada pasó de la boca de Dana a sus ojos, ella ya se había esforzado por componer una expresión mucho más relajada.

—Hace ocho años sufrí un grave accidente. Una grúa de las que se utilizan en la construcción se me vino encima y me aplastó. Sufrí la rotura de varios huesos e importantes daños internos. Pasé cuatro meses en coma, y al despertar descubrí que me había quedado con apenas un quince por ciento de audición —expuso—. Enseguida me vi envuelto en un proceso traumático: tuve que empezar de cero. Tenía una exitosa carrera como profesor que ya no

podría mantener. Me otorgaron una minusvalía y me encerré en casa, destruido. No aceptaba lo que me ocurría, me volví arisco, malhumorado. Necesitaba a alguien a quien culpar de lo ocurrido y solo veía enemigos a mi alrededor. Entonces comencé a perderlo todo: mis amigos, el amor... Me quedé solo. Todo el que me quería deseaba alejarse de mí. Me había vuelto tóxico.

Las palabras de Manuel destilaban amargura. En un acto reflejo, Dana le tomó la mano. Estaba impresionada por su sufrimiento, pero también admirada por su valentía, por lo que había conseguido más tarde, gracias a su libro. Mientras lo observaba, trataba de asimilar con rapidez toda la información: Franco Noble, el rey de la comunicación, era sordo. ¿Podía considerarse un fraude? En definitiva, no, porque el autor de *Hablar con las manos* se comunicaba, y defendía, precisamente, herramientas alternativas a la voz para transmitir sus mensajes. En ese sentido había sido honesto. Ahora se explicaba muchas cosas, y así, por mucho que profundizó en la cuestión, Dana no encontró nada reprobable en la actitud de Franco, salvo la cobardía de esconderse tras aquel seudónimo.

A Manuel le sorprendió aquel gesto espontáneo; sus ojos se clavaron en los de Dana, demandando una respuesta: ¿comprendía ella todo el dolor por el que había tenido que pasar?

—Si te hablo alto, ¿escuchas lo que digo? —chilló la locutora.

Manuel rio y a Dana aquella risa le pareció agradable y espontánea. La trasladó hasta el estudio de la radio, a esos momentos en los que entraba la melodía previa a uno de esos programas donde ganaban protagonismo las noticias relacionadas con las cuestiones que a ella más le preocupaban.

—No hace falta que grites. En ambientes tranquilos, distingo los sonidos. Por eso te he citado aquí. Aunque me he acostumbrado a seguir el movimiento de los labios. Eso facilita mucho las cosas.

—¿Usas la lengua de signos?

—La he aprendido, aunque no me relaciono con demasiadas personas

sordas. —De hecho, no se relacionaba con demasiadas personas, en general. Apenas tía Ani y su primo, las escasas veces que se cruzaban cuando el trabajo de Fernando le permitía dar una vuelta por Sevilla.

—Dices que el accidente ocurrió hace ocho años. Pero noto algunos toques extraños en tu discurso. No entiendo nada de estas cosas, pero, si hasta entonces habías llevado una vida normal en lo que respecta a la comunicación oral, si conocías y manejabas los fonemas como todo el mundo, ¿no deberías haber conservado un habla perfecta?

Manuel suspiró.

—Debería, porque aprendí la lengua oral antes que ninguna otra. Pero he perdido la costumbre de hablar. A veces noto que pierdo la capacidad; me he encerrado tanto en mí mismo que me cuesta pronunciar las palabras. He desarrollado una timidez, o llámalo complejo, si lo prefieres. Me siento impostado, absurdo, cuando hablo. Por eso prefiero escribir.

Dana se recreó en los rasgos de su rostro. Viéndolo así, tan cerca, resultaba aún más atractivo. Un hombre fascinante que, sin embargo, confesaba sin tapujos su miedo al ridículo. Le sorprendía aquella declaración, siendo como aparentaba una persona segura de sí misma. ¿Acaso no eran palabras suyas aquellas que exigían a los demás que se quisieran a ellos mismos? En tanto decidía si era el momento de enfrentarlo a su propia realidad, Dana permaneció en silencio. Fueron minutos en los que ambos se midieron con los ojos.

Manuel pensó que ella tenía una mirada capaz de atrapar al más escurridizo de los ladrones. Era una mirada que exigía, que no admitía medias tintas. Pero que también enganchara, hasta el punto de que uno se sentía incapaz de abandonarla. Tras aquellas gafas de pasta había unos ojos llenos de promesas, que incitaban a la aventura, que animaban a sumergirse en la tarea de mirar a través de ellos. Y en aquel instante, Manuel lo supo: supo que le resultaría imposible salir indemne de aquel encuentro. El funesto presentimiento que lo asaltara desde el día en que se vieron por primera vez, en el parque de María

Luisa, resultaba ahora una dolorosa realidad: aquella mujer era un torrente de energía inagotable, capaz de arrastrarlo todo consigo.

Dana notaba el magnetismo que desprendía Manuel, y se sorprendió pensando que jamás un hombre había logrado el efecto que estaba consiguiendo él con apenas una mirada: que se le erizara la piel. Era demasiado consciente de su proximidad; sentados uno junto al otro, sus piernas se rozaban, y aun con la ropa como frontera sintió que la sangre se le aceleraba dentro de las venas.

Se esforzó por plantear la siguiente pregunta. La tenía en los labios cuando Manuel la deslumbró con una de sus sonrisas, una de esas que tantas veces había evocado en las últimas semanas, y sus defensas cayeron derribadas. En vez de lo que tenía pensado, se oyó murmurar:

—Así que este era tu gran secreto: eres sordo. —Fue más un pensamiento en voz alta que un comentario, pero Manuel había leído en sus labios.

—Discapacitado auditivo es el término políticamente correcto. Me ayudo con estos aparatos —aclaró señalando sus audífonos—. Pero no son la panacea. A menudo el sonido llega distorsionado. Tengo problemas para conversar cuando concurren varios interlocutores. Me llega excesiva información a la vez, porque esto funciona como un amplificador. Es como si me gritaran, y mi cerebro no consigue discriminar. Si trato de participar en lo que se considera una vida normal, termino el día agotado: gasto mucha energía filtrando el ruido de alrededor. Para comunicarme, necesito prestar mucha atención. Demasiada. De ahí que prefiera rodearme de silencio.

Dana no sabía si darle una palmadita y decirle que no debía sentirse mal por eso o, simplemente, esperar a que él añadiese cualquier cosa más.

—No me compadezcas, Dana. —Aunque su boca sonreía, sus ojos dictaban que se trataba de una orden—. No me avergüenzo de mi sordera ni trato de ocultarla.

—¡Pero le has dado la espalda a tu vida! Te escondes tras un seudónimo. —No pudo evitar reprocharle.

—Hay muchas cosas que no sabes sobre mí, señorita locutora —repuso él con aire ofendido.

—Explícamelas.

Manuel giró la muñeca para mirar su reloj.

—Lo que más me gustaría es quedarme aquí sentado hasta que anocheciera, hablando contigo. Pero tengo una cita.

Dana trató de ocultar la decepción que sentía. Se reprochó la punzada de celos que la había atravesado como un puñal de hielo.

—¿Qué me dices de la entrevista? —se atrevió a sondearlo, aun sin estar segura de que compartir a Manuel con más de dos millones de personas fuese la mejor idea del mundo.

—No estoy preparado todavía —negó él en tanto comenzaba a levantarse.

Al apartarse, Dana sintió que el frío volvía a instalarse en sus huesos. Deseaba conocer muchas cosas de él. ¿Pensaba dejarla así y regresar a Sevilla? ¡No podía permitirlo!

Dana se incorporó también. Bajo el abrigo, Manuel distinguió un bonito jersey y reparó en él. Sobre un fondo gris, un grupo de mariposas azules atravesaba un cielo brillante, repleto de corazones. Manuel recordó una leyenda a la que su tía solía hacer referencia cuando era niño: cuando alguien se topa con una mariposa azul, portadora de buenas noticias, significa que su suerte cambiará o que sus deseos están a punto de cumplirse. Mentalmente formuló un deseo, mientras sus ojos volvían a los labios de Dana.

—Aún no he acabado con las preguntas.

—Voy a pasar aquí una temporada, Dana. —Todo el aire que había contenido regresó a los pulmones de ella como por ensalmo—. Conservo mi apartamento. Lo tengo alquilado ahora, pero espero recuperarlo en unos días. Mientras tanto, me quedaré en un hotel cerca de Atocha.

¿Para salir corriendo en cualquier próximo tren si las cosas se ponen difíciles?, se preguntó ella.

—Ahora puedes hacer conmigo lo que quieras. Entregarme o darme la

oportunidad de conocernos y que comprendas mis motivos. Pongo mi corazón en tus manos.

Dana meneó la cabeza.

—Desde que me vine de Sevilla sé quién eres, Manuel Estrada. ¿No crees que, si hubiera querido, hace cinco semanas habría usado esa información en mi programa?

Manuel asintió.

—Soy consciente. Conocías mi identidad, pero no me has delatado.

—No pertenezco a esa clase de periodismo, el sensacionalista.

Caminaron uno junto al otro unos metros. Manuel parecía incluso más alto de lo que recordaba. De vez en cuando, su mirada azul resbalaba por la fisonomía de Dana. Su expresión pasaba entonces de la preocupación a una admiración mal disimulada. De repente se detuvo, la agarró del brazo y la obligó a enfrentarlo.

—¿Te gustaría venir a cenar a casa? —preguntó sin apartar los ojos de su rostro. A Dana la conmovió aquella mezcla de expectativa y miedo al rechazo que detectaba en el fondo—. No es tan glamuroso como el restaurante, pero nos garantizará una conversación más fluida.

Agitó afirmativamente la cabeza.

—Me encantaría.

—No sería una cita romántica, sino profesional —agregó él parafraseando a la propia Dana. Y una sonrisilla se acomodó en sus labios.

Los ojos de ella se abrieron de modo desmesurado bajo sus gafas.

—¡Por supuesto! Estrictamente profesional —convino conteniendo las ganas de rebatírsele.

—Debo marcharme, pero te enviaré un mensaje.

Antes de separarse, Manuel la sorprendió estrechándola de improviso entre sus brazos. Fue un abrazo silencioso: vacío de sonido, pero lleno de intenciones.

«Hablar está sobrevalorado...» En aquel instante, Dana comprendió el

auténtico significado de una de las frases estrella del libro de Franco Noble.
Entre los brazos de Manuel, sobraban las palabras.

Capítulo 33

Un amigo es un tesoro

El abrazo silencioso

¿Os acordáis de esa hormona intensa, emocional, ¡mágica!, llamada oxitocina, de la que contamos que se liberaba gracias a los besos? La conocida como hormona del amor. Pues bien, hoy vengo a daros una noticia fabulosa: hay otro modo de producir esa hormona, y es mediante los abrazos.

Un abrazo es como un traje a medida: siempre sienta bien. Puede que no resuelva tu problema definitivamente. Tampoco tiene la capacidad de aislarnos del mundo para siempre. Pero durante el tiempo que dure, te aseguro que un abrazo te protegerá de cualquier agresión externa. Te hará sentir a salvo y reconfortado.

El abrazo consuela, acaricia el alma. Es un transmisor de buenas vibraciones, suple ciertas necesidades y resulta un gran canalizador de energía. Alivia al que sufre, sana las heridas y recompone a nivel emocional.

En lo que respecta a la salud, el abrazo constituye una de las mejores medicinas para el cuerpo: reduce la producción de cortisol, lo que alivia la ansiedad y el estrés; en contraposición, aumenta la cantidad de serotonina y dopamina, generando bienestar y tranquilidad. Fortalece la autoestima, ahuyenta los miedos, estimula los sentidos y aleja la sensación de soledad, entre otras muchas virtudes.

Los dos implicados en el abrazo se benefician en el acto: abrazador y abrazado se sienten apoyados y en confianza. Lo mejor es que todos estos efectos se prolongan después, mucho más allá del contacto físico.

En consecuencia, abrazarse es, más que un capricho, una necesidad: nuestro bienestar psicológico, emocional y corporal depende en gran medida de este gesto.

Además, un abrazo es un símbolo indiscutible de amor. Cuando el corazón calla, el abrazo habla por él, ejerciendo de delator.

Dice la Real Academia de la Lengua Española que abrazar es «ceñir con los brazos». Que es «estrechar entre los brazos en señal de cariño». Yo añadiría que resulta una forma especial de tocarse y de hablarse. De decir «te amo», «te necesito» solo mediante la piel, en silencio.

Así que no te quepan dudas: quien te abraza te quiere. Si el abrazo es sincero, sus efectos traspasarán tu epidermis. Te reportará felicidad.

¿Y tú, abrazas mucho?

Si aún no lo haces, practica la «abrazoterapia» o terapia del abrazo. Pronto disfrutarás de los múltiples beneficios que te brindará.

Cuando se deshizo del abrazo de Bernardo, este todavía lo sostuvo fuertemente al tiempo que buscaba sus ojos. Como si temiese que Manuel pudiera volver a escapar y alejarse de su vida otros ocho años más.

Manuel sintió que no había pasado el tiempo. Bernardo conservaba aquella misma pasión de espíritu, la bondad y el entusiasmo que lo caracterizaban. Aunque las arrugas que enmarcaban sus ojos se habían acentuado.

—¡Joder, tío! Vas a tener que contarme un mogollón de cosas. Dejarnos así, sin saber de ti... A ver cómo piensas resarcirme, porque algo tendrás que hacer para que me olvide del agravio. —Hablaba como el abogado que era: con firmeza y confianza. A Manuel siempre le había admirado la potencia de su voz, un reflejo de la forma en que Bernardo asimilaba la vida. Parecía querer comérsela a grandes mordiscos y, en ese sentido, pensó el escritor, era muy parecido a Dana.

Mientras su mirada ahondaba en la suya, Bernardo le ofreció una sonrisa auténtica y, antes de que Manuel pudiese reaccionar, su amigo se arrojó otra vez a sus brazos. Un nuevo efluvio de perfume asaltó sus fosas nasales. Bernardo no se echaba colonia: se embadurnaba en ella. A Manuel le alegró comprobar que tampoco eso había cambiado.

—¡Qué contento me he puesto, coño! —manifestó Bernardo una vez que se secó las lagrimillas que amenazaban con enturbiar la alegría natural de su rostro—. Que no me vea ningún cliente, que pierdo prestigio —bromeó mientras arrastraba a Manuel hacia un punto menos concurrido del local—. ¿Te sientes cómodo aquí, o prefieres que vayamos a otro sitio? —preguntó usando la lengua de signos.

A Manuel se le abrieron la boca y los ojos.

—¿Sabes signar? —planteó aquella pregunta valiéndose también de la misma lengua.

—¡Aprendí por ti, cabrón! —exclamó Bernardo—. Quería eliminar cualquier barrera en nuestra comunicación. Pero tú preferiste hacer mutis por el foro y dejarme hablando solo —le reprochó.

—Lo sé, me he portado como un cobarde. Pero es que me ha costado asimilar lo que la vida me tenía preparado —arguyó Manuel—. Estoy todavía en el proceso de aceptación, pero cada día me siento mejor.

—¡Ya te vale, *hijoputa!* Ocho años ¿y todavía estás en el proceso?

Ambos rieron.

—No todos tenemos tu forma de afrontar las cosas —reconoció Manuel pesaroso.

Bernardo le puso una mano en el hombro.

—Cojones se llama, Manuel. Pero no me atribuyas un mérito que no me corresponde. En tu caso, no sé si habría sido capaz de sobrevivir. Yo creo que me sobreestimas. Y ¿sabes? Te admiro —dijo sinceramente—. Aunque a tu ritmo, aquí estás. ¡Eres un puto campeón! —Le dio unas palmaditas.

—Y a ti, ¿cómo te ha ido en este tiempo?

Bernardo dio una vuelta sobre sí mismo e hizo una reverencia.

—¿No ves nada nuevo en mí?

—Estás muy elegante con ese traje azul.

Bernardo negó con la cabeza.

—Frío, frío...

—Parece que ahora luces otro corte de pelo.

—Antes eras mucho más intuitivo, amigo —observó Bernardo.

—Has cogido algo de peso, lo normal.

—Y eso es porque me cuidan demasiado bien. Ahora soy un hombre casado, además de un entregado padre de familia.

Manuel no pudo ocultar su sorpresa.

—Enhorabuena —lo felicitó con franqueza—. Me alegro por ti, y también

por Mariana.

—¿Mariana? Qué va, no. ¡Eso se acabó hace mucho tiempo, tío! —¿Ya no estaba con Mariana, su novia de toda la vida?—. La que me tiene echado el lazo es Bea, una preciosidad de hembra. ¡La mejor madre del mundo!

Manuel necesitó mirarlo unas cuantas veces para convencerse de que aquel granuja, su querido amigo, compañero de confidencias y aventuras en el pasado, se había convertido en un tipo formal. Bernardo no tardó en echar mano de su móvil, y durante unos minutos estuvo presumiendo de familia. Lo cierto es que todos se veían guapísimos y saludables.

—Así que sentaste la cabeza.

Bernardo asintió.

—Y ha valido la pena. ¿Y tú, volviste a saber de Sara?

—Nunca —se apresuró a contestar Manuel.

A Bernardo le pareció que aquella herida no había sanado, y no quiso echarle más sal contándole que él sí había coincidido con ella, al menos en un par de ocasiones: Sara le había pedido ayuda por un asunto de derechos de autor respecto de una composición musical por la que la acusaban de plagio.

—¿Y no hay nadie más en tu vida?

En otro momento de su historia, Manuel le hubiera planteado una pregunta con amargura: ¿quién querría enamorarse de un sordo? Pero visualizó el rostro de Dana y, sin haberlo planeado, una sonrisa se alojó en sus labios. A Bernardo no le pasó por alto aquel gesto soñador, el brillo de ilusión que acababa de apoderarse de sus ojos.

—¡Qué canalla! ¡Genio y figura! El Manuel de siempre, el que por el pico las conquista a todas. —En cuanto se percató de su error, se llevó una mano a la boca—. Perdona, soy un bocazas.

—No soy mudo, Bernardo. Solo sordo.

Aquella conclusión satisfizo al amigo, que recuperó el buen humor del que hacía gala para continuar indagando.

—Bueno, pues ya me hablarás de ella. ¡Tendrás que presentármela! Pero,

cuenta: ¿de qué vives? Porque a la docencia no te dedicas. ¿O es que tienes alguna incapacidad reconocida?

—Esa es una larga historia. Y prefiero ir poco a poco, Bernardo. Me siento cansado, el intercambio dialéctico me supone ahora un gran esfuerzo. Y no pretenderás que nos pongamos al día en apenas unas horas después de casi una década, ¿verdad?

Bernardo le aseguró que no lo pretendía, aunque su frente se arrugó mientras concluía:

—Hay unos cuantos secretillos por ahí que no voy a permitir que me ocultes. Te daré unos días de plazo, para que te readaptes a Madrid y te hagas a la idea de que es tu deber atender a tus amigos como Dios manda. Pero no esperes que sea tan indulgente la próxima vez —le advirtió levantando un dedo.

Luego quiso saber dónde pensaba alojarse.

—¿Conservas tu apartamento, el que tenías con Sara, o lo vendiste?

—Lo tengo alquilado.

—¿Dónde vas a quedarte entonces?

—He reservado en un hotel.

—Pero ¡no puedo consentirlo! Vindrás a casa. Allí tenemos suficiente espacio.

—Te lo agradezco, Bernardo —aseguró con sinceridad—. Pero no me apetece mucho convivir con dos niños, un perro y tu deliciosa Bea. El ruido y yo no nos llevamos demasiado bien.

Bernardo comprendió que insistir sería inútil. Intercambiaron los números de teléfono y se despidieron hasta muy pronto, con un nuevo abrazo. Cada uno regresó a lo suyo analizando las impresiones sobre el otro: Manuel, por su parte, volvía satisfecho. Había hecho lo que debía y, aunque no iba a dejar de reprocharse jamás haber perdido ocho años de buenos momentos junto a Bernardo, estaba dispuesto a recuperarlos de ahora en adelante. Una fuerza

cuyo origen aún no identificaba le infundía la energía que necesitaba para enfrentarlo todo.

En cuanto a Bernardo, marchaba contento, aunque con la sensación de que mientras hablaban en lengua de signos Manuel no había dejado de mirar alrededor. Como si estuviera cometiendo un delito, o como si se avergonzara de hacerlo o temiese que alguien lo reconociera y se fijase en que usaba aquel específico sistema de comunicación. Intuía que a su amigo le quedaban unas cuantas etapas por superar, y lo lamentaba. En Madrid le aguardaba una particular batalla por librar. Aunque, decidió con rapidez, él se situaría a su lado en primera línea, para servirle de escudo en caso de que lo necesitara.

Capítulo 34

Tenemos un secreto

Una vez a la semana se reunían en aquel café. Un lugar ecléctico y de estética colorista, lleno de detalles que ofrecían la intimidad de un familiar rincón: fotografías y retratos de rostros populares, estantes con libros, flores. Sobre la pared destacaba el papel pintado: pájaros rosas que volaban sobre un fondo verde agua cuajado de ramitas y que parecían querer escapar hacia el techo del local, un techo alto que resplandecía bajo la luz de los focos.

Allí se veía Dana con sus amigas, un grupo conformado por mujeres de edades similares y diferentes situaciones sentimentales: solteras, casadas y separadas. Algunas tenían hijos y otras no. Unas eran profesionalmente activas y otras, por diversas circunstancias, estaban fuera del mercado laboral. Eran una representación de la sociedad femenina de hoy en día. Necesidades distintas, criterios diversos, aunque siempre en común las ganas de verse y el respeto por las demás. Se admiraban y querían. Cuatro de ellas, entre las que se contaba Dana, se conocían desde el colegio, cuando estudiaban, por lo que podían presumir de casi treinta años de amistad. La última incorporación, no menos valiosa, había sido Pepa, a la que Dana incluyó en el grupo con notable éxito, pues aportaba un punto de alegría y una visión original que enriquecían las conversaciones. Todas trataban de concurrir a aquella cita semanal, aunque a veces, por motivos ajenos a su voluntad, alguna se viese obligada a faltar.

Las reuniones se desarrollaban de idéntica manera: se ponían al día sobre lo ocurrido la última semana y cada cual exponía su particular punto de vista sobre las novedades comentadas. Se debatían los problemas, se ayudaban

entre ellas, proponían planes y se daban consejos unas a otras. Sobre todo, hablaban y reían. Reían y hablaban sin apenas detenerse entre una cosa y otra.

Aquella tarde, no obstante, no estaba resultando como las demás. Dana se fijó en que, tras los enormes ventanales que ponían límite a la mesa, la vida pasaba; trazos de historias que se ofrecían ante sus ojos como viñetas de un cómic inacabado. Por lo general, aquellos detalles le pasaban desapercibidos porque acostumbraba a participar activamente de la tertulia, rara vez callaba su criterio o desperdiciaba la posibilidad de generar opinión. Ya sabemos que a Dana le gustaba hablar, y lo hacía en todas las circunstancias: hablaba cuando estaba alegre, cuando estaba triste y cuando se sentía nerviosa. Si se enfadaba, hablaba para quejarse o lanzar algún reproche; si tenía una inquietud, no dudaba en transmitirla. Dana era eminentemente expresiva y no solía dejarse nada dentro. Hablar era su deporte favorito y también le servía como terapia. Cualquier estado de ánimo la impulsaba a hablar sin límites, pero aquella situación era nueva para ella y Dana se sentía incapaz de reaccionar. No encontraba las palabras adecuadas para expresar todo lo que pasaba por su cabeza. Estaba sorprendida y asustada. Extrañada de sus propios sentimientos. En lugar de escuchar a sus compañeras, volvía una y otra vez a aquel abrazo silencioso. De forma recurrente, se trasladaba al momento en que Manuel la había estrechado entre sus brazos y ella, obedeciendo a un impulso, se había aferrado a su cuerpo impregnándose de su olor y del calor que su piel desprendía.

—¿Tú qué dices, Dana? ¿Debería o no debería? —La mirada de Pepa era exigente e interrogativa. Dana contempló su propio reflejo en el espejo que su amiga tenía tras de sí y comprobó que su expresión la delataba. Maldijo aquel rostro que la naturaleza le había dado y que era lo más parecido a un libro abierto que existía.

—Yo, en tu caso, no le haría ningún regalo. No lo merece —se adelantó Carmela salvando a Dana de ofrecer una respuesta de la que carecía. De lo

que no pudo zafarse fue de los ojos acusadores de Pepa, que, desde aquel instante, la observaron con persistencia.

Aroa se mostró satisfecha con la respuesta (probablemente porque era la que buscaba), y ahí quedó zanjado el asunto. La charla continuó por otros derroteros, y Dana se esforzó por que no se le notara demasiado aquella repentina propensión a abstraerse.

—Hoy estás muy callada —le hizo notar Feli dando al traste con sus esperanzas. No es que Feli resultara intuitiva en exceso: lo cierto es que Dana pensaba en la manera de esquivar los interrogatorios de Rafa y su insistencia en que concretara una entrevista. Le había prometido a Franco Noble tiempo y silencio; no podía delatarlo a traición. Aunque se jugara el puesto de trabajo, antepondría las necesidades del escritor a las suyas si resultaba preciso.

—Estoy cansada, eso es todo —mintió para no reconocer que tenía la cabeza en otro sitio. Luego se le ocurrió aprovechar su propia tribulación para dar motivo de cháchara a sus amigas y evitar que continuaran indagando en su estado de ánimo—. Estoy teniendo problemas en el trabajo. —Aquel anuncio provocó la reacción deseada: cuatro pares de ojos se volcaron en ella—. Siento un poco de... acoso —aventuró—. Nada sexual —aclaró antes de que la bola se hiciera demasiado grande—. ¿Qué haríais vosotras si os exigieran un contenido concreto para un programa que consideraseis vuestro?

—Es ese Rafa, ¿verdad? Es un auténtico coñazo —la apoyó Aroa, quien tenía una razón muy personal para guardar un mal concepto del director de programas. Una vez habían coincidido en uno de los eventos que ella organizaba para los medios, y sus puntos de vista sobre las preferencias del público difirieron tanto que la discusión se prolongó durante horas.

—Menos mal que soy mi propia jefa —comentó Feli con una sonrisa—. Cuando trabajaba en la constructora, pasaron por aquel despacho tres o cuatro tipos, a cuál más raro. Si no tuviera la librería, montaría una tienda de flores, o una bombonería. Cualquier negocio antes que volver a soportar los gritos de

un energúmeno. Rompían mi equilibrio, ¡con lo que me gusta a mí estar contenta!

—Por algo te llamas Felicidad —apuntó Pepa, y luego agregó, señalando a Dana—: Si es ese machango de Rafael, mándalo a mudar. —Su acento canario parecía acentuarse cada vez que recurría a una de sus expresiones autóctonas.

Carmela, que ejercía a tiempo completo como madre de tres criaturas, manifestó lo ingrato que resultaba ser la jefa cuando no se respetaban las normas.

—Entiendo también a tu jefe, porque te conozco y sé lo rebelde que puedes llegar a ser. Organizar una oficina, o cualquier empresa, es como organizar una familia —expuso llevando la conversación a su terreno—: Todos tienen que colaborar, porque, de otro modo, resulta imposible sacar algo en claro.

Carmela era la reina de las contradicciones, y sus aportaciones, por lo general, diferían de las del resto. Así que la polémica estaba servida. En tanto se discutía sobre la materia, Dana desvió la mirada hacia la espectacular lámpara de techo: era enorme y redondeada, y estaba fabricada con una mezcla de piezas de madera maciza y tubos de metacrilato transparente que trasladaban la sensación de hallarse bajo un tejido étnico que cobraba vida con las luces encendidas. Aquel ambiente multicultural y cosmopolita le pirraba y, aunque no se detuviese a contemplar cada detalle decorativo, era muy consciente de cuanto la rodeaba y de las buenas sensaciones que aquellos elementos producían en su ánimo.

Esas mismas sensaciones las había experimentado en el bar de Jaime. El estilo decorativo se hallaba muy lejos de parecerse al de la cafetería madrileña, pero allí se sentía acogida y feliz. Pensar en Jaime y en su bar la transportó de forma instantánea a Sevilla, y desde allí hasta Franco Noble. Franco Noble o Manuel, porque aún no había decidido con cuál se quedaba. Le había enviado unos cuantos mensajes en los últimos días, pero en ninguno concretaba una próxima cita, que Dana aguardaba, todo hay que decirlo, cada vez con mayor impaciencia. Tenía unas ganas horribles de volver a verlo, de

continuar ahondando en el misterio de sus ojos. Y al mismo tiempo sentía miedo. Porque no estaba segura de poder soportar aquel silencio en el que Manuel desarrollaba su existencia. Recordaba el momento después del abrazo, tras la despedida. El momento en que se había girado para gritarle: «¡Espero que esta vez no envíes a otro en tu lugar!». Lo dijo como una broma divertida, esperaba compartirla con él, que Manuel le regalara una réplica inteligente. Pero no contó con que él se alejaría sin más. Mientras lo contemplaba caminando sin mirar atrás, se sintió ridícula. ¡Era sordo!, y ella había pretendido que la escuchara.

Apartó también otro recuerdo: el del instante siguiente, tan bochornoso o más, en que una pareja pasó a su lado, mirándola con condescendencia, y se concentró en el último mensaje de Manuel.

«Tenemos un secreto...»

Necesitaba aferrarse a aquellas palabras, hacerlas suyas. Compartir cualquier cosa con Manuel resultaba un aliciente eficaz para esperararlo.

—Te estás saltando las normas, Dana —la acusó Aroa al descubrirla mirando la pantalla de su teléfono móvil.

—Fuera relojes y teléfonos desconectados —corearon sus amigas mientras ella comprobaba con el rabillo del ojo que la vibración se correspondía con un mensaje de Manuel que llevaba por título «¿Cenamos mañana?».

Dana se removió en el asiento, pero aquello solo sirvió para que el cojín estampado cayera hacia el suelo. Pepa la miró con extrañeza.

—Es asunto de vida o muerte, chicas.

Carmela estiró una mano, implacable.

—Cuando mis hijos se niegan a obedecerme, yo les requiso los aparatos electrónicos.

Dana la miró espantada.

—¡No pienso darte mi móvil, Carmela! —Notó que su voz se había convertido en un pitido desagradable, y carraspeó—. Lo necesito.

—Si no estás dentro de la tertulia, tendrás que marcharte.

Dana paseó la mirada por el grupo, buscando un apoyo, pero solo encontró bocas apretadas y miradas desafiantes.

—Las normas son las normas.

—Supongo que sí. —Dana se levantó y agarró su bolso—. Sin acritud y sin rencor, porque lo cierto es que lleváis razón.

Pepa la vio alejarse con una sonrisa en los labios. El tal Franco, o Manuel, o comoquiera que se llamase, definitivamente había puesto patas arriba la vida de su amiga. Y eso le encantaba.

—Y ahora, déjense de *golisnear* —advirtió al detectar entre sus amigas expresiones inquisidoras—. Volvamos sobre el asunto de las relaciones en el trabajo antes de que se nos enfríen los cafés.

Capítulo 35

Nuestra cena

Dana se dio cuenta de que estaba hablando sin parar y de que, mientras lo hacía, Manuel repartía la mirada entre su boca y sus ojos. Se detuvo a tomar aire. Era una mirada tan intensa que en ciertos momentos llegaba a cohibirla. El mejor modo de combatir el ardor que amenazaba con instalarse en sus mejillas parecía ser el uso indiscriminado de la palabra. Nunca había hablado tanto ni tan rápido. Notaba que, en ocasiones, a él le costaba seguirla. Además, cuando Manuel se concentraba en su plato o se levantaba para servirla, parecía quedarse fuera de la conversación. Era como si hubiesen creado una burbuja alrededor de la mesa: cualquier punto ajeno a aquel rincón de intimidad comportaba un alto riesgo de exclusión.

—Tienes un bonito apartamento —manifestó tratando de acomodar el ritmo y el tono a las necesidades de Manuel.

—Me ha costado recuperarlo —sonrió él, y el calor que la locutora acumulaba en el rostro se extendió a otras partes de su cuerpo—. He tenido que indemnizar a los inquilinos, pero al fin es mío de nuevo.

—¿Es que piensas quedarte mucho tiempo? —preguntó Dana, que luchaba para evitar que un brillo de esperanza anidara en sus pupilas y la pusiera en evidencia.

—Por mi trabajo, puedo vivir donde quiera. Solo necesito mi ordenador y un espacio para concentrarme —explicó sin aclarar si había planeado permanecer en Madrid una temporada—. De momento, estoy bien aquí —agregó al notar la expresión ansiosa de Dana—. Tengo unas heridas por cerrar,

y la certeza de que solo en Madrid podré hacerlo me va a tener entretenido por un tiempo.

Dana espiró hasta dos veces.

—Me alegro —dijo espontáneamente. Se llevó el tenedor a la boca, aunque hacía rato que el apetito brillaba por su ausencia.

—Así tendrás tiempo para convencerme de que acuda a tu programa —agregó Manuel tras unos segundos. Luego fijó sus ojos en los de Dana, y ella trató de abstraerse de su mirada azul. Pero fue en vano: Manuel era capaz de desarmarla con un solo movimiento de pestañas. Quizás por su sordera, había desarrollado una forma especial de observar a los demás. Bajo el escrutinio de Manuel, Dana se sentía despojada de cualquier argumento.

—Al margen de los motivos laborales, me interesas —se sorprendió admitiendo sin ambages.

Manuel no pudo ocultar su satisfacción y una sonrisa alargó sus comisuras.

—¿Te interesa Franco Noble o te interesa Manuel Estrada?

—Ambos me interesáis.

Manuel asintió.

—El escritor de éxito que rehúye a sus lectores y el profesor sordo incapacitado para ejercer su profesión. Dos fenómenos dignos de estudio —expuso al tiempo que enarcaba una ceja. Había amargura en el tono de su voz.

—Me interesa el hombre que hay tras cada uno de ellos, entre otras cosas, como ejemplo de superación.

El sevillano sacudió los hombros, esforzándose por aliviar la tensión que comenzaba a acumularse en ellos.

—Voy a quedarme con «entre otras cosas». Parece una puerta abierta a nuevas posibilidades —sugirió, coqueto.

Esta vez Dana no pudo contener el sonrojo. Aunque resolvió combatir la mirada descarada de Manuel con un contraataque:

—Cuando te relajas, usas una dicción perfectamente comprensible, Franco Noble.

—¿Tengo problemas de dicción?

—Creo que te inhibes, y que puedes expresarte mucho mejor de lo que lo haces. Pero has desarrollado cierto complejo.

—No es ningún secreto, Dana. Yo mismo te lo he reconocido: ser sordo genera inseguridad. Alimentas muchos miedos: a equivocarte, a crear confusión. Al rechazo, a la mofa.

—Hablas del miedo al rechazo como si fuera algo de tu propiedad. Pero todos lo hemos sentido alguna vez. Es cuestión de superarlo.

Manuel enarcó las cejas.

—¿Has probado a taparte los oídos? ¿A caminar por ahí con una limitación que te impide participar al mismo nivel que los demás? ¿Te has sentido sola alguna vez, incomprendida, alejada de los prototipos, aislada por una circunstancia que tú no has escogido? ¿Has pensado que tu mundo se derrumbaba, que todo aquello por lo que habías luchado durante años se iba al garete, que el castillo que tanto esfuerzo te había costado levantar caía destruido en mil pedazos? —Agitó la cabeza—. Yo creo que no. Tú eres una chica de éxito, Dana. Eres bonita, estás llena de vida, de energía. Todos te adoran. Todos quieren estar contigo.

—A ti también te adoran.

—Adoran lo que represento: el hombre de éxito que se ha hecho a sí mismo. Quieren a Franco, no a Manuel. ¿Crees que no lo sé? ¿Que no he salido ahí afuera e intentado encajar en un universo que ya no es para mí? —Hizo una pausa, que aprovechó para apurar su copa, y continuó—: Por eso no lo digo a la primera. Muchas personas se cohíben al saber que se encuentran frente a un sordo. De repente cambian de actitud, me tratan con condescendencia, como si me hubiera convertido en un animal abandonado o algo por el estilo.

Dana alargó la mano y sus dedos se posaron sobre los de Manuel. Las pupilas del escritor se convirtieron al momento en dos bloques de hielo. Esbozó una mueca triste.

—No busco la compasión de nadie.

Dana se apresuró a retirar la mano, pero esta vez fue Manuel quien provocó el contacto, agarrándosela. El escritor se mordió los labios y, cerrando los ojos, explicó:

—Me he vuelto demasiado agrio. Merezco estar solo. Pero es que tengo miedo de que vuelvan a hacerme daño.

—Yo no quiero herirte, Manuel —susurró Dana, pero enseguida reparó en que él continuaba con los ojos cerrados y entonces le apretó la mano para que volviera a abrirlos—. Soy incapaz de estar sola —confesó mirándolo con fijeza—. Tampoco soporto el silencio. Y a menudo tengo ganas de gritar cuando me siento presa en medio de la multitud.

—Estuve prácticamente cuatro meses sin abrir la boca después de salir del coma. Tras ese tiempo, apenas comencé a intercambiar unas cuantas palabras con Sara, mi novia. Las justas para tirarlo todo por tierra. Ya no me quedaba nada cuando regresé a Sevilla. Lo que menos tenía eran motivos para seguir viviendo. Volví a encerrarme en mi caparazón y lo único que calmaba mi espíritu atormentado era escribir. Pasaba horas encerrado, encadenando palabras. Escribía todo lo que no era capaz de decir. Después de un tiempo, mi tía me convenció para que visitara a un logopeda. Estaba perdiendo la costumbre, al punto de que casi tuve que volver a aprender a hablar.

—Tienes una historia alucinante, lo sabes, ¿verdad?

—Y tú estás ansiosa por contarla.

—Eso no es justo, Franco.

—¿Por qué has venido, entonces? —Manuel deseaba escuchar una respuesta que le devolviera la ilusión.

—Ya te lo he dicho, Manuel: me interesas.

—¿Te inspiro interés o afecto?

—Las dos cosas, supongo. Nunca había conocido a alguien como tú.

—Con una dificultad auditiva.

—Con tanto para dar y tan poco dispuesto a recibir. Tan reacio a sentir.

Manuel compuso una mueca sarcástica. Sentir era lo que lo había condenado a vivir en un permanente anhelo. Si no hubiera conocido una vida plena, no se habría visto abocado a echar esa vida de menos. Si hubiera nacido con aquella maldita sordera, jamás habría aborrecido aquel silencio que era, desde hacía más de ocho años, su condena. El deseo de sentir lo había animado a regresar a Madrid. A dar un paso hacia delante y enfrentar sus fantasmas. Sentir se había convertido en un verbo inexistente en el vocabulario de Manuel. Y, sin embargo, era el bastión en el que Franco Noble apoyaba su existencia; lo usaba para acaparar la admiración de aquellos que nunca lo habrían querido como su *alter ego*. Para someterlos, para obligarlos a amarle.

—Si te quedas un rato más —anunció con la voz enronquecida y sin dejar de aferrarse a la mano de Dana, que continuaba enlazada a la suya—, estoy dispuesto a contarte por qué soy tan reacio a sentir.

Capítulo 36

De la teoría a la práctica

Hacía frío en la terraza, pero el viento helador no conseguía bajar la temperatura de Dana. Manuel estaba demasiado cerca, y su cuerpo, demasiado caliente.

—Primera pregunta.

—Dispara.

—Nuestros encuentros en Sevilla, ¿eran fortuitos o provocados? ¿Por qué estabas en el mercado artesanal aquella mañana, me seguías?

—Son dos preguntas —objetó Manuel, pero tuvo que claudicar al ver que Dana ladeaba la cabeza—. Los hubo de las dos clases —reconoció.

—El tipo que vino a la cena, en el restaurante italiano.

—Era un actor.

—¿Contrataste a un actor solo con el objetivo de engañarme?

—Fue un favor personal, y ese no era el objetivo. Lo que pretendía era ganar tiempo. Me equivoqué. No soy perfecto, ¿sabes?

—Nadie lo es.

—Pero tengo mis defectos —insistió—. Cosas que hacen que muchos no se sientan cómodos a mi lado.

—Eso es porque te empeñas en sentirte diferente. No eres más que alguien mejorable. Como cualquier ser humano. Alguien dijo «quíete», ¿te suena? Deberías ir de la teoría a la práctica, comportarte como predicas en tu libro, y no convertirte en una estafa.

Manuel se quedó repentinamente serio. Su mirada vagó hacia un punto indefinido en el horizonte, y Dana experimentó un escalofrío al sentir que su

corazón se alejaba. ¿Adónde iría? Cuando Manuel entraba en aquel estado de melancolía, ella sentía que algo en su interior se rompía. Y le dolía hasta el alma.

—No somos tan distintos —aseveró obligándolo a devolver la vista a sus labios—. ¿Alguna vez olvidas tu sordera?

Manuel apretó los labios.

—Cuando corro. Correr es liberador, nos iguala a todos. Me siento uno más cada vez que recorro la ciudad machacando el asfalto con mis pies. Correr no requiere de palabras. Ayuda a socializar, pero desde la individualidad. Es una actividad que no exige compañía. Por eso me encanta.

—Pero no tienes por qué hacerlo solo.

—¿Te estás ofreciendo a acompañarme? —sugirió, y sus ojos se achinaron hasta que unas arruguillas asomaron a los extremos.

—Hace mucho que no practico deporte. Llevo una vida muy estresante, me resultaría difícil encontrar tiempo. Pero lo pensaré...

—Nadie lo diría, teniendo como tienes ese pedazo de cuerpo. —La recorrió de arriba abajo con la mirada.

—¡Franco Noble! —le riñó ella asestándole una palmada en el brazo—. Te estás volviendo un poco descarado.

—Yo solo digo que parece estar en forma.

—Tengo la impresión de que tratas de redimir tus pecados. Quieres darme buenas razones para que te perdone. Pero no lo lograrás apelando a mi ego.

—No eres de esas chicas que se ganan con un cumplido, ¿verdad?

—Uno, no. Dos o tres, tal vez —se burló—. Vas a necesitar unos cuantos si quieres que olvide lo que me hiciste pasar en tu tierra.

La boca de Manuel se curvó a medio camino entre una mueca de satisfacción y una sonrisa.

—Tú solo dime por dónde empezar.

Dana le contaba cómo era su día a día en la emisora, sintiendo que Manuel había puesto los ojos en sus labios. Pero no solo leía en ellos las palabras.

Los miraba de un modo distinto a como lo había estado haciendo antes, como si los viera por primera vez. Dana fue consciente de ello y vibraron todas las fibras de su ser.

—Lo que más me gusta de mi trabajo —respondió obligándose a mirar a lo lejos para admirar las vistas del apartamento de Manuel, que se abrían a la ciudad desde las alturas ofreciendo una panorámica luminosa de edificios, carteles y farolas nada desdeñable— es la posibilidad de hacer feliz a la gente. De mejorar su día a día. —Se volvió hacia Manuel y comprobó que él la escuchaba con atención. El silencio reinante se había aliado con ellos para que la comunicación resultase más fluida. En otro momento de su vida, Dana habría detestado aquella paz rodeándola; en cambio, desde que empatizara con Manuel y sus necesidades, parecía sentirse a gusto lejos del ruido.

—¿Y lo que menos?

—La presión. Tengo una relación de amor-odio con ella. Me pone las pilas, pero hay días en los que me haría falta un respiro.

—Te entiendo.

—Últimamente la llevo peor. Noto que algo está cambiando dentro de mí —confesó apoyándose en la barandilla—. Antes necesitaba ese desorden para sentirme viva: el jaleo, el ruido a mi alrededor... Renegaba del silencio. —Dana reparó en que Manuel apretaba la mandíbula y su expresión cambiaba a otra mucho más triste.

—En silencio tengo un doctorado —quiso bromear, aunque no había alegría en sus ojos—. Creo que he aprendido a valorarlo. Muchas buenas ideas, los grandes cambios... provienen de periodos de silencio, de reflexión. Lo que más me disgusta de mi actual situación es que he tenido que acostumbrarme a mi propia compañía. Y a veces detesto estar conmigo.

—A mí me caes bien. No me importaría pasar el tiempo contigo. —Se llevó una mano a la boca, espantada por su propio atrevimiento. Cuando estaba cerca de Manuel pensaba de un modo tan intenso que temía que aquellos pensamientos se hicieran visibles ante él. Esta vez los había

expresado de viva voz. Una sonrisa se adueñó de los labios del profesor y Dana se apresuró a desviar la atención. Se había adentrado en terreno peligroso y no estaba segura de querer traspasar aquella línea—. ¿Cómo te las apañas cuando te ves obligado a departir en grupo?

—Es complicado seguir una conversación grupal —admitió él—. Espero a que intervengan los demás y, en todo caso, pido que me repitan la parte que no he alcanzado a descifrar. E influye especialmente el entorno: dependiendo de la localización, percibo el habla cuando mi interlocutor utiliza un volumen lo bastante alto, o si se acerca a mi oído. Solo me llegan los sonidos intensos.

Dana reflexionó unos instantes sobre lo que acababa de decirle. Había entre ellos una enorme incompatibilidad: ella era superhabladora, él había optado por el silencio. ¿Era posible un entendimiento entre dos personas tan dispares? Se dio cuenta de que los ojos de Manuel la escrutaban y ensayó una sonrisa. Pero apenas consiguió un mohín irregular.

—Supongo que no todo son inconvenientes —continuó Manuel como si hubiera adivinado sus dudas en el fondo de su mirada—, porque pierdes oído, pero otros sentidos se acentúan: el olfato, el gusto..., el tacto. De hecho, sería un ejercicio recomendable para todo el mundo concentrarse de cuando en cuando en cada uno de ellos, y eso es lo que trato de fomentar con mi libro: deberíamos esforzarnos por percibir.

—Aprovechar los recursos que nos ofrece la naturaleza, como escribiste en él. Ese «sistema natural de comunicación basado en los sentidos».

—Me satisface comprobar que lo has leído. —Dana esbozó una sonrisilla—. En serio —continuó vehemente Manuel—: De todos mis lectores, y no lo digo por presunción, pero cuento con montones de ellos, la única opinión que me importa es la tuya.

—Me halagas, pero creo que estás exagerando —manifestó Dana, a quien comenzaba a cansarle mantener contacto visual con el escritor todo el tiempo. Aquellos ojos azules eran como aparatos de rayos X. No miraban, analizaban.

Más allá de observar, eran buscadores de emociones. Y la locutora debía hacer un esfuerzo cada vez mayor por ocultar las suyas.

—¡Pero es cierto! Y por un motivo de peso: cuando te adentraste en la lectura, eras una descreída. Objetabas la importancia de la voz, de ahí que valore tu opinión por encima de la del resto.

—¡Tal vez me haya dejado convencer demasiado rápido! —Dana compuso una expresión cómica—. O quién sabe si no te estaré engañando, haciéndote creer que lo has hecho para arrastrarte hasta el micrófono de mi programa.

Manuel permaneció pensativo unos instantes.

—Eso que dijiste antes —dijo retomando la palabra— sobre pasar de la teoría a la práctica. ¿Era una recomendación dirigida en exclusiva a mí, o podría extenderse a todo el mundo?

Dana intuía que se trataba de una pregunta trampa. Con todo, decidió seguirle el juego.

—Supongo que se podría generalizar.

—¿Y tú, te atreverías? A pasar de la teoría a la práctica —explicó al notar su expresión inquisidora—. A trabajar los sentidos. A enviar un mensaje sin palabras.

Dana agitó la cabeza en sentido afirmativo.

—Lo haría.

—¿Cuál de tus sentidos? —preguntó Manuel aclarándose la voz, que se le había quedado atravesada en la garganta.

—El tacto.

—¿Y a quién vas a dirigir tu mensaje?

—Al creador de la filosofía de comunicarse con las manos, por supuesto.

—¿Vas a mandarme un mensaje? —insistió Manuel debatiéndose entre la excitación y el miedo.

—De ese modo los dos pondremos en práctica tus enseñanzas, ¿no te parece? Siéntate ahí y cierra los ojos —ordenó Dana señalando una de las sillas de mimbre que decoraban el rincón de la terraza.

—Así no podré leer tus labios.

—De eso se trata.

Manuel obedeció, aunque notó su respiración entrecortada. Esperó, tratando de concentrarse en el vacío que notaba alrededor. Pero su corazón latía a una frecuencia poco habitual y le impedía relajarse.

Enseguida percibió el olor de Dana. Hacía tiempo que lo tenía registrado en sus fosas nasales, pero en aquel momento, mezclado con el frío nocturno de la noche madrileña, acabó por meterse mucho más adentro. Sintió una caricia, leve como el roce de una hoja, en el nacimiento del cabello. Luego los dedos de Dana se adentraron en su cuero cabelludo, dibujando círculos de forma pausada y enloquecedora. Era un masaje lleno de sensualidad y Manuel experimentó un placer inesperado, como si lo tocasen por primera vez. Aquella sensación se extendió con rapidez hasta su vientre. Y contuvo un gemido que luchaba por imponerse a su voluntad.

Dana se entretuvo en su pelo y subconscientemente pensó que siempre había tenido ganas de hacer aquello. Desde el momento en que sus cuerpos chocaron en el parque, había necesitado sentir su piel cerca de la suya. Con los ojos cerrados, y entregado a sus manos, Manuel tenía el aspecto de un amante subyugado. Resultaba demasiado atractivo, demasiado embriagador. Observándolo, viéndolo rendido a sus caricias, su cuerpo tembló de la cabeza a los pies y, de repente, la asaltó un pánico arrollador.

—Hace frío aquí fuera —anunció retirando la mano. Manuel abrió los ojos; bajo el azul de sus pupilas, ardía un fuego intenso—. Será mejor que vuelva a casa, se me ha hecho demasiado tarde.

Capítulo 37

La teoría de la piel

La teoría de la piel

Beso a beso, mirada a mirada, abrazo tras abrazo, hemos llegado al momento que esperábamos desde el comienzo. Hoy vamos a conocer una nueva teoría. Una hipótesis que encuentra su aplicación práctica en el día a día: LA TEORÍA DE LA PIEL.

Puedo afirmar categóricamente que **vivir piel con piel** es una necesidad de primera categoría.

Necesitamos el contacto físico para sobrevivir: para el crecimiento físico y mental, el bebé precisa el calor de sus seres queridos. En la vida adulta, el desarrollo del ser humano y su bienestar dependen también del contacto físico. Este nos asegura una estabilidad emocional, ya que implica recibir el cariño y la aceptación de quienes nos rodean.

Toca a otras personas. El contacto físico ayuda a establecer relaciones de mayor confianza.

Ocurre, no obstante, que algunos resultan vulnerables a las demostraciones de afecto: se sienten inseguros, incapaces de establecer y mantener esa clase de relación. Respeta el espacio de los demás, pero incítalos a aceptar que el cuerpo es una herramienta muy útil para fomentar la amistad y el amor. En ocasiones vivimos habituados a la falta de contacto, y esto hace que nuestro cuerpo se insensibilice poco a poco. El cuerpo pide, para sentirse vivo y despierto, cierta intensidad: que le procuremos sensaciones, que dejemos que los demás nos toquen y también que sintamos nuestra propia piel y podamos percibir a través de ella.

Siente tu piel. Ponla en contacto con el mundo.

¿Te has parado a pensar que la piel es el órgano más grande que tenemos en el cuerpo, que funciona como frontera con el exterior, y a la vez es un puente que nos comunica con él?

Conviene, por otra parte, aclarar que el grado de contacto físico se encuentra muy relacionado con el vínculo emocional que se tenga con la otra parte: no procesamos igual una caricia si estamos estimulados para recibirla que si la persona de la que proviene nos

provoca rechazo. Asimismo, las emociones afectan al funcionamiento del tacto: si estamos enfadados, cansados, sentiremos aversión ante una caricia; si nos sentimos atraídos por quien nos toca, la recibiremos con placer.

Hay en nuestra piel terminaciones nerviosas que reaccionan ante los estímulos, enviando señales al cerebro. Se trata de unos receptores sensoriales especializados: en frío y calor (termorreceptores), en presión o peso (mecanorreceptores), en dolor (nociceptores). Actúan como una especie de centinelas que, frente a una agresión o estímulo externo susceptible de alterar la integridad de la piel, liberan neuromediadores, capaces de poner al organismo en estado de alerta. Trasladan sensaciones, impresiones sobre las cosas; ayudan a generar emoción.

Un capítulo aparte merecería el aparato genital, responsable de la estimulación sexual por excelencia. No se sabe por qué los genitales funcionan de modo diferente al resto del cuerpo. Existen otras zonas eróticas: el cuello, los lóbulos de las orejas, las corvas, pero ninguna reacciona al tacto de un modo tan intenso como lo hacen los genitales.

Toques la parte que toques, **practica el piel con piel**. Rózate, explora, permite a tu cuerpo sucumbir a su necesidad de cariño. Pero ten en cuenta que este contacto requiere de unas normas muy específicas: uno no debe resultar invasivo ni transgredir los límites de la otra persona.

Dana cerró el libro en cuanto sintió los pasos de Alvarete por el corredor y se dio prisa por ocultarlo, colocándolo sobre sus rodillas, resguardadas bajo la mesa.

—Ha llegado esto para ti.

Como si le hubiesen prestado unas alas, su corazón decidió emprender vuelo dentro de la caja torácica. Aparte de sentirse pillada en falta, igual que una niña que en vez de hacer los deberes estuviera curioseando fotos de su grupo de música favorito, tenía un presentimiento sobre aquel envío. Una especie de pálpito que la conducía hasta la persona en la que no lograba dejar de pensar desde hacía unas cuantas horas.

—Dame —pidió en tanto alargaba la mano para hacerse con el paquete. Procuró que su voz sonara firme, aunque sentía que su cuerpo al completo se había convertido en un bloque de gelatina. Y al comprobar que Alvarete permanecía de brazos cruzados, mirándola como si esperara a que ella lo

abriese y satisfacer así su curiosidad, agregó con una mirada elocuente—: Gracias, Alvarete.

Reacio a marcharse, el chico retrocedió hasta la puerta y allí se dilató todavía unos segundos antes de decidirse a retomar lo que quiera que hubiese estado haciendo. Cualquier novedad en la emisora se agradecía, y más si era motivo de jarana. Pero Dana no era aficionada a protagonizar los chismes entre compañeros. Una vez se hubo asegurado de que el secretario se alejaba, se levantó y cerró la puerta. *Hablar con las manos* cayó al suelo, ocasionando un fuerte estrépito. La locutora lo rescató y comprobó que no hubiese sufrido daños. Se había convertido en un bien preciado para ella, por lo que representaba y porque su autor era alguien a quien había decidido considerar un amigo.

Debía de ser su día de suerte, porque Rafa arrastraba un fuerte catarro y no había aparecido por la emisora. De haber interceptado el envío, la estaría acosando con sus preguntas y no se habría marchado hasta asegurarse de que no se trataba de un paquete bomba o, muy al contrario, algún regalo susceptible de ser redirigido hacia su mesa.

Le temblaron los dedos mientras rasgaba el papel. Conocía, aun sin detenerse a buscar el remitente, el origen del envío. Podía sentirlo en su piel: aquel magnetismo que desprendía Franco Noble estaba impreso en la caja de cartón que ahora se sometía a la exigencia de sus manos. No había podido arrancarse el cúmulo de sensaciones que acarreaba desde la noche anterior. Tenía miedo. Miedo a sentir como había sentido, con aquella fuerza que la sobrepasaba. *Piel con piel...*, cuando sus dedos comenzaron a deslizarse por la frente de Manuel, por su pelo después, Dana sufrió una fuerte sacudida. Una especie de calambre que la atravesó de arriba abajo. La conciencia de que experimentaba por primera vez una emoción que la dejaba sin aliento. Cuanto más conocía el interior de Franco Noble, más atraída se sentía hacia él. Era una persona fascinante con una historia única. Su mirada acaparadora, ineludible, la poseía. Había desarrollado una capacidad especial para

penetrar en los demás a través de los ojos, y esto abrumaba a Dana y, al mismo tiempo, la cautivaba.

Frío y calor. No se le ocurría algo más sofisticado para describir lo que había sentido durante aquellos instantes cerca de Manuel. ¡Fue un contacto tan simple y tan erótico al mismo tiempo! Había tenido muy presentes las palabras de Franco Noble durante la cena: las descripciones, las recomendaciones de su libro. Y también las que le hizo después, en el tiempo que compartieron en la terraza. Quizás por eso, porque las había asimilado y hecho suyas, vivió con aquella extraña intensidad un mero roce. Apoyarse en esa creencia le dio valor para terminar de desembalar el paquete.

Encontró una flor. Una flor exótica y hermosa, de vívidos colores, que exhalaba un perfume embriagador. Y junto a ella, una tarjeta, en la que Franco había escrito:

Seguimos trabajando los sentidos. Hoy toca el olfato. ¿Te animas?

¡Por supuesto que se animaba! Enseguida se puso en situación: acercó el rostro a la caja ahora abierta, cerró los ojos y se concentró en aspirar la fragancia, abstrayéndose del ruido del exterior. Respiró hondo varias veces, y sus fosas nasales se impregnaron de un olor dulzón, delicioso y encantador. Su mente voló hasta Manuel. Sintió que un pedacito de él le llegaba, envuelto entre el peculiar aroma de su regalo.

—¿Qué te ha parecido mi ylang-ylang?

Como si la hubiese estado observando por un agujero, allí estaba él, enviándole un mensaje a su móvil en el momento oportuno.

—Una preciosidad. ¿Qué clase de flor es?

—La llaman «flor de flores».

—Desprende un perfume muy agradable. No la había visto nunca. ¿De dónde la has sacado?

—Ha sido un encargo muy especial. Una chica de primera categoría merece una selección de primera categoría, ¿no te parece?

Dana decidió que ruborizarse, a solas en medio de una habitación vacía, no debía abochornarla, y se sintió capaz de replicar:

—Es grande y vistosa, como tú.

Manuel insertó unos emoticonos con divertidos gestos.

—Me lo tomaré como un cumplido. Aunque yo no tenga las propiedades de la ylang-ylang, que relaja, calma la ansiedad, mejora el ánimo y estimula las sensaciones positivas.

—¡Entonces voy a olerla hasta dejarla seca!

Manuel pensó que le encantaría que hiciera eso con él, pero se abstuvo de comentarlo.

—Ayer te fuiste de un modo tan precipitado que no tuve ocasión de proponerte algo —escribió, en cambio.

—Las propuestas son mi especialidad —repuso Dana tratando de controlar el ritmo de sus latidos. La curiosidad competía con la expectativa de abrir una nueva puerta en su relación con Manuel.

—Ya sabes que fui claro desde el comienzo: no estoy interesado en darme a conocer y jamás he concedido una entrevista. Pero confío en ti —lanzó dispuesto a arriesgar en la puesta en marcha de una idea que amasaba desde hacía tiempo. Dos eran los motivos que lo impulsaban: el primero, la certeza de que el momento de promover un cambio en su forma de vida

había llegado; el segundo, la ilusión de que ese cambio tuviera algo que ver con Dana, la mujer que lo había obligado a replantearse unas cuantas cuestiones.

—Te lo agradezco.

—Quiero que seas tú quien me presente al mundo.

A Dana el corazón le dio un vuelco. ¿De verdad estaba dispuesto a regalarle la posibilidad? Rafael saltaría sobre una pierna, y para su carrera profesional supondría un hito. Desvelar la identidad del ídolo de masas Franco Noble era más de lo que habría podido soñar.

—Hay una condición —añadió, y la imagen de felicidad que Dana se había formado ante los ojos comenzó a desvanecerse—: Deberás pasar dos semanas conmigo.

A la locutora se le abrieron los ojos. ¿Estaba sacando Franco su lado más descarado? ¿Qué clase de proposición era aquella, que la involucraba de una manera tan personal? ¿Debía sentirse halagada u ofendida?

—Tendrás que vivir en mi mundo durante ese tiempo —continuó antes de que ella tuviese oportunidad de escoger la segunda opción—: En el mundo de los sordos. Sentir como nosotros, acercarte a nuestra problemática. De otro modo, no participaré en tu programa.

Capítulo 38

Tu mundo en mi mundo

Sordo:

1. *adj. Que padece una pérdida auditiva en mayor o menor grado.*
2. *adj. Callado, silencioso y sin ruido.*

Había otras acepciones en el diccionario de la lengua española, pero ninguna se correspondía con la realidad de Manuel Estrada. Ni siquiera la segunda se acercaba al auténtico carácter de Manuel, a su forma de entender la vida. Si al escritor podían atribuírsele tales calificativos era a consecuencia de la fatalidad, que lo había condenado, sin quererlo, a mantenerse dividido entre dos mundos: el de los oyentes y el de los sordos. Pero a Manuel le gustaba hablar, y era todo lo contrario a silencioso. Hasta cuando callaba, para escucharla o porque estuviera barruntando alguna idea, parecía que lo acompañase un murmullo. Como si pensase en voz alta, o como si su mente trabajase con tal intensidad que fuera capaz de traslucir cuanto en ella acontecía.

Dana pasó horas investigando, buscó datos sobre los sordos y supo que, según la Organización Mundial de la Salud, hay trescientos sesenta millones de personas en el mundo con pérdida de audición discapacitante, lo que equivale a un cinco por ciento de la población mundial. Leyó sus historias, se maravilló de la capacidad de muchos de ellos para superar las barreras. Se entristeció al conocer que afrontaban con demasiada frecuencia el aislamiento social, la depresión, la ansiedad. Pensó en los niños afectados, en los adolescentes, que, a aquel periodo difícil de sus existencias, debían sumarle

un obstáculo más. Todo esto la llevó a reflexionar sobre su suerte. Ser distinto complicaba las cosas. Si ya resultaba fatigoso desenvolverse en la vida contando con los cinco sentidos, prescindir de uno de ellos, y uno tan importante como lo era el oído, aumentaba la dificultad.

Pero todo aquello era teoría; comprender las inquietudes de los sordos, acercarse a su modo de manejarse, era cuestión de experiencia, y Dana era muy consciente de que no se adquiere un conocimiento hasta que no se ha puesto en práctica. Así que deseó que las horas volasen para que llegara la noche. Había quedado con Manuel para ver una película. Cine en versión original con subtítulos. No se trataba de una opción que hubiera escogido por sí misma, pero la atraían el reto y la compañía.

—Con los audífonos y la sala en silencio, no te digo yo que no pudiese seguir el audio. Pero quiero que te pongas en la piel de los sordos totales —le había aclarado Manuel—. Y piensa que algunos, los sordos que lo fueron sin haber llegado a adquirir el lenguaje oral (los llamados prelocutivos), ni siquiera han aprendido a estructurar como nosotros, por lo que la lectura de los subtítulos puede llegar a convertirse para ellos en una tortura.

Dana había leído que cuando los sordos no han alcanzado las competencias discursivas tienden a «comerse» los nexos, no poseen los recursos gramaticales y apenas saben conjugar los verbos, por lo que los tiempos resultan un galimatías para ellos.

Mientras esperaba que el momento llegara, y para espantar los nervios que de modo inexplicable se le habían pegado al estómago, Dana ensayaba diferentes situaciones a las que la comunidad sorda debe enfrentarse en su día a día. No poder escuchar la televisión ni asistir a un concierto. Mantener una conversación telefónica, a menos que se lleve a cabo mediante mensajes de texto, es también misión imposible. En sus crónicas, los sordos se lamentaban de la dificultad que entrañaban tareas tan sencillas como acudir a una consulta médica, someterse a una entrevista de trabajo o solicitar un crédito en el banco. Si querían desenvolverse solos, debían luchar contra montones de

obstáculos. Uno de ellos narraba una mala experiencia: había esperado en la sala de urgencias de un hospital durante más de seis horas, pues lo llamaron por megafonía a pesar de que había solicitado expresamente que vinieran a buscarlo en persona debido a sus especiales características. Resultaba cruel y frustrante, y Dana se convenció de que necesitaba ponerse en su pellejo. Sentir lo que ellos sentían. ¿Cómo sería un mundo en el que los sonidos no se percibieran, un espacio donde el ruido se asociara al movimiento y no al intercambio de voces o al eco de los objetos al chocar entre sí?

Había comprado unos tapones para los oídos en la farmacia, y recurrió a ellos para continuar con su trabajo de investigación. Eran tan compactos que al introducirlos en el canal auditivo el efecto aislante fue inmediato. Es preciso hacer un inciso para aclarar que Dana no usaba auriculares ni ningún otro aparato susceptible de «distanciarla» del ambiente que la rodeaba. Odiaba someterse a esa clase de retiro. Prefería sobre todas las cosas la comunicación, estar activa y conectada de modo permanente con el exterior. Tuvo, por tanto, que superar la aversión inicial que le produjo saberse encerrada entre dos trozos de cera natural.

A fin de entretenerse y alejar sus miedos, se sentó a escribirle un correo electrónico a Rafa. En los últimos días lo había estado evitando en la medida de lo posible, dándole largas, posponiendo el momento de explicarle que Franco Noble no experimentaba la necesidad de someterse al circo mediático que le esperaba en caso de ceder a la propuesta de la cadena. Que, por el contrario, ella le había prometido reservar su identidad mientras él no se sintiera predispuesto a acudir al programa como invitado. Rafa no habría querido entenderlo, así que procuró ahorrarle los detalles de su entrevista en el parque. Ahora, no obstante, Dana tenía algo que ofrecerle a su jefe más allá de la promesa de un quizás. Y esperaba que fuera suficiente.

—En un par de semanas lo podremos someter al polígrafo —bromeó—. Lo tengo en el bote, pero necesito ese tiempo para concretar los detalles. Te voy a

dar la mejor entrevista de la historia de la radio —prometió, sabedora de que aquel plazo no iba a ser del gusto del programador.

Luego cerró el portátil y se echó en el sofá. No le vendría mal descansar, prepararse para su cita. Pero su mente y aquella sensación de encontrarse en el interior de un botijo le impidieron conciliar el sueño. Tras media hora de pelea consigo misma resolvió acometer cualquier tarea en que gastar un poco más de energía. Pensar en un modelo para verse deslumbrante, por ejemplo. Algo práctico, que no sugiriese la necesidad de gustar, pero que a la vez resultase atractivo.

Caminó hasta el dormitorio sintiendo el eco producido por las vibraciones del sonido de sus pies al golpear el suelo. Todo su cuerpo experimentaba aquel cosquilleo, como si fuese capaz de escuchar de una forma mucho más intensa y novedosa. Abrió el armario y repasó los posibles conjuntos. Tenía un vestido rojo, que podría sugerir pasión. El traje azul inspiraba confianza. Descartó la pureza del blanco; le apetecía verse *sexy*, seductora. Tras mirar varias veces unos y otros, se decantó por un pantalón negro y una blusa en tonos rosas. El rosa era un color positivo: simbolizaba el cariño, la sensibilidad, lo sentimental. De alguna manera, se trataba del color del amor, de la buena energía, y Dana quería enviarle un mensaje de empatía a Manuel. Además, mezclado con el negro, adquiriría un toque elegante.

Satisfecha con su elección, regresó al salón. Faltaban dos horas y media todavía, pero había decidido comenzar con los preparativos desde aquel momento. Si le sobraba tiempo, ya lo emplearía taconeando por el centro comercial, saltando de tienda en tienda, fisgoneando las ofertas, observando el trasiego de consumidores; dándose, en definitiva, ese ineludible baño de gente que requería su espíritu. Candy estaba fuera y le habría gustado tener la posibilidad de mantener una charla con ella. Comenzaba a sentir la lengua seca de tan poco usarla.

Decidió posponer el baño unos minutos y llamar a Pepa. Desde la última reunión en la cafetería no habían tenido ocasión de hablar. Se arrancó los

taponés y suspiró al retomar el sonido ambiente de alrededor: el ruido del lavavajillas funcionando en la cocina, el tictac de los relojes de pared de Candy, los ladridos de los perros del vecino, dos dálmatas capaces de volver loco a cualquier aspirante a titulado universitario. Cada sonido cobraba una nueva dimensión, porque Dana acababa de tomar consciencia de lo afortunada que era por tener un par de oídos sanos, receptores de la vida que se desarrollaba en torno.

Buscó el teléfono móvil y comprobó que tenía, precisamente, tres llamadas perdidas de Pepa.

—¡Pensé que te habías muerto! —manifestó su amiga en un alarde de exageración—. Tres llamadas sin que me cojas el teléfono.

De haberle confesado que llevaba una hora con unos taponés metidos en los oídos, habría tenido que recurrir a alguna excusa inverosímil para explicarse. De modo que prefirió tirar por la calle de en medio.

—Perdona, Pepa. Estaba haciendo algo.

—Sería importante, cuando no has saltado al sentir el timbre del teléfono como sueles hacer. Voy a tener que pensar que ya no te apetece charlotear conmigo. Estabas rara el otro día, en la reunión.

—No me lo tengas en cuenta, Pepilla —manifestó, conciliadora—. Son cosas del trabajo.

—¿Los asuntos de trabajo la dejan a una con los ojos haciéndole chiribitas, mirando absorta las lámparas de la cafetería igual que si fuesen lunas llenas para aullar debajo?

—¡Pepa!

—Que yo entiendo de amores, mi niña.

Se quedaron unos segundos en silencio.

—Está aquí —reconoció por fin en un susurro, como si alguien pudiera oírlas. Cuando Pepa se empeñaba podía ser más incisiva que el CSI.

—¿En Madrid? ¿El famoso Franco Noble ha venido hasta aquí a buscarte?

—Ssssshhhh. A buscarme no. Tiene asuntos que resolver, eso es todo.

—Y entre los asuntos, está mi locutora favorita.

—¡Ay, Pepa! La cosa es más complicada de lo que crees. Pero, mira, ahora tengo un poquito de prisa. Se me ha venido la hora encima y debo arreglarme.

—¿Adónde vas un día laborable? ¡No me digas que piensas *novelear* por ahí! —exclamó la canaria usando aquella expresión tan de su tierra que hacía alusión a salir a la calle sin rumbo fijo.

—Al cine —confesó Dana a sabiendas de que Pepa no se conformaría con cualquier excusa.

—¡Agüita! ¿Y a quién te llevas? Porque sola, tú, no llegas ni a la esquina. Has quedado con el escritor, ¿verdad?

—Sí, Pepa. —Trató de emplear un tono que no admitiese más interrogatorios. Pero su amiga era implacable.

—Bueno, como vas apurada, voy a olvidarme de que me debes unas cuantas explicaciones. Pero en cuanto regreses, sea la hora que sea, ponme un mensajito y cuéntame cómo te ha ido, ¿eh?

Capítulo 39

Con subtítulos

No tenía nada planeado. Manuel pensó en ello mientras caminaba hacia el centro comercial, y también después, cuando descubrió que Dana lo esperaba en la puerta que daba acceso a las salas de cine. Estaba preciosa, se dijo. Intuyó que se había vestido con simple corrección, si bien la sensualidad era algo tan connatural a ella que hasta envuelta en una manta vieja habría resultado atractiva. Llevaba un pantalón negro y un abrigo de pelo en tonos marrones. Debajo asomaba una blusa rayada de color rosa. El cabello suelto le daba un aspecto informal, aun estando perfectamente cuidado. Manuel disfrutó por anticipado de la sensación de absorber el olor a limpio que siempre emanaba de ella. Estaba ansioso por sentarse junto a Dana, así que, tras el saludo de rigor, la apremió a entrar. Había sacado las entradas por internet y se las mostró, esbozando una sonrisa. Bajo las gafas, los ojos de Dana brillaron, coquetos.

—Veo que no piensas darme opción—expresó mirándolo de frente, porque el ruido alrededor era elevado. Manuel buscó sus labios al instante—. ¿Qué película has escogido?

—*Wonder*—repuso él—. La acaban de estrenar.

Dana se preguntó si se trataría de una casualidad o si la elección obedecía a la necesidad de ofrecerle otra parte de la lección en esa asignatura que entre ambos habían establecido y que podría llevar por título «Inmersión en el mundo de los sordos». El argumento trataba sobre un niño nacido con una deformidad facial que le había creado un enorme complejo, y cómo luchaba por integrarse y lograr que los demás viesen más allá de su físico. Al menos,

al ser en versión original, disfrutaría de la oportunidad de practicar el *listening* mientras seguía los subtítulos, y asociar ciertas expresiones a su contexto.

Era una sala pequeña y Dana tuvo la sensación de que los asientos estaban demasiado pegados. Le pareció que Manuel lo llenaba todo: no era su altura, o la anchura de sus hombros, que le confería una envergadura digna de un nadador olímpico. Era su presencia, que dominaba el espacio. Vio que se quitaba los audífonos y compuso una mueca interrogativa.

—Necesito concentrarme en las palabras. No quiero que nada me distraiga de mi objetivo —explicó—. Termino mareado cada vez que trato de combinar la versión original con las imágenes. Prefiero seguir la historia por una sola vía.

Había pocos espectadores en la sala. Normalmente, el público prefería ver las películas dobladas, evitar el esfuerzo de leer los subtítulos o escucharlas en lenguas distintas a la suya. Dana se revolvió en su asiento al sentir que los dedos de Manuel rozaban los suyos. Parecía tratarse de un contacto inocente, no premeditado, y esto le produjo cierto alivio. Aunque al girar la cabeza notó que él la observaba, y la fuerza de su mirada la dejó sin respiración.

Manuel comprendió que jugaba un juego tan arriesgado como excitante. La película daba comienzo y ambos se vieron obligados a devolver la vista a la pantalla. Todo aquel invento de que ella se sumergiera en su universo, que conociera de primera mano su modo de vida, no era más que una burda excusa para tenerla cerca. Igual que un mendigo que pidiese su limosna, Manuel había querido apurar un poco más de tiempo, con la esperanza de que en aquellas dos semanas Dana lo entendiera y aprendiera a quererlo. Ya no podía negárselo: aquella mujer se le había metido en las venas. Por ella se sentía capaz de enfrentar al mundo, de dar la cara y ofrecerse tal y como era. Dana no había apartado la mano cuando se rozaron y ahora podía sentir su calor con más fuerza que nunca. Los traicioneros dedos comenzaban a quedársele dormidos, pero ninguno de los dos se decidía a cambiar de postura. Antes de

alejarse de su piel, estaba dispuesto a cortarse la mano. El contacto resultaba demasiado maravilloso, demasiado excitante, y a Manuel le costaba concentrarse en lo que acontecía en la película.

Dana se obligó a seguir la trama. Las interpretaciones eran sublimes y el argumento sólido, emotivo, entretenido de principio a fin. Deseaba, no obstante, que el tiempo pasase rápido. Se debatía entre la necesidad de prolongar el momento y la de encontrarse de nuevo cara a cara con Manuel, para mirarlo a los ojos por enésima vez. Las imágenes se sucedían mientras su mente regresaba a su rostro. Sentía su respiración muy próxima; podía olerlo, escuchar los latidos de su corazón. Era una sensación abrumadora y desconcertante. Todas aquellas emociones se superponían a las voces de los actores, que conseguía aislar con solo pensar en la cercanía del escritor.

Al verlo llegar el corazón se le había puesto del revés. La barba de tres días le oscurecía el rostro, otorgándole seriedad y profundidad. Lo llenaba de elegancia un abrigo oscuro de tres cuartos. A Manuel le gustaba jugar con su pelo, cambiar su apariencia. A veces forzaba un flequillo, otras lo peinaba hacia atrás; marcaba la raya a uno u otro lado, lo lucía alborotado o sometido a la gomina. De todas las formas a Dana le resultaba llamativo. La masculinidad y la fuerza de carácter que se adivinaban tras sus ojos hacían que su habitual locuacidad tiritase. Se esforzaba por mantenerle la mirada, pero resultaba un trabajo excesivo, y las terminaciones nerviosas de su piel vibraban bajo su constante escrutinio.

Fueron casi dos horas de tortura. La cinta era conmovedora de una forma irritante. Al finalizar, Dana se sentía atribulada por el cúmulo de emociones que la aturdían. Una amalgama de sentimientos que confundían realidad y ficción.

—Supongo que el mensaje con el que me quedo es que las dificultades se pueden superar —expuso Manuel, no sin intención. Caminaban bajo una luna menguante, hacía rasca, pelete, que hubiera dicho Pepa, y Dana apretó el

abrigo contra su cuerpo. Había pasado del agudo calor en las venas a aquel viento de hielo, y no terminaba de acostumbrarse.

—Ha estado entretenida —admitió—, y resulta educativa. Deberían ponerla en todos los colegios e institutos.

—¿Habías visto antes películas en versión original?

—Cuando estudiaba vi algunas, pero hace mucho que no me tomo la molestia —reconoció.

—Para mí significa mucho que hayas compartido conmigo este momento.

Dana no pudo evitar el sonrojo que se apoderó de sus mejillas. Se habían detenido junto a la parada de taxis. Esperaba que él hiciera otra propuesta, pero Manuel no parecía predispuesto a prolongar la noche. Y su orgullo le impedía plantear una alternativa a la separación.

—Al final, de eso se trata, ¿no? De ponerme en tu pellejo —manifestó sin evitar cierta aspereza—. Ahora toca un siguiente plan. Tengo curiosidad por saber qué tienes en mente para mañana.

—Mañana tengo un compromiso y me va a resultar imposible. —Dana procuró ocultar su decepción tras una sonrisa.

—No te preocupes. Tú diseñas el calendario. Dos semanas. Ni un día más, ni un día menos. A cambio de que nos regales tu paso por la emisora.

A Manuel aquella exposición tan pragmática de los hechos lo pilló por sorpresa, y repuso, con fastidio:

—No te molestaré más tiempo del necesario. Ya sé que eres una chica ocupada.

Un silencio más helado que el aire que los envolvía se interpuso entre ambos. Dana se abrazó a sí misma, como si con ello pudiese alejar el frío que la atenazaba.

—Debo marcharme. Mañana madrugo —anunció al fin—. Ya me dirás cuándo es nuestra próxima cita. Se dio la vuelta, dispuesta a tomar un taxi, pero Manuel la obligó a girarse agarrándole una mano.

—Sé que ha sido una propuesta extravagante, y te agradezco que hayas

aceptado. Tu opinión me importa mucho —declaró, y sus ojos se convirtieron en dos lagos que invitaban a sumergirse en ellos.

Mientras miraba por la ventana del vehículo, de camino a casa, Dana aún sentía la mano fuerte y cálida de Manuel alrededor de la suya. El taxista hizo dos intentos por entablar conversación, pero las respuestas de Dana, educadas aunque escuetas, lo persuadieron de que le convenía subir el volumen de la radio y entregarse al disfrute de la música.

Capítulo 40

La música eres tú

Antes de que pudiera plantearse por qué Manuel la hacía experimentar sentimientos tan extremos, por qué con él era capaz de pasar del amor al odio en unos pocos segundos, él le envió un mensaje.

—Me gustaría seguir trabajando los sentidos contigo. Hoy toca el oído. ¿Te recojo a las ocho y cuarto? Espero que estés disponible para lo que tengo previsto.

—A las ocho y cuarto me parece bien —respondió recuperando enseguida el buen humor.

Si se detenía a reflexionar sobre la abrupta despedida de Manuel después del cine, debía reconocer que no había nada reprobable en su conducta. Era ella quien se había creado ciertas expectativas tras claudicar ante el propio entusiasmo del escritor. En realidad no tenía motivos para pensar en una intención amorosa por su parte, más allá de la relación laboral que pretendían establecer. Aquella flor enviada con tanto mimo a la emisora no fue más que otra pieza del juego que ambos habían convenido en jugar. Si algo podía esperar de Manuel era, en todo caso, su amistad, que reportaría grandes beneficios a ambos. Porque Dana ya había pasado, en lo que a Manuel se refería, de la admiración al cariño. Había visto ciertos detalles en él y empezaba a considerarlo como una de esas personas que, una vez que otorgan su confianza, la mantienen para siempre. Alguien en quien es posible apoyarse,

leal y honesto. Una persona rica en experiencias, capaz de aportar mucho a cualquiera que profundizara bajo la capa protectora en la que se envolvía.

En estas reflexiones se entretuvo un rato y, si bien lograron aplacar su ánimo, de por sí turbio, no causaron el mismo efecto en su corazón. Pues Dana sabía en el fondo, sentía en lo más recóndito de su espíritu, que cuando Manuel y ella se miraban a los ojos se decían mucho más de lo que podían comunicar las palabras.

Sintió un deseo inesperado de hablar con él. Necesitaba plantearle sus inquietudes, pero ¿cómo hacerlo? ¿Desde qué perspectiva? ¿Tenía derecho a complicarle la vida un poco más?

«Lo llamaría. Pero creo que se maneja mejor con la mensajería», pensó.

Por fin apartó de su cabeza aquella idea descabellada y decidió esperar el momento. Porque sabía que llegaría el día en que tuvieran que enfrentar lo que sentían, poner el corazón sobre la mesa y atenerse a las consecuencias, fueran cuales fuesen.

Manuel acudió puntual a la cita a bordo de un turismo. Dana no pudo evitar preguntarse si un sordo podía conducir. Él advirtió su expresión de extrañeza y le explicó:

—Me obligan a llevar los audífonos, dos retrovisores exteriores y uno interior panorámico, más grande que el normal, para aumentar el campo visual. Pero sí, pude renovar mi carné sin muchos problemas.

El viaje resultó extraño, habida cuenta de que Manuel tenía la vista fija en el tráfico, el ruido externo se colaba en el interior del vehículo y conversar era tiempo perdido. Dana experimentó una sensación de rareza que la desmoralizó. Decidió que contemplar el perfil de Manuel no era una ocupación precisamente discreta (aunque sí interesante), y dirigió los ojos al cristal que tenía al lado. Este le devolvió una imagen distorsionada de sí misma: era una Dana que se debatía entre la alegría de estar junto a un hombre que despertaba en ella nuevas emociones y la tristeza de no poder ignorar esa barrera que los separaba de forma continua. A veces sentía como si le

estuviesen clavando una aguja en el alma: por un lado, notaba que necesitaba abrirse a él, seguir conociéndolo; por otro, la idea la asustaba. Aquel silencio desalentador no contribuía a inclinarla a favor de la primera opción.

Como si adivinase la pelea que mantenía consigo misma, Manuel sugirió encender la radio.

—Como preludeo a la sorpresa que te tengo preparada —manifestó con una sonrisa que hizo que a Dana se le calentaran hasta los huesos.

De los altavoces escaparon acordes de melodías tranquilas, y Dana dedujo que debían de dirigirse hacia un local con música en directo, tal vez un concierto. Pronto se despejaron sus dudas, una vez que Manuel estacionó y caminaron desde el paseo de Recoletos hasta la plaza de Colón, para desembocar frente al teatro Fernán Gómez. Lo habían hecho aprisa, cogidos de la mano. Al bajar del vehículo, Manuel le tendió la suya y Dana la agarró igual que si fuese el timón de un barco a la deriva. No se detuvo a pensar si aquel gesto podía significar algo. Los dedos le quemaban entre los del escritor en tanto avanzaban sorteando a la gente. Caían las primeras gotas de una lluvia tardía, apenas una fina capa de agua que a Manuel se le pegó al cabello, con vocación de rizárselo. Algunos transeúntes abrieron paraguas de colores y los dibujos bailaron ante los ojos de la locutora, que los observó fascinada, igual que si se tratase de elementos del decorado de un espectáculo callejero, improvisado y precioso.

Al llegar al borde de las escaleras que daban acceso al local, Manuel se detuvo y Dana chocó contra su cuerpo. Sus manos se soltaron y él miró su reloj de pulsera antes de preguntar:

—¿Lista para potenciar tu oído?

Dana sacudió la cabeza. Lo estaba.

—Las normas son estas: nada de hablar, nada de comentar. Solo escuchar. ¿Te sientes capaz? —insistió alzándole la barbilla con un dedo para obligarla a mirarlo a los ojos.

—¡Por supuesto que sí! —replicó ella casi ofendida. No terminaba de

habituarse a ese modo intenso de estudiarla de Manuel, y el rubor se extendió al punto por su rostro. El azoramiento la impulsó a bajar los ojos, pero mientras Manuel la sujetara de aquella manera resultaba imposible.

—Sentir la música, dejar que cada nota penetre aquí —expuso golpeándole cerca del corazón. A Dana se le cortó la respiración, y no había tenido oportunidad de recuperar el aliento cuando se vio arrastrada de nuevo, esta vez hasta el interior del teatro, que ya estaba lleno de personas que conformaban un público ansioso por disfrutar de la diversión.

Manuel había sacado entrada en la primera fila y, una vez que ocuparon sus asientos, Dana tomó el programa y comprobó que se trataba de góspel. No estaba segura de que fuera a gustarle, pero se esforzó por que él no notara su decepción. Después de todo, cualquiera que hubiera sido la elección del escritor, ella no se consideraba una melómana. Escuchar no era su mayor virtud. Como desde un principio sabemos, Dana era aficionada a hablar, y todo lo que la obligara a detener su lengua le causaba repulsa. La música, vista como una forma de recreo silencioso y solitario, y no como un medio de socialización, tenía una connotación negativa en el universo de Dana.

Festival «Los grandes del Góspel». Un cuarto de siglo en España, más de veinte años en cartelera, según pudo leer en el tríptico, avalaban la apuesta de Manuel. Dana recordó las recomendaciones de Franco Noble sobre «ser todo oídos»: «Cuando uno está en buena disposición para escuchar, sobran los oídos, porque esos oídos están en todas partes». Y se entregó a la música como no lo había hecho antes, aislándose de cualquier sensación que no fuesen las voces de los cantantes o los sonidos de los instrumentos que los acompañaban: el piano, la guitarra, la batería, el bajo.

En un momento dado dejó caer los párpados y experimentó una explosión de sentimientos descomunal. Se sintió transportada al interior de las iglesias afroamericanas y su cuerpo entero vibró y bailó al compás de los acordes. Los solistas estaban a la altura de Whitney Houston, y Dana creyó que se desgarraba por dentro durante la última actuación. Fue un momento sublime,

que interrumpieron los aplausos de un público enfebrecido. Se puso en pie también, para unirse a la algarabía de la celebración. Pero al volver la vista hacia su compañero comprobó que su expresión era de desagrado, y lo siguió cuando decidió abandonar el teatro antes que los demás.

—Me pitaban los audífonos —le explicó Manuel una vez fuera. Había dejado de llover y el olor de la tierra mojada le llegaba en pequeños vahos—. Es lo que ocurre cuando el ruido es excesivo y llevo demasiado tiempo con ellos puestos. Pero he disfrutado del concierto —aclaró antes de que Dana pudiese concluir que aquellos espectáculos no eran la mejor opción para un sordo.

—Antes del accidente fui un gran amante de la música, y ahora sigo deleitándome con ella, aunque de otra forma. En especial, en estos lugares donde se consigue aislar la melodía de cualquier otro sonido. No al aire libre o en ambientes ruidosos. E incluso cuando me veo obligado a ir a una discoteca o sitios por el estilo, si no distingo la música al menos me llegan las vibraciones. Puedo bailar, si eso es lo que te estás preguntando. Aunque jamás he sido el rey de la pista, siempre he preferido acodarme en la barra y contemplar cómo se mueven los demás.

—Yo soy muy bailona. —Se le escapó una risilla—. Pero no sufras, que no te arrastraré por la pista.

Manuel pensó que quizás no fuese una tortura dejarse llevar y traer al compás de las caderas de Dana.

—Te invitaría a cenar, pero me siento algo aturdido. Si te parece bien, escogeré un rinconcito en algún restaurante donde tengamos suficiente intimidad para seguir con el programa el próximo día. Toca el gusto.

Dana parpadeó; por un instante había relacionado la propuesta más con el placer que con el sabor. Se asustó al descubrir que su mente tomaba atajos perversos a la hora de decodificar los mensajes de Manuel.

—Lo dejo en tus manos.

Capítulo 41

Asociarse es abrazarse

Dos días después, Manuel pensaba todavía en la expresión de Dana mientras escuchaba la música: con los ojos cerrados y aquella sonrisa angelical en el rostro, le pareció la viva estampa del embeleso. Se sentía satisfecho del trabajo que estaba realizando con ella: como si fuese el profesor y ella su alumna y la guiara por el camino de los sentidos. Una experiencia de la que ambos aprendían y que los forzaba a una convivencia que le agradaba tanto como le preocupaba. Se estaba encariñando con ella, hasta el punto de sobrepasar los límites de lo aconsejable. Se engañaría si asegurase que no iba a echarla de menos el día que el fino hilo que los unía terminara por romperse. Aquella historia de Franco Noble no dejaba de ser un pretexto, y si no conseguía dar un paso hacia delante y asumir, antes de que todo acabase, que Dana le gustaba, saldría herido de muerte.

Dana había resultado una alumna aventajada, dispuesta a darle una lección cuando menos lo esperaba. Por la mañana recibió un mensaje y recordó que la locutora era de las pocas personas que aún lograban sorprenderlo:

—¿Se contempla la posibilidad de que la alumna plantee una propuesta como parte del programa de aprendizaje «pasar de la teoría a la práctica en el mundo de los sentidos, por Manuel Estrada»?

A Manuel le satisfizo la pregunta, a la vez que despertó su curiosidad.

—Solo si me adelantas lo que tienes en mente —aventuró.

—*Las normas dicen que eso no es válido.*

—*¿Qué normas?*

—*¡Las del código de las sorpresas!*

Manuel tuvo que desistir. En el fondo agradecía aquella iniciativa, porque lo obligaba a posponer la cena que le había prometido. Deseaba sentarse con ella en un restaurante y disfrutar de una buena comida a la luz de las velas, como cualquier persona. Solo que él no era «como cualquiera», y temía el momento de mantener una conversación en medio de un ambiente ruidoso, con sus problemas de audición. Aquello no haría sino poner en evidencia su discapacidad y agrandar la barrera que los separaba. Tal vez Dana se asustaría, querría huir lejos. Ya lo había intentado con otras chicas: primero con Sara, cuando todavía luchaban por recuperar algo de lo que habían compartido, y también con algunas otras después, en Madrid y, sobre todo, en Sevilla. Una vez quedó con alguien a quien había conocido virtualmente. Aunque le había adelantado que padecía «cierta sordera» a causa de un accidente, la chica no logró hacerse una idea concreta de lo que iba a enfrentar, y él tuvo que soportar su expresión de horror durante más de dos horas. Fue una situación ridícula y grotesca, que no deseaba repetir por nada del mundo. Aunque Dana lo conocía más a fondo y no dudaba de su sensibilidad y delicadeza, le causaba inquietud ponerla en una situación que la obligara a disimular su aversión o su desencanto.

Así que era un respiro dejarse llevar por ella y someterse a lo que fuera que se le hubiera ocurrido.

—Si llego a saber que se trataba de esto jamás habría aceptado tu propuesta.

Dana enarcó una ceja.

—Hay un capítulo que estoy echando de menos en tu libro —expuso cruzándose de brazos. Manuel pensó que enfadada se veía aún más guapa, y una sonrisa rebelde acudió a sus labios—. Hablas mucho de quererse uno

mismo, de valorarse, de aceptarse y de vivir piel con piel. Pero ¿qué hay de integrarse, de participar, de apoyarse en personas con idénticas inquietudes y problemas?

—Soy un ser solitario, Dana. Y odio estos lugares que parecen sectas — afirmó echando la vista alrededor. Estaban rodeados de un montón de gente que hablaba en lengua de signos, usando sus manos, adaptándolas a lo que querían transmitir. No se sentía uno de ellos. Dana lo había metido en la boca del lobo y experimentaba una especie de ataque de pánico—. Si hubiera querido pertenecer a una asociación lo habría hecho hace mucho tiempo.

—Pues yo creo que eres un cobarde. Y que te sientes cómodo en el papel de pobre desgraciado. No quieres asumir que solo eres uno más entre montones de seres imperfectos. Muchos comparten tu dificultad, ¿sabes? Eres sordo. Debes aceptarlo y seguir adelante. Adaptarte, no volver atrás. No pretendas seguir dándole la espalda a tu realidad, Franco Noble. Cuanto antes lo asumas, antes podrás permitirte vivir.

Había hablado tan rápido que a Manuel le costó seguir el movimiento de sus labios. La miró a los ojos, y en ellos leyó que estaba decepcionada.

—Algunas personas gastan más tiempo y energía en pensar en sus problemas que en tratar de resolverlos —continuó Dana, que hablaba ahora lenta y claramente, para asegurarse de que Manuel no perdía detalle.

—Tienes muchas teorías, señorita locutora de éxito. Pero no son aplicables en mi mundo.

Pensó en añadir algo más, pero observó que el presidente de la asociación se aproximaba para darles la bienvenida.

—Si no lo haces por ti, hazlo por mí —le pidió Dana mientras le agarraba la mano. En aquel instante el cuerpo de Manuel sufrió un calambrazo, igual que si le hubiese poseído una fuerza superior. Acababa de perder el control sobre su voluntad, y comprendió que cualquier intento de escapar sería en vano. Se hallaba sometido a los ruegos de Dana, al calor de su piel contra la

suya. Los dedos de ella alrededor de los suyos eran una prisión a la vez que una puerta de salida a la libertad que tanto anhelaba.

—Bienvenidos a nuestro humilde hogar —saludó el hombre al tiempo que les tendía la mano y forzaba esa característica sonrisa de los sordos, la que acostumbran a mostrar en todas las situaciones. Vocalizaba casi perfectamente, aunque se notaba que debía esforzarse para que su pronunciación no evidenciase carencia alguna. Venía acompañado de un intérprete, y el resto de la charla habló usando la lengua de signos—. Estamos felices de que hayáis pensado en nuestro colectivo para darnos voz en la radio. Dar a conocer nuestras necesidades es el primer paso para reivindicarnos.

A Manuel le costó ocultar su sorpresa: Dana había planteado aquella visita como una propuesta de colaboración, no como la incorporación de un nuevo miembro a la entidad. Tuvo ganas de abrazarla. El hombre siguió hablando, ajeno al hecho de que se encontraba ante alguien que compartía sus problemas de audición, y Manuel respiró aliviado y comenzó a disfrutar de lo que contaba. Atrás quedaba la presión que había sentido momentos antes, al creer que Dana lo estaba vendiendo sin tener en cuenta su opinión. Decidió escuchar sin pretensiones y adoptar el papel de empleado de la radio, que lo alejaba de un protagonismo indeseado.

—El objetivo de cualquiera de estos centros es darle fuerza al colectivo —expuso David Roque, que era el nombre de quien dirigía la asociación—, atender a los intereses de las personas sordas y sus familias. —Manuel procuró no detenerse en sus manos más tiempo del preciso; no le apetecía que lo identificara como uno de sus posibles fichajes. Odiaba lo que aquello significaba y por eso siempre lo había rehuido. No le gustaban las etiquetas, ni se identificaba con la causa ni con la lucha. Le parecía absurdo establecer una relación forzosa con personas con las que solo tenía en común una disminución sensorial. Cada quien debía afrontarlo a su manera, con sus propios recursos. Aunque, por sus explicaciones, David parecía no entenderlo así:

—Por necesidad hemos creado una cultura propia. Hay millones de personas sordas en el mundo, nuestra primera lengua no puede ser la lengua hablada, por lo que hemos desarrollado otras alternativas para la comunicación. Aparte de la lengua de signos, nos apoyamos mucho en el lenguaje visual. Entre nosotros contamos con unos valores concretos y unas costumbres peculiares. Tenemos una identidad. Conformamos una minoría lingüística, pero no por eso nos sentimos enfermos. El sordo más bien podría asimilarse, en cuanto a sus limitaciones, a un extranjero.

Durante la visita, David expuso las ventajas de agruparse ante Dana y un escéptico Manuel. Habló de las redes sociales, de cómo habían favorecido la integración del colectivo, dándoles visibilidad e igualándolos a los oyentes.

—Nos han regalado la posibilidad de hablar sin intermediarios, eso fomenta la autonomía del sordo y le da privacidad. Además, ahora tenemos acceso a palabras nuevas, que antes desconocíamos. El lenguaje escrito nos abre una ventana alternativa.

También les dio unas recomendaciones para dirigirse a los sordos:

—Debéis aseguraros de que os estemos mirando, y hablarnos de frente. Procurad que vuestro rostro esté iluminado, no llevar gafas de sol ni meteros nada en los labios (cigarrillos, chicles, bolígrafos...). Eso facilitará la comprensión del mensaje, aunque habrá fonemas que, con todo, se pierdan en la lectura labial.

Dana se interesó por el programa de ayuda a los hipoacúsicos postlocutivos.

—Son un grupo con unas características específicas, y por eso requieren una atención especial. Afrontar la pérdida de audición en la edad adulta puede resultar traumático. Yo nací sordo, no he tenido que adaptarme al silencio. En cambio, a estas personas se les plantea un reto importante, porque han conocido otra forma de vida y eso les genera mucha frustración. —Mientras explicaba esto, David miraba directamente a Manuel, y él sintió que podía llegar hasta el fondo de su alma—. Aquí tratamos de orientarlos, les

informamos. Les brindamos herramientas para desenvolverse en su nueva situación, pero, sobre todo, los apoyamos y acogemos dándoles nuestro cariño. No estamos solos —afirmó con intención—. Este es el mensaje que queremos hacerles llegar.

Antes de despedirse, y después de responder a unas cuantas preguntas de la locutora e invitarlos a adentrarse en las instalaciones y conocer sus actividades, David les ofreció:

—Tenemos un curso de lengua de signos, si alguna vez os animáis. Así podréis interactuar con personas sordas signantes. Porque, como imagino que ya sabéis, no todos los sordos conocen la lengua de signos española.

—Supongo que buscarás una forma de hacerlos participar en tu programa. De otra forma, se sentirán terriblemente decepcionados —manifestó Manuel al salir.

—Una promesa es una promesa —se limitó a contestar Dana dirigiéndole una expresión significativa.

Manuel asintió: él estaba dispuesto a cumplir la suya. Dana estaba poniendo empeño, y él buscaría la manera de enfrentar su entrevista en la radio y asumir, de este modo, su parte del trato. Luego caminaron en silencio, cada uno rumiando sobre lo que acababan de compartir en las instalaciones de la asociación.

Capítulo 42

Como un ratoncillo

—Se trata de un almuerzo. No es la cena que había planeado, pero me gustaría que me acompañaras, y así no perdemos un día de clase —planteó en tono jocos—. Un amigo me ha invitado a su casa. Quiere que conozca a su familia y he pensado que podrías venir conmigo, y de ese modo ver cómo me desenvuelvo en este tipo de actos. ¿Qué me dices?

Quería decirle que sí. Cualquier plan que la obligara a compartir el espacio y el tiempo con Manuel le apetecía. Pero antes necesitaba concretar ciertos detalles.

—¿Me invitas como continuación de nuestro plan de inmersión en el mundo de los sordos, o porque tienes miedo de salir de tu concha y afrontar en soledad una reunión de amigos?

Manuel escogió unos cuantos emoticonos que expresaban asombro.

—Nunca dejarás de sorprenderme. ¿Seguro que trabajas como locutora? Tienes mañas de detective. Pues bien... Supongo que hay más de un motivo —reconoció.

A continuación le resumió en pocas palabras cuál había sido su relación con Bernardo, cómo lo había apartado de su vida tras el accidente y el cariño que su amigo le profesaba.

—Has logrado despertar mi curiosidad. ¡Me muero por conocer a un amigo tan incondicional! ¿A qué hora quedamos?

Bernardo vivía en una casita adosada en Chamartín. Los recibió en la puerta, junto a una chica menuda, rubia y pecosa que sonreía de forma permanente y un perro de raza cocker, de pelaje negro y brillante, que enseguida se les enredó entre las piernas y que a Dana le hizo recordar a Cuca.

—No me ha ido mal —expuso el abogado tras las presentaciones, como respuesta a un comentario de Manuel sobre las posibilidades de adquirir una vivienda de esas características en el barrio madrileño—. Hay quien dice que soy un picapleitos de primera categoría. —Lo señaló con la barbilla mientras rodeaba con un brazo a Bea, su mujer—. Pero pasad, por favor.

El interior de la casa era todavía más acogedor que su fachada. La decoración navideña se había hecho dueña de los rincones, envolviendo el ambiente en una calidez familiar. Dos niños pequeños, de aspecto teutónico y de unos cuatro y seis años respectivamente, jugaban sobre la alfombra del salón. Resultaba obvio que habían heredado la genética de su madre, pues los dos lucían cabelleras en distintas tonalidades de rubio, si bien el más pequeño guardaba un enorme parecido físico con Bernardo.

—Ellos son el orgullo de su papá: Hugo y el joven Lucas.

Pronto comprendió Dana que los Linares Gallego formaban una familia feliz. La ternura que la pareja se profesaba se hacía extensible a sus hijos. La sonrisa era el arma más utilizada por Bea, quien se mostraba dispuesta a agradar y procuraba no robarle protagonismo a su marido, mucho más locuaz y bromista. Mantenían un equilibrio perfecto. A distancia se notaba que se querían y respetaban, y la locutora no pudo evitar experimentar cierta nostalgia. Reunidos en torno a la chimenea, repasando batallitas de la época en la que Bernardo y Manuel se conocieron, parecían dos parejas de enamorados disfrutando de una comida navideña.

—Manuel fue siempre el galán del grupo —relató su amigo en un momento dado—. Con su altura y ese porte de tipo atractivo que no es consciente de sus encantos que se gasta el *mamonazo*, se las llevaba de calle.

Manuel frunció el ceño.

—Eso lo he oído. Y es una mentira como un piano —lo contradijo—. ¿Le contamos a Bea quién era el rey de la labia y cómo te las ingeniabas para engañarlas a todas con esa carita de bueno que pones cuando te interesa?

Bernardo compuso una mueca de horror y luego se llevó un dedo a los labios:

—Ssssshhh, ¿de verdad te atreves con unos cuantos secretos?

Comenzaron entre los dos un intercambio de señas, y a Dana se le abrió la boca.

—¿Manejas la lengua de signos? —preguntó apuntando hacia Bernardo.

—Cuando supimos que Manuel se había quedado sordo, decidí que aprenderla me ayudaría a comunicarme con él. Pero este hijo de puta optó por borrarse del mapa. —En aquel instante Manuel respondía a una demanda de Bea, y toda su atención estaba dirigida a los labios de ella.

—Le está costando mucho reintegrarse a la vida, ¿verdad? —aprovechó para susurrar la locutora, deseosa de recabar información de primera mano de alguien que había conocido al profesor sociable, antes de que se transformara en el escritor huraño que era ahora.

—Ponte en su pellejo —sugirió Bernardo bajando el tono, lo que obviamente le suponía un gran esfuerzo, dedujo Dana tras haber sido partícipe del torrente de energía con el que expresaba cada opinión.

—Lo intento.

Y era cierto, aunque por mucho que lo hiciera jamás conseguiría sentir aquel vacío que Manuel le había descrito alguna vez. La impotencia, esa sensación de pérdida irremediable que lo había llevado a aislarse de cuanto conocía.

—Por suerte ha sabido reconducirse: ¡mira que escribir ese jodido libro!

¿Quién lo diría? Conquistar España por la palabra. Al final, no se trata de algo muy distinto de lo que hacía en la universidad. Si lo hubieras visto... —recordó, melancólico—. ¡Era un puto *crack*!

—Como escritor también es genial.

—¿Has leído su libro?

—Lo estoy acabando. Me encanta; además, debo hacerlo. Necesito toda la información que pueda recabar.

Bernardo arrugó los ojos.

—Ese programa que tienes... no he tenido oportunidad de escucharlo, pero Bea es muy fan, ¿sabes? Dice que eres buena.

—Trato de hacerlo lo mejor que puedo. Se lo debo a mis oyentes.

—¿Es cierto que piensas llevar a Manuel?

—Esa es la idea —declaró. En aquel momento notó que Manuel la observaba y no pudo reprimir una sonrisa.

—No me gustaría que sufriera más. No sería justo —expuso Bernardo, quien había captado el intercambio de miradas entre su amigo y la locutora.

Había una doble intención en el planteamiento del abogado, y en el mismo sentido decidió responderle Dana:

—En estas últimas semanas he aprendido a conocerlo y respetarlo, y créeme: jamás le haría daño.

—Es que es un cabronazo muy especial. Y, desde el accidente, se ha vuelto vulnerable y asustadizo como un ratoncillo.

—¿Cómo era antes de aquello? —se interesó Dana—. ¿A qué cosas tuvo que renunciar? ¿Por qué se rompió su relación amorosa con aquella chica?

Bernardo sacudió la cabeza.

—Todas esas preguntas ¿me las hace la periodista o la amiga?

En aquel momento sonó el timbre y todos se miraron. El ruido ambiente impedía a Manuel distinguir el sonido con claridad, pero cuando el oído no alcanzaba a hacer el trabajo, el escritor se apoyaba en el movimiento para sacar sus propias conclusiones.

—¿Esperamos a alguien más? —se dirigió Bea a su marido mientras se levantaba. Los niños corrieron y se arremolinaron en torno a ella. Bernardo sacudió la cabeza enérgicamente.

—No.

Dana aprovechó la confusión para sentarse en el hueco que Bea acababa de dejar.

—¿Cómo te sientes?

Manuel clavó sus ojos azules en los de ella y una calidez inusitada la invadió.

—Me siento bien, gracias a ti. —Volvió a sonreír.

Bea regresó al salón, con expresión de alarma. La seguía una mujer alta, de cabello rojo y rebelde y aspecto de artista. Tenía grandes ojos verdes y Dana pensó que, de no ostentar aquel gesto de contrariedad que la hacía parecer enfadada, podría considerarse atractiva.

—Hola a todos. Lamento interrumpir vuestra fiestecilla —se disculpó, aunque la expresión triunfante de su rostro contradecía sus palabras. Repartió una fría mirada entre la concurrencia y, al reparar en Dana junto a Manuel, arrugó la nariz—. Soy Sara —anunció elevando el mentón, y a Dana le pareció que había en su pose mañas de ser superior. Experimentó de inmediato una sensación de repulsa.

La pelirroja se dirigió a Manuel:

—Bernardo me dijo que estarías aquí y tenía ganas de saludarte. Me gustaría que hablásemos.

Capítulo 43

Si te miro a los ojos

La voz del corazón

¿Cuántas veces te has parado a escuchar la voz de tu corazón? A menudo hablamos por hablar, de forma indiscriminada comentamos, gritamos, debido a esa necesidad de monopolizar la conversación e imponer nuestro criterio, que tan frecuentemente nos posee. No obstante, cuando llega el momento de apostar por el silencio y abrirse a la oportunidad de atender a los estímulos de alrededor, no nos sentimos predispuestos.

El corazón es un órgano especial. Está en el centro de todo, y sufre y se alegra más que ningún otro por nuestros fracasos y triunfos. Debido a su posición privilegiada, resulta, precisamente, que es también el primero en conocer nuestras emociones. Desde esa cajita en el pecho que es su casa, el corazón asiste a cada movimiento que se produce en el resto del cuerpo. Vibra, salta, se contrae, se dilata, se dispara y hasta da vuelcos. Y calla... En su interior guarda los más valiosos secretos, esos que nunca confesaríamos a nadie, ni siquiera a nosotros mismos. Pero lo hace a cuenta de su propia salud. Porque hasta el armario más grande tiene una capacidad limitada para almacenar esqueletos.

¿Crees que el corazón no tiene voz? ¿Que no le gustaría contarte lo que se reserva? ¿Que no agradecería aliviar su carga, compartiéndola contigo?

Si estás convencido de ello, debe de ser porque no te has parado a escucharlo, porque no le has ofrecido la posibilidad de expresar lo que siente.

Escucha a tu corazón. Dale voz y le estarás dando alas. Él te llevará a descubrir quién eres en verdad, lo que necesitas y lo que te hace feliz.

—Perdóname, amigo. Estoy tan sorprendido como tú.

Manuel sintió en su pecho la irritación que lo poseía. Apenas podía respirar. Sara pretendía hablar. ¡Después de ocho años, por Dios! Ella se había marchado y a él le había dolido hasta decir basta. Lo dejó solo, perdido y sin rumbo. Alguna vez llegó a culparse por ello, pero después de conocer a

Dana comprendió que la actitud de Sara había sido egoísta. De haberle dado su apoyo, de haber tratado de empatizar con él y con su nueva situación, todo le habría resultado mucho más fácil. Tal vez no hubiera llegado a sentirse un incapaz, un hombre a medias.

—Esta mañana pasó por el despacho. Le llevo algunos temas legales — prosiguió Bernardo—. Le comenté que estabas en la ciudad, y me dijo que había unas cuestiones pendientes que necesitaba tratar contigo. Le dije que vendrías a casa a comer, y que te lo plantearía. Pero en ningún momento la invité a nuestra reunión. ¡No te hubiera hecho esa putada, joder!

—Por un momento he pensado que me habías tendido una emboscada, y he tenido ganas de romperte la nariz.

—¡Coño, Manuel! Te creo capaz. Todavía recuerdo el puñetazo que le asestaste a aquel niño la noche de la bodega. Le temblaban las piernas.

—Se lo había ganado a pulso.

—Soy un *bocachancla*, no un traidor. Pero quédate un rato más y hablemos, por favor. No quiero que te marches así.

Manuel negó con la cabeza.

—Estoy muy cabreado, Bernardo.

Le daba rabia. Que Sara hubiese vuelto pretendiendo poner su mundo patas arriba, después de tanto tiempo. Que hubiese estropeado un momento distendido y feliz entre amigos. Que hubiese provocado que Dana se despidiera de forma abrupta. No tenían que hablar de nada, todo lo que compartieron había desaparecido hacía años, y él no debió permitir que Dana se marchara. Tras aquella fachada segura y condescendiente, pudo adivinar la decepción que la invadía. Sin embargo, no se le ocurrió detenerla, estaba aturdido: el pasado acababa de golpearlo en la cara impidiéndole reaccionar. Habían pasado ocho malditos años.

—Búscala —le sugirió su amigo.

—No tenemos más que hablar. Como ya le he dicho, lo nuestro terminó hace mucho y estamos en paz.

—No a Sara —lo sorprendió Bernardo—. A tu locutora. Esa chica que te ha devuelto las ganas de reír. Ve a por ella. —Manuel lo miraba de hito en hito—. Te brillan los ojos cuando la miras.

De regreso a casa en un taxi, los celos la corroían. Era un sentimiento nuevo para ella: jamás había experimentado aquel coraje, las ganas de agarrarse a las greñas de cierta pelirroja malhumorada que la había contemplado igual que si fuese una lata en medio del camino. Un objeto inservible y molesto que pudiera derribar de una patada.

La aparición de la tal Sara disipó toda la magia. Dana comprendió enseguida que si alguien sobraba allí, esa era ella. No necesitaba una excusa: no era su estilo buscar pretextos para hacer lo que debía hacer. Se levantó y se despidió de todos.

—Creo que tenéis que arreglar vuestras cosas. Estamos en contacto, Manuel —manifestó como si hablara de una fría transacción comercial, y caminó hacia la puerta escoltada por Bea. El escritor permaneció de pie junto a la chimenea, absorto en sus pensamientos y con la expresión de alguien a quien acabara de aparecérselo un fantasma.

Antes de salir, Dana había echado un último vistazo al interior de la casa. Sara estaba en su línea de visión y sonreía cínicamente. Ahora, el recuerdo de aquella última mirada victoriosa hizo que se sintiera aún peor. Ni siquiera la caricia tibia del sol sobre su rostro logró levantarle el ánimo. Solo eran las cinco y media. Le habría encantado quedarse en casa de Bernardo hasta mucho más tarde, entre aquellas personas tan amables, rescatando detalles de la vida de Manuel Estrada, el hombre que la tenía cada vez más fascinada. En cambio, sus expectativas se habían visto segadas por una arpía que había irrumpido en la reunión de modo abrupto e inesperado. Y ahora iba de vuelta a casa, con la frustración como compañera de viaje y un montón de sensaciones contradictorias enroscadas en torno a su pecho.

Ardía por dentro. Necesitaba desahogo, de modo que cambió el destino y pidió al conductor que la llevara hacia Malasaña, donde Pepa tenía su casa.

Una hora más tarde, recibió un mensaje de Manuel:

—*¿Podemos vernos? Me gustaría explicarte lo que ha ocurrido.*

—*No estás obligado. No forma parte de nuestro trato —escribió, todavía resentida.*

—*No se trata de eso, Dana. Y lo sabes.*

La alusión a la posibilidad de compartir algo íntimo y personal que atañía solo a ambos la sacudió por dentro.

—*Como quieras. Estoy saliendo ahora de casa de una amiga. Pensaba regresar a la mía.*

—*No te entretendré mucho. Voy a buscarte. Dime dónde estás.*

Parecía abatido cuando llegó, un rato más tarde. Habían quedado en una cafetería, después de que Dana se asegurase de que el nivel de ruido era lo bastante aceptable. Dana había tenido tiempo de reflexionar y finalmente concluyó que no tenía derecho a enfadarse. Por eso, cuando Manuel la saludó, le devolvió la sonrisa. Esperó a que se sentara frente a ella, en la mesa del rincón que había escogido para preservar su intimidad, y a que colgara su abrigo en el respaldo de la silla. Luego se ajustó las gafas al puente de la nariz para verlo mejor.

—Te hablaría de Sara, pero es agua pasada y no creo que valga la pena — soltó Manuel y, sin apenas respirar, continuó—: Te pido perdón por haberte dejado ir. Ha sido a causa del *shock*, ninguno esperábamos interrupciones y no hemos sabido reaccionar a tiempo. Pero ahora estoy aquí, y quiero proponerte algo. —Dana adelantó la barbilla invitándolo a continuar—: Ensayemos otro de los sentidos. ¿Por qué no la vista?

Dana se encogió de hombros.

—La vista, ¿eh? Recuerdo ese capítulo de tu libro: «Mantener el contacto

visual es importante».

—¡Qué buena alumna habrías sido! —exclamó Manuel con melancolía.

—Lo soy. Te considero mi profesor en el campo de las emociones, en el de los sentidos. Estoy aprendiendo mucho.

—¿Seguimos, entonces, con nuestra lección?

Dana sacudió la cabeza en señal afirmativa.

—Estoy lista. Dime en qué consiste el juego.

—Anular cualquier otra percepción y mirarnos a los ojos, hasta que uno de los dos se rinda.

—¿Sin pestañear, como los niños?

—Sin apartar la vista, simplemente. Buscar en los ojos del otro lo que el corazón esconde. Identificar el auténtico yo de cada uno.

—«Sin complejos ni temores» —parafraseó Dana.

—Sin complejos ni temores.

—«No esquivaré tu mirada si tú buscas la mía» —recitaron al unísono y rieron.

—¿No te parece un juego peligroso? —inquirió la locutora, que empezaba a sentir que una especie de calambre le agitaba el cuerpo.

—¿Tienes algo que ocultar, Dana León?

—Tendrás que averiguarlo —lo retó.

—Entonces, a la de tres.

—A la de tres.

Manuel tenía determinación en los ojos y no resultaba difícil sentirse intimidada bajo su intenso escrutinio. Pero Dana no era una persona que se achicara ante un desafío. Le sostuvo la mirada, buscando en el fondo de sus pupilas al Manuel hombre, ese que, más allá de sus circunstancias, manifestaba un claro deseo de beberse la vida. Lo comparó con Franco Noble. Recordó aquella batería de preguntas que un día escribiera en su libreta. Ahora tenía respuesta para todas ellas: estaba al corriente de quién era, a qué se dedicaba, de su origen y del motivo por el que había considerado inevitable

ocultarse tras un seudónimo. Conocía sus necesidades y sus miedos, y los compartía; sabía que la actitud positiva que manifestaba Franco en su libro era un rasgo de carácter, y no una impostura, y que ese rasgo luchaba por imponerse a una actitud derrotista mantenida durante más de ocho años, que el autor empezaba a sepultar gracias a la aceptación y a una nueva ilusión por participar en la rueda de la vida. Un brillo había anidado en los ojos de Manuel, y Dana comprendió, después de todo aquel tiempo, que ese brillo era solo un reflejo de su propia ilusión. La ilusión de amar...

Enredada en sus reflexiones, perdió un instante la pista del juego. Habían pasado unos minutos, tiempo de examinarse y entregarse las llaves de los respectivos corazones. El de ella temblaba; la expresión atormentada en el rostro de él sugería la batalla que libraba en su interior. Fue el escritor el primero en apartar la mirada, pero lo hizo para arrastrarla hasta los labios de la locutora. Allí se detuvo unos segundos. Sonrió provocativamente y el corazón de Dana terminó por dispararse, como ocurría siempre que lo tenía cerca. Un escalofrío la recorrió de parte a parte. Estaba perdida, rendida a los caprichos de su cuerpo.

Obedeciendo a un súbito impulso, Manuel se incorporó y, con los brazos apoyados sobre la mesa, adelantó el tronco hasta aproximar su rostro al de Dana. Se detuvo a unos pocos centímetros y devolvió la vista a los ojos de ella. No había un atisbo de duda en aquellos lagos azules que demandaban una respuesta. Cuando consiguió la que deseaba, arriesgó un beso.

Capítulo 44

La química del beso

¿Habéis asistido alguna vez a un **concierto de corazones**? Son esos espectáculos donde los instrumentos son, precisamente, estos órganos, y la música la compone un latido unísono, el de las almas, deseosas de gritar a la humanidad lo que sienten.

—¿Tienes hambre? —preguntó Manuel una vez que sus bocas se separaron. Era un planteamiento absurdo, pero así se sentía: un poco absurdo, un poco desbaratado. Había probado literalmente la miel en los labios y eso le había dejado con ganas de más. Ahora notaba un hueco en la boca del estómago y necesitaba llenarlo con algo..., ¿un poco más de Dana, quizás? No estaba seguro de que ella estuviese de acuerdo, no podía deducirlo de la expresión de su rostro, que era una mezcla de miedo y complacencia.

—Mucha —se sorprendió respondiendo Dana. Tampoco ella era capaz de decidir si esa sensación de haberse derretido como un hielo era consecuencia de un beso largo en medio de una cafetería o del café que aún le quemaba la garganta. Con todo, su respuesta iba más allá de la comida y, si Manuel no era capaz de adivinarlo, tendría que empezar a dudar seriamente de su perspicacia.

—Conozco un sitio agradable.

—Vamos —asintió Dana con un cosquilleo acariciándole cada rincón del cuerpo.

Caminaron durante la siguiente hora sin hablar y cogidos de la mano. Ella aún podía sentir la atracción que sobre sus labios habían ejercido los labios de Manuel. Temía que, al despegarlos, el hechizo que los envolvía

desapareciera, y por eso escogió no decir una palabra. Tampoco se permitió mirarlo, aunque era dolorosamente consciente de su proximidad y del aire grave y circunspecto con el que Manuel se movía junto a ella. ¿En qué estaría pensando? ¿Se estaría planteando si era correcto lo que hacían? ¿Se preguntaría, como ella, en qué se estaba convirtiendo lo que comenzó como una tarea asociada al trabajo y había devenido en un juego y, últimamente, en algo mucho más cercano a una relación personal de lo que ambos se sentían dispuestos a admitir?

«Cierra los ojos y bésame. Bésame mucho.»

¡Qué gran verdad eso que Franco Noble había escrito en su libro acerca de los labios! Los había catalogado como «una de las partes del cuerpo con más neuronas sensoriales». Esas neuronas trabajaban ahora en favor de Manuel, impulsando a Dana a desearlo de un modo irracional y salvaje. Aquel silencio, que antaño se le antojara un vacío profundo y desolador, ejercía de estímulo a sus anhelos. La ausencia de ruido le permitía escuchar el sonido de su propio cuerpo: su respiración agitada, el latido de su corazón desbocado, el calor que le recorría las venas, la transcripción de sus pensamientos, dirigidos en su totalidad hacia el hombre que caminaba a su lado. También le pareció sentir dentro de ella la voz grave y dulce de Manuel pidiéndole que lo amase, que le entregara su alma sin reservas.

Idénticas emociones dominaban el ánimo de Manuel. De vez en cuando, el profesor lanzaba una mirada furtiva a Dana. Necesitaba cerciorarse de que ella permanecía allí, junto a él. No le bastaba con notar el calor de su mano en la suya. ¿Podía estar aquello sucediendo realmente? ¿Que aquella chica fascinante, llena de encanto, que lo había conquistado desde el primer momento (ahora era consciente de ello), no tuviese miedo de involucrarse con un sordo, que no huyese, que mostrase interés en conocerlo y en estar con él? Le parecía estar viviendo un sueño. «En algún momento despertaré», se decía, «y la magia se habrá evaporado». De modo inconsciente, apretaba los dedos

de Dana cada vez con más fuerza. Como un seguro de permanencia, hasta de vida. Y, no obstante sus temores, en poco tiempo alcanzaron la puerta del restaurante. Juntos.

Era temprano para cenar y Manuel no tenía mucho apetito, pero se propuso disfrutar de la oportunidad. Todo apuntaba a que, de esa manera improvisada, aquella cena largamente pospuesta se desarrollaría con naturalidad. Pero Manuel no logró evitar que los nervios se le pegaran a las tripas. Aquel beso lo había cambiado todo: se acababa de quitar la máscara para ofrecer a la locutora una declaración de intenciones en toda regla. La excusa del amigo, esa que tanto sirve a los cobardes, había sido puesta en entredicho. Ahora Manuel temía dar un paso en falso que forzase a Dana a inventar un pretexto que la apartase de él.

El lugar estaba siempre concurrido, aunque al ser temprano aún quedaban mesas libres, y Manuel y Dana ocuparon una de las que se encontraban al fondo del local, en un rincón que aparentaba encontrarse más aislado del ruido. Él comprobó, como solía hacer, que en la mesa contigua había una persona sola. Eso facilitaba las cosas, excepto cuando esas personas esperaban a alguien más o decidían establecer conversación con sus teléfonos móviles. Eran detalles que no se podían prever. En este caso, se trataba de una mujer. Estaba de espaldas, pero el escritor pudo ver que le servían un plato. Se regocijó pensando que ese detalle auguraba una cena en soledad, y la soledad constituía una primera garantía de silencio.

No había demasiada distancia entre las mesas. Los decoradores habían colocado, para facilitar la intimidad de los comensales, grandes macetones entre ellas. Con todo, no resultaba complicado seguir la conversación de los vecinos. No habría sido intención ni de Manuel ni de Dana entretenerse en tan tediosa tarea, teniendo como tenían los cinco sentidos puestos en el otro.

No podría haberse dicho lo mismo respecto de quienes los rodeaban. Un par de oídos curiosos se pusieron en alerta después de que la pareja pasase por delante de su mesa. Telma agradeció a la providencia que su rival en las

ondas no se percatara de su presencia. Saltaba a la vista lo entretenida que estaba con aquel tipazo de ojos claros y complexión de deportista. Qué predecible le pareció en aquel momento el gusto de la locutora. Qué poco original y qué lamentable.

—¿Vienes mucho aquí? —preguntó Dana fascinada todavía por la elegancia y la calidez del lugar.

Había procurado hablar alto, pues notaba que Manuel hacía grandes esfuerzos por escucharla. A pesar de que el rincón favorecía la intimidad, el nivel de ruido era elevado.

—Era mi restaurante favorito, cuando vivía en Madrid.

—¡Es un sitio precioso! —exclamó Dana con entusiasmo—. No me importaría que también fuera el mío. —Nada más decirlo se llevó una mano a la boca. Nuestro restaurante favorito, nuestra canción favorita... ¿Acababa de exponer alegremente una posibilidad de mantener un nexo común con Manuel, sin haberle consultado con carácter previo? Notó que se ruborizaba y que el calor, que la había abandonado desde que Manuel liberara su mano al entrar en el local, regresaba a sus venas. Levantó los ojos y vio que los de Manuel se habían posado sobre sus labios, mientras sonreía.

—Sería un honor compartir restaurante favorito contigo. —En realidad, compartir cualquier cosa contigo, le hubiera gustado añadir. Pero las palabras se quedaron atascadas en su garganta.

Acababan de servirles la comida, y Dana aprovechó aquel paréntesis para recuperar el aliento y retomar la normalidad de la conversación. Durante los siguientes minutos, improvisó una serie de preguntas sobre la vida del escritor. Al más puro estilo periodístico, ahondó en sus sentimientos y sus necesidades. En algunos momentos notaba que Manuel tenía los ojos puestos en su plato y no la oía, y esto la hacía sentir algo ridícula. Entonces formulaba por segunda vez la misma cuestión, o decidía obviarla para recrearse en la contemplación de los rasgos del rostro moreno y atractivo de él.

—¿Cómo prefieres que te llame, Franco o Manuel?

La mujer solitaria de la mesa contigua aguzó el oído. No había sido su mejor día: las cosas no estaban saliendo como esperaba, Montse seguía negándose a escuchar una palabra, hacía días que le faltaba una de sus brillantes ideas y la audiencia comenzaba a notar su apatía. Necesitaba algo nuevo, algo poderoso e implacable. De ese modo podría demostrarle su valía y obligarla a arrepentirse de haberla despreciado. Intuyó que la respuesta estaba allí, en la mesa vecina. La mención del nombre de Franco la puso en alerta y ya rumiaba su peculiar venganza.

Con disimulo, dejó caer la servilleta al suelo y al recogerla giró el cuerpo, para dar un repaso concienzudo a la pareja. Él era un moreno interesante, podría decirse que alto, la anchura de sus hombros, destacable, aunque su aspecto parecía frágil a pesar de todo. Como uno de esos perros enormes y nobles, dispuestos en todo caso a lamer la mano que les da de comer. Ella estaba de espaldas, pero su voz inconfundible le llegaba igual que una tanda de azotes. Tal era el rencor que había desarrollado por Dana León en los últimos tiempos. La odiaba; no era culpa de ella, sino de lo que representaba. Pero así de cruel es la vida. Y ahora estaba a un paso de dar con su punto flaco y no pensaba desaprovechar la oportunidad. No había más que observarlos para darse cuenta: era repugnante ver cómo se comían con los ojos.

—Me voy a quedar con Manuel Estrada. —A Telma se le abrieron los ojos. Aquel tipo se expresaba de un modo extraño. Permaneció al acecho, como una serpiente antes del ataque, temerosa de que cualquier movimiento le impidiera seguir escuchando aquella interesante revelación—. Creo que es lo justo. Franco Noble fue la consecuencia de un miedo injustificado al cambio.

—Yo creo que deberías mantener ambas personalidades. Me gusta el Manuel profesor, el hombre dispuesto a superar las barreras. Pero también me encanta el Franco escritor, ese gurú de la felicidad y del contacto de la piel que tantas pasiones despierta.

—¡Exagerada!

Dana le pidió que le enseñara algunas palabras en lengua de signos y, aunque al principio Manuel se mostró reticente, alegando que llamarían la atención de todo el restaurante con «el manoteo», al final le regaló unas cuantas. Dana disfrutó imitándolo.

—No creo que debas avergonzarte de tu lengua. Además, eres un profesor nato. Y me parece que deberías regresar a la enseñanza.

—Me encanta la forma que tienes de ver la vida. Tu entusiasmo, tu pasión. ¡Ojalá todo fuera tan fácil!

Se quedaron callados unos instantes, y Manuel se sintió en el deber de aclarar:

—Ese beso en la cafetería... quiero que sepas que no ha sido producto de un plan, simplemente ha surgido.

—No te disculpes, Manuel. Ha sido muy dulce, y me ha gustado —expuso Dana con franqueza—. De hecho, te diré algo. —Alargó las manos por encima de la mesa y las puso sobre las de él—: Me he quedado con ganas de más —aseguró luchando contra el rubor que comenzaba a alojarse en sus mejillas. El momento de la verdad había llegado. No estaba dispuesta a dejar que el escritor rehuyera una respuesta que podría cambiar el curso de su relación. Necesitaba dar un paso más, y darlo junto a él. Así que esperó una reacción en tanto lo observaba tratando de controlar los latidos que le sacudían el pecho. ¿Se enconcharía Manuel, o agarraría la cuerda que Dana acababa de lanzarle para sacarlo del agujero donde él mismo se había metido? ¿Admitiría enfrentarse a sí mismo, compartir la realidad con la locutora, quererse y querer, o escogería permanecer ajeno a cualquier sentimiento? Ella había puesto toda la carne en el asador. Estaba resuelta a arriesgar. La posibilidad de disfrutar de algo bonito con el hombre que la había enseñado a escuchar y valorar el poder del silencio bien lo valía.

A Manuel la sorpresa lo dejó atónito, aunque sonrió interiormente. No daba crédito a tanto descaro: Dana era tan expresiva como una niña pequeña. Se mostraba sincera, decidida. No daba rodeos: cuando quería algo o a alguien,

lo manifestaba sin ambages. Y él la admiraba por eso. Sus ojos ahora lo escudriñaban. Ojos que guardaban promesas. Ojos que hablaban más que mil palabras. Ahora esos ojos exigían un paso hacia delante. Un viaje sin retorno, que a Manuel se le antojaba un sueño materializado a la par que un peligro. Tenía mucho que perder si aquello salía mal.

—Eso tiene arreglo —arriesgó antes de acercarse a Dana y volver a juntar sus labios con los de ella.

Para aquel momento la mujer solitaria ya había abonado su cuenta y abandonaba el local satisfecha. Había sido una cena fructífera. Ahora tocaba un poco de investigación y preparar el programa para la mañana siguiente. El bombazo estaba servido.

Capítulo 45

Piel con piel

Los labios de Manuel eran suaves y a Dana no le hubiera costado quedarse pegada a ellos durante las siguientes horas. Había otras zonas interesantes por explorar y tenían toda una noche por delante: las manos, los dedos, la lengua, la piel... Cada parte del cuerpo de ambos se prestaba a investigación, y la curiosidad de Dana no tenía límites. La había contenido durante semanas. Ahora sabía con certeza que Manuel despertaba en ella emociones que desconocía. Había dejado atrás sus miedos, y ya no sentía la sordera como un obstáculo. Era solo una característica más del hombre que le gustaba, tan natural como el hecho de que fuese moreno, o alto, o tuviera los ojos azules. Era, con todos estos rasgos, el hombre que la apasionaba, al que deseaba por encima de todas las cosas. Quería a Manuel y también quería a Franco. Ambos la hacían experimentar sensaciones poderosas. Mediante aquellos mensajes que incluía en su libro, frases sobre el amor, la necesidad de tocarse y la aceptación personal, el escritor había iniciado con ella un juego erótico. La había ido preparando para aquel momento de puro conocimiento y entrega. Y ahora Dana anhelaba que ese momento culminara.

Manuel se apartó de ella y la miró a los ojos. Después de preguntarle si le apetecía pasar la noche en su apartamento el pánico lo había asaltado. ¿Y si estaba precipitando las cosas? ¿Qué ocurriría si ella le ofrecía una negativa? Aquello lo dejaría en punto muerto. Dana le había pedido más besos, y todo su cuerpo se había acelerado, hasta el punto de que ya no se sentía capaz de echar el freno. Por suerte, la espontaneidad de Dana la impulsó a aceptar su invitación con la rapidez suficiente como para no darle la posibilidad de

arrepentirse. Había valido la pena, se felicitó Manuel, que todavía creía estar viviendo una fantasía. Los ojos de Dana resplandecían tras las gafas y su boca comenzaba a esbozar una tímida sonrisa. Nunca hubiera sospechado que Dana pudiera mostrarse tímida. Era siempre tan directa, tan decidida... De seguir allí plantados, rodeándose con los brazos y consumidos en el fuego de sus miradas, Manuel estaba seguro de que su corazón estallaría. Estaba acostumbrado a escucharlo. Aquel sonido bronco, que ni su sordera era capaz de acallar, regresaba traicionero cada vez que tenía a Dana lo bastante cerca. Era capaz de sacudirlo por dentro, igual que una bomba de relojería. Dejó caer los párpados, se llevó una mano al pecho y aspiró profundamente. Cuando abrió los ojos, vio que Dana sonreía.

—A mí me pasa lo mismo —manifestó ella y, tomando una mano de Manuel, la llevó hasta el lugar donde su corazón latía. Mientras el tórax de Dana subía y bajaba con la mano de Manuel marcando el recorrido, el escritor se sintió al borde del colapso. No llevaba una vida de monje, había practicado sexo en los últimos tiempos, pero un sexo exento de sentimientos. Lo que podía ocurrir ahora era algo muy distinto. Era la consecuencia de muchas horas de charla, de un lote de confesiones, de la decisión de abrir su alma de una vez por todas a alguien que le importaba, y mucho. Todo ello le hacía notar cada poro de su piel mucho más receptivo. Una caricia de Dana tenía la potestad de trasladar un estremecimiento a lo más profundo de su alma. Era tal la intensidad de cada gesto que no estaba seguro de salir ileso de aquel trance.

—Necesito un trago. —Lo que necesitaba era valor para enfrentar una realidad que era más grande que él.

Dana lo siguió hasta la cocina aferrada a su mano. Se sentía mareada y le temblaban las piernas, aunque no habría estado dispuesta a reconocerlo. Se consideraba una mujer práctica: aquellas eran sensaciones propias de un manual de amor para adolescentes y no de la vida real. En la vida real ni un beso ni una mirada pueden hacer que te flaqueen las piernas. No te falta la respiración cuando alguien te pasa un dedo por los labios ni cuando te regala

una sonrisa. Eso es justamente lo que acababa de hacer Manuel, y ella respiraba con normalidad..., o casi. Bueno, tal vez tenía la respiración algo acelerada, pero debía de ser por el frío..., o por el calor... Hacía rato que se debatía entre estas dos sensaciones, sin terminar de inclinarse en favor de ninguna de ellas en exclusiva. Su organismo le estaba jugando malas pasadas, e igual tiritaba de frío que sufría un calor de sofoco.

Manuel le soltó la mano para tomar un par de vasos de uno de los muebles, y esta vez un frío de hielo la atravesó de la cabeza a los pies. Se abrazó para paliarlo y, mientras él servía la bebida, aprovechó para mirar alrededor: el apartamento le pareció más acogedor que la vez anterior. Ahora tenía el aire de una vivienda ocupada, no la de un lugar preparado para afrontar una visita, el de un sitio donde Manuel había desayunado, se había duchado y vestido apresuradamente antes de poner rumbo a la casa de un viejo amigo, decidido a regalar otro pedacito de sí mismo a quien estuviese dispuesto a recibirlo. Los platos estaban apilados en el fregadero y un periódico yacía abierto sobre la encimera; de la papelera sobresalían los restos del desayuno y todavía quedaban unas cuantas cajas y latas por almacenar de lo que debió de ser la última compra del supermercado. A Dana le agradaron aquellas huellas de normalidad en cuanto la rodeaba. Desde el hueco que se abría a la salita divisó libros y cuadernos de notas. Se obligó a recordarse que debía preguntarle si estaba escribiendo algo. Un nuevo libro. ¿Relacionado con *Hablar con las manos* o algo distinto quizás? ¿Así es como prepararía sus clases el Manuel profesor que antaño fue? Se hizo consciente del privilegio que era que alguien tan reservado, que había escogido una existencia apartada de los medios y de las personas, hubiera decidido compartir con ella su vida privada y sus secretos. Y lo quiso más. Sentía el poder de ser la única, y había en ello mucho erotismo. Aquel era el baluarte de Manuel, su refugio, y lo había recuperado por permanecer cerca de Dana. No se atrevería a preguntarlo, pero deseaba saber si el escritor tenía intención de permanecer en Madrid una larga temporada. No soportaría que regresase a Sevilla ahora que

se estaban acercando. Sentía que se acostumbraba a él con demasiada naturalidad. A sus respuestas ingeniosas, a esa calma que imprimía a cada paso que daba.

—Un brindis por tu emisora —propuso él alargándole un vaso con un líquido dorado flotando en el fondo. No importaba lo que fuese, estaba dispuesta a beber veneno si eso aplacaba el fuego que sentía en las entrañas.

—¿Por mi emisora? —preguntó enarcando una ceja en un gesto muy expresivo que obligó a Manuel a sonreír.

—La artífice de que estemos aquí ahora. —Hizo un rápido guiño—. Hacía años que no sonreía tan a menudo —confesó. Luego chocaron los vasos y ambos tomaron el licor de una vez.

—Pues es una pena, no te imaginas los efectos que puedes lograr con una de esas sonrisas.

Manuel dejó su vaso sobre la encimera. Dio unos pasos y se acercó hasta ella. Tomó el que Dana sostenía y lo colocó junto al suyo. Después la rodeó con los brazos.

—Es cierto, no los imagino. Pero cuéntamelos tú —le dijo al oído—. ¿Qué efecto tengo sobre ti?

En medio del silencio, su voz sonó mucho más ronca y profunda. Y Dana tuvo un espasmo de anticipación, porque aquella pregunta era una caricia adelantada que le recorría la piel de parte a parte. Manuel se inclinó para besarla en el cuello, sus labios fueron dejando un rastro de fuego por donde pasaban y los dedos de la locutora se apretaron contra la camisa del escritor. Tenía ganas de arañarlo, de hundirse en su piel, atravesarla hasta llegar a sus venas y viajar dentro de ellas. Manuel olía demasiado bien, sabía demasiado bien. Una necesidad animal se había apoderado de su voluntad, y respondió buscando su boca con vehemente anhelo.

El deseo hizo mella en la determinación de Manuel de tomarse las cosas con tranquilidad. Y ahora se veía arrastrado por la fuerza de un torbellino que lo dirigía hacia territorios ignotos. Le zumbaban los oídos, aturdidos por el

golpeteo de su corazón. Se deshizo de los aparatos y con cuidado los puso sobre la mesa de la cocina antes de conducir a Dana hasta su dormitorio.

—Tú, yo, y el silencio —declaró antes de comenzar a desabotonarse la camisa. Dana lo detuvo: quería ser ella quien llevase a cabo esa tarea. Con cuidado, con lentitud estudiada, empezó a despojarlo de la ropa. El pecho de Manuel invitaba a pasar la mano. En una exploración minuciosa, Dana notó el retumbar del corazón del escritor bajo sus dedos. Después fue él quien la desnudó, poniendo especial cuidado en quitarle las gafas y dejarlas a buen recaudo. Se quedaron unos instantes parados frente a frente, sin atreverse a mirarse más que a los ojos. Envueltos en aquel mutismo, desacostumbrado para Dana, la locutora recordó las sugerencias del libro: escuchar al cuerpo, sus necesidades, y se entregó a la pasión entre los brazos del hombre que hacía vibrar todas sus terminaciones nerviosas...

Piel con piel. Las manos de Manuel se deslizaron por su cuerpo, abriendo caminos nuevos. Tras las manos, hizo su trabajo la boca. Dana correspondió en la misma medida, dejándose embriagar por los gemidos de placer de Manuel, que eran acicates a sus avances. El silencio lo sobredimensionaba todo. Nunca antes había disfrutado de una experiencia como aquella, tan completa y sublime. Fue un acto extraordinario, y cuando sus cuerpos se unieron y se movieron de forma simultánea hasta alcanzar el clímax, se escuchó la voz de Dana musitando un «te quiero». Había arrojado el corazón a sus pies, pero Manuel no estaría allí para recogerlo. Sin los aparatos probablemente no la hubiese oído, así que no valía la pena preocuparse por la posibilidad de haber quedado demasiado expuesta.

Más tarde, apoyada en el pecho de Manuel mientras él le acariciaba el pelo, levantó la cabeza y lo obligó a leer sus labios.

—¿Cómo se dice amor en lengua de signos? —Hubo un gesto de sorpresa en el rostro del escritor, que se mantuvo en silencio, escudriñándola—. Me gustaría aprender tu lengua.

Manuel se incorporó, se llevó una mano al pecho y se señaló, puso las dos

manos en puño y las cruzó sobre el corazón como si estuviese abrazando a alguien y, por fin, señaló a Dana. ¿Eran esos los signos que expresaban el amor? Dana habría jurado que le estaba comunicando otra cosa, ¿por qué se señalaba y la señalaba a ella después? Alzó los hombros, podría haberle dicho que tenía ganas de un plato de arroz y ella tendría que haberle creído a pies juntillas. En ese instante resolvió que aprendería la lengua de signos, para dominar, como él, los dos idiomas. Quiso imitarlo, y utilizó exagerados ademanes que arrancaron una risilla a Manuel. Luego volvió el silencio. Dana no tenía mucha práctica en mantenerse callada, así que al fin preguntó:

—¿Quieres que hablemos, Manuel? —Lo deseaba y lo temía: el momento de enfrentarse a lo ocurrido, a los sentimientos que la poseían.

Manuel sacudió negativamente la cabeza.

—Solo quiero que te quedes aquí hasta el amanecer. Que dejes que te abrace para que me siga sintiendo vivo como hasta ahora.

—Está bien. Ha sido un día muy intenso —admitió Dana con un suspiro, y no se refería solo a la parte física, también a la emocional. Pospuso para el día siguiente el estudio de las emociones que Manuel había conseguido hacer aflorar en ella, emociones nunca antes experimentadas, ni remotamente, con Carlos o cualquier otro chico que hubiese pasado por su vida, y volvió a tumbarse—. Pero no creas que esto te exime de la entrevista prometida —bromeó golpeándole el pecho con un dedo.

Capítulo 46

Traición

Un redoble de tambores precedió a la voz de la locutora.

—Mis queridos diablillos: el momento de la primicia ha llegado. Ese instante que estabais esperando. El secreto por el que estaríais dispuestos a entregar vuestra alma a Satanás.

»Tal como os prometí, un bombazo. Una noticia que convulsionará el mundo de la cultura en nuestro país. Tiembla, España... Si os digo que la cosa va sobre libros, ¿seríais capaces de adivinar? —Se escuchó un chasqueo de lengua—. Yo diría que no. ¿Si os cuento que se trata de uno de los títulos más leídos de la historia de la literatura actual, o al menos uno de los más vendidos..., os suena? —Hizo tintinear unas campanitas y rio—. Es que es tan inesperado, tan increíble... que ni Rappel lo hubiera sospechado. Os vais a caer de espaldas, lo sé. Agarraos a las sillas los que estéis sentados, si no queréis daros el gran batacazo. Preparad los abanicos, porque el sofoco será inevitable. Si tenéis el corazón débil, mejor será que os tapéis los oídos. Es que es muuuuuy fuerrrrrteeee, nenes. Se os va a caer un mito.

»Lo estáis deseando, ¿verdad? Lo sé, no podéis resistiros. Pero yo me estoy frotando las manos. ¡Uy! Que Andoni me hace señas. A ver qué comenta. —Y tras unos largos segundos de silencio—: Dice que estamos en el momento de máxima cuota. ¡Mira que sois cotillas! Oléis sangre y venís todos a dar cuenta del banquete. Igual que tiburones.

»Pues vale, ¡allá va! Tatatachán... —Nuevo redoble de tambores—. Todas las orejas apuntando hacia Telma. Lo sé de muy buena tinta —susurró la locutora. Luego fue elevando la voz a medida que contaba—: Ese libro que

tanto os gusta es un fraude. Su autor es un fraude. ¡No creáis una palabra de lo que cuenta! Sí, sí, que habléis con las manos, que la piel es el mejor medio de transmisión de emociones, que estéis calladitos de vez en cuando para oíros, para escuchar a vuestros cuerpos. ¿Y por qué nos recomienda esto, porque nos quiere? No, no...

»¿Sabéis cuál es el gran secreto de Franco Noble? Yo os lo diré: ¡es sordo! Sí, sí. Has oído bien. Sor-do. Por eso pretende vendernos todo ese rollo de la comunicación silenciosa. Ea, pues ya lo sabéis. Y mis fuentes son fiables. ¿Qué os dije? ¿No valía la pena conectarse esta mañana con vuestra querida Telma? Vuestra locutora favorita, la que nunca os falla. ¿No me decís nada? Claro, no os sale la voz, porque os habéis quedado ojipláticos. Aaaahhhh, grandes torres que caen. Vendedores de humo, charlatanes con cuentos de hadas capaces de embaucar con sus promesas de felicidad. Pues ya te hemos desmontado el tinglado, Franco Noble. ¿O deberíamos llamarte Manuel Estrada?

»Y mañana, el debate. No vamos a frustrar esas ganas que tenéis de ponerlo a caldo. La curiosidad me corroe: ¿qué pensáis ahora del héroe de la comunicación: pobre iluso o un fraude? Cerramos micro, es la hora de la despedida, pero mañana os espero con un programa de lo más jugoso. ¡Telma *is the best!*

Las aceras ardían bajo sus zapatillas de deporte. Alma de plomo, pies con ínfulas de alas. Un saco de ilusiones machacadas con cada zancada. A Manuel aquella mañana la ciudad se le quedaba pequeña. Deseaba recorrerla de parte a parte, llegar a sus confines y salirse de ella. No había asfalto suficiente para la decepción que sentía. Necesitaba cansar el cuerpo hasta que en su espíritu no quedase un resto de energía. Olvidarlo todo, deshacerse de aquella sensación de fracaso. Ocho años después, la historia se repetía. Pero esta vez se sentía mucho más solo, mucho más agraviado. ¿Es que no había aprendido nada con Sara? Se prometió no volver a sufrir por amor y, sin embargo, allí estaba, roto por dentro. Preguntándose cómo alguien podía fingir de aquella

manera, al tiempo que era capaz de herir con el ensañamiento de un delincuente sin remedio.

A punto de salir a correr, había recibido un mensaje de Bernardo:

—Eres trending topic en Twitter. Si llego a saberlo, te hubiera pedido un autógrafo. Ya sabes que mi mujer es fan de tu libro. ¡¡¡¡Ahora tendremos que hacer cola!!!!

Pestañeó varias veces. ¿A qué se refería su amigo? Entró en Twitter y tecleó su nombre artístico y su clave. Comprobó que tenía varios mensajes en su bandeja de entrada, y ninguno resultaba halagüeño. Una serie de insultos, preguntas sobre «su vida secreta», proposiciones grotescas relacionadas con su actividad sexual. «¿Para echar un buen polvo hay que tener la boca cerrada como tú?», «Gurú de mierda», «Más falso que un duro sevillano», eran algunas de las perlas que le dedicaban. Los *hashtags* más populares de las últimas horas eran *#FrancoNoble* y *#sordo*. Pero cuando a Manuel se le erizó el vello de la nuca fue al leer uno de los comentarios en su muro de Facebook: «La locutora dice que lo sabe de primera mano. Apuesto a que ella te cogía el micrófono mientras tú la ponías mirando *pa* Cuenca».

Sintió ganas de vomitar. El sabor de la traición le amargó los labios y, al tragar la saliva, le supo a veneno. El rubor se extendió con rapidez por sus mejillas y las sintió arder bajo sus manos. Todo aquello por lo que había apostado en las últimas semanas, las barreras que Dana había conseguido derribar con su espontaneidad y su pasión desbordante por la vida, volvían a levantarse para separarlos definitivamente. Salió de todas las aplicaciones, apagó el móvil y se amarró los cordones. Tenía que tomar unas cuantas decisiones, pero estaba tan ofuscado que le resultaría imposible en aquel momento. Así que abandonó como una exhalación el apartamento. Cerró con llave, decidido a dejar tras la puerta todo cuanto le perturbaba. Una sensación de vacío incommensurable le oprimía el pecho, pero correría hasta que le

dejara de doler. Una vez lo había conseguido: había logrado aliarse con el deporte, y entonces la carretera le salvó la vida. Encontró un nuevo sentido a su existencia dejando que la brisa le azotara el rostro y que el sol le quemase la piel. Correr le había dado alas, le ayudó a poner distancia entre aquel mundo hostil que lo repudiaba por ser distinto y la persona en la que deseaba convertirse.

Esta vez no tenía por qué ser diferente: aún tenía el olor de Dana, la sensación de sus dedos recorriendo cada centímetro de su piel, el latido de su corazón en medio de la noche, la profundidad de sus ojos mirándose en los suyos mientras hacían el amor. Tenía el sabor de sus labios en su cuello, la imagen de su sonrisa en tanto disfrutaba dándole placer. Pero conseguiría relegarla al olvido, aniquilaría todos los sentimientos que ella había hecho anidar en el fondo de su ser. El engaño era demasiado fuerte y Dana no merecía un solo pensamiento, ni siquiera merecía el odio que, por más que se empeñara, no lograba experimentar. ¡Maldita fuera la locutora y maldita su audiencia! Si él le había prometido una entrevista, ¿qué criterio la había empujado a ponerlo al descubierto de aquella manera tan burda? ¿Por qué, después de haberle regalado uno de los mejores días de su vida? No podría perdonárselo jamás.

El primer paso sería apartarla de su mente. Estaba resuelto a ello, pero, por muchos kilómetros que recorría, no conseguía ignorar los recuerdos que lo asaltaban de modo constante: ¡qué ridículo más espantoso había hecho arrancándose el corazón y poniéndolo a sus pies! Usando la lengua de signos le había dicho abiertamente que la quería, y ella, perspicaz como ninguna — aunque simulando haber entendido otra cosa—, lo había captado a la primera. ¿Quién lo mandaría exponerse, conociendo como conocía la naturaleza arpía de las mujeres? Un lisiado, un sordo, un hombre no apto para ser presentado a su grupo de amigos ni a su familia. Eso es lo que era. Se había hecho falsas ilusiones: ella solo buscaba ofrecer una buena exclusiva y recuperar su hegemonía en el medio. Desde el principio se lo había puesto claro:

necesitaba sentarlo en su programa, y de ahí que hubiese viajado hasta Sevilla para tratar de desvelar su identidad. Solo era una cuestión de trabajo. Y él se dejó embaucar por un par de piernas bonitas y aquel rostro risueño. Lo había empujado a salir de su cueva, donde debería haberse quedado para siempre, oculto como el monstruo que era. Vivían en dos mundos diferentes, ¿cómo pudo ser tan iluso y creer que podrían mezclarse con éxito?

La sensación de haber caído de nuevo en el infierno lo acompañó durante el recorrido completo. El sudor le pareció una forma salvaje de echar afuera las telarañas. Junto a las toxinas, deseó que el líquido arrastrara su furia y su decepción. Que se la llevara a ella, que la borrara para siempre de su mente y de su vida. Manuel era experto en eliminar recuerdos, tanto como en inventar los nuevos. Así que puso todo su empeño en ello, aunque resultó inútil: Dana seguía muy presente en su memoria al cabo de las horas. Aquella chica se le había metido en las entrañas.

Capítulo 47

Para no volver

—Habla demasiado —opuso Dana después de que sus amigas la acosaran haciéndole ver lo atractivo que lucía Carlos, su ex, que acababa de aparecer por casualidad en la cafetería deslumbrando a todas con sus chistes malos y su palabrería inagotable. Carlos se acercó a la barra, momento que ellas aprovecharon para cacarear alrededor de la locutora.

—Eso es lo que más te gustaba de él —manifestó Carmela, mosqueada.

—Tú lo has dicho: me gustaba. Pero me he dado cuenta de que nos parecíamos demasiado. Como dos pelos de una misma cabeza.

—Yo no le haría ascos a ese culito —dejó caer Aroa en tanto lo seguía con la vista.

—¡Está como el queso! —corroboró, picarona, Carmela.

—Pues yo no creo en las casualidades —sentenció Feli con mirada soñadora—. Ese ha venido a buscarte, no hay más que verle los ojos para darse cuenta de cómo te mira.

—Lees demasiadas novelas románticas —le hizo ver Aroa.

Dana tomó aire. Tenía que terminar con las elucubraciones de sus compañeras de mesa antes de que alguna comenzase a fantasear con una próxima boda. Cualquier noticia era motivo de jolgorio en el grupo, y como no quería recurrir a ninguna mentira ni volver sobre sus hipotéticos problemas de trabajo, prefirió anunciar:

—Tengo que contaros algo. —Se aseguró de que cuatro pares de ojos habían vuelto sobre ella antes de agregar—: Estoy enamorada.

—¡Agüita! —exclamó Pepa, que había permanecido callada hasta ese

momento, entretenida en observar la reacción de Dana y escuchando divertida los comentarios de sus amigas.

—¿Enamorada de quién? —exigió Carmela.

Dana dibujó mentalmente la silueta de los pájaros rosados. ¡Cómo le gustaría sumarse a aquella bandada y escapar lejos! Por un momento los envidió, hasta que se percató de que aquellas figuras estaban tan atrapadas como ella misma. Día tras día vivían incrustadas en aquella pared verde agua, batiendo en vano sus alas hacia un destino anhelado. ¡Si pudiera abrir los brazos y surcar el cielo, atravesarlo e ir a parar adondequiera que Manuel se encontrase!

—De un chico espectacular —manifestó con un suspiro.

Pepa alargó la mano y le apretó los dedos. La conocía mejor que nadie: había visto la tristeza en sus pupilas. Por algún motivo, su amiga sufría. Nunca la había visto tan callada, tan circunspecta, y se propuso averiguar el motivo.

—¿Y él? —inquirió Aroa alzando una ceja—. ¿Te quiere?

—Eso es lo que tengo que averiguar. Veréis..., es un poquito especial. Es sordo —añadió sin dilación. Luego trató de ignorar los gestos de aprensión que sus amigas se esforzaban por ocultar.

—¿Sordoóóó?

En aquel momento regresaba Carlos con bebidas para todas, y Pepa tuvo que repartir puntapiés a diestra y siniestra para obligar a las otras a mostrarse discretas. Si estaban ansiosas por conocer la identidad del hombre que había conquistado el corazón de su amiga, se vieron forzadas a disimularlo. No ayudó el hecho de que el ex de Dana parecía dispuesto a quedarse un rato. Por más que trataba de captar la atención de la locutora, ella prefería los cuadros de Audrey Hepburn y Gregory Peck a las anécdotas de Carlos. Al final fue la primera en despedirse. Carlos no ocultó su mal humor, aunque permaneció sentado.

—¿Quieres que te acompañe? —Hizo un último intento.

—Gracias, pero Pepa y yo tenemos cita ahora en la peluquería.

Su amiga recogió el guante y se levantó de inmediato.

—¿Vais a la peluquería? —interrogó recelosa Carmela.

—Ay, sí, chica. ¿No se lo hemos comentado? —Pepa sonrió mostrando una hilera de dientes relucientes—. ¡Se me fue el baifo! —apostilló acentuando su acento.

Una vez fuera, Dana se sinceró con la canaria. Había pasado la mejor noche de su vida. La pasión se había sumado a un sentimiento mucho más profundo. Después de tanto tiempo había conseguido traspasar esa frontera tras la que Franco Noble se parapetaba. Hasta acceder a su corazón.

—Al menos eso es lo que creo. Él no ha llegado a decirme lo que siente, pero estoy segura de haberlo leído en sus ojos. ¡Si vieras cómo me devoraba con ellos, Pepa! Jamás me había sentido tan deseada. Y cuando me tocaba, la forma en la que lo hacía, igual que si yo fuese una pieza muy delicada de su colección privada...

—¡Échale mojo! De manera que has completado, y me tenías ajena.

—Todo sucedió demasiado deprisa. Apenas he podido digerirlo yo.

—Te estás volviendo misteriosa, amiga.

—Por respeto a Manuel no te he contado nada. Sé lo importante que es para él preservar su intimidad.

—¿Tengo pinta de bocona?

Dana tuvo que disculparse hasta la saciedad por haber mantenido su romance en secreto. Se lo debía a él.

—No había tenido un sexo tan intenso en toda mi vida —afirmó sin ruborizarse—. Fue algo memorable, Pepa. El cuerpo todavía me vibra cuando lo recuerdo. No puedo revivir los momentos sin que se me humedezca la entrepierna.

—¡Olé, ese sevillano! Tan seductor como en el libro.

—¡Mejor todavía! —confirmó Dana, melancólica—. Lo que Manuel hace con las manos es algo único.

—Como reza el título de su libro: el señor Franco Noble «habla» con las

manos.

—Pero al parecer le ha entrado el pánico y ha salido por patas. Seguramente cree que ahora le voy a exigir una entrevista. ¡Cómo si me importara la puta emisora!

Sin dejar rastro. Así es como se había esfumado Franco Noble. Dana había despertado tarde aquella mañana. Se deslizó hacia el borde de la cama, buscó su ropa y se vistió deprisa. La esperaban en la radio para dar comienzo al programa en apenas cincuenta minutos. Se aseó y, al salir del cuarto de baño, comprobó que Manuel aún dormía. Se agachó y lo besó en los labios. Estaba guapísimo tumbado, con aquella sonrisa pintada en la boca. También ella se sentía feliz, y de buena gana se hubiera quedado allí, enredada en sus brazos. Pero el deber la reclamaba.

—Debo marcharme. —Manuel abrió los ojos, aunque el cansancio lo empujó a volverlos a cerrar.

Quería hablar de muchas cosas con él, contarle lo que había sentido, asegurarse de que las ilusiones que comenzaba a forjarse alrededor de él eran compartidas. Pero tendrían que posponer esa conversación para más tarde. No había prisa, se convenció a sí misma: ahora tenían una vida por delante, así que no debía preocuparse. Más tarde le escribiría un mensaje, en cuanto encontrara un hueco, tal vez durante una *publi* o en alguno de esos momentos en los que el operador *metía* una canción para darle descanso.

No encontró la oportunidad hasta finalizar el programa. Le escribió unos cuantos mensajes por WhatsApp, para saludarlo. Pero hacía rato que Manuel no se conectaba. Después, el teléfono estuvo inoperativo toda la tarde.

—Es como si se lo hubiese tragado la tierra.

No sabía por qué había desaparecido, si había sentido miedo o la necesidad de alejarse de ella. Si quería evitar la entrevista o simplemente ya tenía lo que buscaba y había perdido el interés en comunicarse. Cualquiera posibilidad cabía, aunque su alma se negase a admitirlo. Franco no era así. Manuel no era así. La persona que ella había conocido, la que la había

enamorado, no se aprovecharía de la situación para llevarse a alguien al catre y después tomar las de Villadiego. Manuel era un caballero y aquel comportamiento no casaba con su estilo. Aunque a menudo las personas nos sorprenden, para bien y para mal.

—Mira en sus redes sociales —se le ocurrió a Pepa—. Es un personaje famoso. Tal vez encuentres alguna pista.

Se pusieron a ello, y en todas dieron con el mismo resultado, un comunicado oficial en el que el escritor (o su abogado, para ser más exactos) se expresaba de la siguiente manera:

«Con motivo de los comentarios vertidos sobre la persona e identidad de mi representado, el señor Manuel Estrada Gómez, y la presión mediática a la que viene siendo sometido en las últimas horas, nos vemos en la obligación de advertir que emprenderemos acciones legales contra todo aquel que difame su honor e intimidad en cualquiera de los medios.

»Preservar el anonimato y separar su ámbito personal del profesional ha sido siempre una prioridad para el señor Estrada, además de un derecho, por lo que este exige que se respete su deseo de vivir apartado de la vida pública, reservándose, en caso contrario, las medidas jurídicas que procedan para salvaguardarlo.

»Asimismo, mi representado anuncia su intención de exigir a las personas responsables de filtrar sus datos personales la reparación del agravio. Se reclamarán también los insultos e injurias proferidos, los ataques contra su persona y su condición de sordo. Han sido vulnerados sus derechos al honor, a la intimidad y a la propia imagen, y estos son delitos que no quedarán impunes».

Capítulo 48

La soledad es un estado de ánimo

—No es que no esté contenta, Candy. Aquí he vivido con gran comodidad. Nos llevamos de maravilla, me encanta charlar contigo, mi balance de la convivencia es muy positivo —enumeró tomándola de las manos.

—Entonces, ¿por qué quieres irte? —preguntó la chica sin ocultar su disgusto.

Dana vio reflejada en los ojos grises de su compañera la angustia que sentía, y se apresuró a aclarar:

—No tiene nada que ver contigo. Necesito estar sola.

—¡Pero si tú no sabes estar sola!

—Por eso. Debo aprender a vivir conmigo —declaró con rotundidad—. Acostumbrarme al silencio.

Candy sacudió la cabeza.

—No puedo entenderlo. Si precisamente por eso te mudaste aquí. Porque odias el silencio.

Dana arrastró la cremallera de su maleta para cerrarla, la levantó y la colocó en el suelo. Le acarició la mejilla a Candy, igual que si fuese una niña pequeña que necesitara consuelo.

—Me he propuesto vencer mis miedos, creo que ha llegado el momento de dar ese paso. Pero te voy a pagar el mes de enero. Así, ambas tendremos un mes completo para aclimatarnos. En ese tiempo, yo buscaré algo más pequeño, con espacio suficiente para mí. Y tú tendrás tiempo de encontrar un nuevo compañero de piso. ¿Quién sabe? Tal vez un buen chico, interesante y guapetón, que te anime a sacar la nariz de los libros. —Candy hizo un mohín.

A leguas se veía que la idea no le resultaba atractiva—. O, al menos, alguien menos loco que yo, más ordenado. ¡Que no roce la hiperactividad!

—¡Pero a mí me gustas tú! —Se lanzó a los brazos de Dana, quien no dudó en rodearla—. No quiero que te vayas.

—No me cambio de ciudad, Candy. Nos seguiremos viendo, como siempre.

—¿No hay manera de convencerte? —inquirió haciendo un puchero.

Dana movió la cabeza de lado a lado.

—¿No me estarás cambiando por un chico? —La acusó con un dedo.

En la boca de Dana se dibujó una curva. De alguna manera, Manuel había tenido mucho que ver en su decisión. Pero no se iba por él, sino porque había comprendido que, antes de relacionarse con el resto del mundo, era preciso aprender a estar con uno mismo. Conocerse, quererse, acostumbrarse a no buscar la asociación como un salvavidas, sino como una necesidad de segunda categoría.

—No seas tonta, Candy. Yo no te cambiaría por nadie. Pero en la vida vamos quemando etapas. Hay que ir dejando cosas atrás y mirar hacia adelante. Venga, acompáñame hasta la puerta. He quedado con Pepa a las cuatro, y no quiero llegar tarde.

Candy alzó los hombros.

—Está bien —claudicó—. Bueno, diviértete en Sevilla. Me encantaría apuntarme al viaje también. Una vez salí con un sevillano —declaró bajando el tono, como si se tratase de un secreto inconfesable—. Y estuvo bastante bien... ¿Cuánto vas a estar fuera?

—Por lo menos una semana. Depende de cómo me vayan las cosas. —Se quedó pensativa—. Pero tú aprovecha el tiempo: ponte a buscar a alguien que me sustituya, ¿eh? No esperes a que vuelva.

Después de Navidad, Dana había pedido los días de vacaciones que aún tenía por consumir para poner rumbo a Sevilla. Esta vez la acompañaría Pepa, su fiel escudera. La canaria estaba dispuesta a dejar unos cuantos días solo a Ginés con tal de conocer «a ese pedazo de hombre que había logrado que los

ojos le hicieran chiribitas a su amiga». Además, le hacía ilusión regresar a la capital andaluza, donde años atrás había pasado un tiempo junto a su pareja y conservaba algunos amigos.

También Dana tenía asuntos pendientes en la ciudad sureña: el primero, dar con Manuel y lograr que le diera la oportunidad de explicarle unas cuantas cosas. Ahora sabía a qué se había debido su huida. Intentó localizar a su amigo Bernardo, pero no daba señales. Fue unas cuantas veces a buscar a Manuel a su apartamento y, tras casi quemar el timbre, entendió que definitivamente estaba vacío. A Dana no le cupo duda de que el escritor habría vuelto a Sevilla. Allí tenía familia, y las fechas eran propicias para celebraciones. Lo que no alcanzaba a comprender era por qué no se había despedido de ella. Habían pasado juntos unas horas extraordinarias, y la intimidad compartida en la última noche sería un recuerdo indeleble. Su instinto le decía que Manuel no habría desaparecido de aquella manera sin un motivo de peso. Luego de comprobar cómo había quedado expuesto a las burlas de los que, apenas unos días atrás, lo idolatraban, se hizo cargo de que era factible que se hubiese planteado como única salida borrarse temporalmente del mapa. Debía de sentirse acosado y agredido, y tal vez la culpaba por haberlo expuesto a tal escarnio público.

De alguna manera, Dana se sentía responsable de lo sucedido: si no se hubiese empeñado en perseguirlo, en descubrir a su *alter ego*, Franco Noble seguiría campando a sus anchas por las calles de Sevilla. Continuaría siendo admirado, estaría preparando la preventa y la promoción de su nuevo libro. Intuía que obligarlo a asomar la cabeza, a dejar su caparazón para enfrentarse al exterior, había provocado la catástrofe en la que se hallaba inmerso.

Unos días antes, Rafa había llegado a la emisora resplandeciente, y Dana aguardó impaciente mientras su jefe se frotaba las manos: tenía la impresión de que iba a anunciarles algo relacionado con Franco Noble. ¿O es que todo cuanto giraba a su alrededor en los últimos tiempos le parecía tener que ver con él?

—¿Os habéis enterado de la noticia? Esa arpía de Telma ha sido despedida. Por competencia desleal, uso de información confidencial y vulneración de la intimidad personal.

Dana experimentó un escalofrío. ¿Su principal rival en las mañanas de la radio desaparecía del panorama así como así? ¿Y quién la sustituiría? La pregunta quedó flotando en el aire, ya que Rafael tenía mucho que contar todavía.

—Quería reventarnos la entrevista, de modo que se adelantó con la exclusiva. ¡Eso no te lo perdono, Dana! ¿Tenías una bomba con lo de su sordera y te la has guardado solo para ti?

Dana sintió un mareo, se le antojó que la habitación giraba a su alrededor. ¿Qué estrategias habría usado Telma para averiguar que tras Franco Noble se escondía el profesor Manuel Estrada? ¿Tanta era su inquina contra la cadena, o es que su obsesión por ostentar la corona la llevaba a pasar por encima de cualquiera, a destrozar las vidas ajenas para satisfacer su ego? Se alegró de su desgracia: una persona de tan baja categoría no merecía otra suerte.

Alvarete, que había permanecido en la retaguardia, se adelantó entonces y completó la historia con una aportación de lo más reveladora:

—Desde que Montse la dejara se ha vuelto loca. Vive obsesionada con ella, con fastidiarla. De ahí su interés por llevarse la audiencia.

Dana lo miró, confundida.

—¿Nuestra Montse, pareja de Telma?

—¿No lo sabías?

Dana buscó la mirada de Rafa.

—Era un secreto a voces —manifestó este a modo de disculpa.

Así que Telma, artífice de la propagación del secreto de Manuel, había actuado por una venganza personal. Jamás lo hubiera sospechado.

—El abogado del escritor le ha puesto una demanda, y la han echado con cajas desventadas.

—¡Destempladas, Rafa!

—Eso.

—Es que se ha pasado tres pueblos —apostilló Alvarete—. Bueno, me voy, que tengo trabajo... ¡con la jefa! —Les dedicó un guiño cómplice y salió.

—Ahora esa entrevista tiene más valor que antes, si cabe —la sorprendió Rafa una vez que Alvarete los dejó solos.

—¡Rafa! ¿Qué tienes ahí? —le preguntó Dana señalándole el pecho—, ¿un corazón o un estudio general de medios?

—Solo digo que puede ser una gran oportunidad, para la emisora y para él.

—Me voy a casa.

Después de aquello, había decidido ir en busca de Manuel. Había llegado el momento de aplicarse la teoría del libro más famoso del año: el segundo paso en la «Teoría de la piel» era, según su autor, «pedir lo que te falta». Y a ella le faltaba su profesor favorito, el que le había enseñado que en las pequeñas cosas de la vida radicaba la esencia.

Pepa la esperaba en el andén flanqueada por Ginés y por Cuca, que enseguida se le encaramó a los muslos, decidida a encontrar un hueco entre el equipaje de su compañera de piso y el de su amiga.

—Por poco perdemos el tren —la regañó la canaria.

—Se me ha hecho duro explicarle a Candy que quiero vivir sola. Si la hubieses visto..., estaba desolada.

—Todo el mundo necesita su tiempo, pero ya verás como se hará a la idea —la tranquilizó Pepa. Acto seguido se fundió en un beso con Ginés, largo e intenso, igual que si fuese la primera vez que chocaban los labios.

—¡Chicos, daos un poquito de tregua! —pidió Dana al tiempo que aprovechaba para sacarse las gafas y limpiarlas.

Pepa soltó una carcajada.

—Cuando demos con tu sevillano, ya veremos cuánto descanso le vas a dar tú a tu boca.

Capítulo 49

... y Sevilla

—¡Hombre, mi amiga la locutora! —El abrazo de Jaime fue tan sincero como su sonrisa.

Tomás se bajó del taburete para darle un cariñoso apretón de manos.

—Bienvenida de nuevo.

—Menuda sorpresa —manifestó Jaime con satisfacción—. ¡No te esperábamos hasta primavera!

—Algo habrá dejado pendiente... —quiso adivinar Tomás, y a Dana se le escapó una risilla.

—Una de esas tostadas con jamón, y el «café especial de Jaime». En Madrid no lo hacen tan rico.

—¡Ya te vale! ¿Has intentado dar con mi fórmula secreta? —bromeó el aludido—. El truco está en el cariño que le pongo —declaró con una mano en la boca—. Por eso no encontrarás uno igual.

Dana les presentó a Pepa, que había estado disfrutando de la escena en un segundo plano.

—Las amigas de mis amigas son mis amigas —sentenció Jaime besándola en las mejillas—. ¡Y encima, canaria! ¡*Osú*, qué arte, mi niña!

Pepa conectó al instante con los sevillanos, integrándose en la conversación y aportando detalles sobre sus visitas a la ciudad, donde vivían algunos parientes.

—Hacía años que no venía, y ya iba tocando. Además, no podía dejar sola a mi amiga en una misión tan importante.

—¿Has venido a hacernos la entrevista? —se burló el camarero, que no

desaprovechaba oportunidad—. ¿Pero has *preparao* el vino de naranja y los *montaitos* de *pringá* que apuntamos como requisito?

—Os vamos a poner un buen cocido madrileño, para que veáis que de Despeñaperros para arriba también tenemos nuestras exquisiteces.

—No hay más que veros a vosotras —se lanzó a piropearlas Jaime, quien se mostraba más animado que nunca.

Con la gracia que le caracterizaba, el desayuno resultó a la altura de las expectativas de la locutora.

—No podéis imaginaros cuánto echaba de menos estos ratitos —reconoció, efusiva.

—Es lógico. Nadie puede resistirse a los encantos de los sevillanos —perseveró el camarero, ajeno a los sentimientos de Dana, quien de inmediato había traído a su mente a Manuel.

—El que viene repite —lo alentó Tomás.

—Pues nada, como vais a estar por aquí unos cuantos días, os esperamos para otro café cargadito, o un par de tapas.

—¡Cuenta con ello, *salao!* —convino Dana y, antes de marcharse, se interesó por la familia de Jaime—. ¿Y cómo le fue a la niña en las olimpiadas de matemáticas?

—¡De lujo! Es una campeona. Ahora se está preparando para una próxima prueba.

—Seguro que la resolverá con éxito.

—Ha salido lista —comentó Tomás.

—¡Como su padre! —no se resistió a anotar Jaime.

Las dos amigas salieron del bar con una enorme sonrisa estirándoles los labios.

—Me alegro de que te decidieras a acompañarme, Pepa. Así resulta más llevadero, y podemos compartir estas cosas. —Era cierto que estaba aprendiendo a estar sola, pero hay cosas en la vida que es mejor hacer acompañada, y esa era una de ellas.

—Estoy a tu disposición, como siempre. ¿Y ahora? ¿Hacia dónde nos dirigimos?

Dana la tomó del brazo y juntas caminaron hasta el barrio de Triana. Había conseguido la dirección de tía Ani, y aquel era su próximo objetivo en la búsqueda de Manuel.

—¿Tú crees que la buena señora nos recibirá con gusto?

—No tengo ni idea; en realidad, no la conozco. Pero, por las cosas que Manuel me ha contado sobre ella, estoy segura de que se trata de una persona coherente. Seguro que comprenderá mis motivos.

Pepa esperó que así fuese y siguió a su amiga hasta una calle pintoresca, empedrada y estrecha, en pleno corazón del barrio. Cuando Lumila abrió la puerta, se encontró con dos pares de ojos que la miraban suplicantes.

—La señora está en la sala. ¿Las esperaba?

Ambas agitaron la cabeza al unísono.

—Entonces no sé si deberían regresar en otro momento. Hoy se ha levantado con la pata izquierda —advirtió con un gracioso acento—. Normalmente es peleona, pero esta mañana tiene los nervios «en punta», como dicen ustedes.

—¡Lumila! —Se oyó una voz desde el interior del piso. Era grave y rotunda, como su dueña—. ¿Vas a hacerlas pasar o te vas a quedar ahí, como un pasmarote, protegiendo la entrada?

Lumila se encogió de hombros.

—Cada vez que aparece su hijo se pone de mal genio —susurró.

En ese momento hacía acto de presencia el aludido, y Lumila aprovechó para batirse en retirada. Aunque tenía el cabello más corto y había ganado un poco de peso, Dana reconoció en su rostro aguileno los rasgos del chico que suplantó a Manuel en el restaurante italiano aquella aciaga noche, semanas atrás.

—¡El actor!

—El primo, en realidad —aclaró Fernando tendiéndole una mano. Dana la

observó, recelosa—. No me digas que me guardas rencor.

—No estuviste muy fino, la verdad.

—Solo le hacía un favor a Manuel. Soy inocente. Pero no me negarás que lo pasamos bien. —Compuso una expresión cómica.

—Tienes un alto concepto de ti, ¿verdad?

Fernando echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Ahí me has dado. Te pido disculpas, Dana. Aunque no me arrepiento. — La recorrió de arriba abajo con descaro—. Me divertí mucho.

—Cuando te aburras de ejercer de galán, ¿te importaría acompañar a estas dos jóvenes al comedor? —Una mujer en torno a los sesenta acababa de irrumpir en el vestíbulo. Con enérgicas manos empujaba las ruedas de la silla que utilizaba para desplazarse. Tenía un rostro hermoso. Sus labios, generosos, estaban pintados de un rojo intenso, en notable contraste con su mirada clara. Escudriñó cada centímetro de las dos amigas antes de volver a adentrarse en la vivienda—. ¡Lumila! ¿Sacaste del horno las dichas magdalenas?

—Ya la habéis oído: os espera en el comedor —resumió Fernando—. Os aconsejo que entréis con armadura. —Se llevó una mano a la sien, imitando el saludo militar—. Yo me despido. Ha sido un placer.

Antes de que se escabullera por la puerta, Dana lo sujetó por el brazo.

—¿Sabes dónde está tu primo?

Fernando soltó un bufido.

—Durante mucho tiempo pensé que Manuel no era un tipo con suerte, por lo que le había pasado..., el accidente, ya sabes. Pero si has venido desde Madrid solo para buscarlo, es que es un cabrón con una flor en el culo.

Sin añadir nada más, se alejó por el pasillo.

—No tengo mucho tiempo —fue el recibimiento de la anfitriona—. Hoy es el día de mi tertulia y debo prepararme para la cita.

Lumila entró con una bandeja de magdalenas. Dana y Pepa intercambiaron una mirada cargada de intenciones. La canaria pensó que, si por ella fuera, le

estamparía la bandeja en la cabeza a aquella impertinente mujer. Así aprendería modales.

—Soy amiga de su sobrino.

Ani arqueó una ceja.

—Sé quién eres —afirmó con expresión acusatoria. Dana pensó que había visto antes aquella mirada. Desconfiada, recelosa. Una mirada de color aguamarina que podía ser tan dulce como helada—. He visto el brillo en sus ojos, pero también he leído en ellos una profunda decepción. Es como un hijo para mí. No permitiré que vuelvan a hacerle daño —expuso a modo de advertencia.

—Yo jamás le haría daño. Lo quiero —declaró Dana notando que unas lágrimas traicioneras acudían a sus ojos.

—¡Bonita manera de demostrárselo! No sé qué le habrás hecho, pero desde que regresó ha estado muy triste.

—No ha sido por mi causa, se lo juro.

—¿A qué has venido, niña?

—Necesito hablar con él. Dígame dónde encontrarlo, por favor.

Ani sacudió la cabeza.

—Jamás me lo perdonaría. No quiere ver a nadie.

—Señora —intervino Pepa, harta de la hostilidad con la que habían sido recibidas—. Permita usted que sea él mismo quien lo decida. Podría estar frustrando una gran historia de amor. ¡Deje de ser tan siesa y colabore, carajo!

—¡Pepa! —la reconvino su amiga.

Durante un instante, Ani pareció a punto de estallar de furia. Su rostro se había enrojecido y transformado en una mueca indescifrable. De repente, profirió un gritito al que siguió una estruendosa carcajada. Una vez que consiguió parar de reír, se dirigió a Pepa.

—Me recuerda mucho a mí misma cuando era más joven —dijo tendiéndole una magdalena—. La felicito, tiene usted un par de ovarios bien puestos. Y eso me complace. Verán, mi sobrino es muy reservado, y poco

amigo de las sorpresas. No les diré dónde se esconde, pero haré algo por ustedes: díganme en qué hotel se hospedan y les prometo que si está en mi mano será él mismo quien las visite.

Capítulo 50

Sal ahí afuera

Un mundo de sensaciones

Hemos llegado al final y deseo hacerte un regalo que pueda resultarte útil en tu día a día, ofreciéndote la siguiente conclusión:

TRABAJA LOS SENTIDOS.

La piel tiene conciencia, tiene voluntad: despiértala a las sensaciones. Desde que abras los ojos, detente en cada uno de los gestos. No pases de puntillas por esa aula de experiencia que es la vida. Tómate tu tiempo para disfrutar del agua de la ducha sobre tu cuerpo, del calor del sol, del azote del viento sobre la piel.

Busca el contacto: un abrazo, una caricia, un beso mejorarán tu estado de ánimo. Haz tuyas las palabras de Jack Kornfield que rezan: «Las cosas más importantes de nuestra vida no son extraordinarias o grandiosas. Son los momentos en que nos sentimos tocados el uno por el otro».

Por eso, deja que hunda mis dedos en tu piel. Abre tu espacio personal y permíteme entrar. Comparte conmigo cada emoción, cada sensación. Búscame, quíereme. Ámame.

Estoy deseando probarlo contigo. Piel contra piel.

—¿Estás segura de que no quieres acompañarme? —insistió Pepa al tiempo que se colgaba el bolso—. Llevamos un día entero encerradas aquí. Es hora de que tomemos un poco el aire.

—Quiero que me encuentre aquí cuando venga a buscarme —negó Dana, rotunda.

Pepa frunció el ceño.

—No quiero ser agorera, mi niña. Pero ¿qué pasa si tu escritor no quiere saber más de ti?

—Vendrá —perseveró Dana. Luego se llevó una mano al pecho—. Tengo una corazonada.

—Si hubiera querido hablar contigo, bien podría haberte puesto algún mensaje, ¿no crees?

—No llegues tarde —zanjó empujándola hacia la puerta—. ¿Vas en taxi hasta Dos Hermanas?

—En la guagua —repuso la canaria.

—Autobús...

—¿No es lo mismo?

Pepa taconeó hasta la salida. Se había puesto bien guapa para visitar a la hermana de Ginés y a su marido. Abrió la puerta y prácticamente se dio de bruces con un tipo alto y moreno que a punto estuvo de golpear los nudillos contra su cara y que se había quedado con la mano en el aire.

—¡A buena hora y con sol! —Se volvió hacia Dana y la descubrió paralizada en medio de la habitación, como hipnotizada—. A la niña se le han puesto los ojos como chernes —manifestó refiriéndose a la expresión de la locutora, entre tierna y ansiosa. Alargó la mano y Manuel, que la observaba todavía con extrañeza, se la estrechó sin dudar—. Dana habla maravillas de ti, pero estás aún mejor de lo que imaginaba —declaró sin pudor.

Manuel amagó una sonrisa.

—Muchas gracias...

—Pepa.

—Pepa.

—Los dejo solitos, ahora me voy más tranquila. Espero que arreglen sus desacuerdos. Mi amiga tiene un *reconcomo* y una *magua*... Cuando regrese, la quiero ver con ganas de *tenderete*, ¿eh?

Esta vez la sonrisa de Manuel fue completa. No había entendido una palabra; las expresiones autóctonas de Pepa lo desconcertaron. Pero deseaba la intimidad prometida, de modo que se limitó a asentir.

—Mucho gusto, Pepa.

—Que así sea.

Manuel vio cómo se alejaba por el pasillo del hotel, hincando los tacones

en la alfombra, y pensó que se trataba de una mujer interesante. Luego se introdujo en la habitación, cerró la puerta tras de sí y miró hacia Dana.

—Te he echado terriblemente de menos —aseguró mientras abría los brazos.

Dana se lanzó a ellos sin pensarlo dos veces. El cuerpo de Manuel desprendía calidez, y aspirar su olor familiar le transmitió una paz que no sentía desde hacía muchos días. Demasiados.

Él le colocó sus manos a ambos lados de la cabeza y repartió una ristra de besos por su cabello.

—Perdóname —le suplicó al oído—. Entré en pánico.

—No te disculpes, por favor.

—Quiero hacerlo. Necesito hacerlo. —La agarró de la mano. A los pies de las camas había uno de esos banquitos que sirven para colocar las colchas o para desvestirse. La llevó hasta allí y la animó a sentarse junto a él. Sus piernas se rozaban, y Dana experimentó una oleada de alivio. Sentirlo cerca otra vez resultaba reconfortante. Lo había extrañado hasta dolerle.

—Me dejaste sumida en la confusión. Sin saber por qué habías desaparecido, si te había hecho daño de algún modo.

—Te fuiste temprano. Al despertar tenía un mensaje de Bernardo: en la radio habían desvelado quién se escondía tras el seudónimo. Franco Noble era un estafador y sobre todo un despreciable sordo. ¿Puede un sordo enarbolar la bandera de la comunicación? Por lo visto, no —refirió con amargura—. De repente había pasado de ser un escritor reputado a la persona más ruin. Me odiaban. Y sí —admitió tomándola por la barbilla—: En un principio pensé que habías sido tú. No entendía por qué. Habíamos pasado una noche maravillosa y sentía que me dabas fuerzas para volver a respirar. Todo se derrumbó alrededor. Cogí mis cosas y regresé a Sevilla. Para esconderme otra vez.

—Yo no tuve nada que ver. ¿En serio me creíste capaz? —preguntó, dolida.

—He sufrido muchas decepciones, Dana. Confiar en los demás te hace

vulnerable. —Su expresión se tornó dura—. Ya me fallaron una vez.

—¡Pero yo no soy esa persona! —protestó ella—. Yo nunca te haría daño, Manuel. Jamás. Porque yo... te quiero —admitió sin rodeos.

Manuel inspiró profundamente. Tras las gafas, los ojos de Dana resplandecían de expectación. ¡Se la veía tan adorable! Tuvo ganas de apretarla contra su pecho y permanecer en esa postura para siempre. Calmarla, confesarle que, desde la primera vez que la vio, se había sentido fascinado por ella.

—Yo también te quiero, Dana —declaró tras una pausa—. Con el alma. —Era la verdad y, al decirla en voz alta, Manuel se sintió liberado de un modo extraño. De repente era más fuerte que nunca, capaz, preparado para afrontar cualquier eventualidad—. Ya no me da miedo reconocerlo. Quiero disfrutar de esto que estoy sintiendo. Contigo.

Sus manos estaban entrelazadas y Manuel percibió que los dedos de Dana se apretaban contra los suyos. Las palmas le sudaban a causa de la emoción, que lo removía por dentro. Con dulzura, se inclinó sobre los labios de la locutora y depositó en ellos un beso.

Dana respondió con impaciencia: abrió la boca y la necesidad de fundirse con el hombre que le arrebatava el sueño desde hacía semanas la empujó a volverse exigente. Cuando se separaron, solo para volver a tomar un poco de aire, los dos respiraban de forma agitada. A Manuel le palpitaban los oídos. La sangre se le había acumulado en las zonas erógenas y sentía que una erección más fuerte que su voluntad le apretaba los pantalones.

—¿Cuál es tu cama?

Dana señaló hacia la que estaba situada a la izquierda con una mirada incitadora. Manuel la tumbó y se echó encima de ella.

—Temí que nunca vinieras. No estaba segura de que tu tía quisiera contarte que te estábamos buscando. Me pareció que no le había caído bien.

—No sabes cómo te equivocas. De hecho, ella me ordenó que viniera. Me dijo «es una buena chica y, si la pierdes, yo misma te daré unos azotes, como

cuando eras niño». Ani es una gran mujer, un poco ruda en apariencia, pero todo corazón. Y tú has conseguido enamorarla. ¡Y también al tarambana de mi primo! —Hizo un mohín—. Debe de ser cosa de familia. Los Estrada estamos condenados a caer rendidos a tus pies. —Le dio un beso, rápido pero lleno de sensualidad. Un beso que contenía la promesa de una vida plena de amor.

—No quiero que vuelvas a esconderte, Manuel. Te lo prohíbo.

A Manuel aquel exabrupto le hizo gracia, y le pellizcó la nariz con los dientes.

—Nunca. Contigo a mi lado me siento protegido. La locutora dicharachera. Apariencia de ángel y genio de soldado. ¿Cuánto tiempo vas a estar por Sevilla?— preguntó mientras con un dedo reconocía cada rasgo de su rostro. Dana se estremeció bajo el contacto de su piel.

—Pensaba quedarme unos días más. He dejado asuntos pendientes por aquí. —Manuel enarcó las cejas y ella enumeró—: Una excursión en barco por el río, completar el circuito de carriles en bicicleta, dar el típico paseo de turista en carruaje...

—¡Coche de caballos!

—Vale, vale... Tomarme unas cuantas tostadas y luego unas cervecitas en el bar de mi amigo Jaime, subir a la Giralda acompañada, esta vez, por un chico bastante atractivo... Conseguir la dedicatoria y firma de mi escritor favorito.

Manuel rio, y su risa se le antojó a Dana un regalo, cálido y excitante al mismo tiempo.

—Vas a necesitar por lo menos una semana para hacer todo eso.

—Estoy de vacaciones, así que no tengo prisa por volver.

—Eso suena de maravilla. —Levantó la cabeza y reparó por primera vez en el cabecero: un grupo de mariposas azules lo recorrían de parte a parte. Sonrió, convencido de que su suerte acababa de cambiar. Todo lo que había deseado estaba allí, bajo su cuerpo, en aquella mullida cama en la habitación del hotel.

—Y ahora —zanjó Dana extrayendo de las orejas de Manuel los audífonos

y colocándolos en la mesita de noche—... ¿podemos cerrar un rato el pico y dedicarnos a hablar con las manos?

EPÍLOGO

—No es un libro de autoayuda, aunque te mejorará la vida. No es un libro científico, pero adquirirás conocimientos sobre tu cuerpo, sus terminaciones nerviosas, la importancia de sentir la piel. No es un tratado de psicología, pero te facilitará el trabajo con las emociones... —Una pausa, y en un susurro lleno de sensualidad—: ... no es un libro erótico, aunque lo parece...

»No puedes negarlo: tú también te has enganchado a sus páginas. Con él hemos llorado, hemos reído, hemos experimentado. Nos ha enseñado una nueva forma de mirarnos. A creer en nuestras posibilidades, a desarrollar ese potencial largamente dormido. Nos ha incitado a buscarnos, a querernos, a tocarnos. Nos ha dado calma y, a la vez, ha revolucionado nuestro mundo. ¿Quién no ha desempolvado sus fantasías más recurrentes después de leer sobre la necesidad de acariciar? ¿Quién no ha mantenido una mirada, ha regalado una sonrisa, ha usado sus labios para algo más que hablar?

»Hay un poco de todo en este libro mágico que nos ha robado el alma sin remedio. Ya sabes a cuál me refiero, ¿verdad? Pues bien, hoy tenemos a su autor a cara descubierta. Sin límites, sin condiciones. Nos ha prometido una entrega total: será nuestro mientras dure el programa. Prometedor, ¿verdad? ¿Quieres saberlo todo sobre el escritor de moda? ¡Hoy lo desnudamos! ¿Quieres preguntarle, proponerle? Pues conecta tu emisora favorita. En un minuto damos comienzo. Esta mañana, con Franco Noble, el autor del *best seller Hablar con las manos*.

»Aquí, en *Cuéntamelo todo*. ¡Cuéntanoslo todo, Franco! Sube el volumen de tu aparato de radio. No te arrepentirás.

Tras la música de cabecera:

—Bienvenido, Franco Noble.

—Buenos días, Dana.

—El reciente descubrimiento de tu identidad ha causado un gran revuelo entre tus seguidores. Se te ha acusado de ser un vendedor de humo, de fraude. ¿Qué puedes alegar en tu defensa?

—En ningún momento me he presentado como alguien que no soy. No es raro que un autor trabaje bajo seudónimo. Y eso es lo que yo he hecho. Mantener mi intimidad a salvo.

—Pero te escondías —decreta la locutora, tajante—. ¿Te has visto forzado a salir al paso de las críticas? ¿Es lo que te ha impulsado a sentarte hoy aquí?

—Es cierto que durante mucho tiempo he permanecido en la sombra. Cuando sufrí el accidente me encerré en una burbuja. Desarrollé multitud de fobias: al teléfono, al ruido, a los grupos... Pasé de ser un profesor con credibilidad a un desempleado a quien nadie querría contratar. Mi principal herramienta de comunicación era la voz, tanto en mi vida diaria como en la rutina laboral. ¿Te imaginas por un momento cómo me sentí? Solo encontraba consuelo en la segunda cosa que más me gusta hacer: escribir. Y así es como nació *Hablar con las manos*.

—Hemos de aclarar que Franco asiste hoy acompañado por un intérprete, que le sirve de sostén durante nuestra charla. Pero la voz que oís es la suya. A mí me suena bien, Franco. ¿Por qué afirmas que esa herramienta que era fundamental en tu vida resultaba inservible tras el accidente?

Desde el otro extremo de la mesa, Franco Noble muestra una mueca cínica.

—Te agradezco la buena voluntad, Dana. Pero conozco mis limitaciones. Yo tengo la suerte de ser un sordo sobrevenido. Aprendí a hablar, y esta capacidad la mantengo. Pero ahora me apoyo en la información visoespacial, requiero de ciertos detalles para comprender lo que sucede alrededor. Esto hace que mantener una charla a la altura de una persona oyente no resulte siempre cómodo.

Dana se acerca al micrófono y habla en tono confidente.

—Estoy sentada frente a él. Su apariencia y desenvoltura no delatan a primera vista que padezca una discapacidad auditiva. Pero a estas alturas no es ningún secreto que Franco Noble es sordo. —Una pausa—. Sí, señores, el rey de la comunicación silenciosa conserva apenas un quince por ciento de audición a causa de un accidente que sufrió hace casi nueve años. Pero sonrío. Sonríe mucho. Es un rasgo que caracteriza a las personas que, como él, sienten cierta frustración, al encontrar barreras en la comunicación con el mundo que los rodea. Así es como combaten las dificultades al tiempo que evitan ser discriminados: con una alegría impostada.

—Mi vida cotidiana sufrió un revés —prosigue Franco—. De repente, situaciones que antes controlaba, como acudir al médico o al banco, suponían un obstáculo. Tuve que aprender a oír con audífono, a superar el rechazo del que yo creía que era mi círculo de amigos y enfrentar las dificultades para distinguir ciertos sonidos.

»Tenía una vida social activa, una pareja, un trabajo que adoraba... Todo se desmoronó. Me sumí en un silencio forzado. No me acostumbraba a mi nuevo estado. En vez de luchar, caí en el victimismo. Me cambió el humor y me volví un ser huraño y desconfiado —relata con amargura.

—Y un día, te pones a escribir.

—El deporte y la escritura me sacaron del pozo donde había caído. No soy un fraude. Yo escribí este libro para mí. Para dar salida a sentimientos que me agitaban por dentro. Fue mi tabla de salvación en un momento muy negro de mi vida. A mí me ayudó. Y entonces comprendí que también podría servirle a otras personas que, como yo, pasaban por circunstancias adversas. Y decidí compartirlo.

—Fue un acto de generosidad, entonces.

—No me considero un altruista. Se trata de una cuestión de reciprocidad: yo enseño mi alma a cambio de poder sentirme útil. Escribir se ha convertido en mi profesión, en mi forma de vida. Yo creía que ya no era bueno para nada

y, sin embargo, *Hablar con las manos* me colocó en el podio. Nunca estaré lo bastante agradecido.

—¿Cómo es tu relación con el mundo oyente, Franco Noble?

—Vivo entre dos mundos, el sordo y el oyente. Durante años me resistí a reconocermelo como sordo. Me rebelaba ante esa idea. Hoy he logrado el equilibrio, al comprender la necesidad de relacionarme con personas como yo. Uno debe aceptar su realidad, y buscar el aliento de quienes comparten idénticas inquietudes es fundamental para seguir adelante. Desde aquí quiero mandar un saludo a David Roque, y agradecer el trabajo que realizan quienes, como él, gestionan las asociaciones de sordos. Los sordos constituimos una minoría sociolingüística con una cultura e identidad propias. Por supuesto que somos distintos, pero ¿quién no lo es? Sería bonito que nos esforzásemos por crear un mundo más accesible donde quepamos todos.

—Sensibilizarnos, se llama.

—He sufrido en mi propia piel el daño que pueden hacer los prejuicios. Si lográramos ponernos en el lugar de los demás, el mundo sería un sitio más agradable. No queremos que se nos trate con condescendencia, ni mucho menos advertir miradas compasivas cuando hacemos uso de la lengua de signos. Solo pedimos normalidad. Las diferencias existen, en todos los ámbitos. Hay que aprender a convivir con ellas.

—Es cierto que existen algunos tópicos sobre los sordos que deberíamos descartar. ¿Cómo os sienta que os llamen sordomudos?

—¡Podemos hablar! Incluso los sordos de nacimiento conservan intactas sus cuerdas vocales. No todos las desarrollan a nivel conversacional, pero sí hablan, porque tienen su propia lengua, que es la de signos. Su voz son sus manos. No somos mudos.

—La sordera es una discapacidad invisible que para muchos pasa inadvertida. Esto evita que se cree conciencia social. Todos debemos poner de nuestra parte para que la comunicación entre sordos y oyentes sea posible. Como sordo, ¿qué cosas reivindicarías?

—Muchas. Es obligatorio concienciar a la gente de la existencia y necesidades del colectivo sordo. Se le debe prestar una atención específica. Empezando por el sistema educativo, donde apostaría por el bilingüismo. Para los sordos es importante partir de una primera lengua, la de signos, para acceder al mundo. A partir de ahí, complementaría su formación con la lengua oral. Esto implicaría invertir en enseñanza, preparando a los profesionales necesarios, mejorando el currículo educativo. También me encantaría que la enseñanza de la lengua de signos en los colegios se extendiera a los oyentes. Esto favorecería mucho la comunicación, y los oyentes podrían disponer de un sistema alternativo a la lengua oral. La lengua de signos es muy visual y, en situaciones de alto nivel de ruido, resulta práctica. Deberíais probar.

—Esto nos lo recomiendas como experto en comunicación.

—Piénsalo, ¿no te parece una posibilidad interesante?

Dana le guiña un ojo, gesto que no pasa desapercibido al realizador.

—Las familias tienen la obligación de estar concienciadas con su realidad. Solo así se logrará sacar las máximas competencias del niño, para que se convierta, llegado el momento, en un adulto con recursos y posibilidades. No debería haber rivalidad ni distanciamiento entre sordos y oyentes. A veces, nos aislamos nosotros mismos. El canal de información puede ser distinto, pero vivimos una realidad idéntica, compartimos inquietudes y sueños.

—Eso que dices es muy bonito, Franco.

—También facilitaría mucho el día a día de los sordos un precio más asequible para los audífonos, para los implantes, las pilas... La logopedia debería estar siempre subvencionada. Si las instituciones se comprometieran con la causa seríamos un colectivo más visible, con todo lo que ello conlleva.

—Un tirón de orejas para las instituciones.

—Que los avances tecnológicos tengan en cuenta nuestra discapacidad. Vibraciones y luces en los aparatos electrónicos para diferenciar los mensajes, por ejemplo.

—Y una última demanda: ¿a qué nivel dirías que os protege la normativa

española?

—A un nivel muy bajo, para mi gusto. Nos sentimos engañados con la ley que reconoce la lengua de signos como lengua oficial. No se han arbitrado medidas para ejecutar sus preceptos. No se han dotado económicamente los recursos. La ley no está en la calle. En este sentido, es cruel la poca evolución del sistema: no hay suficientes intérpretes, ni a nivel educativo ni en el ámbito sanitario. Esperábamos mucho más, pero no ha habido desarrollo alguno después de más de diez años. Es tristísimo.

—En cuanto demos paso a los oyentes completaremos nuestra lista de peticiones. Id pensando, ¿qué se os ocurre para mejorar la vida de este colectivo? ¿Cómo los integraríais? Continuando con esas falsas creencias que no os hacen bien: ¿todos los sordos leen los labios? ¿Es un método efectivo para la comprensión del mensaje?

—No todos. Requiere de una capacidad innata, de mucha paciencia, de cierto grado de competencia lingüística, depende del conocimiento previo del mensaje y de su dificultad cognitiva. También juegan un papel importante el interlocutor, el entorno y el tema de la conversación. Con todo, resulta una técnica compleja y exige un exhaustivo entrenamiento. Cada uno selecciona las formas de comunicación que prefiere. Y respecto a si resulta efectivo, te diré que leer los labios durante horas cansa, porque hace falta un enorme esfuerzo, mucha concentración. Acabas con la vista agotada y un cansancio mental horrible. Además, se pierde gran parte de la información: hay palabras con idéntico posicionamiento labial y fonemas que no se ven. Se escapan la entonación y lo que podría comunicarse entre líneas. No se contextualiza.

—Entonces, ¿qué nos recomendarías para comunicarnos con vosotros?

—Hablar claro, despacio y vocalizar, aunque no hablar más alto. Cuidar las condiciones ambientales, que sean propicias en cuanto a luminosidad y ruido de fondo. Pero, sobre todo, ponerle ganas. La buena voluntad mueve montañas.

—La verdad, Franco. Me tienes fascinada. Cuando escuché hablar de tu

libro por primera vez, recelé. Desconfiaba de tus teorías. Comprenderás que, para alguien como yo, cuya herramienta de trabajo es la voz, esa defensa exacerbada del silencio resultaba chocante. Pero, una vez que me decidí a leer *Hablar con las manos*, tuve que rendirme a la evidencia: lo que defiendes ahí tiene fundamento. Me has conquistado, Franco Noble, y después de conocerte puedo asegurar que eres todavía mucho mejor como persona que como escritor.

El autor del libro más vendido se estremece ante tamaña declaración. Su rostro, serio en los últimos minutos, adquiere un rictus alegre.

—Antes me preguntabas qué me había impulsado a venir a tu programa. Y no, no han sido las críticas. Esto ya estaba planeado. Era una promesa que le había hecho a una persona que me importa mucho. Teníamos un trato y yo nunca habría dejado de cumplirlo. Pero ahora que estoy aquí, considero esta entrevista una buena oportunidad para aclarar ciertos puntos. Mentiras que han circulado por los medios. Cosas que duelen.

—Tenemos unos segundos antes de dar paso a los oyentes. Desmiente a esos que te han atacado con tanta saña, Franco.

—No soy mejor ni peor que el resto de los hombres. Tengo defectos, pero nunca seré un mentiroso. Creo en lo que vendo. Estoy convencido de que vivir piel con piel nos hace mejores. De que en el silencio resulta mucho más audible el latido de nuestro corazón. Hablar con las manos es mucho más que usar la lengua de signos. Es acariciarse, sentirse, reconocerse uno mismo y en el otro.

—Tú sí que eres todo corazón, Franco Noble. Y te agradecemos mucho que hayas escogido nuestro espacio para darte a conocer. Creo que haces bien en dar un paso adelante y presentarte tal cual eres. Sin disfraces. Te has ganado mi cariño y el de nuestros oyentes. Y, ahora, si estás preparado, después de una breve pausa te dejaremos en manos de nuestro público. Te advierto que son implacables.

—Me encantará responder a todas las preguntas.

—Mientras tanto, vamos a hacer caso a nuestro autor favorito. Aprovechemos los minutos que siguen para querernos, para abrazarnos..., para besarnos. ¡Una pequeña pausa publicitaria, perfecta para juntar los labios!

Dana siguió su propio consejo. Tenía tres minutos para abrazar a Manuel y eso fue lo que hizo. Rafael, que llegaba justo en aquel instante para incluir una propuesta, se quedó paralizado delante del cristal. Manuel y Dana se besaban sin complejos, ajenos a las miradas curiosas de los compañeros de la emisora. Poco a poco se había ido congregando allí un público improvisado, ávido de noticias, como suelen estarlo los profesionales de la comunicación. La escena hubiera sido un excelente final para una película romántica. Los protagonistas, dos enamorados, sin duda. Irradiaban ternura, y hasta Montse, que aparentaba ser un témpano de hielo, emitió algo parecido a un suspiro mientras los contemplaba.

En los dos últimos meses, Dana y Manuel habían seguido conociéndose y, cuanto más lo hacían, más se gustaban y mayor era el vínculo que los unía. Dana había comenzado a estudiar la lengua de signos, así que hablaban mucho, tanto que a veces la locutora no reparaba en que estaba signando. Era estimulante poder ejercer como intérprete de Manuel en las situaciones en que él lo requería. Expresar las emociones mediante la lengua de signos resultaba de lo más divertido: enfado, alegría, ilusión...

Con Dana cerca, las conversaciones con varios interlocutores ya no causaban estrés a Manuel. Ella estaba siempre junto a él para susurrarle al oído o hablarle sin voz, simplemente moviendo los labios, con complicidad. Funcionaba como una mediadora comunicativa personalizada para sus necesidades.

Otras veces ni siquiera necesitaban hablar. Llenar cada momento de silencio dejó de ser una cuestión vital para ella. El silencio resultaba ahora,

por el contrario, reconfortante. Había aprendido que, en algunas circunstancias, las palabras sobran. Sentir a Manuel junto a ella, envolviéndola con su calor, era todo lo que le importaba. Poder apoyarse en su pecho y escuchar el sonido de su corazón. De allí nacía la voz de su escritor preferido. En aquellos latidos desordenados que golpeaban contra su mejilla estaba su gran secreto, ese que no habría podido contarse con palabras.

En Sevilla pasaron los días de vacaciones que a Dana le quedaban. Uno puede imaginar los más lindos escenarios para vivir su historia. Pero pocos tan cautivadores y tan asombrosos como la ciudad de la Torre del Oro.

Al saber que Manuel y su amiga habían restablecido su relación, Pepa decidió regresar a Madrid, alegando que Ginés debía de estar echándola de menos.

—No sabe vivir sin mí —había expuesto, ufana—. Tú quédate disfrutando de Sevilla y de tu sevillano.

La recomendación sobraba: Dana estaba más que resuelta a exprimir el tiempo que tenía por delante junto a Manuel. ¡Había tanto de qué hablar, y tantos silencios por compartir! Deseaba con ansia penetrar en su mundo, y también mostrarle el suyo. Presentarle a sus amigas, llevarlo al bar de Jaime y reír a carcajadas con las bromas del camarero. También, una vez de vuelta en Madrid, regresar a la casa de Bernardo para recopilar anécdotas de los tiempos en los que Manuel y él quemaban la noche batiendo las calles de la ciudad a la caza de diversión. Organizar, quién sabe, algún evento relacionado con la escritura con Manuel como protagonista en la librería de Feli.

Bajo la influencia de Dana, Manuel continuó dando pasos hacia delante. Sacarlo de la burbuja de seguridad donde había estado metido se convirtió para Dana en una prioridad. Y así, tía Ani tuvo que pellizcarse dos veces para convencerse de que era su sobrino y no otro quien acudía a su tertulia literaria para ser literalmente asaltado por sus compañeros, responder a las preguntas planteadas y dedicar ejemplares de *Hablar con las manos*. Hasta Lumila

presenció el momento en que el famoso escritor estampó su firma, y se vio recompensada con una invitación para posar en la foto de grupo, que fue lo más parecido a una manifestación de agradecimiento que su gruñona señora pudo mostrar. Dana llevó un par de ejemplares al acto: uno que había comprado para regalar a Candy, que acababa de comunicarle que ya tenía nueva compañera de piso, y el suyo propio.

—¿Crees que debería firmar como Manuel? —murmuró el escritor al oído de Dana cuando ella se lo tendió para que se lo dedicara.

—Creo que deberías mantener tus dos identidades: Franco, el escritor, y Manuel, el profesor.

Manuel se quedó pensativo. La dedicatoria que había planeado en su momento se quedaría corta. Ahora ambos eran ruido y silencio, voz y piel, todo en uno. Escribió, simplemente: «Te amo». Luego lo pensó mejor y añadió: «En tu corazón he puesto mis oídos». Acto seguido levantó la cabeza y objetó:

—Pero ya no ejerzo como profesor.

—De eso precisamente quería hablarte. —Manuel arrugó los ojos. Dana había adquirido la sana costumbre de adelantarse a sus deseos, y con frecuencia lo sorprendía con una iniciativa que lo estimulaba. El problema es que lo hacía a un ritmo desconcertante—. Una escuela privada ha convocado una plaza de profesor para sordos... en Madrid.

El escritor frunció los labios. Su mandíbula se contrajo y Dana pensó al mirarlo que su escritor era un tipo eminentemente masculino y, por tanto, deseable.

—Piénsalo, es una posibilidad. Tienes mucho que enseñar, pero también mucho que aprender, Franco Noble. Creo que con tu experiencia los podrías motivar. Y ellos te aportarían cosas también.

Él la miró largamente. Además de la lengua española y la de signos, habían desarrollado una lengua propia que solo ellos podían descifrar: la de las miradas. Y con la suya, Manuel quiso recordarle a Dana cuánto la amaba.

FIN

AGRADECIMIENTOS

La leyenda de la mariposa azul es un sueño *hecho* realidad que no habría sido posible sin el inestimable apoyo de un grupo numeroso de amigos, compañeros, románticos que, como yo, viven dispuestos a creer en el amor.

En particular, blogueros y tuiteros como Naitora McLine (Locas del romance), Yasnaia Altube Lira (Con aroma a libros), Ariel Romero (Misterios de escritora), Elena Velarde (Pinceladas de Literatura), Xulita Minny (El rinconcito de Minny), Isa Jaramillo (El desván de las delicias), Tamara Pelegero (Lecturadictivas), Miss Bridgerton (Promesas de amor), Elena (La repisa de Elena), Dalia (Nomáscuentos)..., quienes generosamente han ofrecido y ofrecen sus espacios como pantalla de presentación para los autores y sus obras. Hacéis mucho bien.

También en este sentido cabe destacar el trabajo de algunas revistas: *Alquiblaweb* (Eva Galán Sempere), *Muy Mujer* (Marta Korpas), *Pandora Magazine* (Tanya Martins), *Un mar de letras* (UNED). O *Romántica'S*, que en su número 50 incluyó una maravillosa entrevista a Calista Sweet haciéndose eco de mis publicaciones.

A los organizadores de eventos (Pilas Romántica, Encuentro RA, Biznaga Romántica, Las Amantes Literarias, Romantic Mediterránea, Armilla, HeartCon, Nora, RoJa, Gozare, Maynu Readers, Huelva Romántica y muchos más) y compañeros de letras que han revitalizado la romántica e inculcado el virus de la ilusión a los que amamos esta clase de literatura.

A la Tertulia Romántica de Sevilla, donde me acogieron con los brazos abiertos. A Cristi P. Blanco, por descubrirme este rincón de amigos dispuestos

a leer y a comentar y, sobre todo, a echar unas risas cuando la ocasión lo requiere.

A los librereros: Rafa, Maru y Miguel Ángel, de La Botica de Lectores, Rafael, de Casa del Libro de Sevilla, Inma, de Entre Líneas, Ana Belén Mota, de Librería Bibliopola, Manuela Bravo, de Librería Bravo, Ana Lara, de Librería Cala, y otros tantos que nos miman y animan a seguir soñando.

A los lectores, quienes con sus comentarios y sugerencias me hacen sonreír.

A esos amigos (José Antonio Gracia, Javi Torres, Txarli Panther, Joaquín Díaz...), que se han aproximado al género empujados por el cariño y han sabido meter sus prejuicios debajo de la alfombra para disfrutar de cada historia.

A mi familia, por la paciencia y su fe incondicional en mi escritura. En especial, a mis hermanas, que supieron arañarme la piel para sacar a la luz a la escritora romántica que soy.

A los editores que confiaron en mí contribuyendo a desarrollar mi carrera literaria (María Eugenia Rivera, Elisa Mesa, Xisca M. Esteva, Bartomeva Oliver) y, en especial, a Esther Escoriza y Ade Herrera, por haber valorado mi trabajo desde el comienzo y regalarme la oportunidad de incorporarme a la familia que es Planeta, una fantasía materializada. Igual que en un cuento, sois mis hadas madrinas.

Por último, merece un especial agradecimiento el colectivo de sordos en general, por haberme servido de motor para desarrollar una bonita historia, alentadora y llena de matices, y, en particular, aquellas personas que conviven con esta discapacidad y generosamente me han facilitado datos e impresiones sobre su día a día. Gracias, cómo no, a María José Abad, presidenta de Aciso (Asociación Cultural de Integración Sordo-Oyente), intérprete y profesora de lengua de signos, madre, hija y esposa de sordos, por regalarme su tiempo y su experiencia. Sin iniciativas como la vuestra, sin vuestro testimonio y el trabajo que lleváis a cabo con tanta entrega, el silencio sería definitivo. Ojalá este libro sirva también para darles voz.

A todos y cada uno,
De corazón: **GRACIAS.**

CALISTA SWEET

Biografía



Calista Sweet. Soñadora, curiosa e imaginativa, desde muy niña descubre que su herramienta de comunicación más eficaz es la palabra escrita. Estudia Derecho y más tarde, decidida a perfilar su pasión por la escritura, Literatura y Comunicación. Lectora voraz, le apasionan las novelas donde los sentimientos cobran un especial protagonismo, y en los últimos años compatibiliza su carrera de escritora con su trabajo como técnico en el Ministerio de Economía.

Hasta la fecha ha publicado *No me digas que no* (2015), que alcanzó durante semanas el top de los libros más vendidos en Google, iTunes, Casa del Libro y Fnac, cosechando excelentes críticas, e *Y, de repente, un beso* (HarperCollins Ibérica, sello HQÑ, 2017), que añade un componente de intriga a sus habituales rasgos de estilo; *Solo una aventura* (Romantic Ediciones, 2016) resultó ganadora del I Premio Romantic, entre un total de 112 manuscritos. Además, y bajo su auténtico nombre, Rosario Naranjo, *Con pata de palo* (Fundación Jiménez Becerril, 2010), *La luna de Triana* (Lampedusa, 2011), *Cuentos y relatos inéditos de Semana Santa* (Punto Rojo Libros, 2015), *Más cuentos y relatos inéditos de Semana Santa* (Mirahadas, 2016) y el cuento infantil ilustrado *Caperucienta, Blancadurmiente... y que no te lo cuenten* (Mr. Momo, 2018).

Su último lanzamiento ha sido *Nada que perder*, con el sello Terciopelo de Roca Editorial (mayo de 2019), una narración cautivadora y radicalmente distinta que se mueve entre la aventura y la fantasía.

Su estreno en Editorial Planeta llega de la mano de *Mi sol, mi luna* (Click

Ediciones, 2018), una historia dulce y fresca que ha enamorado a los seguidores del género *New Adult*. Y ahora repite con *La leyenda de la mariposa azul*, una novela, en palabras de sus editores, «redonda, bien articulada, con un magnífico ambiente y una estructura que se sale de los convencionalismos de la novela romántica».

<https://www.facebook.com/calistasweetescritora/>

<https://www.instagram.com/calistasweetescritora/>

<https://twitter.com/CALISTASWEET8>

<http://donairegalante.wix.com/rnaranjoescritora>

La leyenda de la mariposa azul
Calista Sweet

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta© de la imagen de la portada, Shutterstock

© Calista Sweet, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2019

ISBN: 978-84-08-20997-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

<http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html>

Otros títulos de Click Ediciones:

[Mareas de pasión](#)

Christine Feehan

[El algoritmo del amor](#)

Diana Al Azem

[Seducida por la tentación](#)

[Trilogía tentación](#)

Helena Sivianes

[Tú eres lo que deseo](#)

Moruena Estríngana

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

